

Antología de
FERMÍN MUGUETA

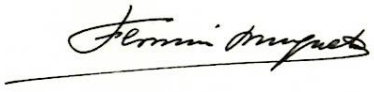




¿Por qué negarle...?

Impacientes de esperar
te esperamos, primavera;
que ya es hora
de que vengas,
y en este fugaz cuadrante
se está pasando la fecha...

Traes sonrisa en el sol,
y flores a la pradera,
y murmurar de aguas vivas;
...y una esperanza que sueña
consigo misma...
...Y le faltan,
primavera,
a esta ansiedad del paisaje
las gracias que tú le niegas
con no venir.
Así yo,
con gelidez de alma... negra,
¿por qué negarle a la vida
lo que, en mí, la vida espera...?



Antología de Fermín Mugueta

Selección de textos
José Antonio Marcellán

Villava
2000

Título: Antología de Fermín Mugueta
Edición: Ayuntamiento de Villava-Servicio de Cultura
Selección de textos: José Antonio Marcellán
Coordinación: Luis María Echeverría
Fotocomposición: Nova Text
Diseño de portada y maquetación: sahats servicios editoriales
Fotografías: Posadas, Pérez Satrústegui y colección familiar
Impresión: Idazluma, S. A.

© 2000 **Ayuntamiento de Villava**

I.S.B.N.: 84-607-1661-9
Depósito Legal: NA-3.486-2000

EDITA/ARGITARATZEN DU

AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA
SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA

PATROCINA/BABESLEA

Nafarroako Gobernua
Hezkuntza eta Kultura Departamentua
Gobierno de Navarra
Departamento de Educación y Cultura

ÍNDICE

PRESENTACIÓN / AURKEZPENA

PRÓLOGO 5

INTRODUCCIÓN 7

I. EN LA PRENSA DIARIA

Hacia casa 10
Con retraso 12
Yo confieso 14

1. Noticias pintorescas

Contrasentido 17
Feos 18
Seis 19
Metro 21
Anticipadamente 22
Avería 24
Baches 25
Inanición 26
Gamberrismo 27
Fallos 28
Navajazos 29

2. Costumbres

Fecha típica en Europa. El tributo de las tres vacas 31
Los hijos del caminero 33
"Rodríguez" 36
Circulación 37
Ángelus 39
Javierada 40
Pañuelo 41
"Tacos" 43
Cigarrillos 44
Santiguarse 45

3. Comentando la actualidad

Agrios 47
Abrazo 48
Humildemente 49
Apuntes 50
Césped 52
Ofensiva de incendios 53
Cabezas de ratón 54
Progreso 55
Madrugar 57

4. Recuerdos

A las modistas en el día de su patrona 58
¡¡Humo!! 59
La "golondrina" 60
Bendita sea la hora... 62
Glosa rápida a una carta del hermano pastor 64
Nosotros 66

5. Reflexiones

Para ti, labrador 68
¡Agua...! 69
Lengua 71
Correspondencia 72
Ojialegre 73
Las manos como ejemplo 74
El limpiacristales 75
Tarjetas de visita 77
Día de la madre 78

6. Personajes

Recordatorio 79
Tricornio 80
Retrato 81

7. A Santa Teresa

Patrona 83
Boberías 84

8. Temas intrascendentes

Jubilación 86
Colilla 87

II. EN REVISTAS

Como en familia 90
Un momento a solas 91
Todo para tus empresas 92
Indecisión... 93
Junto al portal 94
Navidades en Navarra 95
Romancillo de marzo 100
¿Ha sido una interviú? 101
...Y se acaban 103
Al aire libre 104
La torre de mi parroquia 105
Soñar y querer 107
Y yo me quedo... 108
Entre Don Quijote y Sancho 109
Transformación 111
Bodas de diamante 112
Procesión del Corpus 114
Una frase en Tel-Aviv 115
El milagro 117
¿Qué será el año...? 118
El año 61 119
De tanto madrugar 121
Un asilado menos 122
Frío... 124
Poetas en China 125
Todo el año Navidad 128
El cajón de la pimienta 130
Lo que pasa 132
Cosas de chicos 135
El señor Antón 137
¿Usté no sabe...? 139
Hecho un panoli 140
Violetas en febrero 142

En la vendimia 142
Ferias comarcales 144
La isla de la fantasía (cuento) 148
Fiesta en la ciudad 152
Un puente en el camino de Santiago 154
San Miguel in Excelsis. El santuario y la cofradía 156
Bonaparte... y el gitanillo (estampa de aquí) 158
Desfile de cadáveres 160
Una nonada 162
Ante la coronación de Santa María la Real en Pamplona 164
Vicentón, nó; ¡San Vicente! (monólogo para niño) 167
I centenario de la muerte de Don Hilarión Eslava 169

III. AUTOR TEATRAL

Me fui... 173
Se vé... que no eres gitana 175
De Navidad a Reyes 177
Alegría de Israel 178
El lobico y la mariposa 179

IV. RADIOMENSAJES Y CONFERENCIAS

Radiomensajes

Buenas noches, hermano enfermo 180
Buenas noches, avecica blanquinegra 181

Conferencias

Charla en Ávila sobre Santa Teresa de Jesús 183

V. SU LIBRO

El Padre Carmelo 192

ANTES DE CONCLUIR

Porvenir 195

CONCLUSIÓN 197

AURKEZPENA

Pozez betetzen gaitu Udaleko Kultura Zerbitzukook Fermín Mugueta Sarasaren lanaren ondoko bilduma argitaratzeak.

Herritar ospetsua izan genuen Fermín Mugueta. 1930etik 1971 bitarte gure herrian bizi izan zen. Karmeldarren ikastetxean eta Magisteritza Eskolan bi urte ikasten eman ondoren "Hijos de Pablo Esparza" lantegiko bulegari lanpostu bat lortu zuen.

Bere literatur lan zabalean artikuluak nabarmen daitezke. Ondoko egunkaritan idatzi zuen: "La Voz de Navarra", "Diario de Navarra", "Vida Vasca" "El Pensamiento Navarro" eta "ABC". 1932an "Luca de Tena" saria jaso zuen.

Bere poesia- eta antzerki-lanek ere gure aitorpena merezi dute. Poesian "La Verdad"-en argitaratutako "poemas leves" saila nabarmendu behar da. Antzerki lanak parrokiko Egoitzan antzezten ziren 50eko hamarkadan. Gure herriko garai zail eta ilun haietan haize goxo gisa hartuak izaten ziren emanaldi haiek.

Fermin Muguetaren literatur lanean hainbat gauza azpimarratu behar dira: prosa erraza eta sentikorra zuen, hizkuntza eta estiloak guztiz menperatzen zituen eta kutsu kultua eta onbera suma zitekeen haren azpian. Lantzen zituen gaiek bere garaiko bizimodua eta pentsamoldea islatzen zuten. Gaur egun bere lanak garai batean Atarrabia izan zenaren balio soziohistorikoa du.

Tierno Galván irakasleak esaten zuen "nondik datorren ez dakienak, nora doan ere ez dakiela". Fermín Muguetaren lan literarioak gure herriko oroimen kolektiboaren zati bat berreraikitzen lagundu dezake.

Aurkezpena ezin amaitu Luis María Echeverriari gure esker ona azaldu gabe, bera izan baita proiektu honen bultzatzaile egiazkoa.

Bihoa gure eskerrik beroena ere on Ferminen sendikoei, honen idazlanen bilduma familiarra gure eskura jartzeagatik. Bukatzeko esker mila José Antonio Marcellani, orain zirrara betean Atarrabiako herriaren esku ipintzen dugun bilduma osatzen duten lanak aukeratzeko lan zail eta mingarria bere gain hartu izanagatik.

JOSÉ LUIS URIZ IGLESIAS
Kulturako Zinegotzi Delegatua

PRESENTACIÓN

Es motivo de satisfacción para el Servicio de Cultura del Ayuntamiento editar la presente antología de la obra de don Fermín Mugueta Sarasa.

Fermín Mugueta fue vecino ilustre de esta villa que residió entre nosotros de 1930 a 1971. Tras estudiar en un colegio de Carmelitas y dos años en la Escuela Normal de Maestros, ocupó un puesto en las oficinas de Hijos de Pablo Esparza.

De su amplia producción literaria destacan sus artículos; fue colaborador de los diarios "La Voz de Navarra", "Diario de Navarra", "El Pensamiento Navarro", "Vida Vasca" y "ABC". En 1932 recibió el premio "Luca de Tena".

Su obra poética y teatral también merece nuestro reconocimiento. Sobresale de esta primera la serie de "poemas leves" publicados en "La Verdad". Sus obras teatrales representadas en el Centro parroquial durante la década de los 50, supusieron una brisa amable en un momento difícil y gris de la historia de nuestro país.

La obra literaria de Fermín Mugueta se distinguió por su prosa sencilla y sensible, por un dominio del lenguaje y los estilos y por un fondo culto y humano. Sus temas reflejan el vivir y sentir de su época. Hoy su obra adquiere valor de lectura socio-histórica de lo que un día Villava fue.

El profesor Tierno Galván recordaba que "el que no sabe de dónde viene, tampoco sabe a dónde va". La obra literaria de Fermín Mugueta puede ayudarnos a reconstruir parte de la memoria colectiva de nuestro pueblo.

No puedo terminar esta presentación sin manifestar nuestro agradecimiento a Luis María Echeverría, verdadero mentor e impulsor de este proyecto.

También queremos agradecer a la familia de don Fermín el haber puesto a nuestra disposición la colección familiar de sus escritos. Y por último a José Antonio Marcellán el haber aceptado el difícil y doloroso reto de seleccionar la obra que constituye esta antología, que ofrecemos con emoción a la ciudadanía de Villava.

JOSÉ LUIS URIZ IGLESIAS
Concejal Delegado de Cultura

PRÓLOGO

El gran articulista César González Ruano dijo en una ocasión una frase que comparto plenamente: "No hay que caer en la vana tentación de definir el artículo".

Prueba del acierto de ese consejo lo encontramos paradójicamente en una de las mejores definiciones que se han dado de este género periodístico por un estudioso del tema, Martín Vivaldi. "El artículo –dice Vivaldi– es un escrito de muy vario y amplio contenido, de varias y muy diversas formas, en el que se interpreta, valora o explica un hecho o una idea actuales, de especial trascendencia, según la convicción del articulista". Como se ve la heterogeneidad temática y formal caracterizan al artículo.

Los académicos, y también los profesionales, suelen diferenciar colaboraciones, columnas, sueltos, glosas, críticas, crónicas, artículos de fondo y editoriales, de humor, literarios, doctrinales, retrospectivos, costumbristas y un largo etcétera.

Pues bien, Fermín Mugueta fue un maestro en toda clase de artículos, desde los profundos y de ideas a los más livianos o de mero entretenimiento. Todos tenían, sin embargo, algo en común: el buen hacer de su bien cortada pluma, su anclaje en la realidad de la vida, su vinculación con los hechos sociales, su nítido propósito de ayudar a la esperanza de las gentes, su amor a su tierra, a sus tradiciones y valores.

Como experimentado cultivador del género, Mugueta ofrece una amplia diversidad de registros, una rica paleta de colores estilísticos, una libertad creativa y a la vez un rigor en la altura de su esfuerzo, sin caer ni en el esteticismo huero, ni en la retórica, ni en la ramplonería alicorta.

Reúne esas notas del conocedor de su oficio: claridad, concisión, naturalidad, medida exacta del texto y además las adorna con la solidez de un trasfondo culto. Escribía siempre *de algo y para algo.* Y lo hacía con un sentido del interés humano que proporcionaba un anchuroso cauce divulgador a sus escritos.

José Antonio Marcellán ha ahondado en el proceloso mar de una obra extensa y compleja. No era fácil el empeño, pero el investigador es un hombre avezado en estas lides. Yo lo conozco bien desde sus trabajos exhaustivos para la tesis doctoral que logró superar con la máxima calificación. Seleccionar una gavilla de trabajos significativos como Marcellán ha conseguido es siempre tarea de mérito, pero éste es aún mayor, si esa criba hay que hacerla con un cúmulo de trabajos tan amplio y a la vez de tal calidad. Estoy seguro que la elección le fue en ocasiones dolorosa, que hubiera traído a estas páginas muchos más textos y que el disfrute de la búsqueda, lectura y selección última ha sido toda una grata aventura.

El libro que aquí presentamos a la luz pública y al conocimiento de las gentes es una segunda salida quijotesca de Fermín Mugueta, pues se trata de textos que ya fueron en su día publicados, pero esta vez no lo hacen revestidos de la pasajera vida del trabajo periodístico, siempre fugaz, efímero, sometido a la ti-

ranía de la actualidad y a las limitaciones del aquí y el ahora, sino en las más sosegadas y perdurables páginas de un volumen antológico.

Se cumple así el destino de unos renglones que por su recuperación del olvido, renacen ahora como prosa literaria de arte mayor.

Marcellán los ha agrupado en ocho epígrafes y por si esto sonara a poco, ha añadido una muestra de su labor como conferenciante y charlista radiofónico, como autor literario en el campo biográfico. En efecto, Fermín Mugueta hizo de todo: verso, teatro, periodismo, biografía. Y además lo hizo bien.

El recopilador tuvo un excelente colaborador, Luis María Echeverría, hombre cabal donde los haya y amigo, amén de admirador, de Mugueta. En cierto modo, Luis María es el verdadero impulsor de esta antología y a él deben ir los primeros aplausos por la idea de recobrar los textos que aquí aparecen.

La literatura, y especialmente el periodismo, deben ser testimonio de su época, retrato de un tiempo concreto y por lo tanto, tarde o temprano, sus obras acaban por ser, de alguna manera, históricas. Pues esto lo veremos de modo muy claro en los textos de Mugueta, verdaderos retratos de un momento fijado en el devenir, instantáneas fotográficas, vivaces, auténticas, significativas, recordatorias de una Navarra que se fue, pero que de alguna forma pervive.

En los artículos escogidos no faltan las personas, los ambientes, los usos, el paisaje al fondo cuando lo hay, e incluso diálogos vivaces que nos confirman esa vena teatral de Mugueta.

Martínez Albertos escribe que el verdadero rasgo diferenciador del buen artículo es que sea *solicitador de opinión,* bien en la línea del estilo objetivo o en la del estilo interpretativo. Y Mugueta lo es.

Confieso que me atraen especialmente los artículos costumbristas de Mugueta, sigue en ellos la estela de Fígaro, Mesonero Ramos o Arniches. Además siempre hay unas gotas de humor con un quehacer que recuerda a Camba, a Wenceslao Fernández Flórez, a Escohotado, sin olvidar la limpia prosa de Azorín en esa sensibilidad que Fermín tenía para los temas cotidianos y hogareños o el mensaje moral, de impulso religioso, que frecuentemente emana de sus líneas, como luminosa evanescencia que levanta los corazones.

Este libro ha sido posible, en gran medida, por el apoyo del Ayuntamiento de Villava, población de la que fue vecino durante más de cuarenta años, aunque Mugueta había nacido en Arre y residió su última etapa de vida en Huarte.

Gesto ejemplar el de Villava, tanto por reconocer la valía de un vecino ilustre, como por servir de modelo de actuación para otros municipios navarros que también cuentan con ciudadanos notables que recordar.

Vaya además la felicitación a la Institución Príncipe de Viana por cooperar en la edición de esta obra. Unos magníficos artículos que ahora se han transformado en hermosas piezas literarias.

PEDRO LOZANO BARTOLOZZI
Miembro del Consejo Navarro de Cultura

INTRODUCCIÓN

Por carta del alcalde de Villava D. Miguel Alfonso Úcar Zaratiegui, fechada el 13 de marzo de 2000 se me invita a colaborar en la confección de una antología sobre la obra de D. Fermín Mugueta.

Tarea difícil y a la vez apasionante, ha sido para mí preparar esta antología de escritos de un hombre siempre admirado y colaborador ocasional y generoso en mi ministerio sacerdotal.

Antes que nada, hay que agradecer la meritoria labor de clasificación de todos los escritos conservados por sus familiares, realizada por Luis María Echeverría, también admirador suyo y actor principal en varias de sus obras teatrales. Su trabajo riguroso y ordenado ha facilitado mucho mi lectura y posterior selección.

Lo que ofrecemos al lector está cimentado en esta colección familiar de sus escritos. A ellos añadimos algunos otros que he podido encontrar en la biblioteca del Seminario, en el archivo general de Navarra, en el archivo municipal de Pamplona y en algunas colecciones privadas, como la de la Asociación Católica de Padres de Familia, que ha puesto a mi disposición la revista "Hogar" encuadernada en dos tomos y que abarca desde su comienzo el 1 de octubre de 1946 hasta su último número en junio de 1965. Aunque esta organización tenía su dirección nacional en Madrid, su órgano oficial "Hogar" se editaba en Pamplona y en sus páginas podemos ver, junto a firmas ilustres como la de Nicolás González Ruiz, Pascual Cebollada y otras de carácter nacional, la mayoría de los escritores navarros, colaboradores habituales en la prensa diaria y otros que hacían sus primeras apariciones en público, como José María Cabodevilla, hoy uno de los más destacados escritores nacionales en temas religiosos. Fermín Mugueta que formó parte de la Junta de la Asociación desde 1938 a 1944 colaboró en casi todos los números de la revista con aportaciones en prosa y en verso. En ella volcó, de modo singular, sus dotes literarias y sus inquietudes apostólicas. De los 85 artículos que llevan su firma –algunos con el curioso seudónimo de: "El Barón de la Villa-Besa" en fina alusión irónica al autobús que tantas veces tenía que coger para su traslado a Pamplona– y de sus 51 poemas, sólo podemos ofrecer una pequeña muestra que, comparando con las otras revistas que citamos, será un poco más amplia.

Pese a la limitación de las fuentes, el acervo de escritos recopilado y clasificado por Luis María Echeverría es muy amplio y confío que el resultado de mi trabajo selectivo para esta antología que, forzosamente ha de ser breve, sea un buen exponente del arte literario y de la rica personalidad del autor.

Fermín Mugueta Sarasa nació en Arre el 16 de diciembre de 1906, vivió en Villava desde el año 1930 hasta 1971 y en Huarte sus últimos 14 años. Casado con María Cía, tuvo cuatro hijos: Javier (sacerdote), María Concepción, José María y Miguel Ángel. Estos dos últimos fallecidos recientemente. En sus comienzos firmó con los siguientes seudónimos: "El Teresianista" por haber estudiado en un colegio de Carmelitas, "Argirófilo" por amante de la luz y "Doc-

tor Plácido" porque se hablaba de comprimidos y porque se consideraba a sí mismo, plácido. Así lo explicó un buen día, ya setentón, en "Diario de Navarra".

Colaboró Mugueta con estos medios de comunicación: prensa diaria, revistas, emisiones radiofónicas y teatro. Sus charlas radiofónicas fueron muy frecuentes en "Radio Requeté", dirigida entonces por Ramón Urrizalqui. Su obra teatral había que verla. Los que la disfrutamos en su tiempo, guardamos muy grato recuerdo.

La conferencia que dio a numeroso público en Ávila sobre la vocación misionera seglar, servirá de única muestra de sus incontables charlas a públicos muy diversos.

Finalizamos este trabajo con una reseña de un libro singular referido a un hombre singular: el Padre Carmelo.

Las primeras páginas se dedican al artículo que recibió el premio "Luca de Tena", siendo el único navarro que ha recibido semejante galardón. Buen pórtico para iniciar un encuentro espiritual con el autor, que va a proporcionar secretas y profundas satisfacciones a quienes saben gustar los grandes valores.

Junto a él van dos artículos publicados en Ya –en 1961 y en 1970– donde refleja el autor dos características personales que lo ennoblecen: su gratitud y su humildad. Después de esta entrada indispensable, para orientación del lector, era necesaria alguna clasificación. Presento la siguiente:

1. Noticias pintorescas

En estos artículos destaca su habilidad encontrando lo sorprendente y su ingenio, sacándole partido.

2. Costumbres

Su espíritu observador recoge detalles que constituían la "salsa" de la vida de otros tiempos y que despiertan la curiosidad de los lectores de hoy.

3. Comentando la actualidad

Al hilo de los hechos que narra y fueron noticia en su día, aparece su criterio, lleno de sentido común y de humanidad.

4. Recuerdos

Con ellos nos hace revivir un mundo desaparecido y que tenía su encanto. Tienen un sabor más personal y por eso los he diferenciado de las costumbres.

5. Reflexiones

Son artículos escritos con el corazón en la mano y donde aparece, en toda su grandeza, su categoría espiritual.

6. Personajes

Lejos del ditirambo, expresa su admiración por algunas personas.

Por fin, recojo dos artículos dedicados a Santa Teresa y otros dos sin clasificar en los que aparece como el gran maestro, escribiendo casi sin tema sobre asuntos baladíes.

Esto, en lo que se refiere a sus artículos periodísticos.

Después se analiza su colaboración en revistas nacionales y regionales en el capítulo segundo. Los artículos recogidos en esta antología han sido espigados de cuatro revistas, además de los seleccionados de "Hogar", revista a la que ya he hecho referencia.

Capítulo aparte, aunque breve muy importante, es la presentación de Mugueta como autor teatral. Sólo unas pequeñas muestras se presentan de una faceta del escritor bastante desconocida y muy valorada por los que la disfrutaron y reprodujeron.

Como es lógico, de sus conferencias y mensajes radiofónicos nos quedan menos testimonios. Entre ellos he optado por un par de mensajes y la conferencia que dio en Ávila sobre Santa Teresa y el espíritu misionero, por ser tan significativa de su personalidad apostólica.

El último capítulo es una breve reseña de su libro: El Padre Carmelo.

Forzosamente en una antología hay que optar por elegir y esto resulta muy difícil cuando todo lo que se ofrece es tan bueno. Confío que alguna persona o institución se anime a editar sus obras completas. Se lo merece quien sabía ocultar sus grandes cualidades en un marco de sencillez encantadora.

JOSÉ ANTONIO MARCELLÁN
Pamplona, 7 de junio de 2000

I. EN LA PRENSA DIARIA

HACIA CASA

(Premio Luca de Tena 1932)

Siento un frío gozoso al poner el pie en Pamplona. Un frío precursor del cariño de la fogata que triunfa en la cocina aldeana...

Tomaré un taxi para que me lleve, rápido y audaz, hasta el mismo Pirineo. Mi pueblo, el pueblo donde yo nací y me esperan mis familiares, es antesala del Baztán y peldaño del puerto de Velate. Quiero llegar pronto a él; siento frío y tengo prisa.

Ribera abajo, en la ciudad del Pilar, perla del Ebro, he dejado mi cabina y auriculares de redactor nocturno. Allí queda el acervo de noticias revueltas, sensacionales unas, vulgares las más, y todas con dejos de intimidad secretona, que se acoge a mis oídos y yo divulgo, sin escrúpulos, desde las columnas del periódico. Crímenes, robos, huelgas. Guardias de asalto, que avizoran los movimientos del pueblo. Frase optimista del ministro. Postura del intelectual. Corazonada del diputado arribista. Incienso funerario a la Libertad. Uno que, para morir, revive a la Fe; muchos que, para vivir, piden trabajo y justicia. Bodas, entierros, fortuna y lágrimas, destierro y presunción... ¡Qué mosaico de verdades, qué colección de paradojas, qué contraste de luz y sombras recojo en mi cabina y deslindo en la carrera de mi pluma! Cosecha de la vida, que arraiga por origen y abunda en el barbecho de los años, sembrados de pasión y de egoísmo.

Ni sufro, ni gozo, ni echo cuentas mientras recolecto el oro y la hojarasca de los tiempos. En el campo de luz del corazón no pueden trillarse, ni distinta ni indistintamente, las emociones... ajenas. Soy jornalero, no propietario; siego, hacino y ordeno para que el lector, que es mi mayoral, almacene el trigo y prenda fuego en la cizaña.

Siempre he dado mano a mis tareas de transmisión sin ningún desquite pasional, sin ningún sobresalto emotivo. Como me cuentan, lo cuento. ¿Para qué había de "remover" una noticia y laconizar otra? La mejor glosa a los renglones que dicen un acto heroico o una catástrofe por alevosía son la consecuencia y el propósito que llamean en la mente y corazón de quien lee...; y yo, que escribo, no me atrevo a regalar deducciones, porque éstas son personales, no genéricas. Además..., "todo es según el color...".

Soy casi autómata, muy poco sensible en la cabina de redactor. Copio con gran facilidad cuadros ajenos, y apenas intercalo una pincelada de mi exclusiva. Ante esta experiencia personal me asalta mil veces la idea de que los hematíes me harán traición, porque la linfa, con falaces promesas, les habrá engañado.

Esto cierto, si mi corazón decretara elecciones, la sangre que me anima sería más blanca que roja.

Pero ahora rompo la obsesión de esta idea que, en su pertinacia dubitativa, es maléficamente infantil. Tengo mi sangre. La que hirvió contra Rolando y Napoleón; la que se ofreció en las Navas; la que circundó el mundo, generosa y aventurera. La que, ungida de místicos fervores, se arroba en el cenobio; la que, influenciada de un genio galanteador, echa a volar piropos en la calle.

¡Tengo mi sangre! Ahora..., cuando el desaliento de los míos me invade el rostro, creo y compruebo que es así. Estoy libre de acoso de noticia que (pese a la práctica y regularidad de mi centralilla humana) siempre hace subir el mercurio de los nervios. Esta libertad vacacional, de ocho días, se inicia alegre y traviesa, como chico en el recreo. El murmullo de la ciudad pompeyana, el cierzo sutil del Pirineo, son caricias familiares que aceleran el ritmo de mi pecho. Sumido en mis tareas de información, en la recepción de los latidos del mundo para emitirlos al mundo otra vez, no había tenido tiempo de analizarme; ni el ambiente era propicio para *autoauscultarse*... Pero ahora pienso en los míos, poco antes de abrazarlos, y el pensamiento florece en resoluciones. Sin saber por qué ni para qué, siento la espuela del deber, que me incita al *heroísmo.* Un héroe no se improvisa, aunque surja de momento. Un héroe ha de estar lleno de amor para desbordarse en sacrificios y desinterés. Un héroe tiene que templarse en la fragua de la intimidad, lo mismo para ser héroe popular que héroe desconocido. Y he aquí que el faro roto de mi destino se enciende... y, a la vista "de esta España moral que se derrumba", consulto mi cédula personal (una patente de ciudadanía) y formo este propósito: "No tributaré ya ni un céntimo en concepto de soltería".

Luego he de vivir la Nochebuena de 1932 en el casón de mis mayores. Enorme portalón, ancha escalera, amplísima cocina de campana y llares en medio. Desde los corrales al palomar, todo espacioso. Recias arcas de roble y cuadros antiguos. Ambiente señorial. Moho de tradición en las vigas y sillares; tradición cada día más vieja y más remoceada. Para el catálogo de la heráldica hay un escudo.

Los perros, vigilantes, ladrarán cuando yo llegue, pero me ofrecerán sus halagos al verme entre la familia patriarcalmente jerárquica. Mi abuelo, mis padres, mis hermanos y mis sobrinos; total, catorce... Conmigo, quince de familia.

Arderán grandes troncos de haya y roble en el fogón, y en el corro familiar habrá un puesto "para el pobre que anda en la calle". Cena abundante; mucha unión y mucha algarabía. A los turrones temblará la guitarra el preludio de la más sana alegría y unos labios cantarán:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir...

Presidirá el padre de mis padres en el escaño de roble ahumado. Sus manos, duras y sarmentosas, palparán la seda de una cabecita, inquieta como el ensueño, rizada y porfiadora como las olas en la playa. La lumbrarada de la fogata central pondrá reflejos temblones en la frente rugosa, imantada al suelo, y en la frente tersa, erguida la ilusión. ¡Mi abuelo y padrino; mi sobrinito y ahijado! En el corpulento árbol genealógico son una hojita que va a caer y otra que está brotando. Dos infancias que, sin comprenderse, juegan y se besan...

Como noche de Navidad, la nieve borrará los senderos y colgará en las ramas desnudas de los árboles las galas de su albor. ¡Pobre peregrino sin guía en la ruta! ¡Pobre huérfano, sin madre y sin hogar! ¡Pobre obrero... sin pan y sin trabajo!

Vibrará la campana más recia y solemne en el silencio de la noche, llamando a "misa del gallo"... ¡GLORIA A DIOS EN LAS ALTURAS Y PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD!

Cuando, a la vez que el año 1933, entre yo en Zaragoza llevaré en mi retina y en mi *kodak* las más sugestivas escenas, robadas a la vida familiar. Escenas de paz, de intimidad gozosa, de amor ilimitado. Un cristal y cuatro molduras guardarán, ¡para siempre!, la estampa ejemplar, brújula de mis pasos y deseos.

Después..., también yo, como hombre, sabré tener un remanso en la vida. También yo, como ciudadano, sabré cimentar la grandeza y prosperidad de la Patria. También yo, como periodista, sabré encontrar tranquilidad y calor de nido en "mi casa"..., después de barajar precipitadamente cada día los azares del mundo. Dios tendrá un nuevo templo y la verdad un punto más de apoyo. No son cosas del cálculo; son cosas del corazón..., y el corazón es un brujo.

(*Diario de Navarra,* 27 de diciembre de 1932)

CON RETRASO

He visto retratado su bronce en la portada de ABC. Con aire de quehaceres profundos. El bigote sin guías. Con unos ojos que, hasta en escultura se adivinan claros; mérito del artista o imperiosa influencia de ese primer sentido a que se asoma el alma. Y, cercana como una caricia y breve como un epitafio, esta enunciación en doce y medio renglones:

EL CENTENARIO
DE DON TORCUATO
LUCA DE TENA

Y ÁLVAREZ-OSSORIO

Hoy hace cien años que nació en Sevilla el fundador de "Blanco y Negro" y ABC, primer Marqués de Luca de Tena, cuya obra periodística es inolvidable. Habiendo podido serlo todo en la vida española, nunca quiso ser más que eso: periodista.

Yo repito en silencio, meditativamente, esa última frase; mejor, la última palabra: *periodista.*

Nunca quiso ser más que eso. Y ¿quién dice que *eso* sea poco? Él sabía la enjundia y el alcance de tan noble actividad. Anticipándose al tiempo y las ideas, alertábase en lo que un verdadero periodista pudiera y debía ser. De ahí tal vez el gesto de incisiva preocupación –ahora cunde un verbo: responsabilizar– que en el retrato campea. Porque Don Torcuato no es propiamente de ayer; en esas lides de compleja combatividad y de orientación serena pervive ¡ya lo creo! a través de su obra engastada en un meritísimo *continuará.* Siempre el periodismo a caza de la *última hora:* para decirla en tres líneas o comentarla en cuatro; y última hora es... nunca. Porque el periodismo atisba, muchas veces, la hora por llegar. Y, para cuando llegue, despertará a su vez una apostilla; como despierta, pensando en abril, la raíz de las flores.

Y bien, a lo que iba. Yo no le conocí, pero le conozco. Le hablaría de tú; porque, a los que doblaron la curvatura del tiempo, el decirles de usted parece cursilería y, dirigiéndose a los de doble inmortalidad, casi un desacato. *De vos,* él no admitiría; que, por ser tan prócer, seguirá siendo llano. Pues a su llaneza se acoge mi nadería para recordarle un regalo que me hizo; y para agradecérselo. Era, precisamente, a 21 de febrero de 1933; cuando él hubiese cumplido 72 años de edad. Valiéndose de tres periodistas muy periodistas –Manuel Delgado Barreto, Francisco Lucientes y Francisco Verdugo– me regaló *su* premio. En el día de su santo, a lo muy señor y como quien no hace nada. Fue aquel día –lo recuerdo–, aunque el acta se fechara más tarde. Nevaba aquí en el Norte con ahínco de nevar cuando vino la noticia en papel verdiazul y tiras blancas y letras mayúsculas. Muy alta la noche y a cero el termómetro. La fineza de Don Torcuato, unificando el juicio de los jueces, fue para el último de quienes optábamos a su galardón. El último. No lo digo por formularia humildad; lo digo porque fue así. Y así es; así continúa siéndolo. Una prueba de ello: en el libro-recopilación de Premios CAVIA y LUCA DE TENA, editado por Prensa Española en el cincuentenario de ABC, Antonio Rodríguez de León, buen conjugador de tildes biográficos, no halló materia para hablar de mí. Y estuvo muy en su papel; pues cualquier añadidura a lo que dijo no hubiese sido ya biografía sino divagación. De aquella especie de cortedad suya la culpa era exclusivamen-

te mía. El caso es que, si ahora me *biografiase,* casi nada podría agregar. Fíjense ustedes que, de entonces a aquí, no he logrado siquiera hacerme periodista. Y que se me perdone ese intruso *siquiera,* al que no he querido dar malévolo carácter limitativo. Que periodista es ser mucho –repetimos–; más, desde luego, de lo que parece. Por eso alcanza hoy rango de título oficial, después de un nada flojo plan de estudios. Aunque siempre será verdad que, como el poeta, el periodista nace, radicando ahí el mejor fundamento de poder hacerse.

Podríamos sentirnos gemelos Don Torcuato y yo en la afición intensa y desgarrada al periodismo. No tendría él a menos gemelarse conmigo –con este pobre– en tan gran amor; pues no hay latido que valga menos que otro cuando se funden dos para ser uno sólo. Él fue periodista, y no quiso ser más que eso; de ahí su alteza en la especialidad. Yo quise haberlo sido... y no lo soy. Para él sólo, para que lo acoja en la serenidad de su grandeza y a nadie se lo diga, cuento ahora este fallido empeño entre mis ilusiones. A los demás no se lo digo; ¿para qué? El milagro dependerá de mí; que Dios suele querer nuestro arranque para decidirse al milagro.

Triunfos y fallos juegan de continuo en este nuestro vivir. Y fallos habrá que, providencialmente, sean triunfos; y al revés. Don Torcuato me hizo triunfar una vez en la vida; y desde entonces vivo más acentuada la ambición de seguir escribiendo. Todos los días, muy de par de mañana, hago un rato de prensa. Luego, temeroso de llegar tarde, voy corriendo a mi labor administrativa en la fábrica de siempre. Y tan contento. Tiene que haber de todo; y todo es bueno con pureza de intención. El caso es no ser pieza desencajada.

Don Torcuato, de tan altas entendederas, me entiende a maravilla cuando le confío este desmandarse de mis soliloquios, que pretendo sea en vuelo de oración. Porque la oración es el nexo más seguro y entrañable de cuantos pueden unir a los vivos con los muertos y a los vivos entre sí. Porque Don Torcuato vive. Hasta parece que bajo el retrato de ese bronce adecuadamente rugoso, al mover la hoja de la portada de ABC, se le hace palpitar...

A provincias y de provincias, aunque el correo ande bien, no es difícil llegar un poco tarde. De ahí que mi recuerdo –pero ¿quién me ha llamado a intervenir?– le llegue con retraso. Pero ¿qué importa? Cien años y algunos días no son menos que cien años.

(*Ya,* 1961)

YO CONFIESO...

He sido ahora, por un momento, noticia leve en la prensa. Hace treinta y siete años también lo fui, de algún interés. ¿Queda lejos lo de entonces? Según se estime. El tiempo parece corto. Y el buen ánimo libre está de envejecer. Así que mejor será no barajar distancias, sabiendo que nunca se llega tarde cuando sigue en vanguardia el deseo de llegar.

Pues bien, días atrás vinieron a estar conmigo dos periodistas. Traíanme una novedad que debí haberla sorprendido antes que ellos y que ni siquiera la sospechaba. Ya ha rodado por ahí. A cuenta de ella escribo. Se trata de este honroso y original decanato: como titular de un premio que anualmente se adjudica –el premio Luca de Tena–, y por haber fallecido los titulares o adjudicatarios anteriores a mí, quedo primero, con arreglo al orden de adjudicación, entre los que aún vivimos. ¿Nada más? Sólo eso. Sin mérito alguno por mi parte para tal primacía. Cuando yo muera, otro será, siguiendo turno, el decano; y así sucesivamente.

Los de la prensa, que están en todo, hicieron por eso viaje desde Madrid, llevándose, de vuelta, más información; no dan paso en balde.

El periodista vive su enamoramiento por la profesión. Sabe cómo darse a los demás y cómo interesarles. De ahí que uno acepte confesarse con el periodista; o el periodista, como quien no hace nada, le arrancará confesiones. De ahí que, hablando con esos dos aludidos, salió a relucir hasta mi abuela. ¡Lástima que ellos u otros de igual temple no la hubiesen conocido! Era de un garbo y laboriosidad imponentes. Lavandera sobre la piedra del río, mondonguera durante la matanza del cerdo, guisandera de fama en fiestas comarcales, e incluso portera. Sus manos, hechas a lavar y lavarse con mucho jabón, bautizaron en más de un caso de necesidad; lo harían con decisión, aunque algo temblorosas por lo augusto del momento.

Hasta de mi abuela hablé, pues, para los periodistas. Y lo de mi abuela queda bastante lejano. Tiempo ha que en mi maquinilla eléctrica de afeitar vengo cosechando cenizas y pronto, Dios mediante, cosecharé nieve. De modo que, en edad, dejé de ser chico; en otros aspectos, no. Y que dure.

Noticias e impresiones todos tenemos. Cada cual apechuga con su pasado y su presente, de cara al porvenir. Aún sin méritos para una biografía, algún cachito de actualidad bien podría pertenecernos de tarde en tarde.

Actualidad buscan –afanosos, de prisa– los informadores. Son ellos como abejas de flor en flor. Claro que también florecen –y así habrá de ser– cardos y espinos, mientras disimulan su floración –y habrá de ser así– el trigal y el viñedo.

Actualidad. Me gustan los periodistas, por lo comprometido y fundamental de su tarea. Y el periodismo me gusta, porque, de suyo, vale un valer; como todo lo que bien se haga. Todo está en la intención con que se hace. Obras llamativas pueden empequeñecernos y obras ocultas pueden crecer con pujanza cimera. ¿Quién conoce la verdadera importancia de las cosas, de los afanes, de las actitudes? Difícil ese papel de estimadores en cuanto al valor y trascendencia y eficacia de lo que merece contarse y de lo que silenciarse debiera en el noticiario.

Al público hay que educarle previamente el paladar para una más provechosa degustación de aquello que se le sirve. Delicado servicio el del informador, sea de palabra o por escrito. Pero a todos toca servir, en lo que fuere y como fuere, a los demás. Nadie está solo en el mundo ni ha de limitarse a trabajar ex-

clusivamente para sí. Trabajo y trabajos cuentan para convertirse en solicitud hacia el prójimo; e igualmente alegrías y satisfacciones. Que nada se desperdicie. Cada cual ha de triunfar asociando a su propia cruz las de los otros; en plan egoísta no se va a ninguna parte. De ahí que nos punce, a cualquier hora, esta pregunta: ¿habré hecho yo en la vida algo que realmente merezca la pena?

Con mucho tiento y amor, los periodistas que me visitaron insistían en que pude y puedo hacer más dentro del periodismo. No digo que no. He venido haciendo a diario lo mío en otro quehacer. Calladamente. Sin firma ni seudónimo. Cuando pongo mensualmente nombre, apellido y rúbrica en el talonario de retribuciones, deseo con toda el alma que mi rendimiento sea superior a lo que perciba.

Todo empleo exige una entrega e implica un honor. Y tanto la mesa de redacción como la de oficina, merecen una y otra su poema. El caso es saber cantarlo... El caso es hacer de la vida una canción, estemos donde estemos y en lo que estuviéramos.

Algunas veces hice pinitos de pluriempleo asomándome a la prensa; me invadía e invade, como publicista, verdadero entusiasmo vocacional. Sin embargo, apenas publico. ¿Diré que no intereso? Tal vez no sepa interesar. ¿Creí que era más fácil mantenerse en los periódicos? Cada periódico tiene su director y su jefe de colaboraciones, que juzgan y tamizan y seleccionan y rechazan. A mí me han rechazado muchas veces, y pueden faltarme perseverancia y paciencia y tesón para insistir. Pude equivocarme más de una vez. ¿Quién no tiene sus equivocaciones?

Yo me acuso de negligencia y desánimo; de timidez, de contentarme con menos, de no seguir adelante. Está bien –¡qué duda cabe!– repasar facturas y escribir cartas comerciales y hacer asientos de contabilidad. Alguien tiene que hacerlo. Y siempre cabe poner en tela de juicio si un cometido laboral de más relieve sería, parejamente, de un mérito mayor. Bien está lo pequeño, que la buena intención hace grande.

Yo me acuso de esta especie de rutina cuando la panorámica del mundo exige nuevo impulso y alcance en nuestra intervención personal para que el mundo mejore. Aunque se me entromete, sutil, esta pregunta: ¿qué haría Cristo tanto tiempo, con el pelo salpicado de serrín, en el taller? Claro que Él redimía por igual con la gota de sudor y con la gota de sangre. Y el suyo, salvando las distancias, podría no ser mi caso.

Si de todos modos, también como periodista he de ganar mi denario, lo haré aunque sea en la hora undécima; con ahínco de quien llega retrasado a la parcela, pero consciente de que lo puedo ganar.

(*Ya,* 1970)

CONTRASENTIDO

Lo del vino está que arde. Desde la Mancha insisten en que se beba un poquito más; sólo un poquito por cabeza o habitante en edad o situación de beber, y ello acarreará cierto alivio al problema económico que la abundancia de esta rica bebida plantea.

El excesivo almacenamiento trae a los cosecheros de canto; comercialmente, les hace perder estabilidad. Como a un beodo le tuerce el paso y le nubla la vista un demasiado embuchamiento del engaño de Noé.

Daimiel llega al extremo de disponerse a que los incendios se apaguen con mosto. Todo lo tiene prevenido para que, cuando el siniestro ocurra –Dios no lo permita– las mangueras de los bomberos vomiten a gran presión el "divino" clarete de su privilegiada cosecha. Nunca el agua pudo tener tan insospechado suplente en su lucha con el fuego.

De antaño consta que importantes edificios y torres de iglesias sostienen sus piedras y ladrillos con amasijo vinoso de alta graduación. Yo siempre he creído que en tales afirmaciones chapadas a la antigua y escritas en pergamino, juegan no poco imaginación y leyenda. Porque aquellos sesudos albañiles y maestros de obras no tendrían "alma" para consentir el uso del preciado líquido en la composición del mortero. Les repugnaría –de todas, todas– el tono avinagrado de la masa.

No digo que, alguna vez, por capricho de algún raro señor –que siempre los hubo– se emplease algo de vino bueno en tan barroso, aunque por otro lado, noble menester; y a ello pudo obligar también la pertinaz sequía de fuentes y ríos. Pero salvo situaciones de supina excepción, de la cuba a la mesa y del vaso al paladar haría su provechoso recorrido el fermentado fruto de la vid. Contribuyendo siempre a la perfecta digestión, y alegrando el cotarro; como es su destino desde la salida del arca noémica hasta este mismo instante.

Además, si los importadores de nuestra soleada riqueza vinícola –que en su país de destino lo pagan, por insustituible a peso de oro– se enterasen de un empleo tan desviatoriamente derrochón como el de apagar incendios a fuerza de semejante "caldo", capaces serían de venir a impedirlo pistola en mano o a cañonazo limpio; o de enviar, invadiendo el espacio, bombas atómicas a discreción. –No hay derecho –forzoso es que digan– a despilfarrar así lo que tanto vale y nos cuesta, que tan a gusto se ingiere, que tanta alegría da y proporciona al fisco ingresos descomunales.

Tendrían mucha razón, toda la razón; apagar incendios con aquello que debiera producirlos, ¡a quién se le ocurre...! Cuando, por añadidura, debe traernos divisas más saneadas que las del turismo.

Si de nuevo cabalgasen, en son de aventuras, los dos mejores personajes cervantinos, iríase diciendo a su orondo escudero el espigado caballero andante: –Cosas veredes, Sancho, que a toda credulidad se resisten con emperrada tozudez. Cosas veredes, como en jamás de los jamases viste: cual es, una muy principal, la de que el espíritu mejor de nuestros feraces campos a pelear lo pongan, contra su voluntad y destino, frente al ígneo elemento en destructoras llamas agigantado. Sábete, Sancho, que por este camino a locuras sin cuento vase a parar en desgobierno común; y plegue a Dios que ambos a dos siquiera nos salvemos de tanto desvarío, para hacer entrar en razón a gentes venideras, a sinrazón propensas desde el seno de su madre.

El vino de la Mancha clama con gran clamor por su justo destino; que es el de que lo beban. Aunque arda el mundo por sus cuatro costados. Claro que hay maneras de salirse de lo razonable; como les ocurre a setenta millones de norteamericanos, que beben más de lo debido. De ahí el establecimiento de un centro oficial contra el alcoholismo; bajo el control del departamento de Sanidad, Educación y Bienestar; tres títulos respetables.

Si se reduce el consumo, los de Daimiel tienen que seguir más en sus trece. Y a apagar... los bomberos.

(*El Pensamiento Navarro,* 29 de octubre de 1960)

FEOS

Entre mil prácticas que los tiempos introducen y llevan adelante, rige en éstos de ahora la de concursar a cada tres por dos... Concurso para todo. Y la puntuación consiguiente... Aquilatando méritos, en busca del triunfo.

Más que en palabras, en números quiere escribirse la Historia. La historia larga de los hechos breves. Porque esta película del mundo de hoy se filma y dobla vertiginosamente; y, en sesión continua, se proyecta cada vez a mayor velocidad.

Así que, puntos cuentan. Para las calificaciones del estudiante. Para el premio de la montaña en ciclismo. Y en los rounds de boxeo. Y en la tabla clasificatoria de los equipos de fútbol. Para lo que sea y en lo que fuere; sin dar preponderancia precisamente al deporte.

Laboralmente hablando, ahí está el sistema por el que se gradúa y compara la productividad. Y, en política, se dice que Papandreu ha perdido puntos. A la hora de las recomendaciones, no dejan de valer esos dos puntos que, epistolarmente, se interponen entre el saludo –"querido amigo"– y el texto que sigue.

Me gustaría saber en qué forma y hasta cuánto se le ha hecho puntuar a esos esforzados varones que aspiraban a vencer en un concurso de feos. Es una aspiración muy viril, a la que pocos se atreven. El día en que las mujeres se atrevan a tanto, tendrán inmediata realización los mayores cataclismos que anuncia el Apocalipsis. Pues será señal de que los mundos se han desquiciado de veras

–con las estrellas a punto de caer del firmamento– ante lo nunca visto ni previsto.

Pero tranquiliza el pensar que un concurso de feas es del todo imposible. Porque no habría mujer concursante a ello; y, más principalmente, porque no hay mujer fea. Ni una sola. Podrá, en el peor de los casos, ser menos guapa, y hasta no ser guapa; pero fea, ninguna.

Lo de la fealdad facial queda exclusivamente para el hombre. Que tampoco le es aplicable de modo absoluto, por aquello del refrán:

"El hombre y el oso
cuanto más feo, más hermoso"

Un bonito realce a la inversa, de dos pareados de fácil rima, no exenta de ripio.

Sin embargo, en la localidad inglesa de Egremont se ha concursado para elegir "míster feo". Y para uno fue el honor; y otros dos quedaron, por aproximación, a derecha e izquierda, haciéndole corte. Con todas las de la ley. En el acta del jurado constarán los obligados pormenores: por tener la nariz así, tantos puntos; por la boca torcida, tantos; tantos por la frente en pirámide, por las orejas grandes, por los ojos mínimos, por la mandíbula inferior..., etc., etc. Un muy interesante resumen descriptivo, en desmenuzamiento de antibelleza. Resultando que los puntos negativos son los que valen, al convertirse en positivos. Para sí quisieran semejante milagro algunos "onces" balompédicos.

Amigos de Inglaterra: ser feo está permitido; no lo impide la constitución del reino; y, además, a todo hay quien gane. Lo que no se puede es presumir de serlo. Aunque, si de hermosura se presume ¿por qué no de lo contrario? Esto tiene su intríngulis. Como lo del Peñón de Gibraltar. Y habrá que llevarlo también a la ONU. La ONU halla soluciones para todo, aunque lo difícil sea aplicarlas. Entretanto, que a nadie se le ocurra recordar la canción de hace unos años:

"Que se mueran los feos;
que se mueran, que se mueran...!"

Y, claro, los feos se mueren. Pero también los guapos. En cuyo trance, que se resuelve por sí o por no, ¡cualquiera sabe cómo andan las puntuaciones! La muerte viene a ser concurso definitivo.

(*El Pensamiento Navarro,* 30 de septiembre de 1965)

SEIS

La noticia es de las que emocionan. Cabe, si se quiere, en pocas líneas; y no hay líneas bastantes para comentarla.

Seis hermanos carnales, con motivo de la primera misa del más joven de ellos, coinciden, como sacerdotes, en la misma mesa de altar. Concelebrando los seis. Y los seis son dominicos. Caso único tal vez en el mundo. Se ha dado en Pamplona hace cuatro días. En Navarra tenía que ser. La prensa lo ha recogido ampliamente. Y la televisión lo llevó a sus pantallas. No hay quien no sepa este acontecimiento singular.

Y da gusto contarlo de nuevo. Para un repaso de lo tan gratamente impresionante. Para reproducir luces y aromas de espíritu. Para hallarse uno más cómodo en la incomodidad de la vida. Para que a uno le alcancen, de manera casi sensible, las caricias de lo alto.

Todo y todos de gala ante lo nunca visto. Y cada cual a vueltas, para sí, con este pensamiento: –No se me dará en la vida otra ocasión...

La ceremonia en la iglesia de Santo Domingo. ¿Dónde, pues? Por encima del misacantano, por encima de los concelebrantes revestidos, otra personalidad. ¡Que ya es decir! Pues sí: por encima de todos, el padre de los seis.

Estos seis se llaman: Ángel, Carlos, Gabino, José Luis, Joaquín y Juan Antonio; éste es el benjamín. Pero no importa el orden. Zabalza e Iriarte son sus apellidos. El padre es don Alejandro Zabalza. Hortelano de profesión. A orillas del Arga. En la Rochapea. Afanoso y jovial. Madrugador siempre; conforme a las exigencias del trabajo. Enfermo trece años; sin salir de casa. Ninguna otra primera misa de sus hijos pudo presidir. Hoy (8 de agosto de 1965), en la del "pequeño" preside la de los seis. Con emoción serena. Con una gratitud que él sólo sabe. Con una alegría que tiene su pena. Su esposa –la madre– no es madrina con él. En las cinco anteriores solemnidades ella estuvo presente; y él no. Ahora, al revés. Dios hace así las cosas; y todo lo hace bien.

Ella, doña Sabina, anda merodeando, invisible y de veras, entre sus hijos del altar. Y les besa, uno a uno con ese aleteo de interminable bienaventuranza. Y besa a su marido. Y besa también a su hija Rosario, que le sustituye en la ceremonia. Y a sus otros dos hijos, casados, que también forman parte de la presidencia, con sus mujeres.

Del Cielo nadie necesita trasladarse a parte alguna; por estar en todas partes. Pero el Cielo en bloque se asoma aquí a ver. Y Domingo el de Guzmán lleva un revuelo de hábito –incluyendo la capa, claro está– por las redondeces de la gloria que ésta es mayor si cabe que otros días. Allí donde los días ya no cuentan. Un revuelo de hábito que abanica la cara de los fieles, que llenan su templo de junto al mercado, en el viejo Pamplona. En este Pamplona, que supo entregarle la familia más dominicana de cuantas hubiere habido.

A la hora del "Te Deum...", el beso más caliente y perfumado el del hortelano de la Rochapea; que pasó la vida entre verduras y flores y agua rumorosa; que sigue mirando a la huerta, con sus setenta años de recuperada salud. (Y el beso de la madre, con indiscutible derecho a intervenir hoy en todo... sin que nadie la vea.)

Madre de seis sacerdotes: hermosa aportación a la salud del mundo, al bien de la humanidad. La madre no lo es más ni mejor por tener un hijo o va-

rios hijos sacerdotes; siendo igualmente digna y elogiable y santa en caso de que el hijo no alcance la dignidad tan destacada. Pero, ya nos entendemos.

Como nos entendemos al decir que la madre de estos Zabalza anda el 8 de agosto de 1965 incansablemente metida en detalles; con esa solicitud de que suelen presumir las amas de casa, repitiendo entre apuradas y complacidas: ¡ha de estar una en todo...!

Enhorabuena. A ver cuándo y cómo se supera –¡siquiera se igualase!– tal acontecimiento.

(*El Pensamiento Navarro,* 15 de agosto de 1965)

METRO

¡Buena la ha hecho, ciudadano Fenterner, desobedeciendo unas ordenanzas! le expulsan de Suiza, que pasa por país equilibrado; tanto, que no permite sesenta y ocho centímetros de más en la altura de una casa. He ahí el motivo de su expulsión; bueno, del emplazamiento para que salga, en breves días, de tan hermosa tierra. Que viene a ser lo mismo. Algo contundente.

Sesenta y ocho centímetros equivalen a 29,24 pulgadas en Castilla, y a 2,44 pies. Pero dejémonos de equivalencias, porque el sistema métrico decimal se impone. Hablemos, pues, de los sesenta y ocho centímetros a que se constriñen la demanda y la sanción.

¿Cómo le ha ocurrido a usted hacer eso? Eso es gravísimo en Suiza. No merece usted residir en nación tan pacíficamente cantonal; tan comedida internacionalmente. Ya sabe usted: nunca entra en guerra, y la guerra suele respetarla. Lo que no hacen las grandes ambiciones de los poderosos ha hecho usted con su "calaverada" urbanística; turbar la paz allí donde la paz no suele ser turbada. Como no sea entre el vecindario; que eso, en rigor, no cuenta.

Sí, honorable y rebelde calculista Fenterner; una calaverada por todo lo alto. De lo alto le sobra a esa su casa lo que le sobra. Ahora bien, si usted consigue que el cimiento se hunda en la proporción dicha, será igual. Será igual, a reserva de lo que dispongan esas mismas ordenanzas. Porque si ordenan que lo ordenado se cumpla por desmoche, a desmochar se ha dicho.

Habrá oído usted, sin duda –el episodio es de gran alcance–, lo de aquel señor que, teniendo que usar vara como atributo de su autoridad, advirtió inmediatamente que no se correspondían bien la talla de aquélla y la de su persona física. Hombre de expeditivas y prontas decisiones, hizo cortar la vara por la empuñadura. La empuñadura era de metal precioso y bien labrado; una filigrana. Pero no era cosa de andarse en chiquitas ni en sentimentalismos. Cuando alguien le insinuó que podía haberse cortado de abajo, por el extremo de la contera, la réplica del mandamás fue: "¡si de donde me sobraba era de arriba!" Por su genial clarividencia, lo mantuvieron vitaliciamente en el cargo.

Su casa de usted, ciudadano Fenterner, se excede por el tejado, por la terraza, por el casquete. Y es necesario que entre en régimen de uniformidad; no le alcanza el de excepción.

Ignoramos todavía si el empinado edificio es de nueva construcción; se supone que lo será, y que el arquitecto o el contratista no calcularon bien las medidas. Pero, ante las ordenanzas, quien se ha equivocado es usted. Sólo falta que la hubiese adquirido, ya construída, bien por compra o por herencia. Entonces, se encadenarían responsabilidades.

De todas formas, si no corrige el entuerto, tiene usted que abandonar domicilio y patria. A ello se le invita conminatoriamente; y una invitación así no es posible rechazarla. Piénselo usted bien.

Quiero suponer que la casa no será de una sola planta, y que, si le merma sesenta y ocho centímetros de alzada, haya de entrar en ella a cuatro manos y achichonarse la cabeza contra el techo. Tampoco quiero suponer que se trata de un rascacielos, cuyos últimos sesenta y ocho centímetros puedan dejar chiquitos a los Alpes. Será un inmueble de estatura normal y corriente, pero que alardea un poco de crecimiento, en contra de las exigencias de la planificación en su línea vertical. Y esto resulta, a todas luces, provocativo.

Nada, señor Fenterner: en la Suiza pacífica de siempre; dé su brazo a torcer y no sea terco. Corrija ese defectillo, y a vivir. Ya que ha conseguido usted ser noticia, ahora marcha atrás. Y, otra vez que construya, hágalo por palmos, que son medida variable y flexible. No lo haga aplicando la exactitud matemática del metro, que no da margen a concesiones. El metro, que es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre que pasa por París... Una definición larga y rigurosa, que aprendimos de chicos en la escuela y que, de mayores, se nos ha olvidado.

(*El Pensamiento Navarro,* 9 de octubre de 1965)

ANTICIPADAMENTE

¿Ustedes leyeron? Me hizo gracia el despiste, mayúsculo, de la señora Spillman, que ha establecido una marca –no, un récord– en el mundo libre de las distracciones. ¡A ver quién la supera!

Esta dama británica es sargento de policía local. Dado el título, nos la suponemos fuerte, erguida, "cascantona". Lo que no impide que sea fina y amable y atenta con todos. Y, además culta, especializada en no sé qué rama del humano saber. Hasta el punto de que suele disertar académicamente. A ello le invitaron no hace mucho; y la invitación sigue todavía en pie.

Lo ocurrido es muy de nuevo cuño, y merece comentarse. La señora Spillman tenía el encargo –y tiene– de dar una conferencia; nada menos que en el Instituto Femenino. La concurrencia que a un local así puede esperarse exigirá tema sugestivo y delicado. Un verdadero compromiso para la conferenciante.

A tan respetable tribuna no se lleva cualquier cosa; sino mucho que decir y para bien decirlo. Mujer que a mujeres hable ha de tener pico de oro. Y sólida preparación, y oportuna la sonrisa, y actitud desenvuelta y tono irónico. Y lengua expedita, claro. Pero no bastan palabrería y gesto curvilíneo en el accionado; hacen falta otros valores.

Con su temblorcillo hay que ir en casos tales; y se va. Aunque disimulándolo todo lo posible. En esclavizado servicio a la palabra fácil, que es tan difícil. Queriendo agarrar la sencillez por los pelos, en previsión de ciertos baches discursivos y ese mortificante titubeo interior que siempre ronda al "tribuno".

Hablando a los demás, estorba todo: las manos, la mirada, la mesa presidencial, el acomodamiento en las primeras filas, el micrófono, la jarrita con agua de beber, el fotógrafo a la caza de actitudes... Se estorba uno a sí mismo, continuamente, en mil detalles sueltos.

...Y estorbo principal, definitivo, el público: su silencio expectante, sus golpecitos de tos, su revolverse un poco en el asiento, su emoción a medias, su indulgente impasibilidad, su pereza en aplaudir, su aplauso tibio, su ovación explosiva... ¿También ésta? También; que obliga a superarse. Y a la superación ¿cuándo se llega?

Lo que más "viste", al hablar, es hacerlo, como si no se hiciera; al hilo de lo que salga. Siempre que salga, graciosa y espontáneamente, lo que hubiere de salir; redondeando el discurso en propiedad y eficacia y belleza. Hablar como si no. La elocuencia dejó de ser altisonante...

Y, por estos cauces normativos, nos olvidamos de la señora Spillman. Pues la británica señora Spillman tenía a su cargo una conferencia –sobre lo que fuere– en un Instituto femenino. Llegado el día y siendo ya la hora, nadie había en la sala cuando ella acudió... Y las inglesas no son españolas –ni españoles– respecto a la puntualidad. Nadie en la sala: estupenda ocasión para hablar a sus anchas, sin oyentes. Pero el amor propio la intranquilizó. Nadie quería oírle. Desdeñosa casualidad colectiva. Bueno, casualidad... Es que no interesaba a sus congéneres; ni por curiosidad, ni por espíritu de sexo. Un desprecio total; de todas y cada una. Con lo que cuesta prepararse a propia satisfacción...

Momentos de terrible desengaño. Como para quebrantar el ánimo de una sargento de policía; que, con mis mayores respetos a la virilidad, juzgo superior a un sargento.

Pero el desánimo pudo diluirse al comprobar que la conferenciante había ido a disertar con un año de anticipación. Y un año entero no hay público que espere; ni siquiera el inglés. En medio de todo, siendo así, menos mal.

Recobrada su ilusión, la señora Spillman dice que ahora dispone de mucho más tiempo –cuando el tiempo se le había terminado– para preparar su charla. Pero también tendrá más larga pesadilla. Váyase, pues, lo uno por lo otro.

(*El Pensamiento Navarro,* 4 de diciembre de 1965)

AVERÍA

Yo estaba esperando la contranoticia. Y estoy esperándola. Y me canso de esperar. Para mí no va nada, ni viene; pero acuso cierta solidaridad con diez mil trabajadores de una firma extranjera que no sé si habrán cobrado todavía su salario de noviembre último. Y diciembre avanza, con los días más cortos y más largas noches de aquí a Santa Lucía en que la luz empieza a ganar algo.

Eso es todo; que la contranoticia no llega. En sí carecerá de novedad; si bien, por las circunstancias, la considero estimable.

Los aludidos diez mil trabajadores de una empresa importante –lo de "Importante" deja de ser aquí pura fórmula– esperaban haber recibido su correspondiente retribución mensual el 26 del próximo pasado; sin esperar al día 30, que parece un más rotundo final de plazo, aunque en rigor no lo sea. Pero he aquí que la caja donde se guardaban tales emolumentos –unos tres millones de dólares– se negó a obedecer las consignas que forman la clave de su cerradura, "y el administrador no pudo abrirla".

Y todos esperando al administrador, y éste a la caja fuerte, y la caja a su propio remedio.

Si el que espera desespera, júzguese lo desesperante de la situación con tantas urgencias encadenadas.

No hay que ser demasiado celoso de caudales en custodia. Lo que se guarda no es para siempre guardarlo; que cada cosa pide su avío. Enterrar talentos equivale a pérdida de talentos. No todo bajo tierra echa raíces.

Puede la caja desarreglarse. Su misma seguridad exige complicaciones propensas al desarreglo. Por lo minucioso y complejo de su mecanismo, cualquier mota vale para viga en el ojo de la llave. Será, aisladamente considerado, algo insignificante lo que ocurre; pero en la práctica trasciende a mucho.

Una muesca, un resorte, una nonada; rebeldía mínima, de máximas consecuencias. Difícil de estimar en cuanto vale y supone lo que decimos corriente y moliente; lo trivial y monótono, lo aparentemende débil, lo escondido. Somos cada cual un simple cacharrillo en el conjunto; y, no actuando con regularidad y precisión todas sus piezas, el conjunto falla. Y obstruímos, por una ligereza, el disfrute de sagrados derechos; y demoramos el ejercicio y aplicación de la justicia; y damos pie a un malestar del que después nos quejamos en vez de arrepentirnos.

La caja averiada se habría abierto, después. A fuerza de repetidos y cuidadosos intentos. O con violencia airada y contundente. A buenas o a malas. Como se pudo; haciendo un poder.

Yo tenía curiosidad por saberlo. Diez mil trabajadores, esperando a cobrar lo que les pertenece y necesitan, son diez mil problemas que parecen uno, pero que derivan en otros diez mil o más, y que se multiplican insospechadamente.

En este caso concreto, nadie tiene la culpa de nada. Una avería; lo puramente mecánico, por inculpable, no puede ser inculpado. El pobre administrador pasaría un mal rato, malísimo. Y los involuntariamente "desadministrados",

aun siendo el hecho fortuito, propenden a murmurar y encresparse, como las olas... Y más, siendo tan numerosos y en grupo.

Pero vamos; al no haber contranoticia, señal es de que todo habríase arreglado normalmente. Cuando la mar no suena, tranquila está la mar. Y una feliz navegación es poco noticiable; pasa, por decirlo así, desapercibida. Que viene a ser lo mejor.

...Y que ninguna caja de caudales se desarregle estando cerrada.

(*El Pensamiento Navarro,* 5 de diciembre de 1965)

BACHES

Nada merece desprecio; que todo y cualquier cosa valen para lo que valen. El dicho de "no hay mal que por bien no venga" es de aplicación continua.

¿Sabríamos decir para qué sirve un bache? Para romper ballestas de automóvil. Para pisar en vano, y caerse de bruces o de espalda. Para que, si ha llovido, cualquier vehículo lanzado nos "abanique la ropa" hasta allí. Para que el entusiasta "chirrindulari" parta la horquilla de su bicicleta. Un bache puede conducir a mil estropicios.

Y, si de bache, desciende a socavón, entra en el capítulo de las preocupaciones municipales o de las que lleva consigo la Dirección General de Carreteras; según dónde y hasta cuándo sea el terreno fallido.

Un bache es capaz de reducir, en su parte alícuota, ese estimable acervo de divisas que proporciona el turismo; y capaz sería de avergonzarnos, además, internacionalmente.

Aquí, fuera baches. Mantengamos a España en fácil y despreocupada invitación a circular sin sorpresas de tan baja índole.

Que el pie y el neumático hayan de subir y bajar cuestas, es impepinable. Conformes, de toda conformidad. Lo liso, no está mal nunca. Lo llano y siempre llano, resultaría excesivamente monótono. Altibajos ha de haber; pero con cuenta y razón, con tiento y elegancia. Por grato contraste; no, repulsivamente.

Claro que los turistas tienen sus rarezas y su especialísimo punto de vista en muchas cosas y en muchos casos. Y saben convertir, más de cuatro veces, en juerga el contratiempo; que viene a ser una especie de virtud sin clasificar. Igual les daría a los turistas –en ocurrente idea de Pemán– ir o venir a visitar el bache, como se visita un museo. Pero aún así, no sufriríamos los españoles vergüenza semejante. Nuestra dignidad no es un número de circo.

Repetimos que aquí, en España, baches no. En Nueva Zelanda, allá se las vean con el problemita. Porque en alguna vía terrestre de Nueva Zelanda hay baches hasta para resucitar a un muerto. Como que lo han resucitado.

La noticia, más que pintoresca, es transcendental. Llevaban al depósito de cadáveres el de un presunto ahogado. Boca abajo lo llevaban, por no se sabe qué reglas de comodidad y buena postura... Cuando he aquí que al interfecto le ocurre preguntar: ¿a dónde me llevan? Y hubieron de volverse.

"Según se cree –copio y transcribo– el accidentado recuperó el conocimiento con los saltos del 'jeep' –¡caramba con los barbarismos entrecomillados!– en la carretera llena de baches".

Ahí tienen ustedes; milagros del abandono en la reparación de una pista. Lo mal, para bien. Si aquel trozo llega a estar en manos de nuestros camineros, se consuma plácidamente el "traslado".

Con lo dicho el bache ha subido de cotización. Y, aún así, fuera baches. ¿Seremos cabezones?

(*El Pensamiento Navarro,* 3 de febrero de 1966)

INANICIÓN

Allá, en el sur de África, ocurren cosas que igual pudieran ocurrir entre nosotros. Lester Samuel Cohen era vagabundo; si no de profesión, al menos por costumbre. Y había sido presidiario.

Nada objetamos a esos títulos; porque sólo cada cual sabe si es capaz de poseer otros que se conceptúan mejores. Lester tenía ésos, y algo es algo; hay quien ninguno tiene, y se conforma.

A Lester Samuel nos lo imaginamos a la deriva: de aquí por allá, de allá por aquí. Dueño de su soledad, por los caminos, echando un trago en la oscura posada, enamorándose cada noche de la luna pálida y brillante y exhibiendo sus harapos a la luz del día.

Sin "amorrar" a las fuentes de fresco bullir, sin entretenerse a ver el vuelo del pájaro. Sabedor de la hora por el curso del sol, y no importándole nada de las gentes. Huyendo del trabajo, cuya ausencia a mayores trabajos conduce.

Nos lo presumimos poco vegetariano y probable fumador. Con barba en abandono y piel curtida a la intemperie. Cansino y andarín; siempre el petate a cuestas. Dormido en larga siesta, con la mejilla ruda sobre una flor silvestre que asoma del hierbajo. Runruneando alguna vieja tonada, repitiendo letrillas de antaño para su coleto, loco de una locura singularmente cómoda en leve desvarío. Y hambriento, sin saber lo que es el hambre; porque no tendría ganas de comer.

Y de eso ha muerto; de inanición crónica. También los vagabundos se mueren. Y parece menos muerte la suya si acaece en el hospital.

Los hospitales, siempre esperando a quienes puedan necesitar sus atenciones curativas del cuerpo y también del alma. Centros benéficos en actividad vigilante, que nunca cierran sus puertas.

En un hospital de Johannesburgo, Lester Samuel Cohen tuvo su habitación; por poco tiempo. Le parecía angosta y opresiva, comparándola con el horizonte abierto de sus mil andanzas pordioseras; pero, al no poder ya andar, aun la misma estrechez érale holgada.

Y Lester Samuel murió. Por falta previa de alimento, según el diagnóstico. Pobre de solemnidad, diagnosticamos nosotros.

Y no lo hacemos a derechos. Porque Lester Samuel, conocido vagabundo, sin oficio ni beneficio, en continuo e infructuoso ir y venir, ha dejado un pequeño caudal. Parte lo llevaba consigo; a ningún interés. El grueso de sus haberes constituía cuenta en un banco. Entre ambos renglones, unas setecientas mil pesetas. Como para tomar, de vez en cuando, algún bocadillo.

¿Cómo reunió todo eso? Aún habrá en el Transvaal, para los transhumantes empedernidos, alguna que otra sorpresa en pepitas de oro. De ahí pudieran provenir los ahorros de Lester Samuel, señor de sus eternas caminatas. La fortuna sonríe más complaciente no yendo a mendigar su dorada sonrisa; es dadivosa por pura y espontánea presunción.

Mal administrador Lester Samuel Cohen, por excesivamente "mirado". Hasta hizo, quizás, el quite al impuesto sobre la renta personal. Tomen nota los inspectores de este importante renglón tributario, para investigar casos de los de sin residencia ninguna, que llevan en las alforjas al hombro un buen pico de sus ingresos.

¿Que entre nosotros no existen vagabundos de oficio? Entonces, a revisar a otro lado. Para que la inanición no alcance al Tesoro.

(*El Pensamiento Navarro,* 8 de febrero de 1966)

GAMBERRISMO

Antes no existía "oficialmente" el vocablo "gamberro", por carecer de acomodo en el diccionario de la lengua. En cambio, el diccionario registraba el de gamberra, de pésima nota para la mujer. Y ahora que un cierto gamberrismo quiere generalizarse y el diccionario brinda sus páginas a un montón de palabras que venían solicitándole el ingreso, tal vez sea ocasión de que hagan sitio las que correspondan a esta modalidad cívica o incivil de nuestros días. De nuestros días y también de antaño. Porque gamberros hubo siempre, ¡vaya que sí! aunque con otro nombre y de otro estilo... A circunstancias de tiempo y lugar suelen responder los hechos, sean éstos de la calaña que fueren.

Tal vez la primera gamberrada en el mundo fue la de nuestros primeros padres. ¡Vaya faenita! Bien lo pagaron y seguimos pagándolo. Con cadena perpetua. Reveses de la libertad que es, de suyo, tan hermosa. Pues de entonces nos viene esa continua tendencia a la rebeldía; vicio de origen. Menos mal que Dios supo sacar bienes definitivos de tan negra situación; pero, aun con todo...

Lo que entendemos por gamberrismo en general viene a ser, socialmente, pecado menos grave. Se trata de "chandríos" de bastante fácil remedio; y su penalidad, más que cárcel, reclama un desembolso en efectivo: la multa. En muchos casos de éstos, el juez cede su actuación al alcalde.

Si la gamberrada sube de tono, ya no es propiamente tal; degenera en delito. Y, llegando a crimen, de gamberros no hay que hablar, sino de criminales.

Cualquier gamberro, adopte esta o la otra modalidad, acusa características comunes a los de su clase. Es caprichoso hasta barbarizar en sus caprichos. Y le

puede la presunción, al extremo de querer singularizarse a toda costa. Gusta exhibirse a lo loco, o regodearse en la sorpresa que va a proporcionar. Hace lo que hace al revés de lo que debiera hacerse, y fundamenta su postura, pública o íntimamente, en un enfático "porque me da la gana". Vive la obsesión de hacer algo que se vea. Ególatra y maniático por igual, creído y semiautómata; sicológicamente, una rara mezcla. Y, claro, rarezas produce; con espíritu de matonismo.

El gamberro es un auténtico malasombra; un "pata" de cien pies. Malhumorado hasta en su aparente alegría, no puede consigo mismo. Y desfoga su maligna tensión enmascarándola a veces con aire recreativo.

En Macao –la noticia no dice de qué Macao se trata– tiene lugar una ofensiva muy ocurrente contra los gamberros. "Le afeitan la cabeza, y luego se la pintan; procedimiento expeditivo, barato y eficaz."

El jefe de policía de la ciudad está encantado. Con eficacia y baratura, a cierta engamberrada juventud se le ha jugado, policialmente, una estupenda gamberradita. Utilizando, por decirlo así, sus propias armas.

Eso es dar en la mismísima cresta; en el quid del ridículo. Desde luego, los así decorados ejercitarán su derecho a no salir de casa y a meterse en la cama con el sombrero puesto.

Ahora bien, si les da por elevar a la categoría de moda su llamativa presentación, hasta los no gamberros querrán emularles del cuello para arriba; y no habrá pintura suficiente para tantos globos cautivos. Todo es según se tomen las cosas.

(*El Pensamiento Navarro,* 13 de febrero de 1966)

FALLOS

Diecisiete intentos de suicidio es suicidarse diecisiete veces en aras de la intención. Cosa que parece demasiado intencionada. Creo yo. O, si no, el malintencionado es uno al decir lo que dice.

A un joven de veintisiete años se le ha metido en la cabeza el empeño de abreviar camino hacia la eternidad. Se necesita ser cabezón. Eternidad viene a ser ya el tiempo; pues, como dice el prefacio de la misa de difuntos, la vida no fenece, se transforma. Así que en cierto modo, hemos nacido inmortales.

Hermosa por encima de toda hermosura la inmortalidad feliz; desesperante sobre toda desesperación, la negra inmortalidad.

Pero, postrimerías aparte, el hombre se esfuerza enormemente por retrasar ese momento en que se despiden –hasta después, hasta pronto– el cuerpo y el alma. Para volver a juntarse en el último día; que será, definitivamente, el primero sin ocaso.

Pues bien, –pues mal–; ese atarantado joven, que lleva en bueno su juventud, propendiendo reiteradamente al propio óbito, trajo de canto a la policía de más de un distrito, en Francfort. La policía, hasta ahora, ha triunfado tantas

cuantas veces el presunto suicida jugó a ser rebelde. En apariencia –y quién sabe si en el fondo– algo de película. Consumada estrategia por ambas partes. Auténtica guerra en paz y compostura. El "héroe" dejándose vencer sin declararse vencido. Y porfía de que sí, y contraporfía de que no. Desde luego, abundaron variedad e iniciativa.

Nuestro protagonista se tiró al río. Le vieron que se había tirado, y ¡afuera con él! Sintió afición entonces a los paralelos rieles del tren; y con tan escaso disimulo hizo ademán de atravesarse en ellos, que once veces pudo parar, por milímetros –afirman que por milagro– el maquinista del respectivo convoy. Fallos y más fallos.

... Y, poste arriba, intentando alcanzar una línea de alta tensión. Con megáfonos y altavoces, le advertían que renunciase al premio de cucañista; y ¡que si quieres! Pero, segundos antes de asirse al cable mortífero, lograron cortar la corriente. Providencia.

Cualquiera temería que, en lo alto del poste, iba a soltar las manos y, ¡plaf! contra el suelo. No le ocurrió descender a incontrolada velocidad desde tan poca altura. Y de nuevo ensayó el recurso a la vía férrea; pero el tren volvió a parar también, frenando con admirables precisión y oportunidad.

En fin que, aún terco como él solo, no halló manera de salirse con la suya. Algún solterón empedernido quizás opine que si al "enredador" ése le da por casarse –ya tiene la edad–, habrá consumado, esa vez con éxito, su intento número dieciocho; y el hombre estará servido.

Opino que el matrimonio templaría saludablemente sus excesos nerviosos. Yo lo que me temo es que, por pura casualidad, soltero o casado, le arrolle un día el camión de la basura y, como apunta un chiste muy conocido, muera el pobre hecho un asco. Que todo es de temer, dada la manía suicidaria del sujeto y la general propensión al accidente.

(*El Pensamiento Navarro,* 2 de mayo de 1966)

NAVAJAZOS

Dos jovencitas se han disputado a navajadas, el amor de un imberbe galán. Éste, cortejando simultáneamente a las dos, ha suscitado en cada una el deseo de que le corteje a ella sola. Pretensión muy razonable, muy en su lugar; y con arreglo a la ley de Dios.

Ello ha sucedido o sucede en Lima; como podría suceder aquí. Que las cosas del amor iguales son en todas partes; o, al menos, parecidas...

De las dos jovencitas –quince abriles incompletos por cabeza–, Gladys es morena y Martha es rubia; como la noche de luna y la flor de azafrán.

Le toca elegir, pues, al galanteador, llamado Felipe; de buena presencia y no poca decisión. Pero ¿se elige la novia? Propiamente, no. Viene por corazonada y fuera de análisis; en un porque sí lúcido y ciego a la vez. Otras serán partido más ventajoso, de belleza superior, con mejores cualidades; pero ella es ella,

y parece designada desde arriba para ser lo que ha de ser. Una especie de predestinación.

El hombre entrega su corazón a quien ya se lo ha robado; de cuyo latrocinio nadie tiene la culpa. Digan lo que dijeren tratadistas al respecto, ni hay audacia raptadora ni facilidad de entrega. Si ello es amor verdadero y no arrebato pasional.

El querer nace espontáneo; como sin querer. Y, en lícita correspondencia, dos quereres hacen uno de signo providencial. Y ya tenemos pareja con paralelos arranques. ¿Cómo se lo explican ambos?; pues... de ninguna manera. Lo verdaderamente claro en estos trances carece de explicación satisfactoria; es algo que sería del todo casual, si la casualidad existiese. Y resulta que no existe la mera casualidad. Hay alguien que está en todo, por mínimo que fuere; que ni un cabello se arranca y pasa al peine sin expreso tironcito de una voluntad que está por encima de la nuestra.

Tenemos, pues, peleando a dos muchachas, con navajas brilladoras y sañudas intenciones, para apropiarse cada cual en exclusiva un cariño. ¡Por Felipe!; es la consigna.

Siempre fueron dos galanes los que, por su dama, cruzaron aceros en la calle; de ronda nocturna y bajo un farol más o menos mortecino. Aquellas calles con rejas y balcones bajos y flores asomadas solían ser callejuelas. Las damitas de que hoy hacemos mención han librado su disputa en una gran avenida. A cara bien descubierta y a la faz de todos.

Ambas han resultado heridas –una en el hombro derecho y en el brazo la otra–, pasando al hospital. Ahí están, quietecitas y en cura; quién sabe si acumulando energías y coraje para continuar otro día la pelea. Felipe, ¿irá a verlas ufano y agradecido? Es lo menos que puede hacer, sabiendo que por él ha sido todo. Momentos románticos, desde luego, los de tal visita.

Las navajas irían buscando principalmente el rostro de su rival, para rajárselo y dejarla fea de por vida, impresentable a la vista del que les suele mirar con guiños cautivadores. Estas bravas contendientes esquivaron con destreza todo ataque en dirección a su "palmito", sin alcanzar tampoco el contrario. Bien sabían ellas lo que para la mujer supone una cara bonita. Aunque también se presume de cicatrices; que no es poco presumir.

Y a lo mejor Felipe, el disputado galán, hubiese preferido a la malamente señalada en lo más visible y mimado del cutis; a la que de ese modo diera testimonio de su entusiasmo por él, exhibiendo sin reparos una cicatriz heroica. La estética vendría después.

Misteriosos, no hay duda, los motivos de elección en estos casos. ¡Ah!, pero ya quedamos antes en que la novia no se elige; ni aquí ni en Lima.

(*El Pensamiento Navarro,* 29 de noviembre de 1966)

FECHA TÍPICA EN EUROPA. EL TRIBUTO DE LAS TRES VACAS

Cordillera pirenaica. De Creus a Finisterre. Envío del Mediterráneo, preso entre los tres más viejos continentes, al anchuroso Atlántico que azota y besa riberas en dos hemisferios. Picos cogullados de nieve. Gargantas torrentosas. Miedo en la sima; vértigo en la cumbre. A vista de águila, parece la complicada sucesión de montañas vida añosa y retorcida a la que por todas partes le crecen nudos y nacen sarmientos. Por imponentes altibajos, al norte de Gerona, Lérida, Huesca y Navarra, culebrea la raya fronteriza desde que Mazarino atestiguara ser los Pirineos divisoria providencial entre España y Francia.

Pero ya de muy antiguo existía en lo que hoy es tierra navarra el mismo límite, confinando dos valles de idénticas características raciales, si bien de intereses no comunes. Eran los valles de Roncal y Baretons. En el año 2192 del diluvio (124 años antes de Jesucristo), consignan viejas historias la invasión de los cimbrios, procedentes de Germania. Los baretonenses guiaron y ayudaron a los invasores en la devastación de Val de Roncal, hasta que los roncaleses, repuestos de la sorpresa, vencieron a los coaligados. Después de esta acción guerrera, al uso y costumbre de aquellos remotos días, se estableció el tributo llamado de las *tres vacas,* que el valle de Baretons debía pagar anualmente al de Roncal, verificándose la entrega de las reses según ceremonial raro y solemne. Así la describe un viejo manuscrito, con sencillez que es garantía de verdad: "El día 13 de julio concurren ambos valles en la cumbre del puerto de la villa de Isaba, en el puerto llamado *Hernaz,* donde parten mojones Navarra y Bearne, por la parte oriental, y después de haber pactado algunas cosas de reconvención que hacen los roncaleses a los baretoneses, sobre si vienen a pagar los de Baretons el antedicho tributo de las tres vacas, para celebrar el acto juramentado ponen los franceses una lanza tendida en el suelo, en la misma raíz y límite de los dos Reinos, sin que ninguno de los extremos se meta más a una parte que a otra, sino que ha de estar por línea recta en la misma raya y división de los dos Reinos, en cuyo promedial ámbito ponen la lanza los de Baretons, según va dicho, y los roncaleses ponen otra lanza sobre la suya, en cruz, metida un palmo más, por la parte del hierro, en tierra de Francia, y quince franceses señalan para la forma del juramento que cada año hacer acostumbraran, y de esta otra parte de Val Roncal, siete; y sobre la dicha cruz, formada con las dos lanzas, pone de Baretons su mano derecha, sobre ella un roncalés la suya, y sobre la de éste otro francés; y de esta manera, poniendo alternativamente los unos y los otros, cada uno la suya, hasta el número de seis, queda la última de roncalés, y sobre ella ponen después los nueve franceses que restan, hasta el número de quince, sus manos contiguas, y el último encima de todas ellas, el séptimo roncalés la suya; y te-

niendo las manos puestas de esta suerte, hacen los franceses su juramento y homenaje, y se repite en voz alta: *Pax abant, pax abant, pax abant* (paz en adelante). Entonces presentan las tres vacas de un pelaje, dentaje y cornuta que señala el Alcalde de la villa de Isaba, el cual va a dicho acto con uniforme de capote y valona y con vara de justicia, a cuya jurisdicción se sujetan todos los concurrentes a la celebración de dicho acto, con la circunstancia de que si alguna de las tres vacas no fuere de recibo, están obligados los del valle de Baretons, a conducir otra que sea de recibo a la villa de Isaba, donde después de haberla atado a un árbol mayor que en dicha villa suele haber fijado, da aviso al Alcalde para que de ellas se entregue, y esto deben ejecutarlo dentro del término de tres días. Y concluido que sea dicho juramentado acto y entregadas las tres vacas, por dicho Alcalde roncalés se publica audiencia por voz del nuncio o pregonero de dicha villa de Isaba, para que los que tuvieren que pedir justicia la pidan y esto se practica para que se juzguen allí, sin apelación a ningún otro tribunal, todas las diferencias que hubiesen ocurrido durante el año, sobre prendamientos de ganados de una y otra parte, y sobre las disputas ocurridas entre los pastores u otras cualesquiera de uno y otro valle, y se nombran y se juramentan los guardas que se nombran de uno y otro valle para la guarda de sus respectivos límites. Y ejecutado que sea todo esto, el Escribano real de Val de Roncal da testimonio de dicho acto celebrado y firman los concurrentes de uno y otro valle, para el otorgamiento y recibo de dicho tributo, haciendo salva los arcabuceros que van de Val de Roncal; advirtiéndose también que ningún francés se puede presentar a dicho acto con ninguna arma".

Ésta de las tres vacas es la pecha típica de Europa. No se da caso parecido. Y se hace de veras extraño el que, a la altura de más de veinte siglos, no le hayan encaperuzado boiras de leyenda. Todo a su alrededor es histórico. Entre los años 1373 y 1375 no se pagó el tributo. Hay en lo alto del puerto y en término de España una fuente donde abrevan los ganados. "Habiendo llegado a un mismo tiempo Pedro Carrica, vecino de Isaba, y por lo tanto roncalés, y Pierra (Pedro) de Sansoler, que era baretonés, armaron entre ambos competencia sobre quién había de dar primero agua a su ganado, y pasando de las palabras al obrar de manos, el Pedro Carrica mató a Pierra de Sansoler". Este funesto desenlace de una riña entre pastores fue causa y raíz de represalias colectivas por parte de los baretoneses y roncaleses. Declaróse la guerra; guerra de escaramuzas y venganzas crueles. El príncipe de Bearne y el Rey de Navarra se entrevistaron en la villa de Ansó, del Reino de Aragón, para dirimir la contienda entre vasallos respectivos, pero no hubo avenencia; hasta que "los principales sujetos de la mencionada villa de Ansó, como circunvecinos de ambos litigantes valles, movidos de compasión se introdujeron a querer ser garantes y componer diferencias de uno y otro valle". La intervención de los aragoneses fue de veras eficaz, y la sentencia inapelable. Ésta comienza: "Atento a los años de antigüedad con que el

valle de Baretons ha pagado el tributo de las tres vacas a Val de Roncal, se determina que cumpla en adelante perpetuamente sin buscar pretexto ni causa alguna, el día 13 de julio de cada un año...”

Hace, pues, 2059 años que, con esa leve interrupción, rige el tributo. La gran conflagración europea no pudo suspenderlo temporalmente. Los súbditos de Francia en guerra y los de España neutral acudían puntuales a la cita en el puerto de *Hernaz,* cuando el mundo era locura de combate y afán de morir matando.

A la cumbre, nevada gran parte del año y siempre desierta, llega el día 13 de julio la más vistosa romería. Montañeses de ambas vertientes. De estatura atlética y trajes pintorescos. Hombres sesudos que constituyen tribunal a campo raso, como hicieran los patriarcas bíblicos. Juventud algarera, que satura de optimismo la jornada. Grupos de alpinistas con *makila* y zurrón. Turistas curiosos. Todos hormiguean monte arriba para confluir en la Piedra de San Martín, donde se encuentra el mojón sobre el que se formaliza la notable ceremonia.

“Concluida ésta –dice Iturralde y Suit– los representantes de Isaba convidan a comer a las autoridades baretonesas y personas principales que han asistido, siendo generalmente la base del banquete corderos y exquisitas truchas que aportan los del Roncal, pollos y otras aves de corral que en sus alforjas traen los franceses, y rico vino navarro al que nuestros vecinos hacen grandemente los honores. Pásase el día en medio de la mayor expansión y alegría, despídense con fraternal afecto los habitantes de una y otra vertiente y se retiran a sus respectivos pueblos, turbando el silencio de las selvas con sus cantares tradicionales”.

(*ABC, “Blanco y Negro”,* 19 de julio de 1936)

LOS HIJOS DEL CAMINERO

Una avería se da cuando quiera. La de hoy ha sido bastante peligrosa; pero, gracias a Dios y a la pericia de mi amigo el chófer, de la cuneta no hemos pasado.

Cuando la grúa-automóvil se lleve el nuestro hacia el garaje, viéndolo pasar con fuertes abolladuras, la gente comentará:

–Ya ha ocurrido algo.

–Seguramente, por exceso de velocidad.

–Esos del volante no piensan más que en correr...

La dirección en un vehículo –como en todo– es cosa fundamental; y en la dirección estuvo el fallo. Los dos ocupantes salimos ilesos, que no es poco.

El caminero vino, corriendo, en nuestra ayuda.

–Para lo que podía haber sido... –fue su comentario.

Mientras mi compañero, en un autobús de línea, vuelve a la ciudad “para arreglar las cosas”, quedo al pie de la avería. Y el caminero conmigo.

El caminero es hombre maduro y fornido, tostado de intemperie, abierto a la conversación. Echamos un cigarro; como si celebrásemos, en medio de todo, nuestra buena suerte.

Luego, el caminero quiere volver al tajo. Tiene el tajo a cuarenta metros de distancia. Vamos los dos.

Desmocha el caminero, con una podadera grande, el seto de espinos que hay en una curva de la carretera.

Ya retoñan de nuevo las plantas –dice–; este año el invierno parece primavera. Con tan poco nevar, será poca el agua que traigan las fuentes y vivirán menos las flores del campo. Aunque aquí, en la montaña, llueve a menudo.

Habla con soltura y facilidad este caminero. Tiene cerca de sí, a unos pasos, los atributos del oficio: una vareta de hierro plantada en tierra y, al remate, un pequeño recuadro que se lee: Número 6. Colgado de esa especie de guión, una cartera de chapa. Todo ello rojigualdo. Usa el caminero chaleco rojo y boina del mismo color; prendas que sirven, naturalmente, de distintivo.

No está el tiempo como para trabajar en mangas de camisa, aunque trabajando se saca el frío. Resuda, pues, en su tarea este humilde servidor de la provincia y del transeúnte. ¿Quién dijo, por primera vez, la frase aquella: "más vago que la chaqueta de un caminero"? No estuvo bien, laboralmente hablando. Y aun desde el punto de vista literario será discutible la frase, porque no hay perfección al margen de la verdad. Claro que el autor se refiere a la chaqueta cuando "yace" colgada o tendida, en pleno reposo; pero téngase en cuenta que, en cualquier tarea rústica, la chaqueta contribuye precisamente al trabajo si está "desquehacerada" y sin lucir su hechura en la persona para quien se hizo. Eso, pues, no es vagancia, sino colaboración mediante la facilidad de trabajar que, en actitud "yacente", presta al trabajador.

En efecto, la chaqueta de este peón caminero cuelga, desgarbada, a un orillo del seto, y así contribuye a que su amo trabaje más a gusto. La chaqueta es de pana semirrubia, con delgada trencilla roja en bocamangas y bolsillos, y luce botones plateados. Muy propia para esta época, pues aun cuando el invierno quiere ser primavera, no es difícil que tuerza un poco sus intenciones al pie del Pirineo con asomo de nieve en las cumbres.

–Aún bajará –le digo, por la nieve, al caminero.

–Pudiera ser. Hace bastantes días que pasaron las grullas cara al Norte, y cuando ésas vuelven, deletreando, del África, el invierno va de capa caída. Pero aun con todo...

En esto, frena un coche, orillándose.

–¡Buenos días! –saluda, desde la ventanilla, el conductor, que va solo. Y agrega:

–¿Qué hay, padre?

–Pues... ya ves. Tarde andas hoy.

–He de ir fuera, con el jefe. No volveré hasta la noche.

–Lleva esto al Negociado.

Y el caminero le entrega unos papeles que saca de la reglamentaria cartera de metal.

Después de interesarse por nuestro pequeño accidente y de ofrecerse, amable, para lo que pueda, el automovilista sigue adelante.

–Es hijo suyo ¿eh?

–Sí, el mayor. Veintitrés años. Un buen delineante, según dicen. Trabaja en "Caminos", en la Diputación.

El caminero da unos tijeretazos en su labor de poda, y continúa:

–Le siguen otros tres: un seminarista, un estudiante de Comercio y el más joven que aún va a la Escuela Primaria. Todos chicos, ya ve usted; más quehacer para la madre y ésta sin ayuda en casa.

Un coche de matrícula extranjera se detiene. Preguntan detalles sobre la ruta a seguir. El caminero se explica en francés. Luego, "vuelve a estar" conmigo:

–Me gustaría que el último –otra vez se refiere a los hijos– fuese, como su padre, caminero.

–No querrá –digo... por decir.

–¿Por qué no ha de querer? –replica, contrariado.

Y, acto seguido, el caminero hace su propia apología, la de su oficio humilde y servicial y transcendente, al borde siempre de la carretera.

Hermosa ilusión la de este caminero viviendo su vida y ambicioso de que uno de sus hijos herede el chaleco y la boina encendidos –como la bandera de Navarra–, a los que el sol esquivo y la lluvia frecuente del Pirineo las come, poco a poco y en testimonio de laboriosidad, el color.

Me entusiasma oír al caminero. Los padres –yo también lo soy– soñamos para los hijos cosas muy altas, a veces inasequibles. Casi siempre se nos derrama el afán hacia horizontes desorbitados, y a la mano tenemos casi siempre el humilde destino que les haría felices. Creamos en los hijos una ambición de gloria y brillanteces que rebasa quiméricamente sus propias apetencias, sacándolas de quicio.

Un hijo caminero pide el caminero. Para que esté, como él ahora, junto al viajero al que una avería ha estropeado sus planes; para que limpie, encorvado, la cuneta yerbosa, para que pode los matojos de la orilla, para que rellene un bache en el alquitrán; para que embellezca, a los ojos de los que pasan, un trecho del camino. Para alzar la mano callosa en un adiós risueño a los apresurados conquistadores de distancias... Para... eso; para, con sencillez y simpatía, aliviar en los que pasen –sean quienes fueren– fatigas de espíritu.

Este caminero tiene un hijo profesional bien situado; tendrá, Dios mediante, un hijo sacerdote y un hijo profesor. Y está pidiendo el regalo de un hijo que sea peón de la categoría del padre.

–Eso no quita –insiste– para que ese hijo menor fuese tan digno y educado y presentable como cualquiera de los otros tres. Que uno, por ser caminero, no se limpia la cara con el revés de la mano.

Llega mi amigo en taxi, precediendo al camión-grúa. Hemos de liquidar el percance. Mi apretón de manos al caminero, como despedida, es fuerte y cordial; también el suyo.

Carretera adelante, pasamos veloces frente a una casilla, risueñamente encalada, de peón caminero; supongo que será la del que acabo de dejar. Y, dentro de esta casita, me imagino a una madre que hace, cantando, cintas de colores a una capa de estudiantina..., y que está dispuesta a remendar un día, cantando también, el chaleco honrosamente descolorido y roto del hijo trabajador, del hijo caminero, como lo hace ahora con el de su marido.

De vez en cuando no viene del todo mal un accidente de automóvil... sin desgracias personales.

(*ABC*)

"RODRÍGUEZ"

Me dices que estás de "Rodríguez". Y, al preguntarte qué quiere decir eso, no lo sabes. Yo tampoco lo sé. Es un apelativo cuyo verdadero significado ignoro.

Tal vez viene a expresar una cierta independencia de movimientos en el aspecto familiar, en régimen casero. Tal vez define una como soledad hogareña, en trance de orfandad respecto a los suyos.

Puede ser lo de "el buey suelto bien se lame"; o también lo de "el rigor de las desdichas". ¿Situación privilegiada? ¿Penosa situación?

Cuéntame tu experiencia de estos días, y de ahí deduciremos cuál sea la definición más apropiada para el indeterminado y elástico "Rodríguez". Porque las cosas, aparte de lo que son, vienen a ser tal como se tomen. A uno le divierte fregar platos; a otro le molesta tener que afeitarse. Hay quien no lleva corbata por no hacerse el nudo; y hay quien no se la quita al tiempo de dormir, para encontrarla bien compuestita bajo la yugular al día siguiente. Hay de todo.

Podríamos dar con un "Rodríguez" que mete el llavín en la cerradura –a las tantas horas– con el olímpico desenfado de saberse solo. Y daríamos con más de un "Rodríguez" que, al tentar la cerradura de su piso siente la angustia de saber que nadie le espera.

La familia ata y exige y condiciona. Y la familia acoge y ofrece y ampara. La familia es cuidado no pequeño. Y la familia es grande alivio.

Tú, amigo, ¿dónde tienes la familia? En los ojos te brilla la añoranza y el deseo de tenarla en derredor. Hablan tus ojos.

Tienes tu familia en la montaña; pura delicia en verano. Allí donde la boira ciñe, tempranera, el picacho y se desfleca luego, al beso del sol y al soplo del viento, en caprichosas hechuras. Allí, sombra y alteza y verdor; y excursión reposada y algarabía en paz. Y no se entrometen automóviles en el sendero de los peatones. Allí se está bien; y hasta con programa veraniego. Aquellas soledades se visten de turismo, en multicolor desfile de jerseys de lana, que se agarran bien

al cuerpo. Cumbres y laderas, prados y caminos, poblados y lejanías presumen de visitantes.

Allí se orean los tuyos: mujer e hijos. Juegan y descansan. Comen con apetito y duermen a gusto. Y rezan a la Virgen de la ermita.

Tú has de trabajar en la oficina de siempre. Y trabajas, pensando en los ausentes. El ausente, en rigor, eres tú; solo y en la ciudad.

Cuidas el propio domicilio, pasando en él la noche. Das un vistazo a todo. Todo se te hace más íntimo. Y hablas con la muñeca del sofá, con la luz del dormitorio, con el arca del pasillo, con el retrato donde estáis los siete juntos. El canario lo traspasasteis al inquilino de enfrente; pues no garantizabas su alimentación y limpieza de jaula.

Fuera y aun dentro del quehacer, pasas también las horas en la montaña; con el pensamiento. Golpeas levemente, contra el velador del café, la botellita de cerveza, vacía, acompasando esa tonadilla que con los pequeños solías cantar. Y echas en falta la barahúnda que se armaba a la hora de comer. Y te imaginas que ella, tu mujer, le está gritando ahora mismo al segundo, que es el más nervioso de los cinco: –Pero... ¿vas a estar quieto, Miguelín?

Sientes hambre de sábado. Del sábado al mediodía, cuando tomas el coche de línea, para volver el lunes a las nueve. En el viaje de ida, el cobrador te saluda parlero: –¿Qué?, ya vamos... –Ya vamos –repites optimista. Y miras, complacido, el paisaje; donde cualquier detalle te saluda. Dos horas de recorrido.

A la vuelta, el cobrador no hace comentarios. Los encargados de un servicio de viajeros tienen su don de gentes, y su cautela y sentido común. Tú vuelves un tanto mohíno, y pensando en ir de nuevo a final de semana.

¡Oh!, amigo mío: eres un "Rodríguez" encantador; un estupendo "Rodríguez". Y ¿qué es eso? Pues, en definitiva, no lo sé.

(*El Pensamiento Navarro,* 15 de julio de 1965)

CIRCULACIÓN

Ustedes van por la acera. Son cuatro las que van. Y van en fila. De fila en fondo; a lo ancho. Despacito. Distraídas. Charla que charla.

En la calle se permite hablar, se puede ir despacio y nadie está libre de distracciones.

Son ustedes, señoras, bien parecidas; aunque ligeramente mayores. Cosas de la edad, que llega y pasa. Y, si no llegara, no pasaría; en cuyo caso habríamos pasado al olvido. Quien no quiera dejar de ser joven, que de joven se muera. Y eso tampoco.

Siguen ustedes tan campantes; cubriendo todo el espacio destinado a peatones. Claro que un poquitín codo con codo; la anchura no da para más. Pero, en fin, bastante cómodas.

La incomodidad es para los demás viandantes que con ustedes tropiezan; pues no les queda a ellos otra solución que poner pie en la calzada. Serán tan

sólo dos pasos, tres; los indispensables para rebasar, de costadillo, esa línea que ustedes guardan casi militarmente y sin marcar el paso.

Comprenderán que es una molestia la que ustedes causan; una contrariedad. Lo hacen sin pensarlo ni suponerlo; pero lo hacen. Además de nosotros mismos –atiendan, señoras– hemos de cuidarnos un poco de lo que pasa en derredor. Y, en derredor, hay quienes llevan prisa. Han de llegar a tiempo a donde fuere, y les apremia el tiempo. Ese "rodeíto" que su parsimonia de ustedes les hace dar no es nada caritativo. Y hasta puede ser peligroso el poner pie abajo de la acera, habiendo tanta circulación rodada, y rodándose, como se rueda, velozmente aun dentro de la población.

Por mucha paciencia que se quiera tener, es para impacientarse ante esa especie de muralla ambulante que ustedes cuatro forman por imprevisión y falta de adaptabilidad al momento y circunstancias. La acera en un vaivén alocado, con riesgo de empujones a diestra y siniestra. El respeto ha de ser recíproco, y no puede uno molestar a nadie a título de urgencia personal. El que no halle espacio para correr, que vuele; en el aire hay suficiente amplitud. Al menos por ahora. Dentro de poco, también "el vacío" se habrá colmado de apretujamiento.

Hemos de dar preferencia, en cualquier dirección a ese vehículo encantador, que rueda en el trayecto reservado a la andadura sobre suelo. Es el cochecito donde la mamá lleva a su niño de pecho. Ante un encuentro así, toda galantería es poca; y la caballerosidad se rinde satisfecha. Casi pide descubrirse e inclinar la frente en respetuosa actitud, dándole todas las ventajas para que circule a su entera comodidad, con calma y postura cimbreante.

La cuna no vacía, es un obsequio a todos; y, apreciándolo así, todos hemos de testimoniarle, del modo más espontáneo, nuestra estima. Como diciéndole con ademán complaciente: –¡Pase!

También a las señoras –sépanlo ustedes cuatro– se les cede la acera; salvo cuando ellas mismas se la acaparan totalmente y de antemano, como en el caso a que aludo. De dos en dos es correcto circular, donde el sitio lo permita; y, si no, en fila india habrá de ser. No abrogándose ventajas con perjuicio de quienes tienen idénticos derechos; pues, para ello, ni la señora más enseñorada tiene bula o dispensa. Los privilegios están de capa caída.

Ustedes obtenían "sobresaliente" en urbanidad, siendo colegialas; y esta nota no era sólo para entonces, sino para toda la vida. Razón de más para darse ustedes cuenta –siempre finas y delicadas– del trastorno que puede causar su empírica lentitud de caminantes cerrando el camino. Que un camino es la acera.

Porque, vamos, no es cosa de que cada cual reclame su derecho de paso a toque de bocina. ¡Se armaría buena!

Lo hacen ustedes sin querer, es cierto; inadvertidamente. Fíjense, pues, señoras por favor...

(*El Pensamiento Navarro,* 6 de octubre de 1965)

ÁNGELUS

Es un cronista de pelota, muy dado a la pelota. Suele escribir más sobre partidos a mano. No le conozco personalmente; de leerle, sí. Y, como escribe a menudo, a menudo estoy con él.

Me gusta nuestro deporte. No tan sólo por nuestro; sino, primero y principalmente, por ser como es. Magnífico. En su conjunto y en los detalles. La indumentaria de los pelotaris. El coraje de los pelotaris. Lo callados que suelen ser los pelotaris... El respeto mutuo de los pelotaris. La actitud ecuánime de los pelotaris. El nada enfático ganar de los pelotaris. El buen perder que tienen los pelotaris. El saber estar de los pelotaris en la cancha. El no estorbarse unos a otros los pelotaris... La corrección con que acatan las decisiones de los jueces. El guardarse de protestar. La alegría con que sacan los pelotaris. Su codicia en el remate. La pugna tesonera adelante y en la zaga. La ilusión del pelotari por llegar a rebote. Su esfuerzo por restar de rebote. La serenidad con que acepta el chasquido de la chapa en su contra. La naturalidad con que oye cómo la chapa suena en su favor.

Me gustan los reflejos y recursos de los pelotaris. No acaba de convencerme el mucho esparadrapo en los dedos de las manos de los pelotaris; aunque, si no hay más remedio...

Es elegante la blancura y el no desnudismo de los pelotaris. Algunas veces, a camisa floja por la dura brega, se esconde un poco el fajín en la cintura de los pelotaris.

Viril el sudor en la frente y espalda de los pelotaris. Y es raro que los pelotaris apelen al pañuelo de su bolsillo. Cuando es menester, se ofrecen toallas a los pelotaris.

Desconocemos muchos de los secretos que el canastillo guarda para los pelotaris. De ahí el cuidado con que eligen pelota los pelotaris, y la oportunidad con que suelen cambiar de pelota.

No es fácil adivinar por qué y a qué, en el transcurso del partido, pasa por el vestuario un pelotari. Se explica que, muy de cuando en cuando, se enjuaguen la boca y aun la garganta los pelotaris.

No siempre me gusta que haya de sacar siempre "el color" que hizo el tanto precedente. Así está en el reglamento; y con el reglamento hemos de estar. Días pueden venir en que el saque rigurosamente alterno sea lo reglamentario; parece más equitativo.

El disco que, volteando al aire y a brincos en el suelo, dilucida el primer saque, no interviene para más en el partido. Y –mitad rojo, mitad azul– tardará en despintarse. Es sucesor del cara o cruz monetarios; con la particularidad de que ahora tiene dos caras, sin que haya propiamente cruz.

Cuando hay corretaje, el vocear de los corredores resulta, a ratos, ensordecedor; pero anima el "cotarro". Gritan los corredores, y no molestan. Sin embargo, habría que ver la manera de que las apuestas se concertaran en absoluto silencio y con el mayor disimulo posible. Suprimiendo incluso esas pelotitas de

pega –huecas no macizas– para el transporte aéreo de papeletas rayadas. ¿Cabría encomendar todo este servicio a un cerebro electrónico o algo así? Un cerebro de esos, pero que entienda de momio.

Me conmueve que, al final del encuentro, el vencido se apresure a felicitar al vencedor, acariciándose ambos con palmadas en el hombro. Lo que casi nunca sucede entre los de "traviesas" o transacciones.

...Y a lo que iba desde el comienzo y que no he dicho aún. El cronista a que aludo, contando el partido de Vergara –de Vergara el pelotari– y de los otros tres, lo hace jugada por jugada, y a una con el marcador. Pues, entre tanto y tanto, el cronista reserva una línea entera para destacar estas cuatro palabras: SE REZA EL "ÁNGELUS".

También por eso me gusta el juego de pelota.

(*El Pensamiento Navarro,* 9 de diciembre de 1965)

JAVIERADA

Está en hervor de entusiasmo lo del domingo, lo de Javier. "A Javier van los caminos..."; y ese día –y aún más el anterior– ninguno habrá sin caminantes. Son caminatas esos días.

Solícitos los pies, desde el comienzo; y, al final, cansado. Siempre fue así; ahora también será. Sin cansancio no hay estímulo, ni premio sin fatiga. Todo está en ganar, a nuestro modo y manera, lo que se consigue: en querer ganarlo a fuerza de buena voluntad, activamente.

Se va más que por ir. Se va porque él, Javier, anduvo tanto, tanto. Y él atrae y conduce y ejemplariza. Por parecerse uno a él, siquiera andar un trecho. Que andando se le recuerda mejor, y se siente más fuerte el ansia de llegar y la satisfacción de haber ido a visitarle. En las piernas también manda el corazón.

A mano tengo un libro –lo tengo ante los ojos– de Manuel Iribarren, pluma de giros altos y auténtica maestría. Se titula ese libro "Los grandes hombres ante la muerte"; es segunda edición. Con un prólogo magistral; largo y ameno y concienzudo; que ambienta y seduce.

Yo he ido a buscar y releer en ese libro el capítulo-ensayo que habla de "San Francisco Javier o el apostolado andariego". En síntesis perfecta, dice de nuestro santo lo que espigarse puede al consultar cualquiera de sus biografías; pero hay un eco vivo de originalidad contando las andanzas del "Peregrino atlante" y del "Volcán de amor" y del "Divino impaciente".

"Así anduvo –copiamos a Manuel Iribarren– millares de leguas, en gozo permanente de sacrificio." Yo no recuerdo haber leído observación tan fácil y atinada sobre el habitual estado de ánimo de nuestro incomparable Patrono Misionero; frase de tales rasgo y transparencia. Había de ser un navarro quien la diese a luz con precisión y sencillez; flecha en blanco.

Aunque este voluminoso y elegante libro de Manuel Iribarren ronda en torno a la muerte, a la que todos habremos de rondar –y que sea con aire y for-

tuna de buenos rondadores–, desempolva antes los hechos que de lejos y de cerca le preceden. Del nacer al morir median lo largo y breve de una existencia, y son muchos los pasos a contar y las derivaciones que de un paso cualquiera se siguen. Así que es imprescindible el relato de cómo se ha vivido, antes de acometer pormenores del trance final.

Por estas páginas, ha poco reeditadas, desfilan con su influencia histórica y sus expresivas particularidades Sócrates y Julio César, Miguel Ángel y Pizarro; Felipe II, Mozart, Danton, Lord Byron, Abraham Lincoln, Dostoiewski, Pierre Curie... Orillando, de momento, a los demás –perfectamente enfocados todos ellos–, he ido a ver el desfile, intrépidamente penoso y vibrante, de Javier, a quien el autor define "taumaturgo de la vida".

Y he desfilado con él, desde el castillo-cuna a Sancián; por Europa y Asia y Oceanía y un leve toque en África. Y, en la desmantelada choza de bambú, me quedo a estar un rato en compañía de quien esperaba, tenazmente y sin tregua, al mercader que habría de llevarlo a Cantón. Mercader que no llegó.

Javier no murió solo; pero sí echando de menos aquellos niños que, a toque de campanilla, "le seguían como un bullicioso rebaño". Apetecía pastorear inmensas "rebañadas" en la China prieta de pobladores. El pastor pasa en pie gran parte del día; andando siempre en el pastizal.

En "Los grandes hombres ante la muerte", de Manuel Iribarren, tiene sitio preeminente San Francisco Javier. Por buen sentido del escritor navarro y para ejemplo de todos, Javier, que "no apartaba sus ojos del Crucifijo, como embelesado con él", murió queriendo vivir; para que las almas vivieran. De esta orientación apostólica se contagiarán los caminantes de la javierada. Como creo haberme contagiado un poco leyendo, ahora mismo, lo que de San Francisco Javier dice Manuel Iribarren. Gracias, amigo.

(*El Pensamiento Navarro,* 3 de marzo de 1966)

PAÑUELO

Decíamos el día pasado –esto huele a cátedra fuera de curso– que en Pamplona acaba de crearse la distinción honorífica del "Pañuelo de honor". Por acuerdo del Excmo. Ayuntamiento de la ciudad. La cosa es, pues, seria y solemne, dentro de su ambiente festivo y festero.

Tal distinción será otorgada:

a) A personalidades de relevante significación que realcen con su presencia las fiestas de San Fermín.

b) A aquellas personas que por escritos o cualquier medio de propaganda contribuyan a difundir los valores auténticos y de carácter tradicional y popular de nuestras fiestas.

c) A aquellas otras que se hagan acreedoras a la distinción por su participación personal en las fiestas, bien sea por el especial significado de su vinculación a las mismas o por el carácter excepcional de su reconocida popularidad.

Copio, a la coma, los tres apartados en que se determina quiénes pueden ser merecedores del típico galardón. Hecho lo cual, me lavo las manos. Allá interpretaciones y aplicaciones y concesiones. Que viene a ser lo difícil o comprometido. Allá la Comisión Municipal Permanente, que tiene la última palabra.

Para este julio –no sé si, precisamente, entre los días 7 y 14– anuncia su llegada a nuestra capital del foralismo, el senador norteamericano Robert Kennedy, hermano de aquel joven presidente asesinado en Dallas. Pudiera ser una buena oportunidad para hacerle ofrecer su cuello a este "símbolo vibrante y luminoso de la alegría de las fiestas de San Fermín"; y, después, en uso de su derecho, que lo exhiba hasta en USA, porque el empleo de tan castiza prenda no estará circunscrito al radio urbano y sus alrededores ni a fechas determinadas. Parece natural que cada poseedor la lleve donde y cuando lo estime conveniente.

Al pañuelo se emparejará "un pergamino artístico con el acuerdo municipal de concesión". Y ahora le acomete a uno la duda de si el "pañuelico" en cuestión será no usable y, por tanto, para guardarlo como en vitrina. Sólo para los de casa y para contadas visitas que a domicilio lleguen. De ser así, palidecería un poco su encanto sanferminero, que al aire de la calle tiene sus dominios.

Sea lo que fuere, al conocer ese acuerdo, se me ha ido la memoria, derechita y veloz, al campanario de San Cernin. Es de lo más pamplonica que existe. Con un tintineo o tan-tan... que, en ciertos días críticos y segundos antes de las siete de la mañana, invade el corazón de temorcillo gozoso. Este campanario se personifica, por decirlo así, en un campanero que tira o hace tirar de la cuerda. A brazo o a motor, viene a ser lo mismo; alguien hay responsable de ese toque impertérrito y modoso, y nunca lo será un mecanismo sin alma y voluntad.

A personalidades y personas alcanza el "Pañuelo de honor". Imposible concederlo a unas piedras monumentales. Tampoco a una vibración musical y devota. ¿Ni siquiera al preludio movilizador de espíritus alerta con ocasión del encierro? Porque ¡vamos! esa campanica de San Cernin –que, por fuerza, ha de tener su campanero– se las trae en Sanfermines. Como se las trae el primer cohete de cada sobresalto mañanero que, a todo trance, necesita un tirador.

Pañuelico de fuego, sangre y sol; de tan feliz ocurrencia entre las municipales; yo estoy dándole vueltas al apartado c), ya transcrito, para ver hasta dónde podría estirarse el concepto de "participación personal en las fiestas".

Y no encuentro aplicación del todo satisfactoria para estos casos últimos que me planteo. Si cupiese plebiscito popular, yo votaría –un poco a ojo, quizás– por el "gallico"; que no es persona, ciertamente, pero tiene personalidad.

(*El Pensamiento Navarro,* 29 de junio de 1966)

"TACOS"

Se habla mucho; continuamente. En ocasiones, demasiado. Y poco, algunas veces. De todo tiene la lengua; que no es autómata, pues responde al sentimiento.

La "sin hueso" en la boca se guarda y resguarda. Bien insalivada siempre, para estar, siempre a punto.

Excepto en sílabas labiales y guturales, toda modulación le corresponde. Juega en el paladar y con los dientes; y consigo misma. Es juguetona de por sí.

Dicen versos de acertijo que es "una señora muy enseñoreada". Y también pasa por ser "como una víbora". Arma, desde luego, de dos filos.

Admítasele como don de lo alto; que la belleza y el amor en ella tienen su mejor pregonera.

Sin lengua no hablaríamos. Y ¿cómo comeríamos sin lengua?

La mortificación de la lengua puede no ser tirana del silencio, y sí tratamiento ascético.

San Bruno dio en el "quid", imponiéndose y llevando a su regla monacal tan acusada característica en orden a la propia perfección. Callar equivale a vencerse. Y, en determinadas circunstancias el que calla otorga. Ese régimen de silenciosidad entre monjes tiene su contrapartida en el abundante rezo coral. Dando gloria a Dios, se despereza de paso la inquietud parlera. De ahí que los frailes en general –dígnense admitir la broma–, contrarrestando el mutismo del claustro en meditación, salmodien repetidas veces al día, y hasta a media noche. Incluso el campanil de la espadaña da a los aires, volteando, ecos del Tedeum, que es pregón de alegría solemne. (Y algo parecido, pásmense ustedes, les sucede a las monjas).

La lengua no se fatiga como los pies o los brazos. Ni hay dolor de lengua, como lo hay de cabeza o de oído. De una resistencia y salud privilegiadas, igual le daría hablar mientras dormimos.

Hablando se hace amistad y se entienden las personas. Claro que sin sonido también cabe hablar. A los sordomudos se les predica el Evangelio. Y ellos charlan mutuamente con facilidad.

Hablando se discute y alecciona y se escandaliza. A voz en grito se desahoga el enfado, y éste se acentúa no queriendo hablar. Cuando los labios, prietos, ponen a la lengua en cárcel, decimos que uno está "de morro".

Es la lengua potencia de primer orden; poderosa y temible. "Irse de la lengua" es haber dicho más de la cuenta, más de lo conveniente. Tiempos atrás, regía para tales casos el calificativo de "lengudo" o "lenguda"; ahora está en desempleo.

Cada época tiene una cierta peculiar terminología; que suena y resuena, propagándose. Y que disuena más de cuatro y más de cien veces. Quizá la de hoy sea abundante como nunca. Porque hoy nadie se muerde la lengua; ni hay por qué, hablando con decoro.

Echémonos, sin embargo, a oír hablar por ahí; por la calle, por las tertulias, por espectáculos al aire libre. Y oiremos cada "taco"...

Taco es una palabra que define, convenientemente, lo que vomitan lenguas descarriadas.

–"¡Lengua de satanás!" "¡Boca de infierno!" –solían increpar nuestras valientes abuelitas al "mal hablao". Actualmente oímos "tacos" como quien oye llover. La conversación más sensata gusta "matizarse" de añadidos gruesos, dichos con acento llano, casi con voz angelical. Por cada tres palabras, una es en vocativo y disonante; luego serán de tres dos las que disuenen. El día en que la malsonancia vaya al copo, será el lenguaje la mar de feliz; se habrá independizado de trabas ancestrales. Y veremos entonces quién arbitra, por ejemplo, un partido de fútbol.

Aunque, desgraciadamente, a todo nos hacemos, callando por no hablar. Mientras hablan por no callar los atrevidos.

(*El Pensamiento Navarro,* 14 de diciembre de 1966)

CIGARRILLOS

Creo haber dicho alguna otra vez que no soy fumador. Y eso mismo digo también ahora. Nadie recordará si antes lo dije; yo mismo estoy en duda.

Pues, sí; con un cigarrillo cada cuatro años –siempre a 29 de febrero– creo haber cumplido como contribuyente a través de la Tabacalera. En 1967 no me toca fumarlo; con que, paciencia y a esperar que llegue el bisiesto de turno.

Comprendo lo desairado de mi papel cuando, en corro de amigos, cualquiera presume de encendedor y todos mantienen su correspondiente brasita entre los labios; todos menos yo, que hago el ridículo. Claro que el ridículo se hace de muchas maneras.

Prometo entonces corregir, algún día, ese fallo contra la sociabilidad o la buena educación o lo que fuere; pero, a cada tres por dos, se me olvida que hice tal propósito.

El caso es que disfruto viendo cómo los demás juegan, sin ponerse a jugar, con esa dichosa costumbre; a la que, por nada del mundo, cabe llamarle vicio. No está entre los siete pecados capitales, ni entre las hijuelas de éstos. Tampoco, ciertamente, entre las virtudes.

Ello parece neutral. Y la neutralidad casi nunca es postura perfecta. Hay que definirse. Y si, de dos tendencias –o de cuarenta y cinco– ninguna parece aceptable, justo será situarse frente a todas y no al margen de todas, es decir, en plan acomodaticio a cualesquiera de ellas.

Pero esto es harina de otro costal. A cigarros íbamos. Y repito que disfruto mucho viendo las varias piruetas que hace todo fumador mientras está fumando. Maneja diestramente la izquierda, que es la "tonta". Entre el índice y corazón de esa misma mano, o entre índice y pulgar, sostiene el cilíndrico juguete tabaquero. Chupadita va y chupadita viene. Surtidor de humo al aire, por la

boca. Doble humareda, en descongestión, por las fosas nasales. Amanerada espontaneidad al sacudir la ceniza con los dedos y entregarla cortesmente al cenicero que esperándola está. El cenicero, sea cual fuere su forma y calidad, parece sensible a cierta coquetería.

Esta gimnástica manera de conducirse un fumador que de tal presuma, le hace refinar modales y sin palabras; y creo que hasta influye en la mayor solidez de las ideas. Cigarrillo al "morro", se explica uno mejor, tiene concepto más cabal de la elegancia masculina y anula emanaciones de aliento viciado.

Decididamente, me haré fumador. Entre otros motivos, para que algunas niñas en la barra del bar para que las vean y la extremadora que lo hace a escondidas, no se estimen las mejores succionando esa quema de sabor indefinible que es el cigarrillo.

Pero me haré fumador también por ayudar al débil. El débil, en este caso, será el cigarrillo menos estimado. Según informa la revista "Actualidad tabaquera". Los "Celtas" son campeones en chamusquina. De los americanos, el "Chesterfield"; seguido del "Winston", del "LM", etc.

El último entre todos, ese fumaré yo. Por el prurito de llevar la contraria a la mayoría; que, digan lo que quieran, produce un paladeo especialmente grato. Y, de paso, para propinarle un empujoncito al que comercialmente va a la zaga.

En adelante, con un cigarro al año, habré cuadruplicado mi consumo actual. Algo es algo para quien los fabrique y expenda.

Así como no hay enemigo pequeño, tampoco cliente despreciable. El caso es ir a más, aunque sea poco a poco.

(*El Pensamiento Navarro,* 6 de enero de 1967)

SANTIGUARSE

Sabrás, lector amigo, que antes de escribir estas líneas que te ofrezco, me he santiguado. Aquel catecismo que dábamos en la escuela primaria aconseja esa práctica piadosa en algunos casos; cuando comenzásemos alguna obra buena o nos viésemos en alguna necesidad, tentación o peligro y, desde luego, al salir de casa, al entrar en la iglesia, al comer y al dormir. Como es sabido, el gesto consiste en hacer con la mano la señal de la cruz desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, invocando a la Santísima Trinidad. Esto, con la práctica, nunca se olvida; si se olvida es por no practicarlo. En época de tan cacareado progresismo como nos toca vivir, santiguarse pudiera parecer algo retrógrado o pietista, y no hay tal; el que de veras cree, aprovecha cualquier ocasión, por leve que parezca, para asirse a Quien todo lo puede y siempre ayuda, a Quien sabe hacer cosas grandes a través de la pequeñez humana. La sencilla mujer que se santigua *por nada* no acusa beatería o afectada virtud; denota espontaneidad, manifestando su propio sentir sin miedo al qué dirán. Mi abuela, que en paz descanse, hacía dos veces la señal de la cruz por cada relám-

pago y trueno de una aparatosa tormenta, buscando, con oraciones en verso, la protección de Santa Bárbara. Y mi madre –que Dios la tenga consigo–, al colocar los huevos para que una clueca los empollase, lo hacía de tres en tres, y con cada tres en la mano se santiguaba.

Y fíjate, lector amigo, que también se santiguan los toreros al hacer el paseíllo, y algún futbolista que otro al salir al campo y más de un pelotari al lanzar el primer saque; y probablemente muchos más que, sin hacerlo a hurtadillas, pasarán, no obstante, desapercibidos al no haber ojos que puedan verles. Hay quienes inician su trabajo habitual santiguándose: el médico en la consulta o el quirófano, el obrero ante la máquina que ha de manejar, el chófer al volante, la telefonista al colocarse los auriculares que la despeinan un tanto... Y quién sabe si algunos que discuten o aplican leyes. Es de valorar tan buena costumbre por lo que tiene de invocación y ofrecimiento; y es aunque lo hecho bajo ese signo puede no resultar técnicamente insuperable, pero la elevación de ánimo crea optimismo y ayuda a trabajar con más ilusionada entrega.

A este propósito, contaba un señor obispo, sonriente y saleroso, que en cierta ocasión hubo de bendecir a un equipo de fútbol; los mismos futbolistas pidieron que así lo hiciera. Alzando, pues, su diestra, signó tres cruces al aire y... ¡a jugar se ha dicho! El equipo en cuestión perdió por cuatro goles a cero; los otros jugaban más o tuvieron mejor suerte. Sonreía el señor obispo, al considerar que su bendición solemne hubiera aparentemente resultado tan poco provechosa; pero, al mismo tiempo, estaba seguro de que algún efecto saludable habría surtido.

Así que, a santiguarse con alguna frecuencia, ya que frecuentemente necesitamos ayuda de tejas arriba para resolver problemas de tejas abajo. Viene muy bien el influjo de la cruz trazada sobre el pecho, cuando tantas cruces pesan sobre nuestros débiles hombros. Gracias a que todavía hay gentes de fe que, manteniendo el sursum del corazón, se santiguan; aunque sea maquinalmente y de vez en cuando.

(*ABC,* abril de 1984)

AGRIOS

Yo ahora no sé, concretamente, en qué va la guerra de las naranjas. Ni si esa guerra es paz. Lo económico requiere su estrategia, tanto y más que el manejo de un ejército en lucha. Todo en la vida se vuelve pelea. Pero de pelear a pelear va un abismo.

El "otro mediterráneo" –que diría Marqueríe– estuvo en juego demasiados días; y aún puede ser que esté. Que la buena fortuna sea, al fin, con nuestros naranjales y naranjeros, sin que a la competencia comercial extranjera le alcance el infortunio. Todos hemos de vivir; y a vivir todos.

Y, si aquí las naranjas están caras, señal inequívoca de que en Inglaterra, por ejemplo, lo estarán mucho más; a peso de libra.

Antes las naranjas se vendían por docenas y según tamaño; un poco a ojo de buen cubero; ahora, kilos y gramos cantan. Canta, en rigor, el precio; que es el que siempre cantó y contó.

Es de esperar que lo de nuestros agrios no se agríe más. Y que no los golpee demasiado la contundencia del mercado común. Porque, a golpes, se tocan. Se tocan y se pierden. Ya le tocó Benvenutti a Folledo. Y no es cosa de dirimir también, en el cuadrilátero del tira y afloja, ante un público de amas de casa, el combate frutícola del año. Estos problemas se resuelven callandico. El consumidor pagará lo que sea; y el negocio irá bien. Aunque, por otro lado, no está mal que las nueces metan ruido; y, quien dice nueces, dice naranjas. Sin llegar, desde luego, al K. O. técnico, que es derrota por desaliento.

Claro que la hermosura y apetitosidad de la naranja bien merece un torneo a prensa libre. Para tal dama, tales caballeros; pero sin lastimarse, que es mejor. Por ella hubiese roto lanzas –es decir, enristrado la pluma– aquel enamorado de España, García Sanchiz que, puesto a regionalizar españoleando, a la naranja consideró como fruto representativo de la Patria; por eso de tener "los gajos independientes pero unidos, y en su corteza el color que resulta de fundir los nacionales".

Esta voluminosa porfía de agrios que se producen en tierras del Mare Nostrum parece hallar una muy rara distracción ante la gente, a causa de las creaciones "naranja" y "limón", en forma de premios a lo deportivo. El primero, para el deportista más destacado en "buen genio", y el segundo, para el que destacó por "cascarrabias". No sabíamos que naranja y limón fuesen antagónicos, al extremo de resumir calificativos tan diametralmente opuestos. Ni acertamos a santo de qué se hayan elegido estos magníficos productos como para notas en comportamiento. Algo difícilmente explicable. Tomado a la ligera y sin asomo de ponderación.

A lo peor, esta especie de humorada nos perjudica en el mercado exterior. Porque los decididos consumidores nórdicos de estas variedades lo achacarán a falta de respeto o seriedad en el trato de cosas tan profundamente estimadas por ellos.

A los "rubios" no les hace dentera, en invierno, el consumo habitual de la naranja. Y sólo el verla les produce alegría, despejándoles en parte esa modorra que neblinosamente les acosa. Ellos ven en la naranja rubicunda un regalo del apetecido sol de nuestras latitudes, y les redime del extremoso frío de las suyas, con tan risueña aparición. En su concepto añorante de cielo despejado y vergeles floridos y cálidas playas marinas, se les alivia idealmente la temperatura. Y no queremos empequeñecer, con impropio humorismo, ésas sus gratuitas y serias y gozosas sensaciones de un poco más de luz y de calor. Como cayendo octubre, a nosotros da sensación de frío ese corpiño blanco de árboles de nuestras carreteras. Al fin y al cabo, de impresiones más o menos ciertas vivimos todos.

(*El Pensamiento Navarro,* 27 de octubre de 1965)

ABRAZO

Lo de esa excomunión, largamente mantenida y ahora levantada, es delicado asunto; de tan significativa transcendencia, que escapa a nuestro alcance.

Yo no sabría hablar de ello con alguna competencia ni con la emoción que el trance requiere. Yo sólo sé que cuando el Papa como tal Papa, abre los brazos en un acogimiento cordial y los cierra en cordial apretón, Cristo es quien tiende los suyos y con los suyos aprieta. Y en Cristo y con el Papa abrazamos a la vez, todos los católicos.

Hasta muy cercanos tiempos –hasta hoy, podríamos decir– parece que, en ciertos casos y para ciertas gentes, amábamos un poco a distancia, entre paréntesis, casi de cumplido; escatimando en algo esa efusión que, desbordada y sin mirar a quién, da testimonio pleno del amor.

El "amad a vuestros enemigos" no se dijo y se escribió marginalmente, sino en el contexto vivo de la Nueva Ley; con todas las palpitaciones de una obligatoriedad íntegra e indiscutible. Y ese precepto va encaminado a que no se pueda ser recíprocamente enemigos; a lo sumo, de una parte; nunca de las dos; jamás de la nuestra.

Cristo tuvo siempre muchos enemigos, y los tiene; pero Cristo fue y es amigo de todos. Incluso del pecador. Y ni a Satanás odia.

¿A qué repetir con la historia, lo del Patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario y lo del Papa San León IX? Recordarlo para bien, bueno sería. Olvidarlo buenamente, será mejor.

Por el camino de las anulaciones parece ahorrarse, al cabo de novecientos años, mucho camino. Son anulaciones constructivas. Acercan las almas, y hacen pensar en próximos y cada vez mayores acontecimientos felices.

La Iglesia dialoga. La Iglesia extiende y concreta el saludo. Sonríe más expresivamente la Iglesia. La Iglesia avanza en dinámica conquistadora. Sin menoscabo de la verdad, halla preponderancia el corazón. Para el corazón, en definitiva, se hizo la verdad; porque la verdad hay que amarla.

La Santa Sede sabe perfectamente lo que hace; lo que debe proponer y lo que puede aceptar; lo que es, dentro de sí, piedra cimentadora, y lo que ha de airearse, en su bella arquitectura espiritual, como de nuevo estilo. Intocable el dogma y flexible, en lo que cabe, la postura. Y abierta relación con quien quisiera abrirse a mutuas relaciones. Sea el que fuere, cuando existe un mínimo de buena voluntad y es viable el intento de enderezar voluntades.

Por la mano al hombro llegan remedios que nunca, en otro gesto, llegarían. No se trata de halagos ni del tira y afloja en plan de negociaciones; se trata de amar mucho y hacer que sea obra ese amor. Cristo vino en busca de los que no estaban con Él; y así lo dijo, para lección de los que falsamente habían, por ello, de escandalizarse.

En fin, Nuestro Santo Padre el Papa Pablo VI abraza, con calor de hermandad, en el nombre de Cristo, cuyo Vicario es. Esto quiere decir que a nadie habremos de negar, constructivamente, el abrazo verdadero.

El Papa abraza, y el Concilio aplaude. Y el Concilio de la unidad somos también nosotros que, a lo largo de siete años, rezamos por él. Algo incontrovertible. Dios lo había previsto; ya se ve.

(*El Pensamiento Navarro,* 12 de diciembre de 1965)

HUMILDEMENTE

En Trujillo (Perú) ha muerto un torero español. Cuya muerte nos cuentan cuatro líneas contadas del noticiario corriente. Noticia a recoger para no destacarla. Noticia en minúscula.

No tendrá ese torero su romance; murió sin cornada. Todo fue un vulgar atropello. ¿Así puede morir un lidiador de toros? ¿Aunque lo fuese de novillos viejos y resabiados, que no prestigian su casta? De todas formas, por la vida se muere; en la arena o en la calle. Y en el mismo lecho familiar.

José Luis de la Sierra era, popularmente, desconocido. Dudo de que en España haya tenido cartel y de que lo tuviese en América. Esa letra grande con que en la prensa y a la vuelta de la esquina se anuncian los famosos, no estaría para él.

Ya había remontado la edad de maletilla; y a los veinticinco años, en el ruedo se exigen más que promesas y pretensiones. Claro que todavía se puede soñar, capote en mano, a los veinticinco. Aun tratándose de hombres, ignora sus fronteras la juventud... Y la agencia informativa habla de "un joven torero español".

Era de haber toreado José Luis de la Sierra poco después de que le atropelló una camioneta. La camioneta es para el transporte de mercancías. Para el

lujo, si acaso, un turismo; un "carro" aletudo, serio y silencioso; de los que se chifla la velocidad.

Claro que nadie va a mostrar preferencias porque le mate éste o aquel vehículo, de ruedas más o menos bien lavadas y veloces. Siendo el resultado igual y semejantes los medios, ¿a qué pararse en matices más o menos secundarios?

Bien enfocadas las cosas, es de estimar en todo lo que vale la proletariedad de una simple camioneta, cumpliendo su recorrido. Suelen conducirla manos sin guantes, firmes y nervudas; manos y voluntad trabajadoras. Y pericia de buen conductor.

¿Qué falló, en este caso, dando lugar al mortal accidente? No lo aclara la noticia. Esa noticia breve y sombría, que una agencia lanzaba solícita y que el periódico recoge entre otras mil que dejó pasar de largo. Igual hubiera pasado ésta, y nada sabríamos –yo, al menos– de un joven torero español muerto en Trujillo (Perú) y no por asta de toro. Cuando iba a torear, ese mismo día, en un festival organizado con motivo de la feria de Paiján, allí cerca. Torearía, es de suponer, vestido de luces. Quién sabe si con traje alquilado. Humildemente, dentro de su apostura. Ganándose el pan, y alimentando unas ilusiones que dan hambre de otras nuevas.

Murió instantáneamente. Pero pudo decir, antes, ¡Jesús...! redondeando así, con esta invocación, la mejor faena. La que todos habremos de realizar.

"Sus restos fueron trasladados al depósito del hospital obrero de Chocope". En el camposanto le habrán puesto una cruz. Y, si a falta de epitafio estuviere, éste le brindaríamos: *El torero es también un productor.* Como somos los demás, en el oficio, casi siempre duro, de capear la vida.

No tendrá mausoleo –doy en suponer– José Luis de la Sierra. Un lidiador joven, que España dejó ir a donde su deseo de triunfo le llevó y a donde la "afición" ignoraba que hubiese ido. Un torero que, sin fama, casi no fue torero.

La fama y el miedo suelen acompañar a las figuras de la torería. El miedo aquí está ya superado. Y la fama, en el supremo trance, ¿para qué?

(*El Pensamiento Navarro,* 22 de febrero de 1966)

APUNTES

En Obanos, de noche y al aire libre, se presenta el Misterio. Misterio de San Guillén y Santa Felicia. Un sucedido fuerte en el camino de Santiago. El camino de Santiago pasaba por aquí, por estas tierras; y pasa. Ahora hay medios de trasladarse a Compostela sin caminar paso a paso. Antes también, rodaba el carromato lento, a golpes de llanta en baches y pedruscos; pero, ventajas aparte, era aquello bastante engorroso. Y, ¿en cabalgadura? Quien la tuviere, mejor.

Íbase a pie, casi siempre; que dos tenemos cada cual para el tipi-tapa de toda ocasión. Íbase a pie, que es más propio de peregrinos y esforzados penitentes. Íbase... como se iba...: con el corazón contrito y confianza en el remedio. Milagroso remedio, si preciso fuera. Que nunca anduvo en remilgos, para in-

terceder ante el Omnipotente, el Apóstol que al fin de la tierra creyó llegar, vivo o muerto. No supo quedar a medias en sus altos compromisos.

Los peregrinos de ahora (que también los hay) son a la postre, como los de antaño. Solo yendo de excursión y alegremente no vale; oración y penitencia lucran el jubileo.

Es de noche y en Obanos. Aquí cerca. Viaje rápido y sin complicaciones; en un periquete.

Noche ni clara ni oscura; ni fría ni pegajosa. Una noche bien. Para volver a casa antes de la medianoche. Agradable temperatura, con amago de cierzo. Un amagar y no dar. Gajo de luna en creciente; asaz bonito, por bien recortado. Cielo sin estrellas –con lo agusto que se asomarían las de la vía láctea– y sin nubes. Neblina imperceptible de verano, que al anochecer viene cuando alcorza algo el día; cuando ya no atosiga el calor. –Parece –barruntan los labradores– que el tiempo tiene mudanza.

Rubio de trigo el granero y preparado el lagar. Época de poco apuro. Así que a peregrinar por la plaza. Todo el pueblo, peregrino; todos los del pueblo a escena.

Hombres hechos y derechos, con barbas al natural y prestancia no postiza. Bordón, sandalias y conchas. Ir y venir en su puesto; posesionado cada cual de su papel.

Aunque sea de comparsa; pero pensando, como es razón y lo que dicta el amor propio: –"Por mí, que no falle". La mínima intervención pide también su realce. Festival de los buenos.

Camino y camino; drama y folklore, historia y tradición; realismo a toda costa. Para eso se sale, para hacer bien lo que el momento exige.

He visto lo de Obanos. No es para describirlo. Que a verlo vaya el que quiera; y quedará satisfecho de cuanto vio y oyó... y de las emociones que consigo trajo. Que vaya a verlo; merece la pena.

A mí me gusta, en el vistoso y largo peregrinar, el peregrino anónimo: aquel del que no se hace mención expresa. Aquel que más atentamente va mirando hacia ese íntimo paisaje de los propios pensamientos.

Por la ruta jacobea desfilaban, con perseverante empeño, mil problemas personales en busca de solución y alivio. Bajo el descolorido sayal y la capa cubrelotodo. Bajo la chambra y el jubón de seda y raso. Bajo el sombrero de gallarda plumilla y de flácidas alas. Con la cruz al hombro y las cadenas a rastras. Todos y cada uno a liberarse de algo que suele oprimir ocultamente.

Entre santos y bribones, que son los dos extremos, pasa el hombre corriente y moliente; el San Hombre, que diría Manuel Iribarren, autor del libreto. Pasa con aplomo y serenidad edificantes. Yo a ese hombre admiro sobre los demás en la plaza-camino de Obanos. Y que me perdonen las mujeres, tan artistas y tan bien caracterizadas.

¡Válgame la Virgen de Arnotegui! ¡Qué buen retablo vi!

(*El Pensamiento Navarro,* verano de 1966)

CÉSPED

¿Más de fútbol? Más de fútbol. Todo tiene el empezar. Y estamos terminando ya. Terminando los mundiales de 1966. Para, inmediatamente, salir tras los que habrán de celebrarse en 1970. Cuatro años son como un abrir y cerrar de ojos. Y a cierraojos irá quien haya de ir caminito de México lindo, que es donde esperan, ya desde ahora, con los brazos abiertos.

Esto de Londres se ha puesto de a puño cerrado. Cada cual increpa a cada cual; y rebrotan insultos en recíproca porfía. Lo de Cleveland entre blancos y negros va a resultar tortas y pan pintado junto a las discusiones que el deporte acarrea. Por largo tiempo, en Inglaterra no sonreirán, a este paso, ni los ingleses. Va a quedar un rictus entre ceja y ceja, que bien venida sea la boira londinense para disimularlo. Aunque también pudiera suceder que los hinchas extranjeros tomen a cuestas y lo exporten consigo tal exceso de malhumor, que el Reino Unido pase luego a ser, a solas y callandito, baño en agua de rosas.

Regular tumulto el que arman, al otro lado del canal, gentes de toda raza y pueblo y color; increpándose en toda lengua y tono y fraseología. El enfado se reproduce, merced a la incesante información, en los respectivos países de origen; y el coro de trinos mezcla sus descompasadas emisiones hasta huracanizar cualquier aliento de convivencia en lo deportivo.

De Londres van a salir bastantes rebotados; y no por culpa de Londres, sino por la circunstancia de no saber perder. El encanto de la vida es que haya vencedores sin vencidos; o sea, que los que ganan se enteren del triunfo y los que pierden, ignoren la derrota. Formalmente, ha de haber cierta clasificación; moralmente pueden establecerse las debidas compensaciones. Y en paz.

En paz y gracia de Dios, que decían nuestras abuelas con un ahínco y un donaire espiritual que daba gloria oírles. Eso que entonces se les solía escurrir un poco el dicho por la desdentadura; pues aún no había ascendido el sacamuelas a odontólogo, y eran simple y lejana aspiración los dientes postizos. ¡Qué encanto el de las abuelitas aquellas, con toca sobre el peinado y faldas retrecheras y ampulosas llenando la calle!... cuando a la calle salían.

Volvamos a lo nuestro, a lo del famoso mundial con sendas discusiones, y echémosle a todo ello una infusión de tila. Por trofeo más o menos simbólico, ¿a qué ponerse así? merece la pena de renunciar a más de cuatro nerviosidades en aras de lo práctico y amable, echando mano de otras noticias que también hacen al caso.

Así, el Real Madrid nos trae a Onega, internacional argentino. El Boca Juniors, de Buenos Aires, se ha hecho con el sudanés Hilal Abas Jaxa. Y los directivos del fútbol mexicano han aprovechado su desplazamiento a Londres para la adquisición de semilla de hierba que tapice el nuevo estadio azteca con vistas a los próximos mundiales de 1970. Ahí ocurrencia fina, y lo demás son ganas de pelearse.

Espíritu sencillo y virgiliano denota esa embajada de verdor desde lo más flemático de Europa a la volcánica meseta del rancho americano. De cara al in-

mediato porvenir, sembradura de césped. Sonrisa en el paisaje, suavidad a los ojos y alfombra para los pies. Divinamente.

(*El Pensamiento Navarro,* 1966)

OFENSIVA DE INCENDIOS

Todos los años arden, por la sequía, pinares y rastrojeras. Recogida la cosecha cereal, el rastrojo es lo de menos; en cambio, hectáreas y hectáreas de arbolado en llamas son millones y millones de riqueza forestal perdida.

De modo espectacular, descaradamente, se alza un fuego valentón e irresponsable; más irresponsable, diríamos, que cualquier otro elemento de la naturaleza, pues muere al mismo tiempo que su víctima combustible. Claro que al fuego corresponde quemar sin miramientos, fatalmente, cuanto de arder haya a su alcance. Así que, en rigor, el fuego no tiene la culpa; la culpa es de quien juega con él, y jugamos a veces por negligencia o descuido.

Un rayo que escupe la tempestad puede también provocar el incendio, aunque ello sea excepción; lo corriente suele ser que el fósforo mal apagado, la "pava" del cigarrillo, algún leve rescoldo de la fogatilla en día de campo, etc., adquieran de pronto magnitud de catástrofe.

Se fijan carteles precautorios, gráficamente llamativos, al pie de carretera y de montaña, queriendo prevenir posibles daños; medios de comunicación insisten en que el monte no se queme; Icona recomienda sin cesar que todos estemos sobre aviso; y, pese a tales instancias, grandes superficies de bosques arden aquí y allá. Mueren los árboles firmes en su sitio, pues ni aun la huida tienen por defensa. A nosotros nos toca defenderlos de antemano y que no sean destruidos porque sí en dantesco espectáculo. Ellos son patrimonio común, algo que a todos afecta, y merecedores, por tanto, de espontánea solicitud, fruto ésta de una elemental ciudadanía.

El reseco estío del año en curso ha facilitado una ofensiva de incendios forestales en no pequeña parte de la geografía española. Haríase penoso enumerarlos. Llevan consigo fuerte quebranto económico, merma de hermosura en el paisaje y de salubridad en el ambiente. Huyan, pues, del recuerdo, no sin antes aleccionarnos para que en adelante no se repitan.

En torno a la desgracia o al peligro hay siempre una solidaridad más prieta y urgente; fue, desde luego, masiva en los casos a que aludimos, tratando de cortar lo antes posible la trayectoria del fuego. La sirena del coche de bomberos, aullando prisas carretera adelante a toda velocidad; otros servicios especializados, como los de Icona; fuerzas del Ejército y Guardia Civil; muchos espontáneos; todos a una, en despliegue afanoso, contra el voraz elemento. El espíritu de estas fuerzas combinadas frente a la violencia avasalladora cabría resumirlo en la tensión vocacional del cuerpo de bomberos, como los más indicados en momentos tales. Ellos acuden siempre al primer aviso con prontitud extrema y cabal sentido del deber en su intervención; otras muchas intervenciones prodigan

habitualmente en el perímetro urbano, en el polígono industrial, en la aldea apartada. Y no sólo el fuego desmandado les apremia; también el agua por inundación y la tierra corrediza y el viento huracanado y el edificio que se cuartea... Ante cualquier desmán o incidente graves acudimos a los bomberos, hombres a prueba de sobresaltos, animosos de cara al peligro, valientes, temerarios tal vez, procurando alcanzar con pericia y coraje y posible eficacia lo de "misión cumplida" en el instante crítico. Ya no podríamos vivir tranquilos sin bomberos alerta, prontos a remediar tantas repentinas anormalidades de tipo material y transcendencia pública.

Once mil bomberos actuaron recientemente en la Baja Sajonia (Alemania) contra el incendio forestal más bravo y gigantesco de unos años a esta parte. Once mil; de ellos cinco perecieron cercados por las llamas que el mismo bosque alimenta, sin querer, con sus propios recursos. Y, entre nosotros, un piloto de Icona fue víctima de su mismo celo. No se le chamuscaron las alas en vuelos raseados; una tromba de aire se las arrebató, y la roca viva, esperándole impasible, hizo que fuera más contundente el golpe mortal.

Estemos sabedores de que no se puede jugar con fuego; ni real ni metafóricamente. Que si un estío extremoso facilita quemas en el campo abierto, el espíritu agostado prende hogueras invisibles y aún más catastróficas.

Hay un fuego interior que se acrecienta en llama de amor viva, y es fino galanteo, caricia saludable, entrega generosa y fácil convivencia; pero hay también un fuego conflictivo y rencoroso, violento a más no poder, acechando la negra ocasión. "Dale fuego al chaparral...", dice la copla. Y "hay muchas maneras de fuego" al decir de Santa Teresa. Según fuere, habrá que reprimirlo o avivarlo al servicio del bien.

Impresiona el bosque ardiendo, y apenas es nada comparándolo con el volcán que bulle en los adentros del humano corazón.

(*ABC,* 1 de octubre de 1975)

CABEZAS DE RATÓN

Mandar no es cosa fácil; y obedecer, tampoco. Así que siempre acechan dificultades; pues una u otra actitud nos compete a menudo, cuando no las dos a la vez. Y quien de ambas pudiera independizarse estime en lo que vale tan privilegiada situación.

Mando y obediencia atan a su modo; aquél parece más llevadero y ésta más onerosa; aunque, en ciertos casos, sea al revés.

Preciso es dar vela al viento, trazarse un rumbo y hacer la imprescindible travesía de nuestro vivir; con ilusión y esfuerzo, con pericia, con recia voluntad de timonel. A cada cual espera su puerto de llegada. La mar suele mostrarse bravía más que bonancible y dura será la brega.

Valga preludio tan somero o de poca hondura para situarnos cívicamente ante la actual marejadilla política, que deseamos no llegue a marejada y menos

a galerna. Hay, ya se sabe, vientos encontrados y ocultas corrientes: asociaciones o partidos que de pronto abundan, con su sigla por delante y su programa en ciernes y su ilusión patriótica. Partidos –ello lo dice– en división, en pugna, frente a frente. Claro que lo unánime parecería quizás poco democrático; andamos muy a vueltas con la incomprendida democracia. Asoman bastantes partidos menudos o ¡menudos partidos! Créese que algunos apenas difieren entre sí; aunque tal creencia puede resultar vana. Si efectivamente, la afinidad fuese tanta, la fusión podría llegar más o menos pronto, más o menos tarde; pero no es de presumir que llegue a no ser in extremis. Las personas cuentan casi siempre demasiado, situándose o situándolas por encima incluso de las ideas. El llamado líder importa o debe importar sólo hasta cierto punto. En política proliferan personalismos. Suele haber en política demasiadas cabezas de ratón; y, naturalmente, se ratonea con exceso.

Que el ciudadano como tal obedezca a la institución antes que a la persona; más bien que al superior, a la superioridad. Allí donde la obediencia es voto y sabe hacerse virtud, para cuando el prior manda una cosa, ya está mandada explícita o implícitamente en la Regla.

Que el mando no sea antes que nada servicio no convence a todos los que están en el mando. Cuando alguien solicita modosamente un favor, suele decirse: tiene un pedir que parece dar. Bien estaría que pudiésemos decir, con justicia, del que manda: tiene un mandar con ganas de obedecer; ordena como quien sirve. Sin menoscabo, claro es, de altas dotes de gobierno. Para eso hace falta mutua comprensión entre autoridad y súbdito, entre el de arriba y el de abajo, y la debida tolerancia y el mayor respeto posible. Pues a quien no sepa mandar, ¿cómo obedecer?; y a quien no quiere obedecer, ¿cómo habrá de mandar? No es de aquí y ahora puntualización alguna sobre buenas relaciones entre gobernantes y gobernados; relevándonos, por tanto, de cualquier insistencia en ese particular.

Una anciana de mi pueblo solía decir en pareados: "Mandorrotones hay a montones". Y nadie, al parecer, supo enseñarle versos parecidos aludiendo a quienes son, por sistema y contumacia, desobedientes empecatados.

Y conozco a un pensador que en serio y en broma concluye: "Todos los partidos políticos suelen reducirse a dos: el de los que mandan y el de los que quieren mandar." ¿Le creemos?

(*ABC,* 5 de mayo de 1976)

PROGRESO

Se quiere politizar el progreso, y el progreso no admite politización. Porque uno sea políticamente de derechas o de izquierdas –acepciones cada vez más confusas, aunque siempre dicen algo– no es, sólo por eso, ni retrógrado ni progresista, ¡de dónde! Claro que lo de "progre", en petulante abreviatura, está como de moda, y hay quienes se autocalifican así al amparo de algunas tenden-

cias políticas, y lo hacen tan ufanos y creídos. Ignoran su ignorancia. Desde luego, que nadie presuma de falta de fe y que tampoco alardee nadie de tenerla. Sobrelleven unos su propio vacío espiritual y agradezcamos otros lo que gratis se nos dio; todo ello sin excesivas demostraciones, porque todo exceso es malo.

Si de progresar se trata, terminante y nada nueva es la consigna de que procure cada cual renovarse día a día, desechando lo caduco y en busca de saludable novedad. Hagámoslo con empeñosa porfía y humilde condición, haya o no elecciones, gobierne quien gobernare; pues fundamentalmente se trata de uno mismo, con proyección a los demás. Lo del hombre nuevo supone, en definitiva, sociedad nueva; en todo aquello que fuere, claro está, susceptible de mejora, pues habrá cosas y actitudes que están ya en su punto, y es razón que así continúen. Darle a todo sistemáticamente la vuelta en nombre del progreso pudiera originar, por equivocación o tozudez, graves trastornos. Cualquier innovación o modificación, para bien sean; que de otro modo a nada mejor conducen.

En cuanto a progreso se refiere, hay aspectos fácilmente detectables (industrial, agrícola, deportivo, etc.); otros no lo son tanto, y para su estimación se requiere una mayor sagacidad o ingenio. Así, ingeniosamente diríamos que: progreso viene a ser no quejarse de nada, como medio el mejor de superarlo todo. Progreso es sonreír con oportunidad y franqueza a quien hoscamente nos mire, para deshacer su enojo y facilitar la buena relación. Progreso sería evitar una huelga que, so pretexto laboral, se hubiera convocado por mera lucha de clases. Para un vagabundo de remate, progreso podría ser lavarse a diario la cara y, por supuesto, las manos. Progreso es amar el trabajo, por duro que sea, y sentirse uno orgulloso de ser trabajador. Progreso es desvivirse por el bien ajeno tanto como por el suyo propio. No puede ser progreso la producción literaria técnicamente aceptable, pero enfocada a la violencia, al vicio, al desamor.

Progreso es la convivencia vecinal, la velada en familia, la unión de los esposos, los hijos por corona. Progreso es el respeto a los demás, la ayuda a cualesquiera, el deseo de ser útil en algo que beneficioso sea. Progreso es no protestar sistemáticamente de todo y, por sistema, poner en todo una miaja siquiera de agradabilidad. Progreso es volver el dedo índice contra el propio pecho y pedirnos cuentas a nosotros mismos antes que a los demás.

Hay que enflorar espinas a lo largo del camino, para que haya en la vida más hermosura y menos eriales. Cunde por todas partes una modorra ambiental y proliferan juicios de amargura. Hemos de ser alegres, sencillos y bienintencionados para ser de veras libres, para ser progresistas de veras. ¡Cuánto progreso de boquilla y cuán poco de abnegada consecuencia, de convicción profunda!

(*ABC,* 17 de abril de 1983)

MADRUGAR

Yo he sido madrugador; me gustaba mucho madrugar. Antes de que amaneciese, procuraba robarle al día o a la noche algún rato en provecho de mis aficiones favoritas; antes, digo, de iniciar, a golpe de reloj, la tarea laboral que por oficio y deber desempeñara. Así, habitualmente, durante años; no de modo esporádico. Muchas de las sencilleces que hube de escribir madrugaron, pues, más que el sol.

Ahora el resplandor matinal se me adelanta y todo lo señorea cuando asomo a ver qué tiempo hace. Empiezo a vivir diariamente con retraso; y he de conformarme con tan humillante condición de perezoso, porque no doy para más. Y lo extraño es que algo así parece ocurrirles también a unos cuantos jóvenes que, al igual que yo, desentumecen su flexible anatomía, cuando lo antemeridiano va en bueno y luce más y mejor la primavera en colores. Desde luego, las once de la mañana son para estar trabajando; y estos jóvenes, siendo fecha laborable, están en la plaza pública, como quien arrastra los pies: están parados. Ni estudian ni trabajan; ni tienen ganas de jugar y divertirse. Están fuera de quicio. Están de mal humor. No es postura que pueda inducir al optimismo.

Estos jóvenes querrían ser útiles a la sociedad, empezando por la propia familia. Sentiríanse felices trayendo un jornal a casa y porfiando luego con su madre para que les aumentase la paga dominguera. La madre, haciéndose un poco remolona, jugaría a tal propósito con el hijo pedigüeño. Como hacíamos, en tiempos, con la nuestra para que aflojase un poco más el bolsillo; y le engañábamos y nos engañaba; y, entre mutuos y consabidos engaños, hacíase más firme el amor y más indisimulable la alegría familiar. Jóvenes estos de hoy, amargados en la calle y en la familia, sin saber a dónde echar el cuerpo, sin oficio ni beneficio, como a la deriva, son muy pesada carga social. Son motivo de hondas preocupaciones y germen de discordia. En fin; mal, por redundancia, maléfico; es decir, generador de males mayores y días más negros.

Juventud en destemple de ánimo, falta de ilusiones antes de haber florecido; perpleja y entristecida; con ganas de evadirse de cuanto le rodea, porque nada le es grato. De tales raíces ¿qué floración ha de esperarse? ¿Qué de noble y atractivo puede aportar a la vida quien vive en desesperanza y amargura y desengaño? Tal vez las dificultades rindan un mayor provecho, por modo insospechado; nunca se sabe. Pero la juventud merece otras oportunidades para un mejor desenvolvimiento laboral, emocional, etc.

Ya no madrugo como antes, y lamento la contrariedad de quienes madrugarían y, por cualquier motivo, no pueden hacerlo. Lentas las horas en el fastidioso ambiente de no hacer nada. Duro cansancio el de los brazos forzosamente caídos. Pobres los sin trabajo que no saben a dónde ir con alguna ilusión cuando llega un nuevo día. Saludable, en cambio, y optimista la madrugada laboral; aunque más de cuatro veces haya de hacerse a la fuerza y medio refunfuñando.

(*ABC,* abril de 1984)

A LAS MODISTAS
EN EL DÍA DE SU PATRONA

Sois primor para el trabajo,
sois de la belleza reinas,
con alas de mariposa,
con pensamientos de abeja.
Como aquélla en lento vuelo
caricias a la flor lleva,
como ésta roba el tesoro
que en sus panales ofrenda;
así jugáis y vivís
en los versos del poeta.
Remedio de blancas manos
que bordan delicadezas,
silencio activo, que al ocio
viene declarando guerra...
y a la vez bullicio y risa,
canción y alegría fresca.
Sois compañerismo de
maravillas y sorpresas:
piedad de mudos afanes
y algarada callejera.
Seguid, seguid tan felices
viviendo la vida vuestra,
como en el rosal la rosa,
como en la concha la perla...
En vuestra acción oficiosa
lleváis donaire y majeza,
para verter en la calle
y en el taller. Mueren penas
en los sueños de ilusión
que vuestra esperanza cercan...
y vais rimando la vida
en amorosas endechas,
con la inspiración sublime
de las púdicas doncellas.

... ...

Como mariposa leve,
como presurosa abeja,
como en el rosal la rosa,
como en la concha la perla,
...¡así seguiréis viviendo
en los versos del poeta...!

(*La Voz de Navarra,*
13 de diciembre de 1930)

¡¡HUMO!!

Abril declina en sus postrimerías. Tú, irusheme, no aciertas a vivir entre calles. Encuentras muy exiguo el trozo de cielo que sólo puedes captar irguiendo desmesuradamente la cabeza. Por eso inicias ya tus paseos en los jardines, que remocean cuando abril va a morir. Buscas sombra y yerbín y cierzo que te airee, porque te acobarda el sol pujante e invasor. Te he visto recortado perezosamente en la barandilla verde del típico "mirador"; ese mirador de los jardines, vigía negligente sobre la muralla histórica y negruzca, sonrisa diplomática en el gesto formal de una epopeya. Vencido sobre el Arga, sin pasear tu vista en derredor, no sé qué pensarás, como no sea aquello de:

"Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir..."

Sin que sea lugar propicio para meditaciones, el panorama es magnífico; y, a fuerza de mirarle, se adivinan secretos en el alma industrial de la Rochapea. Como antes los célebres burgos, ahora tiene Pamplona sus porciones sin mojonar. El viejo Pamplona, recogido, apiñado en el invicto cerco de sus fortalezas; el Pamplona heráldico, el inconfundible Pamplona, y hoy (dando a la descripción matiz de pensamiento) Pamplona burgués.

Derribando murallas y rellenando fosos, tendió la llanura de sus cimientos hacia el sur el Pamplona del Nuevo Ensanche, el Pamplona aristocrático.

... Y buscando el aliento sutil del Pirineo, se desparrama el Pamplona proletario, emigrante sigiloso, por la angostura de un portal, que salva la cuesta abajo para acampar en la vega. Siempre que se enfoca este Pamplona (Rochapea) desde la altura del "mirador" discurre ante los ojos humo, mucho humo... que vela el parpadeo soberano del sol; que se interpone, pesadamente, entre la tierra y el azul amplísimo.

A un lado el tren, preso y libre en los rieles, exagera la fatiga de su esfuerzo y alienta presuroso; humo de inquietud, ansias de vivir y prosperar, conquista precipitada del tiempo y las distancias. Locomotora que no echa humo está muerta o negligentemente dormida. Ha de llegar jadeante, cansada; detenerse

nerviosa e impaciente y querer arrancarse con prisa y con ímpetu. Así será plena juventud, optimismo, nervio de vida.

Destacando en la barriada, se yerguen chimeneas de fábricas en acción, lanzando su columna de humo denso y muy negro. Parecen árboles gigantescos que expanden por milagro su copa movediza, nublando el sol y sombreando el suelo. Aliento bienhechor del trabajo que nos da el pan. Sudor virtuoso del obrero, urdimbre genial de la mecánica, portento de la ingeniería, precisión del cálculo, estímulo del mercado y las finanzas. Humo que es constancia, tenacidad e inteligencia.

Sobre el conjunto apiñado de casas ciérnese humo de hogares, y los pueblecitos de las colinas aportan también su caudal. Es más azul, más fino y transparente el humo que acusa la existencia de la lumbre en el rincón familiar, plácido remanso de la vida.

A la altura de la muralla, en la torrecilla del convento del Carmen, voltean precipitadamente dos campanas, inundando el contorno las penetrantes notas de sus bronces. En la basílica flota, suave y solemne, la nube blanca que arranca el incensario. Apenas pueden hacerse sitio, envueltas en ella, las llamitas inquietas de los cirios. Humo de satisfacciones y súplicas, de perdón y acción de gracias; humo de devoción, humo de incienso...

Entre mis labios vive, muriendo, el cigarro. Aliento el humo sobre el que suelen cabalgar el comentario del día, la despreocupación, las confidencias amistosas. Humo efímero de ilusión y novedad; humo de recreo.

¡Cuánto humo en Pamplona! Simboliza, para mí, la aspiración apremiante y legítima de un pueblo sano, genial y laborioso; aspiración que sube hasta tocar el cielo y proclama, rindiendo su potencialidad terrena: "Primero vivir para Dios; todo lo demás... después."

Sugestiva es la ascensión solemne del humo. Me interno en la ciudad y aún me parece verlo subir... siempre subir, cara al infinito. Humo de amor y paz. No es tempestad de cañones, ni arrogancia de llamas destructoras. No es fiera expresión de ambiciones fratricidas ni mensajero siniestro de profanaciones sacrílegas... ¡Bendito seas, humo que te alejas en ascensión perenne! Tú eres la imagen de una ofrenda de amor irrenunciable, eterna; eres el alma de mi pueblo que va, serenamente, hacia Dios.

(*La Voz de Navarra,* abril de 1933)

LA "GOLONDRINA"

Un día y otro día en la gramola de su potente voz de barítono, hacía girar mi amigo el mismo disco: ¡Mira qué "golondrinas"! Estas tres palabras, diariamente repetidas, no eran formularias; temblaba en ellas un secreto que se me quería confiar, pero el presunto confidente no encontraba el momento decisivo. El corazón de un amigo padece sus ratos de timidez, y a la amistad más sincera se adhiere alguna nota de desconfianza.

La “golondrina” iba siempre muy rasa. Tanto que acariciaba el adoquinado en la empinada calle de la Curia. Alta, esbelta, de paso recto y garboso ademán, de mirar recatado y sereno. Rostro al natural, amelocotonado de forma y color. La frente, acatando levemente el compás de señorial taconeo, parecía el flameo de una bandera de paz. Los diminutos pendientes brillaban entre los rizos naturales de la ebúrnea cabellera, como dos sapitos de luz en la noche. No otra cosa podían semejar junto a los destellos de dos ojos grandes, límpidos, negros, potentes. Los labios sin carmín de droguería. Los párpados sin humo de sándalo. Las cejas sin la exagerada prolongación del lápiz de retocar. Vestido de seda negro con mangas afaroladas, blancas desde el codo a la muñeca; hombreras a modo de esclavina, blancas también, y una franjita del mismo níveo color delimitando el contorno del escote, gracioso y prudencial. Vestida de blanco y negro, parecía, en verdad, una golondrina.

Como si adivinara el poético mote que, ya conjuntamente, le conferíamos, y presintiera nuestra sincera galantería, ella misma tomaba su izquierda antes de que nosotros bajáramos el escalón de la acera. ¡Aquello era pasar bajo el alero del tejado, erguida, indiferente a nuestra atención!

Los dos amigos nos convertimos, sin pretenderlo, en émulos empecatados de la mujer de Lot. Calle de la Curia arriba –pensábamos– con tan garbosa y modesta desenvoltura, con aquella prisa hacendosa de abeja o de golondrina... ¿a dónde iría? Mi amigo, sin pestañear, solía decirme: “Tal vez a rezar ante el Cristo del Trascoro, porque las espinas se adhieren a su frente con más sañudo ahínco cada día. A las siete de la tarde calle de la Curia arriba...”

Atravesábamos la ciudad de punta a punta; desde el Redín hasta los jardines de la Taconera. Desde la primera tarde en que tropezamos con la admirada avecilla, Luis cuidaba de avisarme siempre a la misma hora, preparando el “tropezón”. Ni un solo día laborable durante las vacaciones dejamos de cederle el paso y mirar, parejamente, hacia atrás luego que hubo pasado. Era el imán de nuestros ojos, la invocación de nuestros labios, el tema sugestivo de nuestra conversación. Y todos los días ¡todos! azuzaba yo el hormigueo de mi amigo, diciéndole:

–¡Desengáñate, Luis; golondrina sin nido, no es golondrina!

Lucía lloraba a solas. Lo supe y oculté a Luis la noticia. Estas cosas se saben cuando se quiere... saber. Lloraba porque no podía vender su amor, ni consentiría que nadie se lo comprara. Ella deseaba regalarlo, ella pretendía que alguien se lo robara. Alguien, que no fuese el hermano de su padre, el tío cubano que amontonaba oro en Camagüe para pagar la invariable hermosura y juventud de la sobrina roncalesa. Un episodio amargo en la vida de Lucía. Su padre, autoritariamente, le imponía aquel matrimonio. Se trata de millones –le había dicho– y tus preferencias deben posponerse al interés de la casa... y al consejo de tu padre.

Siguiendo la costumbre de las familias pudientes, pasaría unos meses en Pamplona acudiendo a un costurero y haciéndose a los modos de la ciudad, puesto que la fortuna le sonreía... cuando la felicidad le cerraba la puerta. Lucía necesitaba un pretendiente para que, al rechazar la pretensión de su tío, no quedase en incierta expectativa y bajo la indignación de su padre. Para oponerse a un mal, necesitaba un remedio. Por extraña divergencia, Lucía no podía ver sin sobresalto una golondrina, porque estas aves retornan de las Antillas y parecíanle que con su vuelo incesante y con sus amantes chirridos le anunciaban la llegada del tan temido pariente y repetían, machaconas y crueles:

–¡Ya viene, ya viene!

Cobraba ánimos recordando que el abuelito roncalés estaba de su parte. Una vez, con temblor de senectud y de coraje, había dicho al padre de Lucía, que para él era su hijo:

–"Las batallas del corazón no se ganan con amenazas, y el preámbulo del matrimonio no debe escribirse con guarismos, sino con palabras incoherentes".

¡Bien pensado y mejor dicho! Para algo tenía el título de maestro limitado.

El nuevo pretendiente de Lucía fue mi amigo Luis. Casáronse el mismo día que yo con mi novia de extramuros; en la misma iglesia de San Cernin. Los cuatro en menos tiempo del que tarda el minutero en dar una vuelta a la esfera del reloj. Un mismo tren nos acogió en la estación del Norte, que regresamos a la vez las dos parejas, después de cubrir el mismo itinerario en viaje de bodas.

El abuelito vino a vivir a Pamplona en compañía de la nieta, porque con el hijo no era posible seguir viviendo. El tío pretendiente, sorprendido y amargado con la noticia, no salió de sus "ingenios" de Cuba.

Pero, suavizáronse todas las asperezas, barriéronse todas las chinas del camino, se ahogaron para siempre ciertos recuerdos, cuando el padre de Lucía fue abuelo de un nieto gordo, rubio y travieso, por cuyos ojos de aurora veían los suyos de sol poniente...

(*La Voz de Navarra,* 1933)

BENDITA SEA LA HORA...

Brinda octubre en su otoñada gris un sol apetecible. El campo está señeramente vacío, por tan generoso; después de entregar sus frutos parece revestirse de esa paz anchurosa que es tal vez la cosecha mejor que el campo ha produ-

cido. Cabal postura la de no ser egoísta, acrecentando así mejor sus propios caudales.

Octubre, recoleto y campesino, más familiar y hogareño y de más claro ascender; con nuevos surcos en la tierra parda y una fácil ternura de ánimo disparándose hacia el blanco ideal de lo infinito.

Octubre, mes del rosario a la Virgen, con "Dios te salve, María..." y "Santa María..." en el diálogo. Y, como añadidura, la letanía también dialogada. Y, en torno al rosario y letanía, gozos ingenuos, estribillos populares que se cantan con buena entonación y haciendo el dúo hasta lo inverosímil. Así era antes, ¿muy antes?, en el anecdotario piadoso de mi pueblo. Todo iba por Ella, por la bendita Madre de los redimidos, en plan devocional. La neblina mañanera hallábanos de rodillas, entre rezos y cánticos. Aquello era júbilo al aire y honda vivencia; para el alma, pura delicia era aquello. Como salutación general o de entrada: –"¡Salve, Virgen pura! –¡Salve, Virgen-Madre! –¡Salve, Virgen bella! –¡Reina-Virgen, salve!" Y llegaba luego la voz imperiosa del sacristán con sus agudos: –"Despertad del sueño, –hijos de María, –que amanece el alba –anunciando el día".

Campeaba en briosas repeticiones, salpimentándolo todo, esta letrilla-clave: –"¡Viva María, –viva el rosario; –viva Santo Domingo –que lo ha fundado!" Para luego, ahincando la reflexión, dar paso libre a esta especie de "tiradilla": –"El demonio a la oreja –te está diciendo: –deja misa y rosario; –sigue durmiendo".

Sentábale muy bien a mi pueblo la devota concentración de hombres y mujeres en las madrugadas de octubre; y se repetía, a menor escala, para niños y ancianos, al atardecer.

¿Que cuál es y dónde está mi pueblo? Tuvo y tiene relativa importancia; como cualesquiera otro, desde luego, por importante que parezca. Medio siglo atrás se componía exclusivamente de labradores; hoy le rondan sendas industrias. Situado al pie de carretera de primer orden. Le corteja un río mozo y saltarín que, desde que nace en las estribaciones del Pirineo navarro hasta entregarse al Arga cabe Pamplona, baja salpicando espumas. Al Mediterráneo van, pues, sus aguas; pasando, claro está, por Zaragoza. Cuando en electrodomésticos no había lavadoras había en mi pueblo lavanderas de oficio; ellas lavaban ropa para la cercana capital de provincia. Y el río Ulzama solía reflejar en su corriente el garbo y salero de estas industriosas mujeres, a las que era de aplicación el galanteo rimado que dice: "Paso el río, paso el puente, –siempre te encuentro lavando; –la hermosura de tu cara –el agua la va copiando". Buena cháchara mantenían trabajando, dale que le das a la colada, con frotadura y jabón estas sufridas mujeres; pero, de pronto, al sonar campanadas en el reloj de la torre parroquial, una de ellas, indistintamente, encabezaba sin respetos humanos: "Bendita sea la hora en que Nuestra Señora del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza..."; y el avemaría sonaba, armoniosa, con eco de voces blancas, en obsequio a la Virgen Misionera que a Santiago vino a ver, en el corazón de España, cuando

el Apóstol hallábase en apuros. Sonsonete fluvial hecho oración camino del Ebro, hasta el trono mismo de la Pilarica.

Mil veces he creído que esta plegaria sencilla, hecha en medio del quehacer sobre la piedra del río, habrá fundamentado también la fe tesonera del pueblo español que aún sigue desgastando la dureza marmórea del Pilar a fuerza de ósculos amorosos. Esto hacían aquellas lavanderas, a voz en grito, todos los días del año: en febrero, en agosto, en diciembre...

Ahora que, por negligencia o descuido parece marchitarse el florilegio de laudes y súplicas a la Virgen, habremos de repetir, entre rosario y letanía, ese "Bendita sea la hora..." que pone miel en los labios y hermosura en el corazón, que nos lleva filialmente a la Toda Hermosa, Madre que nunca muere y, por tanto, nos releva de orfandad; Madre de Dios y Madre nuestra a la que debemos tener siempre en palmitas.

(*Heraldo de Aragón*)

GLOSA RÁPIDA A UNA CARTA DEL HERMANO PASTOR

Cuando la nieve –mariposa blanca del blanco corazón– amplía sus conquistas monte abajo para invadir la llanura, has encerrado el ganado en el aprisco y te has puesto a escribirme con pulso temblón: "Cerido ermano"... Buena es la buena ortografía, pero no es indispensable para que yo te comprenda. Mi corazón retoza y se zambulle gozoso en ese votativo que tu pluma arañó, desfigurándolo, en el paciente papel. ¡Cerido ermano! Amor sin tacha y medida a pesar de las letras omitidas y de las enmiendas que colgaste a estas dos palabras. Los escapes de amor son alardes caligráficos. La tarjetita amorosa que la colegiala borda con mimo, no entraña más fuego que el papel de estraza donde la humilde sirvienta consigna a lápiz un "te quiero" y lo hace añicos para no romper el encanto de secretas relaciones con el gizon de su aldea. De igual modo el poeta erótico no es horno más caliente que el rudo zagal de la serranía. ¡Cuántas veces aquél habrá llamado en la choza mendigando la miel de unas endechas! y al servirla, ya refinada, al paladar de la crítica, ésta no ha podido adivinar "que fue pastor el romance y un poeta el romancero".

..."Felisito y agradesco"... Refresca mi frente una como brisa montañera que alivia el cansancio de las horas largas de la noche. Los que escribimos algo y leemos bastante, sabemos que pocas veces se pone la pluma en ristre para agradecer nada. Una gran santa escritora dijo que por una sardina se dejaría sobornar. La gratitud rebosaba siempre el rico recipiente de su corazón. Mas, la monja andariega debió llevarse al Cielo tan importante tesoro. Hoy la pluma es arma temible y a veces fratricida. Si, cada vez que salta a la mano, la caridad le demandara cuentas anticipadas, apenas se cosecharían periódicos en la calle; y veríanse en las librerías estantes semivacíos.

..."No te cieres acordar de la 'borda'"... Me da en el rostro esta frase; por eso me entran dudas de si será verdad lo que me echas en cara. Pues la verdad es, antes que halago, azote en acción. Y tus palabras –siempre bien intencionadas– me azotan la frente. ¿Crees que mis zapatos de charol no pisarán donde pisan tus curtidas abarcas? ¿Y que mis pies se rendirían sin ganar la altísima cima roquera que encaperuza la nieve de mayo? Con tanto temple y orgullo que tú me ufano de mi cuna, mecida entre helechales y circundada de riscos. Pero no sé, no sé... que algo tocan a olvidar las luminarias de la ciudad, sorda de ruidos y empeñada en prisas. El aire, puro en la sierra, suele viciarse en el sótano.

..."Ven pasar un día ací"... Iré alguna mañana de niebla, cuando el aliento es algodón en rama y la ciudad mendiga un resquicio de sol. Cuando éste envuelve el picacho y no puede perforar la densa cortina de nubes arrebujadas en los valles. Viviré un día contigo; varios días, mejor. Olor de aprisco caliente es grato olor para los hijos de la montaña. Y las sábanas de lienzo y la parda angorina y el zamarro trasquilado son regalías al cuerpo cuando silba el viento nevero. Comeremos torta de maíz, castañas, cordero asado y pan casero de la artesa. Habrá sidra agridulce y buen chacolí. Gran fogata central en la cocina de campana, y una canción que trence corazones con el prieto trenzado que ni la muerte puede soltar. Me cercarán sobrinos algareros, sin abuelo que les regañe, ni abuelita que pueda aquietarlos en derredor... Los que, a pesar de su juventud espiritual, murieron viejos tendrán su puesto vacío en el escaño familiar; no así en la memoria de quienes nos honramos con su mismo apellido. Iré, pues. ¡Cuántas veces se me escapa monte arriba el pensamiento!

..."Felisito año nuevo..." esta frase, trazada por ti, pierde su pegajoso formulismo. ¿Crees que será de veras nuevo el año que se inicia? Nada halla nuevo el sol bajo el cielo de luz de su mirada. Todo es repetido o disimulado. No hay recoveco por explorar, ni invención que no haya intentado vivir en las lenguas de fuego de alguna fantasía. Hoy, al igual que en tiempos de Caín y Abel, frutos de perdición y frutos de santidad. Ahora, como hace mil novecientos treinta y cinco años, insomnios en el palacio y buen sueño en la cabaña. La Humanidad de siempre braceando entre sombras de egoísmo y segundas intenciones. Luce la Luz de Belén, luz verdadera; pero los hombres suelen cerrar las pupilas y quejarse inconsecuentes, de su tan voluntaria ceguera. El pajarillo, en el bosque y bajo el alero, recela del ave de rapiña; y, efectivamente, el milano de alas planas siempre acecha desde la altura.

Año nuevo. Para serlo tendría que cortar el nudo gordiano del embarazoso, y a la vez postizo, régimen social, desterrando la acrobacia equilibrista de dos fuerzas iguales y contrarias –capital y trabajo–, para tender la vía paralela de estas dos fuerzas y hacerlas coadyuvantes de buen grado, en el logro del fin común: la felicidad. Con tanto papel impreso como avasalla al mundo, no ha llegado a comprender el bracero que el trabajo dignifica; ni quiere saber el millonario que Dios mantiene íntegramente sus derechos de propietario, absoluto, único y eterno.

¿Año nuevo el de 1935? El patriotismo se inicia y fomenta con fuerza centrípeta. Han pasado a la historia los expedicionarios de capa y espada y se han cerrado los puertos a la ventura marcial. Sólo corretean, en plan de conquista, los discípulos de San Pablo y de San Francisco Javier. Ellos derraman la doctrina salvadora y abren rutas de civilización en las tupidas selvas de la ignorancia. Es la preciosa dote que la Iglesia católica, sin ambiciones políticas ni apetencias de protectorado territorial, envía generosamente, maternalmente, a todos los confines del mundo. ¡Cuán diferentes la unidad que persigue la Roma papal y el afán igualitario que propugnan los pueblos imperialistas! Cada vez se definen más los contrastes en el panorama universal y lentamente, pero con firmeza y confianza, acusan su incuestionable valor los derechos "a natura". La absorción del débil por el fuerte, el desdibujamiento de las características comarcales por el orgullo mortificante del vecino ambicioso, el énfasis de una imposición irrazonada, el calvario de unos anhelos legítimos de legítima libertad; todas estas anomalías va moliendo, poco a poco, el molino del tiempo. ¡Flor de harina para el nutritivo pan de la justicia cristiana!

Te había olvidado, hermano pastor. El olvido crónico en que la sociedad aisla, voluntaria o involuntariamente, a los hombres de buena voluntad. Y al apartar a esos miembros, la sociedad carece de paz... aunque el sable se oxide dentro de la vaina.

Junto a las postales de felicitación que por aquí se estilan parece tu carta un Ecce Homo epistolar. Torcidos los renglones; derecha y firme la intención. El pulso torpe y avanzado a empellones; el ánimo sereno y dominador. Sin pulimento la frase; sin artificio la idea. La pluma borracha de tinta; el corazón colmo de sinceridad.

Apostillo tu carta regustando la más grata emoción. Las horas cachazudas que tú vives se descomponen, al vivirlas yo, en minutos veloces. Y a toda velocidad corren mis glosas, para que tú discurras sobre ellas trabajosamente.

(*La Voz de Guipúzcoa,* 1 de enero de 1935)

NOSOTROS

En la escuela mixta de un poblado rural aprendí las primeras letras. Las primeras letras que aprendí fueron las cinco vocales que, en trazos recios, encabezaban aquel cartel primero de mi aprendizaje escolar. Y, para aprenderlas más fácilmente, canturreábamos así: la que abre la boquica, a. La del eco, e. La que le han cortao la cabecica, i. La del ojo mochuelo, o. La que asusta a los chicos, u. Y, por resumen, a, e, i, o, u. Doy en repasar ahora, porque sí, un poco a la buena de Dios, aquellos días de instrucción primaria; y acuden a mi memoria, como en tropel, mil pormenores. También a compás o en sonsonete repetíamos

el Padrenuestro, los días del mes y los meses del año, las tablas de sumar y multiplicar..., haciendo del estudio una canción. Buen pedagogo aquel señor maestro. El catecismo del P. Astete nos lo sabíamos de pe a pa, con preguntas y respuestas. Y, como primer intento de declamación, recitábamos las fábulas de Samaniego.

Cerrando los ojos, imagino ver todavía aquellas paredes, aquellos mapas y encerados, aquel puntero... Reproduzco mentalmente la portada del libro "Juanito" y del libro "Corazón" y de otros textos escolares. Repetiría trozos de cierto vocabulario ortográfico y fórmulas de áreas y volúmenes que fueron lección entonces. Y hasta me parece percibir aquel tufillo a tinta y clarión que imperaba en el recinto.

Bien; por lo de letras íbamos. Y, sin duda, hube de analizar muchas veces, como buen alumno, palabras y palabras, determinando su sentido y alcance en la oración gramatical; y abarcaría también, a tal efecto, los pronombres personales. Precisamente y para esta clase de análisis, uno de éstos se me enreda ahora en el magín con tenacidad casi obsesiva: es el *nosotros*, como algo a meditar, como algo digno de mayor aprecio. Vivimos tiempos de ruptura y división, de excesivas tiranteces. Unas veces, cada cual por su lado; otras, en guerra fría o caliente. Respetemos el yo-tú-él de la persona humana libre y responsable y, por tanto, el nosotros-vosotros-ellos; aunque dando siempre cabida a la actitud solidaria y formal de *todos a una*... Es decir, el *nosotros;* no limitativamente y en plan de camarilla, sino en actitud desbordada y generosa. Un *nosotros* que no acentúe diferencias, sino que procure un mejor servicio común, superando ciertas particularidades. *Nosotros,* en familia; *nosotros,* en vecindad; *nosotros,* en convivencia; *nosotros,* sin desdén para nadie; *nosotros,* en fervorosa cordialidad, acogedoramente.

Política, nacionalidad, religión, aunque a veces distancien un poco, que nunca lleguen a excluir. Que la bondad del sentimiento suavice el rigor de las ideas. Claro que si la recta idea es luz, el buen sentimiento es ternura; y el raciocinio también se ilumina cuando se enternece el corazón. No sé explicar cumplidamente estas cosas, ni son para ello. Son para sentirlas con intensidad y regalo de espíritu. Son para disfrutarlas en hondura de alegría. Entre Juan Pablo II y su potencial asesino hay un *nosotros,* conmovedoramente ejemplar, desde hace algunas fechas. ¿Quién nos impide hacer, en muchas ocasiones, algo parecido? Y a vueltas sigo con el pronombre personal *nosotros;* no en el análisis gramatical, sino en otro más profundo y transcendente.

(*ABC,* segundo editorial de 21 de agosto de 1984)

PARA TI, LABRADOR

Tierra parda y cielo gris. Molienda de trigo en el molino, y mosto en los lagares... Y a sembrar se ha dicho; que avanza el otoño y es tiempo de sementera. A sembrar, surco tras surco, en tierra bien laboreada.

¿Recuerdas labriego la parábola del sembrador? Hace el caso recordarla cuando nos acercamos al DOMUND 1946. Días estos de buena arada en el campo; y días también, de más intensa propaganda misional. Recuerda, pues: salió un sembrador a sembrar...

Pero, no; hay otra comparación que encaja mejor ahora; aquélla de la mies abundante y dorada en espera de cosechadores. También recordarás... Es la que el Divino Maestro utiliza para darnos prisa a intervenir en la extensión de su reino; y se aplica muy especialmente a la apremiante necesidad del apostolado entre infieles por falta de fe. (Hay también infieles por falta de fidelidad).

El sembrar es tarea paciente y calmosa, a tono con la suave quietud de la otoñada; el cosechar, en cambio, pide urgencias en jornada intensiva, derrochando sudor. A la hora de colmar el granero se precipitan afanes. ¿Qué importan día largo y sol ardoroso y creciente fatiga y sueño desvelado? Es la recolección; esperanza cumplida, saldo de viejos débitos, motivo de prosperidad, pan de muchos días... Y, si por mucha cosecha, "te puede" el quehacer, buscas peones, labrador, a cualquier precio. Imposible dejar de recoger el fruto de todo un año de trabajo e ilusión. Por eso suele sobrarte tiempo al final del verano. Más cosecharías, si más tuvieras. Hasta ahora, siempre ha terminado la trilla por falta de haces; nunca se abandonó porque faltasen brazos cosechadores.

Así en la vida de tejas abajo; pero, con relación a otra vida, que es la verdadera, ¡cuántas cosechas perdidas! Tú, labrador, derramas sin querer –camino de la parva, camino del granero– contados granos de trigo..., para que guarde la hormiga, para que coma el gorrión. ¿Sabes que en los campos del Señor de las almas se desgranan, sin provecho, millones de espigas? Más de mil millones de infieles no conocen a Dios; y sienten ellos –sienten– un ansia vehemente de Evangelio, un deseo infinito de verdad: son trigal fino y maduro. Pero no hay misioneros bastantes; no hay segadores. ¿Qué harías tú, labriego, frente a la parcela en sazón, a punto de perderse porque nadie acudiera a segar? Te desvivirías... ¿Te desvives, acaso, por las misiones? A todos nos llama Cristo a su heredad; a los que no podemos ir a extraños países nos está repitiendo con amorosa insistencia: "Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su mies". Rogad. Ruega, pues, labrador, orando en soledad abierta del campo. Ofrece trabajo y trabajos por la salvación de las almas. Y no regatees parte de tus ahorros para financiar la empresa de las misiones. Y si das de lo que no te sobra, mejor todavía: la propia necesidad acrecienta el valor de lo que se ofrece. Muchos pocos en

dinero son tributo de muchos corazones en floración de grandes anhelos; e importa, sobre todo, el arranque colectivo del pueblo fiel hacia la conquista, para Dios, de los infieles.

Tú, labrador, estás especialmente obligado, a ser, en el plano de tus posibilidades, ayuda del misionero. Misionar es llevar a las gentes la luz del Evangelio; y el Evangelio está salpicado de parábolas; y, entre las parábolas, son mayoría las que toman ejemplo de tus cosas y actividades para tejer doctrina infalible de salvación. Apareces, labriego, con honrosa frecuencia, en labios de Cristo predicador. ¡Cuántas parábolas que hablan de ti y de tus peculiares tareas y de tus caseras inquietudes! Hasta la del hijo pródigo quiso enmarcarla el Señor en parajes camperos.

Todos somos predilectos para Cristo; pero tú, labrador, pareces ser algo más... Y, claro está, son también predilectos suyos los paganos. Mas para que, efectivamente, gocen el regalo de tal predilección, Cristo nos pide espíritu misionero y ellos, los paganos, requieren nuestra hermandad.

El DOMUND 1946 (Domingo Mundial de la Propagación de la Fe) exige que vinculemos para siempre –mediante oración, limosna y sacrificio– nuestra vida entera a un más próspero vivir de la Iglesia Católica en el mundo. El cartel anunciador de esa transcendental jornada exhibe, este año, un misionero contemplando un montón de ruinas. Tú, labrador, avistas desde la parcela el poblado en orden, dulcemente apiñado junto a la iglesia parroquial, cuyas campanas te son familiares. Y este grupo de hogares felices es claro símbolo de la abundancia de medios espirituales con que Dios te favorece. Acuérdate de los que están en ruinas. Y con tu recuerdo, tu ayuda. Todo vale, puesto en manos de Dios, para la gran causa misional: penas y alegrías, triunfos y reveses, la gota de sudor, la salud impetuosa, unas décimas de fiebre... Todo vale, labrador; hasta la ufanía con que acaricias, celebrando prosperidades, las ancas lustrosas de la yunta en el establo. ¿Verdad que vas a ser, desde ahora, misionero?

(*El Pensamiento Navarro,* octubre de 1946)

¡AGUA...!

Nunca parece que vienes: siempre parece que vas. No acierto a saludarte y sí a despedirte, agua de río abajo. Con más o menos prisa, llegas, resbalas, huyes murmurando tu adiós. Y eres, corriendo, nueva en cada instante; imposible que seas, corriendo y renovándote, la misma.

Quédate, agua salada, en la anchura inabarcable de tu propia inmensidad y en misteriosas profundidades. Para ti –¡acaparadora!–, las tres cuartas partes de nuestro planeta. Yo ahora estoy, soñando y de veras, frente a las que decimos aguas continentales.

Agua dulce, que de la entraña del cerro naces cantando. Agua que alegras el aire y rizas la luz y alimentas la raíz de las flores. Agua dadivosa de verdor y de fertilidad. Agua que te embadinas en el pantano para precipitarte, de golpe,

en la presa y atravesar la turbina generadora de fuerza motriz. Agua que eres acequia de regadío, impulso industrial, derroche de trabajo. Agua que amasas pan, y tejes vestidos, y curtes calzado, y señoreas, con el fuego la cocina e higienizas el hogar. Agua que estás presente, de una o utra manera, en los más elementales y en los más transcendentes motivos de un vivir digno y amable. Agua que sueles besar, con frescos humores, las sienes del pescador. Agua que velas, cantarinamente, el sueño y la tarea del viejo molinero. Agua que ciñes, sobre tierra blanda, los pies desnudos del hortelano. Agua que regeneras en la altísima primogenitura del bautismo. Agua dulce y limpia y acariciadora...

Agua: ¿por qué te haces, de pronto, ímpetu maligno? ¿Por qué arrasas la campiña y cortas vías de comunicación e invades el poblado y allanas devastadoramente la intimidad casera? ¿Por qué derribas, a capricho, a troche y moche, viviendas y fábricas? ¿Por qué inutilizas enseres domésticos? ¿Por qué desbaratas, contra toda ley, el bienestar de tantas familias? ¿Por qué quitas, sin más ni más, la vida a hombres, mujeres y niños?...

Agua: ¡si tú no eres así! Tú no puedes ser lodo y piedras rodantes y árboles arrancados de raíz. Tú no has brotado para romper diques y sembrar tragedias. Si los hombres amaneran y desvían tu cauce natural es para dignificarte en más alto provecho de todos y de tí misma.

Valioso caudal el tuyo, en poético resbalar de tersura o de espumoso encabritamiento sobre el regazo mismo de la tierra. Valioso caudal el tuyo, entregándose al ingenio y a los designios del hombre. Valioso caudal, tan minuciosamente humilde, que se va acumulando, gota a gota, hilo a hilo, en crecer paulatino y armonioso, desde la nieve de la altura al mar.

Y de repente, porque sí, deshaces tu propio encanto y desvías tu destino y provocas verdaderas catástrofes. Todo por salirte de madre, por ocupar un sitio que no te corresponde. Algo de eso nos pasa también a los pobres humanos...

¿Qué te cuesta ser dócil, sumisa a quienes, razonablemente, necesitan de ti? Tú, en cambio, no necesitas embarrar tu limpieza. Y aún menos necesitas acrecer tu caudal con lágrimas amargas e inocentes.

No seas, pues, apocalípticamente destructora, casta y bella criatura de los bíblicos piropos. Un puente en tu camino es como un arco triunfal. Besa, calladamente o cantando, sus cimientos; pero no quieras derribar el puente.

Agua corriente y bien apetecida: no endurezcas, por favor, tus intenciones deslizándote –ensoberbeciéndote–, ciega, fuera de cauce.

...Y te inmovilizarías de estupor, te harías al instante toda hielo, agua, si te dijera que el humano corazón, desencauzado, es incomparablemente más ciego que tú, más insensible, más devastador...

(*ABC,* 7 de noviembre de 1964)

LENGUA

Todos tenemos algo que corregir en modos y maneras y expresiones. Y es demasiado fácil dar paso, distraídamente, a cualquier inconveniencia.

He oído decir hace un momento: –¿A que no sabes tú...? resulta que el preguntado sabía la respuesta exacta. Aunque no la hubiese sabido para nuestro objeto era igual. Fallaba la pregunta; incorrecta por la forma y el tono en que se hizo, –¿A que no sabes...?, presupone ignorancia en el llamado a responder. Y, al mismo tiempo, atribuye cierta suficiencia o superioridad al sabihondo preguntón.

¿A que no sabes...? ¿Por qué no ha de saberlo? ¿Quién no sabe algo? y ¿quién lo sabe todo?

Diciendo: –A ver si sabes..., cambia el sentido y se suaviza la expresión. Y tiene otro aire lo dubitativo.

Mucho mejor sería iniciar así: –Como sabrás... Como sabes... Y seguir hablando de lo que se quiere hablar.

Es como cuando uno, en la oficina a donde fuere, exclama de pronto: –¡Ya me han quitado el bolígrafo! Lo mismo le costaría insinuar: –¿Tiene alguien mi bolígrafo? O más propiamente: –No sé dónde he dejado mi bolígrafo.

Enseñar al que no sabe, obra es de misericordia; pero hay que practicarla delicadamente, sin hacer a nadie de menos. Aun cuando nos dirijamos a un niño. Aun cuando estemos seguros de que el "discípulo" ignora lo que es objeto de "examen". Aun cuando no debiera ignorarlo.

Rescatar una cosa es legítimo y hasta obligado. Pero sin herir susceptibilidades. No por vía de culpabilidad, sino de simple descuido. De ese modo, nos evitaremos, incluso, equivocaciones.

Redimir sin echárselas uno de redentor, es lo que procede. Y de buen resultado.

Así que también a nuestra lengua podemos dedicar más de cuatro pláticas. Pláticas mudas, en persuasivo monólogo: –Cuidado, ¿eh? Todo apercibimiento es poco ante la facilidad con que sueles deslizarte. No te desmandes, en menoscabo del prójimo. No hieras nunca. Insaliva bien lo que vas a decir, para evitar asperezas y brusquedades y entrometimientos; en una palabra, falta de caridad. Porque te desmandas fácil. Y las palabras vuelan en vuelo sin retorno. Lo dicho, dicho queda; y el eco lo repite. Y lo divulga el comentario. Y la rectificación tiene menos fuerza, que lo que se pretende rectificar. Considérate como algo magnífico, y como algo temible al mismo tiempo. Doble filo el tuyo. Puedes servir al bien y al mal; tan eficazmente al uno como al otro. Cuida de saber a cuál de los dos señores estás sirviendo; que al uno y al otro a la vez es imposible. Sé sobria y no desatada. Pero no quieras callar lo que procede decir.

Lengua: déjate aconsejar. Eres demasiado poderosa e influyente para hacerlo todo por tu cuenta y riesgo. Hay un espíritu de la lengua, que ha de estar por encima del ejercicio de la lengua. Que hable en ti el espíritu recto y cons-

tructivo. Porque, puesta a demoler, echarías por tierra en un momento lo que se construyó durante siglos.

Ahora bien; sin descuidar, lengua, tu intervención –importantísima siempre–, tampoco prepares con excesiva meticulosidad el discurso. En total convivencia con el buen deseo, déjate en manos de Dios; y hasta un poco a la buena de Dios. Que Él hable en lo que dijeres.

Sería interminable –y podría ser muy sustancioso– el apóstrofe a ti disparado, lengua impaciente, pero resulta incómodo; porque, para ello, ha de empezar uno por tragarse sus propias palabras...

(*El Pensamiento Navarro,* primer trimestre de 1965)

CORRESPONDENCIA

Te extrañas, amigo, de la escasa conversación de ese otro amigo nuestro. No te extrañes. Advierte que lo parco no es tacañería; obedece a una manera de ser normal y corriente.

Tú, desde luego, hablas más que el aludido; bastante más; mucho más, en fin. Y, sin embargo, no eres hablador; no incurres por eso en palabrería.

En hablar por hablar está el defecto; el exceso, mejor. Entiendes perfectamente lo que quiero decir.

Aun hablando tanto, dudo de que, en el día del juicio final –que llegará, sin duda ninguna– se te pida cuenta de palabras ociosas. Allá veremos. Pero supongo que ese inconveniente se salvará con amplia benignidad. Tan ocioso y más puede ser el excesivo silencio. Aunque ambos extremos haya que cuidarlos previsoramente, desde ahora, para entonces.

En el uso de la lengua, atenerse a lo indispensable quizás sea recortar demasiado la medida; y, por otro lado, lo superabundante resulta fatigoso. ¿Qué será preferible? Ni una cosa ni la otra. Pero, en general la necesidad no se satisface del todo con lo estrictamente necesario.

Habrá que dar pues, hablando, cierto margen de amplitud, a modo de propina. Así conversaremos con más animación, y difícilmente echaremos en falta esa especie de comodidad que dicen existir en régimen de boca cerrada.

Ahora bien, en esto como en todo, el que recibe cinco talentos de amable expresividad, ha de ganar con ellos otros cinco; duplicarlos es la exigencia mínima de Quien puede exigir. Y el que recibió uno, con que llegue a dos, habrá hecho lo que el anterior; e idéntica será la recompensa. Por eso, nunca se sabe, comparativamente, rendimiento y méritos de cada uno respecto a los demás.

A ti, amigo, te sorprende que no todos a quienes saludas con igual campechanía correspondan por igual. Pero, en realidad, ignoras –pese a las apariencias– cuál de ellos lo hace con largueza y cuál no alcanza el mínimo nivel que tú has imaginado.

Muchos abundan en simpatía por don gratuito, por naturaleza. Y muchos han de "cultivarse" con trabajoso cuidado para no parecer antipáticos. A los pri-

meros les gusta saludar abiertamente; así que en lo que dan reciben. En cambio, a los segundos el saludo abierto les supone violencia; saludarían callandico y de paso –no son diana floreada–; y sólo esforzándose pueden coger el tono cuando saludan. Y saludan siempre.

En mi inolvidable escuela primaria teníamos un condiscípulo que jamás se reía. Ni gritaba en el recreo. Ni saltaba y corría por saltar y correr, como los demás hacíamos. Seriote, seriote, aguantaba nuestras bromas, admitiéndolas de buen talante. Temperamentalmente así, aunque afectivo en el fondo, una demostración de mínimo alborozo era para él como la conquista del Perú para Pizarro: difícil y, por ende, gloriosa.

Seguimos saludándonos, afortunadamente, con frecuencia. Por su parte, en pocas palabras. Y –la verdad ante todo– me es tan estimable este viejo amigo como puedes serlo tú que gritas un ¡hola! simpatiquísimo a cien metros de distancia.

Es tu caudalosa campechanía; vale un potosí. Y también lo valen, también, esas cuatro gotitas de amistosa dedicación, robadas al estiaje crónico de una honda seriedad de nacimiento.

¡Cualquiera sabe, amigo, cualquiera sabe los diferentes modos de corresponderse en la vida! Muchas veces da más el que parece que menos.

(*El Pensamiento Navarro,* 17 de septiembre de 1965)

OJIALEGRE

Eres ojialegre. Te bailan los ojos. Que es una manera de retozar el alma. Y, con alma retozona, se vive dos veces; y se hace vivir en gozo a los demás. Buena será la vida así llevada. Aunque difícil, claro. No se siembra alegría "de visu" a troche y moche, sin esfuerzo ni renunciación; sin sacrificio. Sin sacrificio no hay nada; nada que se merezca la pena.

Eres ojialegre; ¡qué suerte la tuya! Y esa luminosa y callada bulliciosidad de ánimo que en los ojos radica constituye el atractivo mejor de tu persona. Aprovéchalo bien. Dios te pedirá cuentas de cómo lo empleaste. A ver si se las rindes muy cumplidas; como fiel administrador de ese optimismo que en tu mirar llevas.

¡Oh! los ojos bonitos por alegres y, por alegres, buenos. Sanos por dentro y fuera; a carta cabal. A los ojos se asoma el amor antes que a los labios. Y los ojos dicen, muchas veces, lo que las palabras no saben decir.

Eres ojialegre. ¿Quién sostendría que en la hondura de un triste mirar cuaja más belleza que en el cabrilleo de limpias inquietudes? Sí, tienes un ojear dicharachero, de blanca significación, al igual que el lucero de la noche. Un granito de arena en el ojo parece una montaña.

Los ojos han de seguir siendo como nacieran y son: si negros, negros; si azules, azules; si castaños, castaños. No admiten componenda de colores superpuestos. Se niegan, ultrasensibles, a la tonalidad artificiosa. Ellos son ellos; so-

beranos absolutos de su manera de ser. Siempre celosos de luminosidad. La salud de los ojos es ver perfectamente; sin molestia y sin temor a no ver. Su eficacia resulta imponderable. Y su encanto consiste en la doble caricia que derraman desde el rostro, al que hermosean más que ningún otro rasgo facial.

Para el día se han hecho principalmente los ojos. Y no para entreabrirse en regateo. Aciertan a vivir de par en par. O se cierran del todo para el sueño. A medias es postura que no les va.

Estéticamente, poco ganan los ojos con retoques de química en el extrarradio. La moda está muy lejos de procurarles belleza; se la quita con el intento de realzarla. Y la mujer cae, no pocas veces, en el engaño.

Ojos de mujer reclaman una ofrenda en madrigales. También el silencio admirativo puede ser su poema. Y éste les dedicamos ahora, cumplidamente.

Ojos de hombre son los tuyos. De franqueza en la mirada. En juiciosa y optimista inquietud. Oye, ojialegre, una cosa. ¿Sabes cierta enfermedad, que pone los ojos malos?... ¿Y chiquitos, y feuchos y en rojez y legañosos? Algo que no se remedia con esa mano de santo que tienen los oculistas; que no reavivan cristales graduados, ni preservan gafas ahumadas frente al sol violento o el cálido bochorno. Algo fuera de ese milagro constante en que se convierte la oftalmología. Ojos inexpresivos, entre absortos y vacilantes, los del alcohólico. Que se mueren sin morir; que no gozan de su viveza y virtualidad. Ojos ausentes, que no hallan rumbo en su enfoque. Ojos que no se prestan a la suavidad ni despiden una chispa de energía. Ojos encarcelados en la tontez vidriosa del vicio que debilita y degrada. Desbordaron su pobre condición de "alegricos", cayendo en la miseria de una crónica inexpresividad. ¡Lástima de ojos!; con lo vivos que eran y hubiesen podido ser.

No llegues nunca, hombre, a esa especie de incuria visual. Nuestro primer sentido no merece el apego de una caduca enfermedad catalogada...

Desgracia de ser uno ciego; viendo sin ver, puede serlo aún mayor. Por oculta ceguera.

¡Ojialegre, ojialegre...! Y retozando el alma.

(*El Pensamiento Navarro,* 7 de octubre de 1965)

LAS MANOS COMO EJEMPLO

Me miro las manos. ¿A cuenta de qué?; no sabría decirlo. Puede ser una simple ocurrencia. Y mis manos, sin advertir la atención que ahora les dedico, siguen a merced de los ojos.

Porque las manos hablan a su manera, y en ademanes transmiten algo temperamental de padres a hijos, de generación en generación. Se hereda, en cierto modo, la expresividad de las manos.

La izquierda abrocha y desabrocha los botones. Signa la derecha "por la señal..." en la frente, en la boca, en el pecho. Ambas intervienen al atar los cordones del calzado y componer el nudo de la corbata. Unánimes, aplauden; suel-

tas no podrían. Si una sola no basta para lo que fuere, le secunda al momento la otra...

Por supuesto que las manos tendrán sus crisis, sus fallos y flaquezas, sus arrebatos y excentricidades; difícil es hacerlo todo bien. Sueltan un puñetazo o esgrimen armas, inmovilizan al débil o aflojan demasiado las riendas. Pero lo habitual y corriente es que actúen dóciles y afanosas al servicio del hombre y el bienestar común, de la cultura y el deporte y, sobre todo, en el fiel cumplimiento de esa labor manual, callada y anodina a través de los años. Que cuiden mil detalles y completen mil cosas y susciten motivos de agradabilidad. Que saluden con efusión, que alivien el peso de los hombros con una palmada, que sepan enjugar lágrimas. Que multipliquen su graciosa eficacia en tantos y tantos menesteres que salen al paso y es preciso remediar entretejiendo bellas emociones a lo largo de la vida.

Me llena de gozo la convicción de que estas manos mías, en estrecha hermandad, son algo invalorable, y por ello las junto con ánimo y deseo de oración laudatoria, pidiendo a la vez que Dios mantenga y mejore su honroso destino.

Y, mientras se acentúa entre nosotros la consabida parcelación político-social en derechas e izquierdas, con algunas subdivisiones. Extrema derecha, extrema izquierda; centro derecha, centro izquierda; derecha avanzada, izquierda moderada... deslindes convencionales, pero significativos, y demasiado sensibles. Bandos y banderías, y no frente único. Somos familia en disensión, vecindad que parte peras. Y, por no grata experiencia, cabe presumir que este mosaico de siglas y opiniones y posturas degenere en avispero de rencillas tan enconadas como perjudiciales. Con clamor generalizado, se invocará el derecho a la libertad, negándosela al de enfrente. La solidaridad se hará consistir en que otros vengan a mí y yo a nadie vaya. Y así por el estilo.

Hay principios inamovibles e irrenunciables sobre los que ni en una tilde cabe transigir. Pero habrá también puntos de contacto para una acción perceptible, sustantiva y eficaz. Hace falta mucho bienquerer como aglutinante de actividad común. Pero tendemos a lo intolerante, cada cual con sus razones y nadie con toda la razón.

Mano derecha, mano izquierda: en el aspecto personal, ambas, de común acuerdo, hacen o dejan hacer, sin pelearse por más o por menos. Dios lo hizo así, y no cabe enmendarle la plana.

(*ABC,* 13 de febrero de 1976)

EL LIMPIACRISTALES

Estando en el hospital (no de enfermo, sino como acompañante), fácil es recoger impresiones acerca de un hospital. Cunde ese ir y venir de prisa laboriosa por todos lados. Personal sanitario, personal de limpieza por tránsitos y habitaciones. Camillas hacia el quirófano o del quirófano hacia radiología o de radiología. Ascensores y montacargas en movimiento continuo. Abarrotadas las

secciones de consulta y análisis. Vivo ajetreo en oficinas e información. Y, a la hora de visita para el público, la calle que se mete en el establecimiento. Incluso la cafetería suele estar llena. También hay alguien siempre en la capilla. Todo es, en definitiva, por los enfermos que aquí sufren y esperan; todo para proporcionarles alivio y remedio. Predomina lo blanco en puertas y paredes, en camas y camillas, en el esmerilado de los cristales... Blancas las batas de los médicos, el atuendo de las enfermeras, el sobrehábito de las monjas; hasta los capellanes presumen de blanco. Albura en todas partes como atributo y norma de mayor limpieza. Por excepción ya reglamentada, ciertas categorías o servicios van de color. Los visitantes, por supuesto, visten a su aire; y lo mismo quienes realizan ciertos trabajos por contrata libre, como fontaneros, albañiles, pintores, etc.

Y mira por dónde, habiendo tanto y tanto en qué fijarse, había de fijar mi atención precisamente en un modesto peón especializado como es el limpiacristales. Ahí está, en su quehacer. Va de mono gris, con sandalias y sin calcetines. Subido a una escalerilla de mano, hace garabatear un pequeño rodillo esponjoso en la tersa superficie. Primero la humedece y luego la frota y seca con trapo o gamuza. Moja el rodillo en un pozal de plástico. No es que el cristal estuviese, lo que se dice sucio; pero queda limpio, con tal procedimiento, en un santiamén. Y, con esta frotadura a muñeca, parece avivarse la luz. Mientras sigue en su trabajo, el limpiacristales silba modosamente o semicanturrea alguna tonadilla que casi no se le entiende. Una enfermera que, como es usual, va de prisa le saluda al pasar: "¡Buenos días, Fulano!" "¡Buenos días! –corresponde el aludido; y mirándola ir, agrega por lo bajo– "enfermo estaría yo media vida con tal de que tú me cuidases". Y sigue afanoso en su garabateo. Miro cómo limpia ventana tras ventana, ajeno a todo. Tal vez sea el limpiacristales lo más humilde y monótono en el trajín de un hospital. ¿Por qué ha de merecerme tan asidua atención?

El cristal preserva del viento sin menoscabo del sol; hace el mirar más discreto; desde la intimidad casera permite ver el paisaje. Buen invento fue el cristal por comodidad e higiene, por práctico y elegante. Parece obligado que se le cuide con esmero, lo mejor posible. Y ello parece fácil, aunque tendrá, no cabe duda, su dificultad. Todo requiere aprendizaje, práctica y especialización hasta llegar a lo perfecto, que es a lo que hay que llegar; lo mismo en cosas relevantes que sencillas. Por vía de sencillez me gana el limpiacristales; por ese encanto de quien, pareciendo el último, pudiera ser el primero.

¿Cuántos cristales habrá en el inmenso hospital? Miles y miles y miles... Toda una brigada de peones especializados será precisa para realizar tal limpieza una vez al mes, una vez a la semana... cada peón está subido en la escalerilla portátil, un pequeño pozal de plástico al lado, dale que le das, muñequeando, al rodillo esponjoso y al trapo y a la gamuza, mientras silva o canturrea levemente cualquier tonadilla en uso. Y, por manera nada espectacular, gracias al modesto limpiacristales, la luz se filtra más pura y cariciosa.

(*ABC,* 1 de octubre de 1977)

TARJETAS DE VISITA

Terminábanse ya mis tarjetas de visita, y acabo de encargar otras. No muchas; doscientas. Son pocas las que empleo habitualmente. La mayoría, desde luego, para testimonios de pésame; algunas para felicitaciones y enhorabuenas.

Estas recién encargadas durarán, pues, una temporadita; creo yo. A no ser que, impensadamente, sobren demasiadas. Nunca sabemos lo que puede ocurrir. Puede ocurrir que uno cambie de dirección postal o de teléfono o –muy improbable– de remoquete profesional; nunca, en mi caso, de título nobiliario. Y, en el peor de los supuestos, podría ocurrir que fuesen suprimidas sin remisión mis tarjetas por hallarse uno al otro lado de lo que aquí entendemos por convivencia social. ¿Que por qué este último pensamiento? Pues... porque sí. Ya sabemos que morir es lo último, y sabemos igualmente que lo último ha de llegar. Claro que... nada de ponerse triste, ni siquiera serio; si bien nadie manda en sus propias cavilaciones, que se adhieren al ánimo como hiedra a la pared.

Al afeitarse uno, tal vez no piense en si lo hará de nuevo; tampoco cuando uno se corta las uñas. Pero, al encargar tarjetas de visita, puede haber margen, quizás, para ciertas preocupaciones... Sin pensar, propiamente, en la mortaja.

El caso es vivir, lo interesante es vivir; y vivir es –se me figura– meritorio; hemos de hacer que lo sea. Dando luz verde a la cabal convivencia, embelleciendo lo que a mano viene, animando siempre el cotarro. Para regatear al ambiente una sonrisa, preferible fuera no salir de casa.

La tarjeta de visita denota cordialidad, va rehogada en afecto, es detalle de finura. Siempre halaga recibirla, y su envío se hace con apreciativa diligencia. La tarjeta de visita no admite un ápice de malhumor, y tiene por objeto compartir emociones ajenas; para suavizarlas si fueran penosas, para acrecentarlas si fueran felices. A donde uno personalmente no puede llegar llega su tarjeta, que anima y sonríe a quien vaya dirigida.

Eso quisiera ser yo: tarjeta de visita y, mejor, presencia viva y venturosa, paño de lágrimas, derroche de alegría. Porque los demás se lo merecen todo, aunque a mí me faltase algo de lo que les diere, de lo que quisiera darles, que intencionalmente como dado estará.

¿Para qué quiere uno la vida sino para derrocharla saludablemente por todos?; por todos los de aquí cerca, por todos los de allá lejos. Nadie es tan lejano que no pueda atraerlo a mi campechanía con sólo un acto de amor. Y no importa que él mismo no se entere de lo que quisiera..., de lo que quiero hacer por él. Que, siendo yo feliz, todos lo sean mucho más que yo; y, si yo no lo fuera, que no alcance a otros mi infelicidad.

...A dónde iría con todo esto no lo sé a punto fijo. Es que ¿saben ustedes?, acabo de encargar unas tarjetas de visita; doscientas nada más.

(*ABC,* 8 de septiembre de 1978)

DÍA DE LA MADRE

Imposible escribir como ella se merece, de la madre. Todos la hemos tenido. Felices quienes todavía pueden acariciarla. Su pérdida es siempre un dolor nuevo en la vida, y su presencia alumbra un gozo filial tan intenso, que no hay palabras bastantes para describirlo. A la madre se la quiere porque sí, porque es la madre. Basta que lo sea, para no tener defectos aunque los tuviere; y, si regaña o castiga, lo hace con bondad.

Al encuentro nos sale ahora en las primicias de mayo, el Día de la Madre; ahora cuando el paisaje y ánimo florecen. Día en que apremia un mayor deseo de obsequiosidad a quien tanto debemos, a quien nos dio amorosamente el ser; a quien, viva o muerta –siempre viva–, sigue queriéndonos hasta el derroche. En este día habrá de haber en casa algo de extraordinario de tertulia y mesa, demostraciones de alegría que, al ser entrañablemente renovada, parezca de estreno. Fiesta familiar de cualquier día, de siempre, pero más expresiva en avivamiento y brillantez.

Claro que no se precisan exterioridades exageradas; lo normal y corriente, revestido de nueva efusión, vale por mil agasajos, vale un valer. Por supuesto, para honrar y festejar a la madre deberían ser igualmente destacables todos los días del calendario. La entrega de la madre a sus altos deberes suele ser, sin limitación alguna, en plan intensivo. Ella no entiende, como tal, de horarios y comodidades; nunca está ociosa, sabe desvivirse, sabe padecer; sonríe a menudo, llora, tal vez, a hurtadillas. Hace todo lo posible por la felicidad de los suyos, renunciando, si es preciso, a la propia felicidad. De la madre se necesita, en cualquier tiempo y ocasión, más que del pan a comer y del aire a respirar. La madre adquiere buen juicio, talento y capacidad de manera no aprendida; por ciencia infusa, a impulsos de un corazón cabalmente enamorado. Modelo de generosidad y sacrificio, la madre suele dar todo sin exigir nada; Dios la hizo así, manirrota en solicitudes.

El gozo de ser madre y el dolor de ser madre le afectan, por supuesto, de muy diferente modo; pero los acoge con igual ternura. Madre del hijo dócil y del hijo rebelde, del hijo que triunfa y del hijo que fracasa, del que le ciñe laureles o, por el contrario, espinas. Y todo, contenta o contrariada, gozosa o llorosa, suele echar a buena parte.

Madre que da a luz, sin limitaciones pecaminosas, otra nueva vida, que es lo más hermoso que haber puede; para el mundo y para Dios, para lo temporal y lo imperecedero. Una vida crea ilusión y esperanza, y motiva nuevos amores; y sabido es que el amor no tiene precio. Inapreciable, pues, viene a ser una vida, que habrá de atemperarse en gozos y pesares como cualesquiera otras. Y, ¡a convivir! con la ventaja de que la alegría, si se comparte, es más alegría, y el dolor compartido es menos dolor. Y, en todo caso, pase lo que pase, sobre la malquerencia está el bienquerer. La madre nos trae a la vida. La madre: querría uno volver a nacer de aquella misma de la cual ya hubo nacido, sólo por deberle más, sólo por testimoniarle un múltiple agradecimiento. ¡Oh, la madre...!

(*ABC,* 1 de mayo de 1983)

RECORDATORIO

"No hay quinto malo"... se decía hasta ahora. ¿Podrá decirse igual en lo sucesivo? Y la famosa ganadería ha conquistado, con pena del mayoral, una fama cimera. Porque los mayorales, tanto y más que a sus toros –¡que ya es decir!– querían a Manolete.

Le queríamos todos, como a genio del arte taurino; se parecía a él solo. Los "bichos" jugueteaban dócilmente a su alrededor. Y uno ha habido que, a punto de morir, cortó el juego...

Manolete patentó con su nombre una especialidad en la gama y gestos y actitudes, que llamamos "pases"; la manoletina. Como Gaona, como Belmonte, como Chicuelo...

Yo no puedo decir que he tomado café con Manolete; pero sé que era sobrio y sencillo... y bueno. Popular más que nadie. Y no era guapo. Hacía caridad a manos llenas; y muchos auténticamente pobres rezaban porque él fuese multimillonario. Cobraba bien; pero, en servico de la afición, se había impuesto el deber de ganar lo que cobraba.

Desde ahora los miuras darán más miedo: desde que el toro Islero...

Hay nombres que, a modo de cortejo –a veces triunfal, a veces fúnebre– se pegan al nombre de moda. Así, tras de Manolete: Linares, Miura, Islero... Y hay plazas de toros que, para no ser de primera categoría, tienen mucha historia.

La madre de Manolete llorará... como una madre llora al perder un hijo: de una madre a otra, en cuanto a exigencias del corazón no puede haber categorías.

Y España se duele profundamente, con espíritu viril, sin exagerar su dolor. La naturalidad fue característica de Manolete; en el ruedo y en la calle.

Todos comentamos el trance con abundancia de pormenores; en casa y de paseo, en la oficina, en el taller; sobre todo en la peña de amigos.

Hasta la priora del convento de clausura habrá dicho a sus monjitas la novedad... y las monjitas rezarán por el torero que, muriendo bien, ha redondeado su mejor faena.

En fin; Manolete ha muerto. Parecía siempre perfilado para entrar a matar; y en la suerte suprema se le fue la vida. Ha muerto el "ídolo de las multitudes". Yo no aplicaría a Manolete esta frase adulatoria y sin cabal sentido. Manolete era la atracción sobresaliente en nuestra fiesta de toros, que es bella y brava y apasionante. Era, en las tardes de colorido a la española, lo imprescindible. Ídolos, no; y hablemos en cristiano.

Manolete ha muerto: descanse en paz. Y más vale una oración que unos minutos de silencio.

(*El Pensamiento Navarro,* 31 de agosto de 1947)

TRICORNIO

¿Vamos a la Feria un rato? A la Feria –con mayúscula– ya no podemos ir. Porque se ha clausurado la Feria. Y se derriban ya, por sin objeto, los pabellones donde la Feria estuvo.

Iríamos a ver el pabellón español. Que dicen haber sido el que más merecía la pena de verse. Nuestro pabellón era muestrario vivo de cosas que aquí estamos viendo cuando quiera y que, por tanto, podemos y debemos conocer. No iba a ser pura invención lo allí presentado; pues a ninguna parte puede uno llevar lo que no tiene. Ni tampoco un acomodamiento más o menos ficticio, con arreglo a la ocasión; pues todo se ofrecía al natural.

Bien; no vamos a la Feria. Porque ya no es posible. Nos contentaremos con ver los gigantes y cabezudos por San Fermín, y los danzaris cuando aquí en su tierra dancen. Claro que no veremos en Pamplona rascacielos. Ni falta que le hacen. ¡Son tan feuchos los pobres! Tan sin variedad. Tan espantajos obstruyendo el paisaje...

A mí cualquier paisaje se me hace siempre bonito. Que el paisaje lo hizo Dios: y a buen gusto no hay quien le gane, ni de cien leguas. De ahí que el desmesurado afán de taparlo con duros telones de cemento y cristal me saca de quicio.

A propósito de la Ferial Mundial de Nueva York, cuentan y no acaban de la extraordinaria valía, de "el hombre de la Feria". El hombre de la Feria, por aclamación de sus órganos directivos, resulta ser el comisario general de la "parcela" de España, don Miguel García Sáez. Quien al decir de Pemán –¡y cuidado que Pemán sabe decir las cosas!– "en cada cinco palabras mete doce ideas"; y, claro, emparejando idea por palabra, ideas le rebasan a porrillo. No tenía otro remedio que hablar mucho el dicho comisario español, para que no le quedara sobrante o arrinconado lo que es sustancia y gala principal del lenguaje: el fondo antes que la forma.

A García Sáez, que es pamplonés, ya le obsequió su ciudad nativa con sencillez cordial. Ahora acaba de concedérsele la Gran Cruz de Isabel la Católica –nada menos– por su magnífica labor comisarial.

Pero, al hacer la semblanza de nuestro paisano –tiene ya derecho a biografía–, un dato curiosísimo será el de haberle encasquetado, por alto simbolismo, un tricornio de gala de la Guardia Civil, la Benemérita española. Tricornio que él paseó, por el New York Hilton. Nada quiere decir el que ello fuera durante una comida; que la malevolencia busca, para filtrarse, el resquicio mínimo de cualquier circunstancia. Ello fue, sencillamente, en reconocimiento al alerta y guardianía que García Sáez ejerció, con tan extraordinaria fortuna, sobre el pabellón mejor de la Feria. Claro que el tricornio no debiera haber sido el de gala, con vistosa trencilla, sino precisamente el de faena, charolado y brillante; el de

servicio. Que este último es el verdadero tricornio de nuestra incomparable Guardia Civil, garantía de los caminos y múltiple reflejo de patriotismo y honradez profesional, ángel de la guarda a través de todas las demarcaciones con su respectivo comandante de puesto.

En honor a la verdad, no es de lo más bonito un tricornio de guardia civil; pero, en honor a la verdad, es cívicamente lo más glorioso. Adjudicarlo en premio, resulta plausible innovación. Ya lo tiene, en tal concepto, el comisario número uno de la reciente Feria Mundial de Nueva York, español y pamplonés. La máxima novedad sería poder adjudicarlo, con todas las de la ley, a un gitano. Y también la máxima conquista del benemérito Cuerpo. A ello hay que ir.

(*El Pensamiento Navarro,* 27 de octubre de 1965)

RETRATO

Ésa tu fotografía, publicada aquí hace cuatro fechas, denota un gesto avizor interesante. Como el alerta con que se recibe lo de "barco a la vista"; pero sin montar anteojos, para que mejor resalte la profunda mirada inquiridora. Aunque no se trata ahora de recibir impresiones, sino de proyectarlas a lo lejos. Como escritor costumbrista, te va bien una actitud de almirante a frente descubierta; dando proa, con legítima ambición, a la anchura y largueza del deseo.

Primero has mirado en torno, con exquisita minuciosidad; y lo que supiste ver nos lo ofreces luego a todos. Que lo estimen los de aquí; que lo sepan los de allá. Puesto a escribir, amigo José Mari, escribe uno para el mundo entero. Y, de paso, también para los ángeles. Que el de la guarda revolotea en la pluma. En la tuya, desde luego; porque "ángel" tienes de sobra.

Yo no voy a retratarte como el carbón de "Crispín": diestra mano de artista, dejando constancia de otro. Yo te ciño mi aprecio, como sabes, con la broma fácil de una cordialidad muy lisa y llana. Pero me satisface repetir el vistazo a esa tu inconfundible traza literaria al colocarse un libro tuyo nuevo en los estantes de las bibliotecas, habiendo pasado antes por las manos del lector, que no lo suelta hasta haberlo leído de la cruz a la fecha; y lo guarda, celoso, para leerlo otra vez y más veces.

Cada cual acusa, mi querido Iribarren, su propio perfil; en lo físico y en lo espiritual. En las letras que es a lo que ahora vamos. Iremos sin rigor analítico y en olvido de cualquier ditirambo. Que en líneas sencillas se ha escrito lo mejor. Y tú eres, por remate de méritos, sencillez. Lo que no impide que seas pura reciedumbre en pincelada fina.

A veces, lo natural es lo que más se amanera; pero eso no va contigo, que sabes decir las cosas en directo, tal como son y como cabe decirlas. Conjugando graciosamente realidad y expresión.

A mí me gusta que el estilo literario tenga su forja y ajuste, su quehacer y su inventiva, y su documentación. Sólo así tendrá su encanto y, con éste, su eficacia.

Tú eres un cosechador ávido de su cosecha; y sabes serlo también del trigo que se derrama. Que de la espiga cae, al jugar del viento, por propio peso y volumen, el grano mejor granado: el que más vale, después, para otra sementera.

Mira que, escribiendo, has culminado en gratas seriedades; y ennoblecido, con apasionada perseverancia, la investigación: y abierto las alas de lo descriptivo; y alzado, como nadie, bandera de dichos populares en ocurrencias felices. Siempre con luminosidad de inspirado y con perfecto "rigor gramatical", que dice nuestro amigo Cabezudo Astráin. Con el adjetivo hecho epíteto. Y ameno siempre en cada renglón.

Pero tu popularidad –a lo admirativamente prestigioso– es una resultante de esa especie de noviazgo que sabes mantener con la risa. La risa es algo muy serio. Y es hermoso hacer reír de verdad, esquivando el ámbito de la disipación, para situarnos en equilibrada y auténtica euforia. Humorismo bien cochambrado da de comer a muchísimos hambrientos de bienestar; no sólo de pasatiempo.

Pues sí, José María Iribarren, he visto tu "Ramillete español"; zarandajas, ensayos y recuerdos. Y espero otros ramilletes; de la tonadilla que sean. Sólo se espera de quien puede dar.

(*El Pensamiento Navarro,* 29 de enero de 1966)

7. A Santa Teresa

PATRONA

Epistolario copioso el tuyo, Teresa de Jesús. Y, en día como hoy –a 15 de octubre de 1578– escribías desde Ávila al buen padre Gracián en Almodóvar. Lo hiciste con harta presura, como tú misma adviertes: "Ya quisiera escribir más largo, y han de llevar esta noche las cartas, y casi lo es ya..." Y, líneas después: "No se canse de escribir mucho, por caridad".

En tal ocasión, oficio de periodista parece el tuyo y el que recomiendas. El periodista escribe sobre la marcha, en apostilla rápida y certera, casi siempre de cara a la noche y mientras aguardan en talleres su original. Escribe, y sólo piensa en escribir.

Tú, con pluma de ave tajada, ibas alumbrando renglones para la historia de la literatura, muy merecidamente y sin reparar en ello. Que, de haberlo sabido, "líbreme Dios –dirías– de pretensiones tales; que el contento mío es, por gracia de Nuestro Señor, vivir para Él y para mis monjas, a buen recaudo de cualquier notoriedad; que otra cosa fuera errar el camino".

En aquel entonces no pudiste sospechar, Madre Teresa, que habrías de tener especial valimiento sobre diversos menesteres de aquí abajo; entre otros éste de los "letreros" de la prensa. Por méritos te eligieron, que no sin más ni más.

Cronista de tus propias andanzas, reveladora de altos pensares y hondo sentir, desahogando en letrillas tus místicos quereres, resumiendo en avisos maternales ternezas; metida en austeridades, sencilla como tú sola, casera por afición y andariega por no poder menos, arrobadiza y jovial; tres lunares en la cara para mejor parecer, y el corazón atravesado a lo vivo para morirte –sin morir– de amor. ¿Tuviste algo que ver, Madre, con lo que, en aquellos tiempos, considerarse pudiera como precursor del periodismo actual?

Pues, mira; Patrona suya te han hecho los que desvelados andan, cual nunca se anduvo, tras la noticia y el reportaje, para el laborioso colmenar de la información. Patrona: algo tendrás para que éstos, los periodistas, por su condición de tales, se arrodillen ante tu altar mirándote de hito en hito. Que éstos son ocurrentes y avisados en lo de elegir quien mejor les patrocine y en lo de adjudicar títulos sólo a quien se los merezca.

Y... ¿ya sabes?; los de aquí –los de Pamplona– suelen festejar hoy, al filo del mediodía, con tus frailes descalzos y en el recinto claustral. Y, después de agasajarte con litúrgica oración, parletean todos en el refectorio –"ad mensam sicut ad crucem; ad crucem sicut ad mensam"– desplazando a la calavera reglamentaria de su "cachito" presidencial. Tú harías exactamente igual que hacen ellos; porque tus hijos saben hacerlo exactamente igual que la Madre haría.

Y yo, por decir algo a los informadores de profesión, les brindo aquella frase que, para andar por casa, escribiste en seis palabras justas, que valen por mu-

chas más: "no firme cosa, sin saberla primero". Lejos de ser un reproche, que sea este aviso tuyo, Madre Santa Teresa, motivo de recordarte cada día.

(*El Pensamiento Navarro,* 15 de octubre de 1964)

BOBERÍAS

Todos los días, Madre Santa Teresa, te brindo la cuartilla en blanco, por si en ella quieres poner, a través de mí, algo tuyo. Claro que es mucho pedir para tan poco ofrecer; pero tú no estás a eso. Pasas por alto desigualdades así, en atención a la simplicidad con que se te plantean. Habiendo confianza no hay, en rigor pretensiones. Todos los días presides, pues, esta afición que yo tengo. Afición digo; y creo haber dicho bien. Porque de aficionado no paso; no llego a profesional.

Y tampoco tú llegaste por título académico y habitual tarea. Sí, en cambio, por obediencia imposible de esquivar. Aunque, anticipándose a todo, la ciencia y amor divino que guardabas querrían ser, apostólicamente, luz y fuego al exterior. No, bajo el celemín; sino sobre el candelero. Después, ya te doctorarían con todas las de la ley.

Paréceme que, por natural impulso, a escribir dedicarías ratos libres; si es que los hubiese desde el día de ánimas de 1535 en que te recibiera el Monasterio de la Encarnación, extramuros de Ávila de los Caballeros. Veinte años tenías entonces, cuando el "entrático". Con "fama de muy hermosa". "Ojos negros, vivos y redondos". Y, "en el rostro, al lado izquierdo, tres lunares... en derecho unos de otros". Lo dice, con su estilo y conocimiento de causa, María de San José, largamente priora en el de Sevilla, a quien dirigiste más de cincuenta cartas, y con otras tantas o más habríate correspondido.

En eso del epistolario, dábaste mucha traza; y, no tanto por holgarte en ello, cuanto y principalmente por necesidades de gobierno y calidad de Fundadora, con los cuidados sin fin que el cargo acarrea.

Te dabas traza en todo; y a todo su avío. Siempre con la gracia de Nuestro Señor y la ayuda de su Madre Bendita, y ese andar a la mira del Patriarca San José, de cuya protección te hacías lenguas.

Desandemos camino para repetir que no fuiste "letrera" de profesión y oficio. De profesión fuiste monja; bueno, de vocación. Y ¡qué monja!, ¿verdad? Perdóname la pregunta hecha a tí misma; se me ha escapado. Pero mantengo el tono admirativo. Y, si no te supiera buena en razón de humildad, pídele cuentas a Quien te hizo Teresa de Jesús, declarándose Él Jesús de Teresa.

Diecisiete conventos fundaste, para de monjas poblar. Y se poblaron; con harta largueza de fervor y jovialidad. Contentas de tu reforma y de su clausura en pobreza y descalcez; en retorno a la primitiva observancia de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo. Y casi otras tantas fundaciones llevaste a término para frailes descalzos. Para cumplir tu magno cometido, no dejaste, en tanto ir y venir, títere con cabeza, como suele decirse. Asentando el pie en cual-

quier plano social. Desde el rey don Felipe II, hasta el mozo de mulas camino del mesón.

Viaje aquí, viaje allá. Carta va y carta viene. Tenías razón, Madre; toda la razón. Que cada cual contribuya –haciéndole contribuir– a las obras que sean del servicio de Dios. O se es, o no se es. Bien sabes el sentido de esa frase "antiliteraria" por sus siete monosílabos al arreo. ¡Anda!, cuida un poco mis precipitados decires, entrándolos en vereda de corrección, ya que no de elegancia. Y arrópalos siempre en perfecta sinceridad; como los tuyos. Y en fácil ocurrencia; como los tuyos, también.

Eres, antes que nada y por encima de todo, corazón y gracejo. Mística y familiaridad se te disputan. Para ganar las dos, y no perder ninguna. En honra y provecho del más puro optimismo.

A mí me gustan mucho tus "Cartas" y tus "Mercedes de Dios". Bueno, me gusta todo; pero entiendo más a la primera esos dos apartados de tus obras. Se hacen más asequibles a mi pobre entender. La culpa es mía, claro, de no saber volar.

Disfruto cuando dices, en carta a María de San José: ..."cuán vieja estoy, cuán para poco..." Y cuando contando "lo de Beas", terminas, llanamente, por decir: "Esa bobería escribo".

Dame escribir con sencillez epistolar. Dame escribir boberías, a tu modo genial, Teresa de Jesús. Que de altisonancias y seriedades tiene empacho el mundo.

(*El Pensamiento Navarro,* 15 de octubre de 1965)

JUBILACIÓN

También las locomotoras se jubilan. Con imposible jubilación. Cuarenta y seis anuncia la Renfe en subasta. Y a ver quién puja; y a ver quién se las queda. Serán de las de a vapor; de humo y carbonilla. Negras y ennegrecidas.

Al no poder circular, tienen que desaparecer como locomotoras. Asmáticas; a falta de aliento; con un cansancio crónico que extrema su pesadez. En obligada inactividad y aburrimiento forzoso. Para morirse entre vías. Muriéndose ya. Enronadas, frías, orondamente cadavéricas.

Tornillos y remaches, que siempre acoplaron bien al servicio de un impulso común, se alejan en despedida irremediable. Ruedas y ejes y émbolos, inapetentes ahora de velocidad. Y la chimenea dejó de escribir al aire el penacho rizoso de la cuesta arriba y el desvaído de la cuesta abajo. Les falta fuego en la entraña, les falta temblores de vida a estas locomotoras muertas en pie.

Muertas y todo, añoran la arrogancia con que solían entrar bajo las altas naves metálicas de las estaciones de primera, bajo el tejadillo gris de los apeaderos. Añoran su recorrido múltiple en el fácil cautiverio de los rieles. Cuando se detenían a la par de la manguera suministradora de agua, o junto al depósito de bloques de carbón. Cuando desahogaban, en escapes de húmeda y rasa humareda blanquecina, un sonoro espasmo de satisfacción, como un estornudo que ensancha el pecho. Cuando eran pincelada escurridiza en el paisaje. Cuando el maquinista galante dedicaba un pitido, apenas perceptible, a la guapa casillera, y ambos sonreíanse, el uno para el otro, en saludo fugaz; ésta agitando su banderola de paso libre y aquél exhibiendo mayor blancura de dientes en lo ahumado de su cara sudorosa.

Estas locomotoras, jubiladas para morir, no tienen más remedio que el desguace. Que cada pieza vaya por su lado, camino de la chatarra. Chatarra no es hoy sinónimo de desecho. Lo de chatarrero dejó de ser actividad vergonzante; porque más de cuatro de ellos han ascendido a millonarios.

Pero, aun teniendo su desguace airosa aplicación, siempre parece algo desairado desguazar una cosa; hacerla trizas, dispersándola como al acaso, aventándola en detalles que irán a perderse en otro todo, en otro conjunto donde no cuentan lo que en el anterior. Por muy buenas condiciones de adaptabilidad y por muy perfecta que sea la adaptación, estarán siempre un poco fuera de sitio. También se despersonaliza un vehículo de éstos.

En el apartado de sus quietas intimidades, las locomotoras tienen también su quehacer. Estando juntas, se les alivia el abandono. Hasta parecen dialogar, con ese hieratismo característico suyo. Sin volver la cara ni ponerse a mirar; manteniendo el gesto fijo de todo su incesante rodar por el camino recto –aun en las curvas– de la red ferroviaria. Y se contarían mutuamente inolvidables im-

presiones. Ésta que fue el exprés; ésa que del mercancías; la que rodó sola y poniendo en cargue y descargue los vagones sueltos, entre continuo chirriar de topes y enganches. La que servía en talleres.

Mucho que contarse todas, en fuerza de tantos recuerdos: que si el viaducto produciendo vértigo, que si el ancho río bajo el puente largo, que si el túnel perforando la giba del monte, que si la llanada donde la perspectiva se empeña en juntar paralelas. Que si el tren de lujo; que si el tren militar; que si el de combinaciones internacionales.

Y aquel descarrilamiento. Y aquel choque. Y lo difícil de ser puntual a la llegada...

Fácil sería adivinar vuestro minucioso diálogo, locomotoras destinadas a no serlo. Ahora, en la más estricta situación; por íntima y silenciada. Siquiera la subasta fuese a viva voz y no a pliego cerrado, para bullir un poco en el último instante; para pitar...

Recoged este adiós que os brindo; vosotras, sobre quienes tantos adioses resbalaron; vosotras, siempre arrogantes, sin descomponer el voluminoso perfil. ¡Adiós! Y dad cara al destino con la misma imperturbable derechura de siempre.

(*El Pensamiento Navarro,* 22 de septiembre de 1965)

COLILLA

Cola, Coleta, Colilla. Palabras de una sola acepción. Palabras de diversas acepciones. Palabras que parecen y no están en diminutivo; palabras que ni lo admiten. Palabras en línea recta. Palabras convencionales. Palabras; todo palabras.

La palabra es cosa clara para decir lo que dice. Y puede ser un enigma en sentido figurado. Palabras. Unas se entienden fácil y a la primera. Y guardan otras su retintín.

Cola de caballo. Cola que usa el carpintero; y el pintor. Cola ante la parada del autobús o la taquilla del cine. La cola en el vestido. Y la cola que trae una noticia. A ver quién ata cabos. Para volverse loco un extranjero estudiando el español.

Coleta la del torero. Y la de los chinos. Y la del peinado en una niña que empieza a ser colegiala. Esto ya es más fácil de traducir.

Y colilla; que no quiere decir cola pequeña. Colilla, la del cigarro; el trocito final de éste, que se arroja porque, al quemarse, le da por quemar dedos, labios y bigote.

Colilla; ahí estás, en el suelo, abandonada; al filo de la acera. Difícil es hallar, a estas alturas, quien se agache a cogerte. Y pareces presumida en tu cachito de emboquillado, con ese filtro donde dicen que se refugia la nicotina. Señal de elegancia mínima, que te resta valor ante el colillero; que así es como, precisamente, no le interesas. Él recoge tabaco de ínfima rebusca –pues no lo tiene

para estrenar–, sin importarle quién lo haya humedecido antes con su saliva. Después de todo, el fuego es algo purificador.

A envolver, pues, colillas desmenuzadas en papel de fumar nuevo, liando con la mezcla otros pitillos. Serán fuertes de olor y sabor, como de segunda boca; y, para él, agradables al no tener marca mejor. Por aquello de que para el hambre no hay pan negro; y por aquello también de que, a falta de pan, buenas son tortas.

¿Qué fumador te habrá lanzado ahí, poniéndote el pie encima? Porque ese pisotón para matar tu brasa suele ser una costumbre como otra cualquiera. O puede ser precaución. Por una colilla a medio apagar se llegó a incendios voraces. Que, a la hora de arder, peligran hasta los adoquines del pavimento.

Pudo haber dado al aire tres volutas de humo blanquecino el empedernido fumador de tos cigarrera. O quizá una niña bien, que sabe cigarrear con elegante desenfado. Parece poco probable que hubiere sido esta última; aparte de que no vas herida de carmín, se te ve en total aplastamiento, y no hay calzado femenino con suficiente suela para aplastarte así.

Ya has concluido tu efímero vivir, imagen poéticamente sentimental de la rapidez con que la vida pasa. Duras menos que la flor y más que un soplo. Si bien se mira, no es tan corta duración la tuya. En diez minutos suceden muchas cosas; muchas cosas conocidas, y más aún por conocer.

Me limito a saludarte, colilla, al mismo tiempo que te digo adiós. Lo hago sobre la marcha, sin detenerme. Y no es que me tenga a menos, viéndote caída; si acaso, debiera ser al revés. Paso, porque llevo prisa; y porque nada puedo hacer en tu favor. Tampoco soy colillero. La prisa –has de saber– es el signo de estos tiempos. También lo es la despreocupación.

A vivir de prisa venimos obligados todos. Hay que emparejarse a los que se nos emparejan en el camino; y marchar juntos y fundirnos en un acoplamiento de energías. La individualidad va para menos; el equipo es necesario. Y despreocupados no debemos ser nunca. Hay que ir mirando en derredor, en busca de necesidades a remediar. La necesidad ajena también nos pertenece.

Adiós, pues, colilla en el arroyo. No te desprecio. Nada hay deleznable. Pero a nada conduce ya llevarte al cenicero. Si ello te fuere algo provechoso, bien sabes que lo haría. Para eso estamos.

(*El Pensamiento Navarro,* 29 de septiembre de 1965)

II. EN REVISTAS

Iniciamos este florilegio de colaboraciones de Mugueta en revistas, aludiendo en primer lugar a sus artículos publicados mensualmente en la revista de la Adoración Nocturna de San Sebastián. Cuando él falleció, esta Sección Adoradora le rindió un homenaje publicando en un libro titulado: "En la noche callada", los 285 artículos que se habían publicado en ella con su firma.

Se da la circunstancia que en esta primavera del año 2000 la Adoración Nocturna de la villa de Urroz ha celebrado sus bodas de oro y que su actual párroco, D. Javier Mugueta, hijo de nuestro autor, ha cumplido los 25 años de servicio pastoral a la parroquia. En esta celebración, su hermana Conchi leyó uno de los breves artículos de su padre, el correspondiente a junio de 1972, que dice así:

"Sé que siempre me escuchas, Señor, siempre. Aunque no te pida lo que debiera pedirte; aunque lo haga con atención ausente o rutinaria. Nunca se acude a Ti en balde; nunca se reza en vano.

Rezar. Parece como si la oración estuviera ahora en baja o en desuso; y eso habrá que evitarlo a toda costa, porque la oración precisamente debe ir a más.

La oración será siempre lo mejor que tenemos y podamos tener. Sin ella no habría caridad ni contento ni soluciones adecuadas. Un padrenuestro, aun con distracciones, es lo más atinado que desde la tierra cabe decir al Cielo.

¿Por qué no lo decimos más a menudo?

Con el Cielo tenemos que hablar frecuentemente, continuamente, en conversación íntima y esperanzada. De tejas abajo, hay palabras ociosas y frases sin sentido o de doble sentido. Preciso es remontarse a lo muy alto, a lo infinito, para ser sinceros en la alabanza y en la petición, en la gratitud y en el propósito. No puede haber alegría desconectada de su verdadera fuente, que es la eterna bienaventuranza. Y esa conexión se establece y asegura levantando el corazón a Dios con humildad y confianza; levantando el corazón, sin que lo descuelgue de su airosa remontada la fuerza de gravedad de las pasiones y de la incuria y del egoísmo personal.

Hablamos mucho de comprometernos. ¿Qué es comprometerse? Comprometerse es, lo primero, agarrarse a Ti en ofrenda a los hermanos. Imposible llegar a los hermanos sin permanecer contigo antes y en el transcurso de toda actuación, sea ésta cual fuere y donde fuere y como fuere. Si no hemos rezado antes con perseverante intensidad, vanos serán todos nuestros esfuerzos derramados aquí y allá. La fuerza eres Tú, la eficacia eres Tú, el acierto eres Tú. Si no somos tu reflejo, tu sonrisa, tu paciencia, tu propio sacrificio, nada seremos en nada.

Lo primero, rezar; lo segundo, rezar; lo tercero, rezar. Y, rezando, actuaremos sobre seguro. De otro modo, como árbol sin raíces, habríamos de renunciar al verdor y a las flores y al fruto, faltos de gallardía y hermosura y riqueza. Sé que siempre me escuchas, Señor. Haz que siempre te pida que me escuches."

La colaboración de Mugueta llegó a revistas nacionales como: "El Carmen" de los Carmelitas, o "Verdad y Caridad" de los Capuchinos, o "Ecclesia" entonces de la Acción Católica y ahora de la Conferencia Episcopal española. Desde la revista "Hogar" órgano de la Asociación de los padres de familia, de cuya Junta directiva formó parte desde enero de 1938, publicó 85 artículos y 51 poemas. Entresacamos los siguientes:

COMO EN FAMILIA

Le temblaba la voz, insegura; y, no obstante, parecía su voz un gorjeo. Dos o tres veces desvió el piadoso diálogo; y, a la hora del latín, tuvo algunas "invenciones" que hubiesen desconcertado a Cicerón. La Letanía se aprende a oído, y el "Oremus" es ya de madeja enredada.

Éstos que el papá de la chica dijo ser disparates, eran, ni más ni menos, vacilaciones propias del aprendizaje infantil en el rezo del Santo Rosario.

A pesar de todo, estuvo muy en su papel la "rezadora" de nueve años recién cumplidos. Y –cosa rara– no reza en sonsonete; dice el "Dios te salve..." y el "Santa María..." hablando con exquisita naturalidad. Presumo que es así, cabalmente, como más le gusta a la Virgen.

Me explicaré. Estoy de visita, en viaje. Y he de aprovechar los minutos. El amable aristócrata, sabedor de mi urgencia, allana por su parte cuanto pueda oponerse a nuestra conversación en plan intensivo. Tan sólo un "pero", consultando el reloj sin disimulo: A esta hora –dice– rezamos aquí, en casa... Adivino que, para luego proseguir nosotros dos, me invita a rezar con ellos. Hombre de recia contextura espiritual y de fácil campechanía, hace la sugerencia como si tal cosa. Y en la noble casona, que parece un palacio, me han admitido al corro de familia.

No sé si habré rezado con devoción. Me pedía el momento, paradójicamente, consideraciones extrañas al momento. También en la suntuosa mansión de tapizadas paredes y recias alfombras "encaja" el Rosario; también. Los padres, los hijos, la servidumbre; y hasta el huésped de unas horas. La "benjamina" –mi presencia aumentaba su apuro– subida en un sillón, a modo de púlpito, dirigiendo el rezo; y su papá al quite (valga el término).

Yo aprendí el dulce tonillo del Rosario en la cocina ahumada, junto al fogón de llamas inquietas. La abuelita, con los pies en la chapa, y unos gatos durmiendo a sus pies. Y nosotros, los nieticos, cargados de sopor. La madre, fijos los ojos en la estampa antigua, toscamente encristalada, de la Virgen. El padre alerta siempre –cabeceábamos los pequeños– contra la pegajosa somnolencia que sucede al cansancio del día. Y la pobre lámpara de poco voltaje vacilando también como si tuviera sueño. Hasta de aquella bombilla de tiempo atrás me acordaba esta noche bajo el chorro de luz de barrocas arañas.

Miro con ojos anchos, abobados, las paredes del cuarto del hotel; estas paredes frías, desnudamente laicas. Y el deseo se me escapa hacia el hogar donde

mi ausencia es vacío. También allí, luego de anochecer, una niña modosamente inquieta habrá creído que decía latines como el señor cura. Pero los disparates gramaticales en nada habrán desvirtuado el perfume de rosas celestes de la Letanía. Casi me parece oír en mis adentros música desagradable, monótona, el "ora pro nobis" de las otras voces contestando a su voz limpia y chillona...

Así, lejos de su casa, me complazco en vivir para los míos.

(*Hogar,* octubre de 1946)

UN MOMENTO A SOLAS

Es verdad, Señor, que pido mucho y apenas ofrezco nada. A todas horas presento el vacío de mi indigencia para que lo colmes, providencialmente, en cumplimiento de aquella aseveración: Pedid y recibiréis... Y, con Padrenuestro en los labios y certeza en la esperanza, me hago pedigüeño... de buena ley. Sé que, por tu parte, no dejarás promesa incumplida; luego me debes todo, si todo acierto a pedírtelo en perfecta petición; todo lo que merezca la pena de serme adjudicado. Siendo esto así, ¡a pedir se ha dicho! Es lo primero que Tú, Señor, me pides: que te pida.

Creo entender tu lenguaje. Debo llevar hasta Ti todos mis problemas y todas mis inquietudes, por triviales que parezcan. Si la mitad del tiempo que gasto lamentándome ante los demás de mi desgracia o buscando humano remedio a mis fracasos, lo emplease en recordarte a Ti lo que me pasa, apenas tendría asunto pendiente de solución. Hemos de hablar los dos –Tú desde muy arriba, yo desde muy abajo– familiarmente. Padres e hijos no se hablan en tono académico ni con premiosidad de frase amanerada; dícense las cosas al modo sencillo. De puertas adentro sirve la gramática, pero no vale hacer literatura. Claro que los que jugamos a ser literatos no hemos desentrañado aún la belleza del "buenos días" casero ni la fuerza expresiva de un comentario cualquiera en el cuarto de estar.

Evidentemente, hay mucha distancia entre Tú y yo, Señor; mas no por eso estamos distanciados. Podemos hablar a todas horas, y no rige entre nosotros ese formulismo que hemos dado en llamar "buenas maneras". El verdadero amor no puede ser incorrecto; y, a la vez, es un joyero, sin llave, de naturalidad.

No sé en qué iba, Señor, con todo esto. Como entiendes divinamente lo que digo y lo que quiero decir, nada importan el orden o lo incompleto de las ideas. Pero, ya vuelvo a hilar mi copo: decía que pido y no ofrezco. Y siempre tendré algo que ofrecerte; si nunca la obra perfecta, al menos la casi perfecta ilusión; esa ilusión que es fruto del deseo. Y la época de las grandes ilusiones no es la juventud, sino esta edad adulta en madurez de juicio. Nadie sueña más alto que el padre –y la madre– pensando en los hijos...

Y, ahora, de repente, me asalta esta duda: ¿suelo soñar a derechas? ¿Qué te pido, Señor, para el hijo que florece a la primavera del tiempo? Porque cuando el río de mi vida es ancho y sin espumas, he de volcar mi anhelo de pervivencia

en el hijo –regato saltarín– que lleva el acento de mi voz y el ritmo de mis andares y el sello patrimonial de mi apellido. Multiplico peticiones para él, y raras veces considero que, por ser talento que recibí a negociar, en el hijo he de retornarte, también, el cien por ciento. Y, por cualquier camino que le lleve su afición, quisiera verlo en todo, según mi criterio, grande. Y, aún cuando llego a ofrecértelo en súplica de que lo aceptes para servir en tu altar, pongo a remolque de tu gloria un algo de ambición, un poco de egoísmo. Porque, soñando con un hijo Sacerdote, habré apetecido el honor y la utilidad de una prebenda o la aureola de un apostolado ruidoso, y no me ocurrió situar, complacientemente, su ministerio como oscuro coadjutor en la parroquia rural, rezando el breviario por estrechos caminos campestres.

...Pero, sobre todo, nunca hasta hoy me ha ocurrido pedirte el favor y ofrecerte el deseo de que claves en el alma de mi hijo el rejón del ideal misionero. Hasta hoy, en que he oído filtrarse calle afuera, por las ventanas anchas de un colegio, las voces que ensayaban: "Mañana en un frágil barco..." –es ya octubre, y hay fijados carteles para el Día Misional–. Y casi me gana el presentimiento de que pueda leer, a la luz de la tarde de mi vida –leer y repasar–, la carta del hijo escrita incómodamente en tierras de misión. Hasta ahora no me había ocurrido. Parece mentira, Señor; parece mentira...

(*Hogar,* octubre de 1946)

TODO PARA TUS EMPRESAS

En la entrega de sus frutos
el campo lo ha dado todo;
¡qué bien el campo vacío!
vacío por generoso.

Se pone la tierra parda
cuando envejece el rastrojo;
y tiene luz de aureola
el sol que brilla en otoño.

Ya se fue la golondrina
de giros vertiginosos...
Y va alargando la noche,
porque es el día más corto.

¡Ay, que se caen las hojas
de la chopera del soto!;
que se caen, una a una,
volteando en lluvia de oro.

Tal vez la paz anchurosa
con que nos brinda el otoño
para el paladar del tiempo
sea el fruto más sabroso.

Al madurar de la vida,
sea, Señor, nuestro gozo
un vaciarse de egoísmos
por haberlo dado todo;
...todo para tus empresas.
Y tu paz para nosotros.

(*Hogar,* octubre de 1946)

INDECISIÓN...

El grupo de mocetes está mira que mira hacia lo alto. Es la "pasa", rumbo al Sur, de palomas torcaces, que vuelan con ritmo apresurado, huyendo del mal tiempo.

Dicen los chicos que al frente de cada banda, marcando el tren, va una paloma vieja; porque, si encabezara el vuelo una paloma joven, lo haría muy impetuosamente, y más de cuatro veteranas no podrían resistir el arreón. Es de notar que el comentario infantil emplea términos aplicables al desarrollo de una carrera en competición deportiva. Y carrera de regularidad es la que mantienen estas aves migratorias en los altos aires, donde sus alas reman sin fatiga. ¡Y cómo avanzan, suaves y afanosas! Yo diría a los chicos, diciéndomelo a mí, que importa, sobre todo, ganar altura; hasta tanto que ni la sombra se proyecte en el suelo. Que aun la sombra, al resbalar, parece como si tropezase en marañas y quebraduras de aquí abajo, restando velocidad y derechura a los grandes anhelos. Diríales, también, que la experiencia es guía que sabe el camino; y que un ímpetu ciego de correr y más correr suele, a veces, retardar la llegada.

Palomas que se alejan, y palomas que vienen. Los ojos avizores de estos rapazuelos enfocan sin tregua, de uno a otro confín, el monótono pasar de las silenciosas viajeras. Ellos también querrían volar... Pero, no; ellos apetecen estar en la choza camuflada entre el robledal, viviendo la continua emoción de la espera. Por eso se alborotan si una banda, enrasando el vuelo, borda incertidumbres junto a la crestería del monte. Y, en esto... ¡pum! el tiro fácil, la descarga certera. ¿Cuántas habrán caído? Los chicos palmotean, nerviosos: ¡quién fuera cazador!

Yo tengo una lección a flor de labios; para ellos y para mí: ¡Incautas avecillas! Aficionarse a la tierra, teniendo alas. Romper la prisa que les llevaba a países templados, para abatirse aquí, tan cerca de las nieves... Es el capricho o el hambre de unos pastos lo que nos pierde a veces. Las palomas torcaces, que no tienen casero palomar, han de comer la fruta agraz del roble, entre serios peli-

gros, sobre la marcha... para seguir volando. Tienen, pues, disculpa. Pero nosotros, sabiendo que el padecer es ascensor divino, queremos resumir en un goce cualquiera el bien inacabable de la felicidad.

¡Eh, pequeños; oid... ¿Pero sé hablar, con acierto, a los de veras inocentes? Porque, acentuando consideraciones, podría resultar ésta una lección, vacua, de sentimentalismos. Hacerse como niños no es cosa fácil. Una mentalidad de transparente y un corazón sin disimulos no se tratan así como así. Debiera estar preparado para tales ocasiones...

¡Eh, pequeños...! Siguen embebidos, con la vista en alto. La infancia se ha hecho para mirar arriba. Desdichado el que tuerce la trayectoria de unos ojos limpios. Les diría algo que no robe interés a la peripecia que viven o imaginan vivir entre el ancho cielo y el monte pardusco de ajado verdor. La ilusión infantil no es para descolgarla bruscamente, de un manotazo; aun siendo ilusión que hubiera de eliminarse, hay que vestirla de encantos mejores, con tino y paciencia, bordeando primero el camino a enderezar.

¡Palomas, palomas! El grito de alegría de estos párvulos no admite intromisión de advertencias sesudas; menos aún la idea de la muerte en acecho. Palomas: ellos quieren que pasen muchas y a todas horas. Para que el cazador no espere en vano; y para que ellos sigan enviando mensajes a la altura.

No hay más remedio, al fin, que entusiasmarse con los que se entusiasman saludando a las veloces pasajeras.

Y a donde los niños dirigen su vista perspicaz dirijo yo también la mía cansada. Siquiera en esto de mirar al cielo puedo ser infantico juguetón unos instantes. Aunque los niños –¡felices ellos!– mantienen largo rato tan gallarda postura, mientras a los hombres se nos hace incómoda.

(*Hogar,* noviembre de 1946)

JUNTO AL PORTAL

–¡Qué bonito el pequeñuelo!
–¡Qué bonito!; sí, Señor.
–Brilla una luz en sus ojos
más viva que la del sol.
–Es sol de una media-noche
con rayos de puro albor.
–La sonrisa de sus labios
dice... ¿qué diría yo?
–Dice que su Madre es Virgen;
y Él, pimpollo de tal flor.
–¿Por qué los ángeles cantan
en los aires GLORIA A DIOS...?

–Hay aquí gloria escondida
y alteza que se humilló...
–¿Verdad que, desde el pesebre,
...verdad que llama, sin voz?
–Es imán de corazones
su divino corazón.
–¿Qué le llevaremos, di?
–¡Pero si Él es el dador!
–Y... así... ¿las manos vacías?
–Siendo rica la intención...
–¡Qué bonito el pequeñuelo!
–¡Qué bonito!; sí, Señor.

(*Hogar,* Navidad a Reyes, 1946-1947)

NAVIDADES EN NAVARRA

¿Cómo se celebraban y se celebran en Navarra las Navidades? Desde el caserío en la altura pirenaica hasta las tierras que corta el Ebro, con el mismo fervor religioso-familiar; pero salpicadas de muy diversos matices. El montañés y el ribero temperalmente divergen. En la montaña, más sencillez y hondura y silencio; en la ribera, más aparato y broma y bullicio; y en la zona media –Navarra la tiene muy calificada– de todo un poco.

En la Ribera (no es cosa de particularizar señalando nombres de pueblos) los chicos salen de ronda al atardecer del 24 de diciembre pidiendo el "aguinaldo". Llevan sus cestillos o saquetes, y cantan a todo grito coplas y letrillas pedigüeñas:

Dale, dale, dale,
dale a la zambomba;
dale, dale, dale
hasta que se rompa...

... ...

Ya bajan "rondando"
por las escaleras
turrones y pastas,
manzanas y peras.
Dale, dale, dale...

En la baja Navarra lindante con Aragón, apenas se abre la boca para cantar, nace espontáneo el tono de jota; y toda ocasión de zambra musical tiende a hacerse "coplera":

A la señora Benita
le tenemos que decir
que nos saque los turrones,
que nos tenemos que "dir".

La asistencia a la Misa del Gallo (así llamada la que se celebra a las veinticuatro horas del 24 de diciembre) suele ser muy nutrida. Reciente la sobremesa con intenso y variado dulzor de turrones, no parece la hora más propicia para participar en el Augusto Sacrificio; si bien este reparo desaparece en cuanto uno pisa el templo. Éste se ofrece en realce de máxima solemnidad; impresiona, acentuando la devoción sin menoscabo de la alegría un tanto cascabelera. Por la terneza que el Nacimiento suscita, y quizás también por no hacer tan brusco el paso de la mesa a la Misa, estiláronse danzas de pastores en el Ofertorio y al final de la Misa del Gallo. En el pasillo central, y hasta en el presbiterio, auténticos pastores de las principales casas del pueblo bailaban marcando el aire de los villancicos. Véase uno de éstos:

Entre pajas nace
el Niño Manuel,
y a su lado tiene
la mula y el buey.

Conocidísima la partitura de la Misa de Pastorela. Se cantaba hasta hace muy pocos años, y estaba pidiendo hierrillos y panderetas. Muchos fieles volvían a su casa tarareando ufanamente un trozo del Gloria o del Credo, que se les había pegado al oído.

...Y a dormir todos; todos, excepto algunos que no aciertan a "pasarlo bien" si no es sustrayendo un rato a la vida familiar. Éstos –mozalbetes, por lo general– alargan la velada en el horno del panadero, como lugar más abrigado en noche real e imaginativamente cruda. Y cuando el sueño, iniciado en hora tardía, es más profundo, aún sube al aire una copla, sólo para el cantador:

En el portal de Belén
han entrado gitanillas
y al Niño recién nacido
le han quitado las mantillas.

Los "auroros", en la Ribera, toman también parte en el festejo de Navidad. Todos los días del año tienen su letrilla en boca de estos piadosos cantadores del

alba; y ¡como quiera se les iba a pasar por alto el misterio de Belén! Entre las muchas auroras que hacen al caso, hay una cuya letra es fina y poco "trabajada":

Un angelico ha bajado
a la puerta de la iglesia;
derrama flores del alba
sobre las almas que llegan.

Y hay otra, franca y rotunda, que a los ángeles hace reír a carcajadas:

Levántate ya,
no seas ladrón;
y dale al Niñico,
todo el corazón.

En la montaña, más comer y menos cantar. Al final de la cena, fuerte y abundante, un cuenco de sopa-cana para rellenar cualquier hueco que hubiere quedado en el estómago.

Gran fogata en la cocina de llar en medio. El mito del fuego (reminiscencia del mito solar en tiempos anteriores al cristianismo) arde todavía en nuestra montaña, no como superstición, sino por tradicional costumbre casera, difícil de romper. Se elijen cuidadosamente los troncos para la fogata hogareña en Nochebuena. El primero para Dios, el segundo para la Virgen, el tercero para "el pobre que anda en la calle"; y, después, un tronco por cada miembro de la familia, sin omitir los criados o sirvientes. El tamaño de los troncos guarda relación con la categoría familiar de la persona. San José no entra en turno; no he sabido por qué.

En algunos pueblos, después de la Misa del Gallo, tenía lugar, familiarmente, la cena de las brujas, así llamada por lo intempestivo de la hora. Junto a un fuego en llamas, poniendo el pan sobre la mesa, se decía: "Que bailen los ángeles sobre nuestra cocina"; y el pan quedaba allí, por si querían servirse la Virgen y San José.

Abuelita contaba un cuento de lobos en la nieve (en Nochebuena casi siempre solía nevar); el padre, sin menoscabo de su autoridad, no tenía inconveniente en abrazarse a la guitarra;... y todos echábamos nuestro cuarto a espadas, con regocijante fortuna.

...Y, de pronto, un golpe seco en la puerta de la calle. Acudía el padre, y preguntaba desde adentro, con recia voz: ¿Quién va? Y, afuera: Un pobre vergonzante; una limosna... Sin mediar más palabras, se entregaba al mendigo ocasional una moneda de plata, legumbres, embutido de cerdo; lo que fuere. Estos pobres vergonzantes mendigan sólo esta noche; puede ser, incluso, un convecino, bien embozado y fingiendo la voz para que no le reconozcan. De ahí que medien, en una hora propicia al agasajo, breves palabras.

Volvía el padre hasta nosotros algo pensativo y con una moraleja en los labios. A cuento venía entonces la pobreza del portal de Belén y las andanzas de María y José pidiendo albergue. Hasta que, más sonoro y solemne en las horas calladas, el bandeo en la torre de la Parroquia llamaba a Misa del Gallo. Abuelita a la cama... y yo también.

Muy laudable costumbre la de sentar a la mesa al mendigo o al jornalero que circunstancialmente se encuentren en la localidad, puesto que ellos en día tan señalado, están sin casa y familia. Y no falta en algunas mesas un servicio preparado y un puesto vacante para el peregrino que pueda llegar.

También estuvo en uso, y es aún bastante corriente, el que los amos o propietarios de casa y tierras en arriendo hagan su regalo en especie a los caseros o inquilinos. Y llegó a extenderse esta práctica, obsequiando las familias pudientes a las familias modestas; y no faltaba el envío, de especial significación, a casa del señor Cura y del señor Maestro, felicitando las Pascuas.

Día dedicado a bromas ha sido el 28 de diciembre, festividad de los Santos Inocentes. No sé qué relación guardará el desaguisado de Herodes con la ingenua inocentada de nuestros tiempos; pero la que fue jornada de luto en Belén y sus cercanías se eligió entre nosotros para reírnos intrascendentemente del prójimo. Cartas anónimas y ocurrentes, encargos ficticios, algún monigote de papel prendido, por sorpresa, a la espalda; chascos, en fin, de poca monta eran la preocupación y pesadilla de esta fecha salpicada de trivialidades. Los chicos, sin sombra de malicia, solían decir a cualquier transeúnte: La alpargata suelta; el zapato suelto... Y si el aludido mirábase al calzado, ellos festejaban el engaño con este estribillo:

Inocente, potente:
lleva carga, y no lo siente.

Un esquilador, apodado "Mochales" muy conocido en la cuenca de Pamplona, mandó un mocete a su casa con el siguiente recado: Que me den la horma de los guantes. No entendieron en casa la petición, y el recadista volvió, cabizbajo. "Mochales" se limitó a estrechar con fuerza la mano del chico. Era el Día de Inocentes.

En la noche llamada de Año Viejo era plato obligado el "ajoarriero" o "abadejada"; y, sin poder compararse a la Nochebuena, la velada familiar tenía su añadidura festiva. En algunos hogares se adjudicaba, por sorteo, un Santo Patrono a cada miembro de la familia, con la consigna de imitarle durante el pró-

ximo año en su virtud característica. Esta práctica parece tomada de Comunidades Religiosas u Órdenes Terceras, donde aún se conserva.

En contraposición con la orgía de comer las uvas que en las ciudades se generaliza, se va generalizando en nuestros pueblos la asistencia a la Vigilia de Adoración Nocturna en fin de año, para rendir la frente, adorando al Santísimo, mientras suenan las doce campanadas...

La noche de la víspera de Reyes, después de cenar, se echaba "el reinato"; es decir, había que elegir Rey entre los de casa. Sentados a la mesa por orden de prelación, el cabeza de familia iba colocando los naipes, uno por cada familiar y boca arriba, siguiendo la ronda hasta que apareciese el rey de espadas. La persona agraciada con este naipe, era Rey o Reina. Inmediatamente comenzaban los agasajos, ruidosos y extravagantes. Danzaban coberteras y almireces; y el jolgorio, abiertas las ventanas, se derramaba a la calle, entrecruzándose vítores de una a otra casa: ¡Viva la Reina Baldomera! ¡Viva el Rey Señor Julián!

Hoy hemos vuelto al rosco de Reyes, costumbre muy antigua que consiste en esconder una haba seca en el azucarado "redoncho"; y al que le toca el haba se le proclama Rey, o se le hace pagar el gasto. En este último caso el festejo no suele ser en familia; y puede no faltar quien se trague la aura leguminosa y quede el "pagano" sin dilucidar.

...Y quedan sueños infantiles, de blanquiazul felicidad, en espera de Melchor, Gaspar y Baltasar que en la alta madrugada han de venir para dejar sus dones, de paso hacia Belén, junto a los zapatitos puestos al relente. Y los niños no tienen pereza en la mañana invernal del 6 de enero...

La colocación del Nacimiento en el hogar se va generalizando, afortunadamente. Suntuoso o modesto, siempre el Nacimiento es bonito; y siempre para el alma, confortante.

Y las Navidades que empezaron con villancicos, con villancicos terminan; siempre mirando al portal:

Tres reyes del Oriente
vienen hoy a adorar
al Niño Rey de reyes,
Príncipe de la Paz.

¡Ay, adorada prenda,
ay, atractivo imán!
¡Oh, mi Dios amoroso
oh, Niño celestial!

Navidades: cantan los hombres de buena voluntad, y el cielo es para la tierra derroche de bendiciones.

(*Hogar,* Navidad a Reyes, 1946-1947)

ROMANCILLO DE MARZO

Tiene pájaros el alba
y crepúsculo la tarde,
y hay perfume de violetas
en el aire.

Que se va el invierno, y viene
la primavera a su alcance.

Regatos de la montaña
cantando bajan al valle
y dánse, cantando, al río
...y el río vuelve a su cauce.

Dice la mocita, dice:
"Ya empiezan las flores, madre."

Ha venido el mes de marzo
con horas penitenciales
y, mira por dónde, mira
–no había dado en fijarme–.

Cuando el alma se hermosea
se hace más bello el paisaje.

Dice la mocita, dice:
"Luego es viernes santo, madre."

En las primicias de abril,
"nazarenos" a la calle,
y brillo y dolor de "pasos"
y luto de cubre-altares,

...y en la mujer española
negra mantilla de encajes.

Pero, de pronto, el afán
no vaya tan adelante;
porque marzo es mes completo,
y ahora empieza a contarse...
aún los siete Domingos
con oraciones iguales.

Dice la mocita, dice:
"Dolores y gozos, madre..."
(–Hija, dolores y gozos
hasta que el dolor se acabe–)

San José: vara florida,
casto y sencillo y afable,
y... el "hijo del carpintero"
en los brazos de su padre.

Dice la mocita, dice:
que quiere ir a rezarle;
porque San José remedia
todas las necesidades.

(*Hogar,* marzo de 1947)

¿HA SIDO UNA INTERVIÚ?

Estoy charlando con un viejecito que no regaña. Supongo que, tiempo atrás, regañaría de vez en cuando; porque la vida le acorraló entre chicos, y cualquier chico es travieso.

Este anciano que digo no puede prescindir ya del bastón y posee el título, muy honroso, de Maestro jubilado. Lo que no obsta para que, particularmente, me explique una lección de historia inédita que bien pudiera figurar en libro de texto.

"Guardo para mí solo –dice–, en prieta intimidad, cientos y cientos de nombres cuidadosamente escritos con tinta ya vieja; son los nombres de cuantos discípulos tuve a lo largo de mi vida. Una vida monótona al parecer, pero siempre diversa; que yo he recorrido mil veces el mundo sobre el mapa escolar y he sembrado cada día una emoción en el alma expectante de mis pequeños. Recuerdo a todos y cada uno; su gesto, su voz, sus andares... el pupitre donde estudiaban..."

Hay una pausa, que yo respeto. El anciano, cerrando los ojos, encuadra fechas y figuras en la pantalla lúcida de su imaginación. Y continúa:

"Teníalos conmigo desde los cinco a los catorce años. Siendo párvulos, salpicaban luz de inocencia sobre el abecedario del cartel; y, con el tiempo, iba cambiando en algo su mirar. Yo les veía crecer. Y, al despedirse de la Escuela –del Maestro no admití que se despidiesen nunca– enfocaban decididamente el mañana, soñando conquistas. Y mis sueños iban más adelante que los suyos..."

Otra pausa. El Maestro reaviva ilusiones de cara a un porvenir que ya pasó. Y continúa:

"Medio siglo de andadura sobre los mismos pasos. Parcelando las horas de clase con arreglo a un programa semanal. Largo y paciente deletreo; figuras geométricas en el encerado; música, en sonsonete, para las tablas de sumar y multiplicar; el índice apuntando a la esfera, con gesto colombino... Y señor Maestro por aquí, y señor Maestro por allá... Yo degustaba, con jadeante emoción, mi tarea docente. Y apetecía, como un escolar cualquiera, la tarde del jueves... y las vacaciones del verano. Y, los niños, deseosos de hacerse muchachos y de llegar a ser hombres; y yo, entre tanto, ascendiendo muy poco a poco en el escalafón..."

Nueva pausa; más larga y más honda. Me decido a intervenir:

Es difícil –comento– ofrecer abundante cosecha de vida ejemplar a los ojos atentos de la infancia. Que el Maestro ha de ser complemento vivo de cuanto aconseja y quiere inculcar; y su conducta y modales lección permanente dentro y fuera de la escuela. El Maestro: mañosa pedagogía y acrisolada virtud.

Replica dulcemente el viejo preceptor: Ahí está mi laurel inmarchitable; vivo una vejez animosa, porque me aplaude mi pasado.

Y en sus labios desteñidos florece, a modo de milagro, una sonrisa fresca.

Y pregunto: ¿Cuáles de sus discípulos son hoy más destacados en la escala social, y cuáles perduran, para usted, en el atardecer del recuerdo? Y contesta sin vacilar: Ayer, todos iguales en mi ilusión; hoy, todos iguales en mi aprecio. Porque todos llevan el "menaje" que les di para el camino, corto o largo, de su vida; unos, resignación en la pobreza; otros, llaneza en la prosperidad; éste, simpatía en el mando; aquél, dignidad en la obediencia. Yo quise forjar hombres que acoplasen a cualquier situación el sentido cristiano de un perfecto vivir. Sólo Dios sabe quién es de veras grande..., si alguno puede ser grande ante Dios.

Y, con gesto nada espectacular, lanza al infinito sus ojuelos cansados, absortos de interna luz en el mediodía espléndido de una conciencia sin nubes. Yo le contemplo con envidiosa emoción. Y vuelvo a preguntar: Y los que fueron sus discípulos ¿recordarán igualmente a su antiguo Maestro? –Quiero creer que sí –contesta–; aunque, de cientos y cientos que tuve, apenas media docena suelen felicitarme en el día de mi cumpleaños. Pero se comprende –continúa en son de disculpa–; ellos tienen sus mil cuidados, mientras que el mío principal es repasar las páginas del ayer de mis desvelos.

–Y, al presente, ¿qué discípulos parecen ser objeto de especial recordación?

–No sé, no sé; prefiero a todos. Y si alguno hubiese olvidado mis viejas y machaconas y saludables recomendaciones, tras él iría aun mi andar inseguro.

Pero hay dos que (no se puede evitar) están más presentes en mi memoria: uno destaca, pectoral al pecho, en tierras de misión; el otro, aquí, en España, se ha quedado ciego. Y el misionero, lamentando la desgracia de su condiscípulo, me escribe en carta reciente: "Dígale usted, mi buen Maestro, dígale usted que ofrezca a Dios sus sombras para que vean estos ciegos del alma que tengo en derredor". Yo cumpliré el encargo...

Me despido de este anciano, pulcro y venerable. Y, al estampar aquí sus confidencias, me ruborizo pensando cuán fácilmente solemos olvidar los hombres a quien fue nuestro Maestro de escuela. El mío no está jubilado; aún ejerce. Hace bastantes años que no lo he visto; pero llevo su retrato en mi cartera, a la altura del corazón...

(*Hogar,* abril de 1947)

...Y SE ACABAN

Caminito del colegio
¡qué alegre la colegiala!
Tiene un andar más airoso
desde que olvidó la capa.
Plisado en crecidos pliegues
el uniforme de lana,
cuello blanco de piqué
y, al talle, floja la banda;
y trenzas en el peinado
...y el sol de abril en la cara.
Mamá ha salido al balcón
ganosa de remirarla;
y, al doblar ella la esquina,
mamá se adentra en la estancia,
mírase al espejo y dice:
"Es mi ayer; soy su mañana..."
En el colegio unas Madres,
siempre puntuales, aguardan.
¡Ea, pues, no te entretengas,
colegiala!
pasa la calle de prisa,
que la calle es descarada;
y en el dulce colmenar
de las escolares aulas
los ojos se hacen recato

y la sonrisa fragancia.
Pasa la calle volando
al revolar de tus gracias;
que el tiempo no corre menos
cuando el paso se retarda.
Pregúntaselo, si no,
–por allí viene– a la anciana
que en sus hombros humillados
lleva del vivir la carga.
Ella que, en silencio, dice
...como quien no dice nada:
"Mira qué alegre,
mira qué guapa,
caminito del colegio,
la colegiala..."
Y, al compararte con ella,
no sientas compasión vana:
¿qué importan los años, si
tiene florecida el alma?
Las primaveras del tiempo
llegan, lucen... y se acaban.

... ...

...Y esto quería decirte,
colegiala.

(*Hogar,* abril de 1947)

AL AIRE LIBRE

La del alba es la hora en que, bajo un repique de campanas, sale de la iglesia rural y atraviesa el pueblo la rogativa. Desfile, más que vistoso, edificante. Tras de la cruz parroquial, el sacerdote sin otros ornamentos que el blanco roquete y una estola morada. Los hombres en dos filas; las mujeres en grupo. Sin endomingarse; que es un día cualquiera de labor. Sólo que hoy toca bendecir la campiña en promesa desde uno de los ángulos del término local; y por eso pueblan el aire, de madrugada, las graves letanías de los Santos.

Extrañando el recio clamor salmodiante, ladra un perro, furioso, desde el portal; luego amaina un momento en sus ladridos, porque ha visto a su amo en el desfile; después vuelve a ladrar con nueva furia.

Campo adentro, en breve y sencilla ceremonia, la bendición. En torno, porfía musical de alegres pájaros, gotas de rocío en las flores silvestres, primicias de sol; no lejos, el sonar inmusicable del río. Sobre el verde lustroso de los campos, abarcándolo todo en amplia perspectiva, signa cruces al aire la mano sacer-

dotal. Antes de que al tallo le nazca la espiga, ya es bendito el pan que ha de venir...

Vuelve la rogativa. Nuevo repicar de bronces en el campanario. No ladra el perro de antes; pero está pegado a la puerta, con cara de pocos amigos.

"A peste, fame et bello..." –entona el cura otro renglón litúrgico–; y los campesinos, sin entender latines, contestan reciamente: "Libera nos, Domine".

De la peste, del hambre y de la guerra... Asciende este clamor en la mañana limpia.

Culpables pesadumbres son la peste del alma. Los amantes de la virtud despiertan cantando, porque les nace dentro la luz que nunca muere.

Hay un pan más sabroso que el de trigo, cocido al fuego de la caridad en el horno de mutuas comprensiones. El egoísmo individual olvida que todos necesitamos comer en corro de familia, sobre limpios manteles. La cuarta petición del Padrenuestro se cumplirá mejor cuando nadie derroche lo que a otro hace falta.

Cunde una guerra, sorda y sutil, de malas voluntades. La verdadera paz se obtiene en rudo batallar contra nuestras pasiones. Importa, sobre todo, vencerse uno a sí mismo; que, entonces, toda guerra estará vencida.

Reanuda el pueblo campesino sus diarias faenas. Flota sobre los tejados humo de hogares. El encanto primaveral de esta amanecida cobra aquí en la aldea un hondo sentido cristiano, superando en mucho a la clásica terneza virgiliana.

...Y la ciudad duerme todavía su trasnocheo de ayer.

(*Hogar,* mayo de 1947)

LA TORRE DE MI PARROQUIA

¡Mira qué esbelta la torre,
la torre de mi Parroquia!
Con pararrayos en lanza
y veleta giratoria,
con dos campanas –la grande
y la chica– que se asoman,
sin asomarse, al vacío
y suenan con voces roncas
y saben estar callando
largas horas...

En saludo y despedida,
desde lejos se recorta
como índice que señala
del cielo la trayectoria,
y es su esbelta rigidez,
urgencias de "sursum corda".
No sé qué tiene la torre,
la torre de mi Parroquia.

En ella el buho, de noche,
gime su canción tristona
y, con el alba, un chiau-chiau
de gorriones alborota.
Ella escucha el guitarreo
de los mocitos en ronda
y parece que les dice,
desvelada y soñadora:
"El buen cantar es virtud...;
teniendo limpia la boca
y en pureza el corazón,
venga, sin miedo, otra copla..."

En el gozo del domingo,
la torre de mi Parroquia
lanza mensajes alegres
en leguas a la redonda;
porque "la grande" y "la chica"
suelen estar retozonas...
Cantar de bronces al aire,
y en las almas luz de aurora.

A fuerza de contemplarla,
el dulce mirar se emboba.
Yo nada leo en sus piedras
negruzcas de sol y sombra;
mas, vienen los entendidos
y dicen que tiene historia.
...Con que, ¡si valdrá la torre,
la torre de mi Parroquia!

(*Hogar,* mayo de 1947)

SOÑAR Y QUERER

Ya está aquí el mes de junio, con chirriar de vencejos y espigas granadas y azucenas de San Antonio. En junio suele ser casi siempre el día del Corpus, para el augusto pasear de la custodia por calles y plazas, en triunfo el Sacramento, Luz de Luz a la sombra del palio. Riqueza de orfebrería en nuestras vetustas ciudades y alfombra de juncos y follaje en las pardas aldeas. Latines de Santo Tomás en boca del pueblo, y alborozo de campanas. Y vistiendo cada cual su traje mejor... Así el jueves apoteósico de la Eucaristía.

Y es también junio el mes principal de las Primeras Misas. Cuando un nuevo sacerdote canta el Prefacio, se regocijan altamente los cielos y los ángeles sienten una envidia buena. Y la prensa, en lugar poco destacado, cuenta la solemnidad con los pormenores de siempre. Muchas veces no leemos la crónica; porque, exceptuando nombres del celebrante, predicador, padrinos, etc., ya nos la sabemos. Una Primera Misa no tiene para nosotros mayor novedad; y celebremos, por un lado, que así sea, pues ello quiere decir que se trata de un suceso bastante frecuente.

Pero hace al caso recoger aquí un detalle que en tales ocasiones destaca: lo efusivo de la enhorabuena a los padres del nuevo Ministro del Señor. Una mujer anónima –ahí está el Evangelio– escuchaba al Divino Maestro mirándole a la boca; y, de pronto desahogó su entusiasmo en vítores a la madre de tal Hijo. También a los padres del misacantano les cercan parabienes hasta colmar su alegría; y si alguno de los dos no viviese ya en la tierra, todo es recordarle e imaginar el gozo que en fecha tal hubiera sentido.

Bueno fuera que a la conquista de ese gozo espiritual caminásemos los padres. Por vía de renunciamiento y ofrenda, claro está; que no se llega, así como así, a la cumbre de la emoción jubilosa. Hay que exhalar primero resuellos de fatiga en los alcorces.

Carrera larga y poco remuneradora es la del Sacerdocio; y los proyectos de los padres mirando a sus hijos suelen ser económicamente ambiciosos. El "buen pasar" cuenta mucho en el capítulo "obligacionista"... "y (darles) estado competente a su tiempo". Y entre familias acomodadas, más. Por eso no abundan los Curas de larga dote; y en los seminarios son mayoría los estudiantes auténticamente pobres. Cierto que, comparándolos con el censo total, escasean los ricos de fortuna; pero cierto, también, que gentes adineradas regatean sus hijos al altar.

Mas, sin poner pie en terreno privado, convendría saber qué hacemos, en general, los padres para urgir al Señor a que acepte nuestro apellido en la honrosa lista de los dignos jerarcas de su Iglesia. ¿Pedimos con apremiante desinterés que siquiera alguno de nuestros hijos –mejor el primogénito– sea Sacerdote? Quizás no hemos sumado aún tal intención a nuestras intenciones. Lamentamos la falta de Clero –secular y regular–, y no advertimos seriamente que nuestro pequeño, que hace un monaguillo guapo, haría un buen Sacerdote. Sí admitiríamos, exagerando la ilusión, que hiciese un gran Obispo. Su madre se lo

ha dicho algunas veces, entre bromas y veras; como también le ha dicho que puede ser capitán general.

Vamos hacia la XIII Asamblea de nuestra Confederación. La mayoría de las ponencias a desarrollar tienen mucho que ver con los hijos. Son éstos gran cuidado para la Iglesia y la Familia y la Patria. Por eso se les trae y lleva en reuniones tales, tras madura reflexión y entre oleadas de cariño. ¿A qué extrañarse? Nada hay tan precioso y prometedor en el regazo casero. Ellos –alegría y desvelo– hacen mirar hacia adelante. Y, oteando el porvenir en busca de soluciones, cabe esperar que algún día la Asamblea de Padres de Familia enfoque también el tema, interesante, de la influencia del hogar en la vocación religiosa de los hijos. La vocación es llamada que se anticipa al deseo. Antes, pues, de que el hombre actúe en ese plano sobrenatural, Dios mismo le atrae con el imán, de su predilección. Ahora bien; el Señor escoge ordinariamente sus íntimos servidores entre las almas que mejor le sirven; y muchas veces se deja ver cómo recompensa, por este medio, las virtudes familiares.

Hermoso ideal es el hijo Sacerdote, para entregarlo generosamente, sin exigir nada, a la quietud del cenobio o al apostolado entre infieles o a la relevante dignidad catedralicia o a la humilde Parroquia rural. Sin exigir nada; es decir, al servicio del altar por el altar.

Felices los padres cuyo fervoroso desprendimiento no teme la falta de ayuda y compañía en la vejez cansada. Felices, igualmente, los que se entusiasman con la perspectiva de tomar el sol de otoño en la azotea de la casa cural de un pueblo sin carretera. Felices los que, en el hijo Sacerdote, ofrecen sus mejores ilusiones...

Motivo para sueños tan altos y tan hondos quereres nos da este mes de junio con la dorada fiesta del Corpus y el desfile emocional de las Primeras Misas. Cuando las espigas señorean la anchura del campo y triunfan en el jardín las azucenas de San Antonio.

(*Hogar,* junio de 1947)

Y YO ME QUEDO...

Como ofrece buena sombra
por regalo,
juegan niños... y niñeras
bajo el nogal centenario;
y yo, de verles jugar,
parece que estoy jugando.
Son aquestos infanticos
ir y venir sin descanso
ni fatiga –travesura
de inocencia en desparpajo–,
y ríen como los ángeles

y cantan como los pájaros,
y se buscan y persiguen...
¡Ay, los años!
corretones al principio
como un abuelo abuelazo
y, a la vejez, estancados.
¡Que se ha caído el "mocete"
más alegre y vivaracho!
Que se ha hecho sangre, que llora
sin disimular el llanto...;
y ya está otra vez en juego,
sano y salvo.
Bonita, como ella sola,
la edad de golpe y porrazo;
para vivirla de prisa
y para verla despacio.
Parece el nogal, parece
más recio y copudo y ancho;
como un abuelito abuelo,
que a los nietos de sus hijos
cobija bajo su amparo.
El nogal de fresca sombra
y de fruto encascarado,
como la vida: caricia
fugaz y duro trabajo.

... ...

No están niños y niñeras
junto al árbol centenario;
a una con el sol se fueron...
Y yo me quedo jugando
con la fácil galanura
del romance castellano.

(*Hogar,* junio de 1947)

ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO

Una de las muchas veces que, en servicio de la realidad, soñó Cervantes, quiso iniciar así la andanza de su pluma: "En un lugar de la Mancha..." Todo el mundo sabe cómo empieza el primer capítulo de la primera parte del Quijote, y casi nadie recuerda cómo termina el capítulo 74 de la segunda; si bien es verdad que ni el loco ni el cuerdo quijotismo han terminado. La poética prosa cervantina zarandeó en aventuras al Ingenioso Hidalgo y su escudero; y tan cum-

plidamente lo hizo, que a la fuerza hubieron de ser hazañoso aquél y éste ocurrente. Vémosles avanzar, a la buena de Dios, en rocín de blanda brida y en jumento de morro duro al ronzal, desde la amanecida hacia el campo de Montiel hasta el definitivo retorno, "con pie derecho", a su aldea. Y vamos, lee que lee, con ellos... Reímos sus excentricidades, y nos creemos llamados a tomar parte en sus torneos de filosofía. Y, acabado el libro, ceñimos laurel de admiración a quien lo escribió para advertencia y regalo de muchas generaciones.

Y después, a esperar que nos suceda "cosa digna de ponerse en escritura". Porque dicen –y así será– que en Don Quijote y en Sancho estamos comprendidos los pobres humanos de todos los tiempos. Tal vez Cervantes no aspiraba a tanto; y sus admiradores le hemos descubierto el valor, universalmente representativo, de unos personajes cuya vida historió o para los que supo crear literariamente una vida. La crítica presume acertar siempre; más, cuando es sinceramente elogiosa. Pero basta aplaudir bellezas de forma y subrayar pensamientos geniales; se requiere ser de veras competente en la adivinación de trayectoria y alcance que el autor quiso dar a una obra. Sabrosas acotaciones haría Cervantes al "sabio enjuiciamiento" de quienes nos sentimos "enamorados hasta los hígados" –frase de Sancho es ésta– de su impar Don Quijote. Ahora bien, ¿está el autor en condiciones de apreciar el mérito de cuanto produce? A veces, no. Pero sólo el autor conoce a fondo el propósito que guió su pluma; y se habrá reído anchamente de cuántas y cuán raras cosas vieron entre líneas ojos que no son sus ojos.

Quizás, un manchón de pintura al retocar el cuadro hubo de extenderse, por vía de disimulo, para no volver a empezar lo que estaba ya al remate; y, rodando el tiempo, la perspicacia de un crítico de arte descubrió allí el rasgo mejor del conjunto. Y hasta pudiera serlo –que también pictóricamente sabe Dios escribir a derechas con líneas torcidas–; pero no es raro que el crítico se entusiasme y cree haber intuido todo un proceso que el pintor siguiera para llegar, con previsión y cálculo admirables, al paletazo genial. De donde tendríamos que un descuido magistralmente enmendado se apreciaría después como la concepción clave, soñada mucho antes de tensar el lienzo en blanco para brindarlo al pincel. ¿Y no creen ustedes que un leve resbalón de gubia puede tomarse el día de mañana como innovación indiscutible?

Con tales consideraciones acerca de nuestro "enjuiciar incierto", líbreme Dios de restar mérito –ni quiero, ni podría– al autor del Quijote; que sería restarlo a Don Quijote mismo y al mismísimo Sancho Panza. Por otro lado, si invertimos los términos, se llegaría a la conclusión de que tal vez hemos acortado sabihondamente las perspectivas de una producción meritísima, no por torcida intención al criticarla, sino por no disponer nosotros de más subido intelecto. Aun habiendo prodigado al Quijote nuestros mejores elogios, no sabemos si falta el mejor, el más exacto y rotundo, del que no somos capaces. No sabemos si hemos ponderado todavía el Quijote como el Quijote se merece; y si generaciones venideras tendrán derecho a juzgarnos ingratos o cortos de visión por lo que dijimos y por lo que no supimos decir elogiando a Cervantes.

La gran probabilidad de acertar, mirando al Quijote, está en la aplicación que de sus lances y ocurrencias cabe hacer a nuestra propia andanza por el mundo. Cada cual ensayamos, impacientemente, el vuelo; cuándo con alas quiméricas, cuándo con alas de plomo. Es difícil volar con tino y ponderación tales, que acertemos a situarnos en el ambiente preciso, por bajo de la inaccesible y por encima de lo rastrero. Lo perfecto está en no ser ni Sancho... ni Don Quijote; entre uno y otro se halla el justo medio. Y lo más ingenioso en nosotros suele ser la facilidad con que disculpamos, a conveniencia, uno y otro extremismos. Al soñar más o menos descabellado llamamos justas pretensiones, y al egoísmo más o menos ramplón "exigencias de la vida". Y unas veces ascendemos, porque así nos place, con esterilidad de humo inaprehensible; y otras nos descolgamos, negligentemente, hasta el suelo, como una hoja seca. Preferimos, para alardear, lanza y rodela; aprisionamos, con oculta fruición, las repletas alforjas. Miente, y no poco, nuestra conducta ante los demás, y hacemos lo imposible por engañarnos, conceptuosamente, a nosotros mismos...

¿Nos salimos del tiesto –es decir, de la significación del Quijote– apurando consideraciones por este lado izquierdo? Pues vamos a frenar, de repente. Y, parándonos en seco, discurramos: pudo no ver Cervantes lo que nosotros vemos en su obra genial; pudo ver mucho más, velado todavía a nuestros ojos. Pero, leyendo el libro más célebre de nuestra literatura –quiero decir después de haberlo leído–, nos gana esta verdad: ni Sanchos... ni Quijotes; aunque de Don Quijote y de Sancho Panza hemos de utilizar, para nuestro bien y el ajeno, no pocas sentencias.

Y esta observación final: En nuestros tiempos hay aparejado, para ciertos Quijotes, el manicomio; en cambio, todos los Sanchos están fuera. Y ni amo ni escudero son, si bien se mira, del todo cuerdos; ni locos del todo... Cuando considero a Don Quijote velando en pie las armas y a Sancho roncando cómodamente a sus pies, me imagino que los separa la tapia del manicomio; y que el primero dice lo que dijo un recluso maniático que se pasaba el tiempo mirando hacia afuera: "Estoy cuidando los externos"...

(*Hogar,* noviembre de 1947)

TRANSFORMACIÓN

Estaba el aula triste,
vacía de escolares y colma de silencio...
Al llegar el estío,
se le huyó el alma lejos,
ganosa de vivir las vacaciones
en largo veraneo.
El aula estaba triste...
Sin tinta en los tinteros,
y el calendario a 26 de junio,

despedido del tiempo,
esperando a que fueran a quitarle la hoja
y leer al reverso.
Los mapas empolvados;
y el tic-tac del reloj había muerto.
Un día de sol fuerte
llegaron albañiles para hacer el blanqueo;
silbaban tonadillas
con aire desenvuelto
¡y allí donde era augusta
la voz del magisterio!

... ...

El aula estaba triste...
Pero ha venido octubre con prisas y ajetreo.
Y ya huele a tinta fresca,
y aletean las páginas de los libros de texto,
y da el reloj la hora,
y hay estudio y recreo;
y el calendario, al día,
es índice seguro para el vivir incierto...
Completa de escolares
en difícil silencio,
el aula está gozosa
...gozosa de vivir un curso nuevo.

(*Hogar,* noviembre de 1947)

BODAS DE DIAMANTE

Aquel nunca bien ponderado siglo XVI viene jalonando nuestros días de conmemoraciones cuatricentenarias; y el XIX manda agitar pendones en recuerdo admirativo a Jaime Balmes. Y este siglo XX de nuestras locuras tendrá también; de aquí a cinco lustros –la vida es un relámpago– otro motivo de gozosa conmemoración. Cuyo motivo cumple ahora sus setenta y cinco años, que hemos dado en llamar, pomposamente, Bodas de Diamante. Engastemos en *"Hogar"* esta joya que el calendario, parcelando la anchura del tiempo, nos trae.

A 11 de mayo de 1873, en la ciudad de Valencia y en el día de la Virgen de los Desamparados, iniciaba prácticamente su obra una institución española de caridad, dando "pan, abrigo y consuelo" a dos ancianas desvalidas. Teresa de Jesús Jornet e Ibars, natural de Aytona (Lérida), fue la Fundadora. Y, desde entonces a hoy, las Hermanitas de los Ancianos Desamparados cuentan con 186 casas-asilo en España y América y ensanchan conquistas con ritmo acelerado. Ellas, en labor escondida, no actúan para el jactancioso repicar de la historia; sir-

ven calladamente los intereses divinos, sirviendo al prójimo desposeído de una muy rica herencia. Porque a los asilados les falta el entrañable cariño familiar con que un día feliz se coronaban. Y sólo derrochando abnegación y paciencia y simpatía cristianas puede neutralizarse en ellos la invencible añoranza de un tiempo que, al parecer, fue mejor. No actúan las Hermanitas intencionalmente para la Historia; si bien la Historia recogerá, como es justo, su actuación. Sabias y minuciosas constituciones unifican el espíritu de estas Religiosas meritísimas; pero han de ejercitarse continuamente en mil particularidades que bien pudiéramos llamar educativas. Cada ancianito, no cabe duda, es un "caso". En ruinas ya el castillo ideal de esa ilusión, más o menos acentuada, que pretendemos avivar; rama seca del vivero donde pujan ramas verdes; víctima, tal vez, de amargos desvíos familiares; pieza residual de una genealogía que en él muere;... el ancianito, en estas o parecidas situaciones, siente el vacío de su propia soledad y quisiera no dar cara al borroso horizonte de los últimos días. Cuando el anciano desvalido recurre al asidero de la Fe, sabe que todo es providencial a lo largo del tiempo, y que en el surco mismo de sus hondas arrugas florecen bellezas que estos ojos miopes de la carne no aciertan a ver; pero el ánimo no siempre está gallardamente erguido hacia la esperanza, sino que, enervado a veces en triste fatalismo, a la tierra se vuelve con el peso gravital de la frente cansada.

Yo preguntaría a las pacientes Hermanitas cómo aplacan rarezas y curan depresiones y siembran alegrías en corazones rotos. Yo les preguntaría, y casi no sabrían responderme. Ellas sirven a su preciosa vocación, y la caridad –porque sí– les hace divinamente ingeniosas. Sufren, trabajan, sonríen; y, como por milagro, hallan siempre remedio preciso a cada necesidad. Su recia contextura espiritual, forjada en la oración y en el trabajo y en el dejarlo todo sin exigir nada, produce esa agilidad en el deseo de multiplicarse para el bien. Y, dentro de la regularidad que requiere la vida en el asilo, saben dar a éste tono y calor y confianza caseras. Que el asilo, al cuidado de monjiles solicitudes, viene a ser una prolongación del hogar para quienes al margen del hogar quedaron. Ahí está el secreto de la Institución: que todos tengan casa, no sólo en la materialidad de las cuatro paredes y en mesa y lecho y ocupación y tertulia, sino también en esa particular confianza en que gustan refugiarse nuestras particulares exigencias.

Yo preguntaría a las Hermanitas qué efecto producen en el anciano displicente un cigarro a hurtadillas o un vaso de buen vino; y en la anciana quisquillosa una golosina menuda. Mil pueriles delicadezas inventarán a diario esas benditas Hermanas, desarraigando así, por modo fácil, cierto malhumor que a la senectud se agarra tenazmente, como la hiedra al edificio en ruinas. Todo, para que en el rostro acartonado de "ellos" y "ellas" brille –plácido atardecer de otoño– el sol maduro de una serenidad apetecible.

Yo visité un asilo de Ancianos Desamparados. Cantaban éstos, en la capilla, la Misa de Angelis, bordando alguna que otra floritura a la rica sobriedad del canto gregoriano. Y medían bien el cadencioso unísono, libre de compases. Voces poco reprimidas, liberándose de unas gargantas ásperas a través de bocas sin dientes: un como pugilato de trémolos. Pero, aun con todo, sonaban bien las vo-

ces; porque el alma, en ellas, quería cantar. Y después del Gloria y del Credo y del Sanctus, cien toses pertinaces parecían un múltiple registro siempre abierto mezclándose a las notas solemnes del armonium. Terminada la Misa, rondábame el magín estas ideas: ¿cada ancianito asilado personifica una quiebra en la justicia social? ¿Y será socialmente digno este derroche de caridad... a falta de justicia? Rigen subsidios y seguros, y cunde como nunca en España el sentido de previsión. Mucho se hace y a mucho vamos, felizmente, en este aspecto. Ahora que siempre será importante y complejo el capítulo de imprevistos en las cuentas, más o menos galanas, del humano vivir. Y en los reveses de fortuna y en los desvíos del querer y en nuestra condición olvidadiza incrusta el Señor, artífice de lo imperecedero, motivos de santidad. Hagamos bien las cosas los hombres; que Dios todo lo hace bien. Todo: hasta permite que al abuelito o abuelita hacendosos nieguen sus nietos la ayuda que les debían; hasta cuando, por vía de pobreza y desamparo, se cierra la puerta de casa y, con el alma a la intemperie, sea forzoso caminar hacia la "vida en común". Porque al asilo se llega –creo yo– a falta de otro remedio. "Por eso se esforzaba –dice el Padre José Julio Martínez, S. J., hablando de Teresa de Jesús Jornet e Ibars, la Fundadora– en hacer revivir a sus ancianitos con la dulce ilusión de que continuaban aún en el propio cálido hogar y no en frío asilo, suavizándoles las muchas molestias de la vejez para que vinieran contentos y resignados y, sobre todo, madurasen así para Dios, anhelo supremo de su alma".

El ministerio de caridad cristiana a que las Hermanitas se entregan busca, en definitiva, con obsesión conquistadora, el tesoro infinito de las almas. ¿Qué importan achaques y desengaños –¿verdad, ancianito?– y ese *no poderse valer* de los años cansinos, si todo ello es preludio de la última hora y ésta es, precisamente, la hora de liberación? He aquí la consecuencia fundamental que, en palabras de consuelo, dictan las hijas de Teresa de Jesús Jornet e Ibars al oído de sus pobres, pero felices, asilados. Y, sin duda, por esta ambición, sabia entre todas, de alcanzar una buena muerte, quieren tanto a San José los del asilo. A San José que, entre María y Jesús, murió dueño señor de su casa...

(*Hogar,* mayo de 1948)

PROCESIÓN DEL CORPUS

No vi la flor del trigal
ni vi la flor del viñedo;
pero vi que ambas a dos
y cada una a su tiempo,
en espigas y en racimos,
frutecieron...
¿Dónde te escondes, Señor,
–Luz de Luz– que no te veo?
Con los ojos de la Fe

–"Dios está aquí...", canta el pueblo–
te estoy mirando pasar;
¡cuánto ven los ojos ciegos!
Rica procesión del Corpus:
Jueves de sol y misterio...

(*Hogar,* mayo de 1948)

UNA FRASE EN TEL-AVIV

Cuando Tel-Aviv surgía en el paisaje palestiniano de junto al mar, blanca y nuevecita de galas orientales, con edificios caprichosos y modernas avenidas y plazas y jardines, alguien (el nombre, por caridad, no interesa conocer y menos publicarlo) dejó escapar una frase que va derechamente al corazón. Tel-Aviv, judía, codo a codo con Jaffa la competidora ciudad árabe, era, desde el trazado de sus cimientos, firme propósito de capitalidad sionista en la bíblica tierra de promisión. Empinándose, bella y soñadora, hacia el Mediterráneo, se le ensanchaba la esperanza siempre en flor de replegar el aventado reino –ahora llamaríase Estado– de Israel. Por Occidente vendría –boga, boga–, agitando saludos al llegar, la inmigración. Y, después de tanto destierro, los sin patria asentarían su propia convivencia común en el mismo solar que antes poseyeran por donación divina. Era un sueño hermoso el despertar de Tel-Aviv, y cantaban a diario en la ciudad naciente un himno nuevo los hombres y las cosas. Prisa en la piqueta del peón, audacia en el diseñar del arquitecto y derroche en las finanzas; todo, para redimirse la gran familia israelita de su dispersa y milenaria cautividad.

Pues, sí; en horas de ilusión reconstructiva alguien dijo esta frase demoledora: "A los cristianos les dejaremos únicamente los ojos... para llorar". El pobre judío que así discurriera –por su propia cuenta, desde luego– habría llorado muchas veces junto al muro de las lamentaciones; y, de tan largo e infructuoso llorar, se le secó momentáneamente el corazón; y, vacío de ilusión para gozarse en los ricos proyectos de Tel-Aviv la nueva, le acometería una ráfaga de malquerer. Quizás fue un instante en que los labios, propensos a la indiscreción y a la rotundidez oratoria, le traicionaron. Pero el aire, como vehículo del sonido, todo lo recoge y lo divulga todo...

Ahora en los Santos Lugares arde el múltiple incendio de la guerra. Prescindamos de cuál de los bandos tendrá política o territorialmente razón. Interesa la postura católica ante la actividad rencorosa de las armas allí donde fue proclamada con pregones angélicos la paz.

Nos escapamos, en alas del pensamiento, hacia la tierra aquella –suelo bendito y paisaje evocador– que sintetiza lo más grande y maravilloso que en amor y en dolor y en magisterio puede atestiguar, a lo largo de los siglos, la Historia. Y nos duele que donde Cristo personalmente anduvo, rizando bajo sus pies el polvo del camino, atropelle ahora distancias el brutal dinamismo de la guerra moderna. Mil luchas han contemplado, es verdad, aquellos parajes: pero

ninguna como ésta, por lo apasionante y significativa. Los judíos quieren establecerse inamoviblemente en la porción misma que el dedo de Jehová signó como escogida para ellos. Y se deciden al logro de esta exigencia patrimonial o a la muerte. ¿Entienden acaso, ya de vuelta de su rodar por el mundo, la voz patética de los Improperios? Esa voz que apostrofa con enteriza dulzura: "Pueblo mío, ¿qué te hice? o ¿en qué te he contristado? ¡Respóndeme! Yo te saqué de Egipto. Yo abrí el mar a tu paso. Yo anduve delante de ti en una columna de nube. Yo te sustenté con el maná en el desierto. Yo te di a beber agua de salud que saqué de la pena. Yo herí por ti a los reyes de los cananeos. Yo te introduje en una tierra deleitosa. Yo te di un cetro real y te ensalcé con gran poder... y tú... Pueblo mío: respóndeme".

Éste es aquel pueblo de altísimas predilecciones que puso broche clausular a la Antigua Ley crucificando a Cristo, su esperanza; y, desde entonces, espera en vano; y dejaría de esperar, ignorando altivamente que ya las profecías son, luego hará dos mil años, realidad cumplida, si no estuviera también escrito que, antes de que el tiempo deje de serlo, este pueblo judío volverá de su error. Por querencia irresistible se vuelca hacia "su Palestina", trono y hogar en días más felices, pero otros intereses salen airadamente al paso, y la discusión degenera en lucha a muerte. Y no somos nosotros los disputadores; nosotros solemos ir en devota peregrinación, proclamando que por allí pasó El que ellos, los judíos, dicen no haber llegado. Siglos atrás, fuimos espada en mano y al grito de ¡Dios lo quiere!; peleamos con eficacia... y no prosperó nuestra conquista. Así lo quiso Dios. Y un régimen de inestabilidad –Dios sabe porqué y para qué– envuelve habitualmente los venerandos Lugares. Entre tanto, la Iglesia Católica "abrevia" caritativamente el "Oremus et pro... Judeis", que sigue rezándolo "para que Dios Nuestro Señor quite el velo de sus corazones... y sean libertados de sus tinieblas... y reconozcan también a Jesucristo". Y en estos días especialmente calamitosos el Santo Padre manda elevar nuevas preces para "que las condiciones en Palestina sean arregladas conforme a justicia y que allí reine la paz".

Siempre el Papa el primero cuando se trata de remediar desventuras, sean quienes fueren los desventurados. Que el Papa tiene también otras ovejas que no están en su redil, y a nadie escatima la solicitud de Buen Pastor, ya sea judío, mahometano, infiel, cismático, hereje, ateo, pecador: a todos hermana apreciativamente en su corazón; y urge a los católicos para que por todos sepan sacrificarse y orar. Juicio de misericordia, no de amargura, recomienda el Papa, alzando en el estandarte de su ejemplo al frente de amorosas recomendaciones. Y suaviza conceptos y hermosea sentires cuando alude a los que viven muriendo en la noche del error. Que los gratuitamente llamados a la verdad y al amor también delinquimos; y con más conocimiento de causa y, por ende, con más gravedad que los involuntariamente de espaldas a la luz. "La Pedrada", ingenuamente certera, de Gabriel y Galán podemos hacer que también nos acierte a nosotros.

...Y en el amanecer del Tel-Aviv, cuando proyectos cantaban, una frase nubló de soslayo la ambiciosa ilusión del comienzo. Providencialmente empujado

quizás hacia una nueva etapa en el camino más o menos largo, de su conversión, el pueblo judío soñaba, y sueña, con ser amo de Palestina. No puede tacharse de excéntrica la idea; tiene origen y alcance sentimentales, y el sentimiento es impulsivo. Aunque Tierra Santa bríndase a todos –que para todos fue la Redención– y aunque los que nos preciamos de redimidos tengamos *afectivamente* nuestros derechos, no parece descaminado que la descendencia de Abraham y de Jacob invoque cierto título superior. Si bien no faltan –ya se ve– otros títulos a los que se adjudica validez.

No desviemos nuestro punto de mira, que es el de *replicar* a la frase en cuestión: "A los cristianos les dejaremos únicamente los ojos... para llorar". Y, la réplica es ésta: Bienaventurados los que lloran según el Sermón de la Montaña; es decir, meritoriamente. Porque lágrimas hechas oración pueden más que la bomba atómica, y vencen siempre en una guerra que infaliblemente, si nosotros queremos, lleva al triunfo. Otra sería la paz de aquí abajo si todos, al estilo del Papa, supiésemos llorar así: con generosidad de sentimientos y sin temores baldíos.

(*Hogar,* junio de 1948)

EL MILAGRO

–Corre, abuelito ¡si vieras!
hay en la vega un milagro...
–¿Correr? Espera... ya voy;
que tengo el camino tardo
y poco alcanzan a ver
estos mis ojos cansados.
–Porque ¡mira! el cerezal
(¿no te parece algo extraño?)
de repente ha enrojecido
como el rojo de los labios...
–¿Milagro dices? ¡Si ocurre
lo mismo todos los años!
El fruto tarda en hacerse
y está en agraz meses largos;
pero un día –es el momento–
bríndase uno sazonado
y a cientos maduran todos
los demás.
–¿Verdad que es raro?
–El cerezal de la vega
(Dios es providente y sabio)
sea lección en tu vida.
–Cuenta, pues...

–Ya estoy contando:
También son frutos, también,
mil afanes no logrados.
Sin pensar en la cosecha,
colma de frutos el árbol;
y aunque tarden en llegar
a sazón, vive esperando:
que un día madurarán
todos como por milagro...
–Sigue, abuelito...
–Ya voy;
...que tengo el caminar tardo...

(*Hogar,* junio de 1948)

¿QUÉ SERÁ EL AÑO...?

Un año empieza: sigue el camino
para esta andanza de cada día.
La misma etapa de peregrino
llevo adelante;
por más que sueñe la fantasía
con nuevas rutas en mi destino
de caminante.

Voy y voy siempre, quiera o no quiera;
dejo, a la espalda, tiempo gastado;
no sé qué tiempo de frente espera...
Sólo el momento
en cuya hondura vivo anegado
cuenta valores en mi carrera.
Sin voz me digo, como un lamento:
"La tierra es lodo";
y altura pido con la mirada
y, así los ojos, hallo manera
de esperar todo
sin temer nada.

¿Qué será el año, que ahora empieza,
mil novecientos cuarenta y nueve?
Si alzamos sueños, son de grandeza;
que a soñar poco nadie se atreve...
¡Y es la palanca que nos remueve
tal vez un alma que llora y reza...!

(*Hogar,* enero de 1949)

EL AÑO 61

Acaban de celebrar sus BODAS DE DIAMANTE matrimoniales: ¡60 años de casados! Y están marido y mujer ágiles todavía, y hacen lo que se dice vida normal. Madrugan, oyen Misa temprano, reciben en su pecho diariamente al Señor. Ella –la Sra. María– atiende sin descanso al trajinar de casa; él –Don Lorenzo– lee y escribe a diario durante horas seguidas. Gozan ambos de buena salud, y caminan con paso firme... y apresurado a veces; no necesitan ayuda para subir o bajar la escalera, tienen los nervios en paz y ni por asomo se revela en ellos ese malhumor crónico que suele atacar a la vejez. Alargan, por afectuosa costumbre, la velada familiar después de la cena y se acuestan tarde; y al otro día –ya lo hemos dicho– madrugan y oyen Misa temprano... Y así transcurre, hojita a hojita del calendario de su preciosa vida.

Ocho hijos son la corona de este matrimonio. Viven siete; el otro, cuando murió, todavía era joven... Y era Sacerdote. Hijo que, a costa de callados sacrificios, dieron ilusionadamente al altar, y que el Señor se lo llevó un día a la intimidad de su presencia visible y bienaventurada. Lloraron todos mucho aquella pérdida cristianamente gananciosa; la madre lloró más que todos juntos. Y el piano del comedor guardó luto sinfónico durante largos meses; y al marfil de sus teclas y a las doradas cuerdas de su caja descendió inevitable, una capa de polvo de silencio. Y eso que aún quedaban en casa manos diestras y no poca inspiración al servicio de la música. En cambio, en los dominios del templo parroquial el órgano esparcía, si no tan bellamente arrancados, sus litúrgicos sones de siempre... Luego tuvo el difunto, como organista titular de la Parroquia, un sucesor; y de Misa y del Rosario volvía muchas veces la madre acaudalando lágrimas en recuerdo de quien ya no estaba donde solía estar. Señalamos con algún detalle este episodio, porque él entraña la pena mayor que en sus prolijos años vivieron estos padres. Que, por lo demás, entre no leves trabajos, supieron encontrar hondas satisfacciones.

Tiene ahora Don Lorenzo –se apellida Goicoa y Redín– 86 años. Nació en Mezquíriz, aldea del Pirineo navarro, cerca de Roncesvalles. Y tiene la señora María –Erro y Aire son sus apellidos– 82 años. Nació en Larrasoaña, pueblo menos montañés que Mezquíriz, pero de igual acento euskérico y en la misma ruta de Carlomagno. Viejos ya nuestros consortes, y siempre animosos. Viejos como el buen vino; viejos... como el oro viejo. Aún brota en sus corazones abundoso el amor de los tiempos floridos; por aquello de que la hermosura espiritual siempre es ímpetu y galas de primavera.

Creo que esta familia Goicoa-Erro no cuenta en la heráldica; pero sí en los fastos del sacrificio para un cristiano vivir. Se escribe mucho –y está bien– de hazañas y títulos que sólo en lo humano brillan y hacen sombra. Y llamamos prosapia ilustre a la que tiene casa señorial con escudo en su fachada. De herencia

viene, por lo regular, la ufanía que realza un apellido. Y está muy bien –repetimos–. Vayan esculpiéndose en piedra, secularmente, timbres de nobleza. Pero es bella también en ocasiones, bella y ejemplar, la historia de los humildes; y resulta a veces encantador ese no tener historia... Lo que no quiere decir que esta familia Goicoa-Erro, con tan hermosa ancianidad al frente, sea desconocida; resalta, aun sin pretenderlo por su parte, en el marco local. Hay motivos sobrados para que resalte, y el principal tan sólo exhibimos: Don Lorenzo Goicoa ha sido Maestro de Escuela en Villava (Navarra) –ya está dicho el lugar de residencia– durante 39 años. Cincuenta figuró como activo en el escalafón. Medio siglo enseñando a leer y escribir y contar. La matrícula siempre fue numerosa, y llegó a ser exorbitante: 125 alumnos de los cinco a los catorce. Y en el aula podía oírse –afirman– el vuelo de una mosca. Numerosa como las estrellas del cielo y variada como las flores del campo la pléyade incontable de escolares que él instruyó en su paciente y fructífero patriarcado al servicio de las primeras letras. Sus discípulos dicen que era serio, y que al díscolo hacía temblar; los que hoy le tratamos podemos decir que es afable y del todo sencillo; con mucha autoridad, pero sin empaque autoritario. Por la decisión que pone en sus empeños de ahora, se adivina la entera fidelidad con que serviría a su cometido de entonces. Tiene rango, no cabe duda, como para una biografía; y ésta habría de escribirse con ternura y llaneza, huyendo del énfasis, en términos tan bellamente asequibles, que hasta los chicos del cartel entendiesen. Parece mentira que, ante figuras como Don Lorenzo, prosperase la moda literaria de exhibir al benemérito maestro de escuela en plan caricaturesco a través de novelas y producciones teatrales. Eran, afectivamente, los tiempos en que la frase: "tiene más hambre que un Maestro de Escuela" cundía para pobre diversión de gentes incapaces de profundizar en el sentido, bochornosamente injusto pero cierto, de un dicho popular que, por desafortunado, hizo al parecer, fortuna. Hoy la carrera del Magisterio tiene otra categoría; si bien económicamente, debiera tenerla bastante mayor.

Y volvamos en buena hora, al recinto familiar de este ilustre jubilado: 16 años hace. A pesar de lo cual, todos sin excepción siguen llamándole "el Señor Maestro", habiendo otros dos en activo dentro de la localidad. Y –no es hora de encubrir lauros– en sitio preferente en este su hogar casi "acomodado" puede leerse un pergamino en letra gótica, con recuadro de artísticos adornos, que dice textualmente: "**El Ayuntamiento de la Villa de Villava, en sesión celebrada el 21 de enero de 1932, acordó por unanimidad nombrar HIJO ADOPTIVO de la Villa a Don Martín Lorenzo Goicoa Redín, Maestro benemérito que durante 39 años vertió en los corazones y en las inteligencias de sus alumnos su bondad y sabiduría, capacitándolas con ello para que en la vida siguieran el ejemplo que él les enseñó**". Bien va este título, que oficialmente recoge el unánime sentir popular. Dichoso el pueblo que sabe agradecer una labor nunca bien pagada y frecuentemente en olvido.

Y es el caso que, hablando de Don Lorenzo, dejamos de hablar de la Sra. María. Aunque lo del uno atañe igualmente al otro; que un mismo querer y un

mismo sentir les tienen emparejaditos desde hace más de 60 años; que en el año 61 de su matrimonio están... y, antes de bendecir sacramentalmente su amor, ya se querían. Ella ha vivido todo ese tiempo melificando la vida en el colmenar casero, a fuerza de reñir las menudas, continuas y siempre difíciles batallas de la economía doméstica. El papel de la mujer es ése; y el mérito y la propia satisfacción consisten precisamente en no salirse cada cual de su papel.

A final de crónica viene a mientes la graciosa estampa que yo he contemplado más de una vez en el retiro de esta familia cuyas virtudes pregono. El padre y la madre –dije que aún están fuertes y se valen por sí mismos– cariñosamente arropados al calor de sus hijos. Don Lorenzo siente inclinársele a un lado, persistentemente, la venerable cabeza. Una cabeza interesante, como para un dibujo a pluma; toda ella nevada y sin faltarle un pelo. Es la de su mujer menos blanca y más erguida. Claro que el tiempo, irrespetuoso, hace de las suyas; pero cada etapa en la vida tiene su belleza característica; y lo más bello de la ancianidad es sobrellevarla plácidamente, convirtiendo el peso en corona y en luz de aurora al atardecer. Y enjoyar los últimos días con agasajos filiales, para recompensa de lo mucho que los hijos hicieron pasar. Casi todos los hijos de estos venturosos padres se encuentran a su alrededor. La "primogénita" recaló su título y porvenir en estrecha clausura conventual. Las Agustinas Recoletas de Ágreda (Soria) saben de sus fervores. El hijo mayor escribe desde la Argentina: y en sus cartas habla no sólo de negocios, sino también de actividades de Acción Católica. Desde los Pirineos llevó a los Andes un poco, que ya es mucho, de esta dote espiritual que la madurez histórica de España sigue aportando al impulsivo crecimiento de su América latina. El hijo Sacerdote –lo hemos dicho– del altar subió al trono. Los demás sonríen de cerca a las nobles arrugas de sus buenos ancianos.

... Y quedan registradas, lisa y llanamente, las BODAS DE DIAMANTE de un matrimonio ejemplar. Efemérides así no son cosecha periodística o familiar de cualquier día...

(*Hogar,* febrero de 1949)

DE TANTO MADRUGAR

El almendro tiene flor;
que ha florecido temprano...
¿Por qué tanta prisa, tanta,
si el invierno es siempre largo?
A una caricia de sol
rompe en ternezas el árbol;
...y no siempre trae bienes
el sentirse acariciado...;
que noches de luna clara
con estrellas en lo alto

ponen silencios de hielo
en el cantar del regato.
Si madruga la ilusión,
trasnochan los desengaños.

... ...

Tenía el almendro flores
muy temprano;
...y, de tanto madrugar,
¡no dará frutos este año!

(*Hogar,* febrero de 1949)

UN ASILADO MENOS

La familia, gozosa y completa, se ha recuperado a sí misma en estas Navidades. Todo, porque en el asilo de junto a la capital hay un asilado menos. ¿Queréis que cuente la historia? Pues allá va; del 25 de diciembre al 6 de enero no han de contarse cuentos solamente. Todos creíamos que era una rareza de quien dicen las tuvo bastante calificadas; una rareza del abuelo. Pero no...

I

Conozco y trato al ancianito en cuestión. No tiene aún muchos años, pero tiembla ya con temblor crónico y arrastra los pies y necesita ayuda para caminar. Y está –porque sí, voluntariamente– en el asilo. El asilo es grande y pulcro y bien soleado; con jardín y soportales y un San José en la fachada. De buena estampa arquitectónica por fuera y bienhechoramente acogedor en sus adentros. Pues el anciano que digo, despreciando un buen pasar, vive asilado; y no como víctima de circunstancias o resentimientos familiares, sino a consecuencia de un acto de contrición. Sus mismos allegados ignoran algo que yo sé. Ciertos dolores del alma confíanse, a veces, por vía de alivio a un cualquiera, mientras permanecen vergonzantemente ocultos para quienes suelen compartir nuestras habituales preocupaciones. Así ha ocurrido en esta ocasión. Pero yo contaré *a los suyos* lo que el abuelito, contritivamente parlero, acaba de contarme:

"Era yo en aquel entonces –ha dicho– un poco fanfarrón. Sabíame heredero y, después, amo de casa y hacienda ricas. Enviudé bastante joven, y un hijo me quedó, fruto del buen querer matrimonial. ¡Si *ella* hubiese vivido...! Porque ella administraba cabalmente la peseta; sin cicatería ni derroche, gastando y ahorrando a la vez. Fue el tesoro que perdí –Dios sabe lo que hace– antes de tiempo".

(Hay una pausa, breve y honda, difícil de interrumpir).

"Cumplidos los cuarenta –¡quién iba a decirlo!– me desmandé. Amigos y negocios de ocasión en la capital cercana... Una holganza pegadiza orillaba en mí, poco a poco, el deseo de trabajar. Mal gobierno en casa y en las tierras y en los ganados. Y sucedía que, aun dándose buenos años para el labrador, sobra demasiado sitio en mi granero. Y jugué... y perdí; casi ningún jugador de dinero gana, en fin de cuentas. Apenas me hizo mella la hipoteca sobre algunas fincas; desbarataba, impasible, el sudor de mis antepasados y el porvenir de mi hijo único. Las gentes decían, con poca pena: La casa tal ha venido a menos".

(Nueva pausa elocuente, aleccionadora).

"Y el hijo empezaba a hombrear. Tenía mi cara; pero era, en el fondo, como su madre. Y un día dijo, sin descaro: Antes de que me toque la *quinta,* podíamos rescatar aquellas tierras... Quedé pensativo, como avergonzado; pero me faltaba arranque para la enmienda. Una dejadez incurable podía conmigo. ¡Qué desgracia!, conocer uno su mal y no acertar a remediarlo.

(Pasa junto a nosotros una "Hermanita de los Pobres", y saluda con gesto simpático).

"Largo de contar todo aquello. Pormenores aparte, diré, en cuatro palabras, que era yo cada vez más *sin provecho;...* y que el hijo supo evitar la ruina. El hijo salió a *ellas:* bueno como el pan, nervioso y alegre como una cuerda de guitarra. Se casó, a los veinticuatro, con una mujer de mucha disposición. Hijo y nuera trabajando afanosamente, sabían enmendarme la plana; y nunca me levantaron la voz. Vinieron nietos guapos y juguetones; les divertía mucho llevar, a rastras, mi bastón... Y, un día, el nieto mayor, de quien era yo padrino, trajo, al volver de la escuela, una libreta de ahorros con el escudo de España; y me dijo, entre caricias, que iba a juntar, para cuando fuese mozo, muchos dineros; y leyó, a tropezones –era menuda la letra– esto que puede ser una oración: "Señor, bendice a mis hijos, porque yo los eduqué en el ahorro". Se me clavó la frase como un rejón en las agujas del alma; y lloré hacia dentro, enjutos los ojos, el llanto más copioso de mi vida. –¿Qué tienes, abuelo, que te has puesto triste? –Nada, nada; tú ahorrarás, y Dios y España aplaudirán tus afanes... Y él quería jugar conmigo, y yo no acertaba, ¡no acertaba! A las pocas fechas, sin consultar con nadie, hice donación de todos mis bienes –que habían vuelto a ser crecidos– en favor del hijo y de su mujer y de los nietos; y, como un convertido que se mete fraile, me vine al asilo..."

II

En casa no se explican la decisión del abuelo; y, con sincero querer, piden que vuelva a ser amo. Le visitan asiduamente; y esperan que los nietos, con atractivo irresistible, consigan reintegrarlo al hogar. Porque en el hogar donde se ha vivido es más precioso el bien morir. San José, que preside la fachada del asilo, murió –a un lado Jesús y al otro María– bajo el techo de su casita de Nazaret. Y, fomentando el ahorro, casi nadie estaría, para morir, fuera de su casa. La

caridad de las Hermanitas de los Pobres tiene todos los quilates de esa principal virtud; pero a toda costa ha de evitarse –y en España, felizmente, a eso se va– que hayan de ejercitarla cubriendo vacíos de justicia social o de familiar cariño. Si ha de haber huérfanos de pan y de techo, que los haga providencialmente Dios para su gloria y los altares; y no, a fustazos, nuestro egoísmo.

El abuelo acaricia largamente a los nietos cuando, jueves y domingos, pasan la tarde con él; y les dice muchas veces, como una muletilla, estas palabras: TRABAJA... Y AHORRA. Y con siembra incesante de buen consejo entiende poder reparar en generaciones venideras la insensata prodigalidad de sus años pretéritos. Y los nietos, a fuerza de decirlo, guardarán esa recomendación del abuelo en los repliegues del alma.

III

Yo he contado a los suyos lo que el ancianito me contó una vez. Para que ellos y el pueblo entero sepan que no fue una rareza el asilarse; que fue un rasgo de sinceridad, al tiempo de hacer parva y separar la cizaña del buen trigo en la era, soleada de amores, del corazón.

Y los suyos han conseguido ahora que el abuelito vuelva a presidir la casa y hacienda ricas. El abuelo dice que él sólo hará eso: presidir; que no quiere desdecirse de su ya irrevocable y generoso testamento. Mas, sus hijos y nietos están decididos a proclamarlo patriarca y no huésped, y quieren que, cuando Dios lo disponga, muera como amo y señor; "porque el abuelo –dicen respetuosamente– ya está arrepentido y cumplió la penitencia..."

Yo no he visto tan sinceros agasajos en torno a unas arrugas venerables como en esta ocasión en que la familia, gozosa y completa, se ha recuperado a sí misma. Y, precisamente, en Navidades.

(*Hogar,* diciembre de 1951)

FRÍO...

Frío: prisa en la calle,
gorrión bajo el alero,
solapas que se yerguen
...y el agua que se ha muerto;
el agua, que bajaba
cantando sus requiebros
y sus melancolías,
¡enmudecida en hielo...!

(*Hogar,* diciembre de 1951)

POETAS EN CHINA

Siempre hizo China gran aprecio de sus literatos, favoreciendo, sistemáticamente, el derroche de buena poesía. Quien supuso una China a remolque de culturas ajenas, sepa que China se anticipó en saber y en civilización a muchos pueblos del orbe.

Doce siglos antes de Jesucristo empieza a vivir China la época clásica de sus versificadores, época que duró hasta el siglo I de nuestra Era. De aquel lejano entonces es el Che-King o Libro de Odas, uno de los cinco recopilados por Confucio quinientos años antes de que el Sol brillara en Belén a media noche. Y hay versos en el Che-King que tienen su parecido con otros que ahora se estilan. Véase una muestra:

"Brilla el alba rosada sobre mi cabeza...
Siento inquietud:
en las tiernas y verdes hierbas algo ha sonado:
he creído sentir el ruido de una pisada,
...mas fue sólo el chirriar de un saltamontes..."

(Del siglo XII antes de J. C.)

La segunda época, llamada Renacimiento (del siglo I al XIII) marca el máximo esplendor de las letras en China; sobre todo en tiempos de la célebre dinastía T'ang, que gobernó el país, en florecimiento de paz, durante los siglos VII al X. Poeta máximo de aquel tiempo es Li Tai Po (por contracción Li Po). Los literatos en China eran profesionalmente literatos; y eran objeto de altos honores. Ir atrayendo bellezas sobre el erial de la vida parecía a los artistas honroso quehacer y a los gobernantes y pueblo labor digna de agasajo y recompensa.

Li Po fue habitualmente huésped del palacio imperial; admitido al gran salón de las Campanillas Doradas y sentado a la mesa de las Siete Joyas.

A Li Po, de espíritu anacreóntico, le gustaba cantar... y catar las excelencias del vino; pero hay mucha y muy feliz diversidad en sus poemas. Quede aquí uno, limpiamente sutil, que tituló FUGACIDAD DEL TIEMPO:

"Ni el agua que discurre torna a su manantial,
ni la flor desprendida de su tallo
vuelve jamás al árbol que la dejó caer.
Fugitivo relámpago es la vida
que apenas si da tiempo a sentir su pasar.
Inmutable es la faz de la tierra y el cielo;
mas, ¡cuán súbito el cambio de nuestra propia faz!"

La mentalidad china, al historiar los pasos de Li Tai Po, afirma que éste murió bellamente. Y no es así; murió hundido en la prosa macabra de unos tragos de más, aunque al escenario de su muerte se cuelguen bambalinas de un paisaje de ensueño. No apetecía Li Po, según versiones, la ceremoniada apretura de la imperial mansión; por otra parte, afirman que dejó de ser grato a quien podía repartir favores a capricho. Y es lo cierto que se dio plenamente al disfrute de la vida errabunda. El vino le podía cada vez con mayor facilidad. Y, con locura desorbitada, se creyó enamorado de la luna. Y, una noche clara, a la luna quiso aprehender en las aguas tranquilas de un lago. Al inclinarse para su imposible afán, con la cabeza en devaneos de alcohol, Li Po, describiendo un capucete sin gallardía... se hundió en el lago sereno, y al reconquistar, muchas horas después la superficie, era un ahogado.

Tu Fu, contemporáneo de Li Tai Po, habíale dedicado un poema que termina así:

"...Al cabo de diez mil, de cien mil otoños
no tendrás otro premio que el inútil
de la inmortalidad..."

Destronado, en el año 975, el último Emperador de la dinastía T'ang, la poesía china sigue igual trayectoria, aunque menos brillante, bajo la dinastía Seng que dura hasta el siglo XIII.

Y continúan los poetas chinos, en producción ubérrima también, durante la llamada época moderna (del siglo XIII al XIX); y mantienen su idílico noviazgo con las musas en nuestros mismos días.

Más de cinco mil alcanzan meritoria celebridad entre miles y miles de más discreta nombradía. ¿Y las mujeres? Pasan del millar las poetisas que se cuentan solamente en la época manchú.

"Los poetas chinos –dice Ma Ce Hawang, de quien tomamos también no pocos datos precedentes– tratan con particular predilección los temas de la nostalgia, de la añoranza, de la fugacidad del tiempo y de las cosas de la vida. ¡La nostalgia!, dulce y punzante herida que acompaña a los chinos en el incesante deambular por los caminos de la tierra y por los no menos vastos y arriscados del alma". Esto dice Ma Ce Hawang –Marcela de Juan–, china de nacimiento y española de corazón.

En turbio vaivén espiritual y político se ve agitada ahora China; a la que, de no poseer datos precisos, nos hubiera costado mucho adjudicarle nota de sobresaliente en sentimiento y producción poéticos. Guerra activa y confusa campa hoy en el antiguo imperio amurallado; y tal vez esté amasándose allí el inmediato porvenir del mundo. Que el mundo tiene de vez en cuando sus raras y profundas convulsiones.

Actualmente viven nostalgias fuera de China sus misioneros: los que de Europa habían ido generosamente y otros, indígenas, que al fuego del amor divino suman la innata exaltación patriótica. Los misioneros, como los poetas, sa-

ben llorar cantando. Estos últimos embozan sus penas en un bello recurso emotivo; aquellos, embajadores de Cristo, sellan sus adversidades con una conformativa oración. Los misioneros son, al influjo de su mismo mensaje de paz, lluvia de poesía sobre el campo infinito de las almas. Varios hay, entre nosotros, signados con el mérito de la octava bienaventuranza. Y, porque los arrojaron de su parcela, a su parcela volverán con renovada ilusión. Volverán, desde luego, cuando Dios quiera; porque el querer de Dios está siempre por encima de los humanos entorpecimientos. Pero hoy se les cierran las puertas de China, como lo estaban, herméticamente, hace cuatro siglos... cuando San Francisco Javier sintió el frenazo total de la muerte en el continuo acelerar de su impaciencia. Fue Javier el gran enamorado de aquella China multimillonaria de mies. A la cultura milenaria y exclusivista quiso aportar él la más amplia y hermosa concepción de la vida: el Cristianismo. En sus labios, ganoso de más predicar y ya moribundos, florecería toda la significación –y quién sabe si la letra– de aquel soneto que también a Javier se le atribuye; soneto que dicen ser de perfecta contrición y que bien puede calificarse de total generosidad:

"No me mueve, mi Dios, para quererte...
.....
...porque aunque lo que espero, no esperara,
lo mismo que te quiero ¡te quisiera!"

Lo muy probable es que San Francisco Javier no sea autor de esos famosos catorce renglones; pero es verdad que son *suyos,* porque reflejan el exquisito afán de nuestro Santo; y sentir la poesía es equiparable, en cierto modo, a la habilidad técnica de afiligranar versos. Mira por dónde, al país de Li Tai Po iba este otro poeta, con la Cruz en vanguardia y el pecho en combustión. Llevaba un canto nunca oído allí: el Evangelio, compendio y motivo de los más altos poemas. Porque no puede haber plenitud de poesía sin plenitud de verdad y de amor sacrificado. Y, al morir, enrasó Javier la mirada hacia el horizonte de sus pensamientos, mientras el mar, adelgazando espumas en la playa desierta de Sanchón, quería besar los pies infatigables del andariego por Cristo...

¿Qué y cómo cantarán en China sus poetas de hoy? Yo no sé la respuesta adecuada; pero sé que poetas venideros bordarán estrofas nuevas que hagan brincar de gozo a nuevas generaciones. Por Javier, que no pudo entrar en China, fueron a centenares los deseosos de parecerse a Javier. Por cada misionero que el comunismo destierra de China, innumerables volverán mañana. Y, no sin trabajo y sudor pero con mucho garbo y optimismo harán que la sensibilidad poética del pueblo chino vibre al nuevo despertar de la Fe, cuando el nombre de Dios verdadero cunda en la gran nación superpoblada y sea nutrido el campaneo de los templos católicos resucitando alegrías y los chinitos de ojos reidores canten, en sonsonete, el Padrenuestro. China se inundará de paz después de la tormenta. China tiene sacerdotes suyos y jerarquía católica que preside un cardenal. China puede dar –¡quién sabe!– Papas a Roma. Y, verá, incluso, aumen-

tada la pléyade incontenible de poetas, cuando China cante sus mejores versos al divino trasluz de la Verdad Única.

(*Hogar,* junio de 1952)

TODO EL AÑO NAVIDAD

Con el retorno a Oriente de los Reyes Magos despidiéronse las Navidades. Del 24 de diciembre al 7 de enero –15 días mal contados– hay en casa más calor de familia y en el alma una nueva luz y una mejor sonrisa a flor de labio. Un gozo indisimulable templa y enternece el ánimo, suplantando seriedades y haciéndonos como niños. Porque Niño se hizo Dios... Queda todavía, por algunas fechas, la estela de ilusión que en nuestros hijos dejan los juguetes. Los juguetes, efímeros, se gastarán pronto... Y, luego, nos pondremos a vivir con otro gesto, de modo más calculadamente frío, olvidándonos de reír a boca llena. Las cartas que de aquí en adelante escribamos al familiar o amigo ausentes, y las que ellos nos escriban, aun siendo más noticieras, dirán menos cosas de las que dijimos y nos decían en unas pocas líneas de felicitación navideña. De Pascuas a Reyes, cualquier frase, aunque parezca mera literatura, viene a decir mucho; porque de Pascuas a Reyes hay plenitud de afecto en el corazón de los creyentes...

Ahora bien; lo que no se explica es que, afectivamente, hayamos de vivir el año por etapas, que, después del 6 de enero, nos desentendamos de hacer corro en casa y de seguir alegrando el ambiente en familia con el mismo temple y el mismo barullo de las Navidades. Para un chiste y un villancico cuando quiera hay ocasión, y la fecha es lo de menos. En todos los momentos y en cualquier detalle actualiza el Señor su venida y estancia entre nosotros, para que sigamos festejando tan ventajosa compañía: toque de campanas, sirena que llama al trabajo, descanso en el hogar después de la jornada, charla de sobremesa, colocación o empleo de los hijos, equilibrios en la economía doméstica; el pobre y el enfermo y el necesitado de optimismo; lectura y espectáculo y deportes; el dolor ajeno, nuestro propio dolor... y también las alegrías; triunfos, desengaños, golpes de contricción y ansias de mejorar; ilusiones, proyectos; frente a las mayores dificultades una confianza heroica en quien todo lo puede y lo dispone todo... Así hace Cristo entre nosotros, perpetuando providencialmente –sea cual fuere la liturgia del día– su Navidad. Luego el espíritu de las Navidades se nos brinda un día y otro y otro; sea diciembre o sea julio. De ahí que no debiéramos sustraernos enteramente al "jaleo" que ese espíritu de Navidades impone, corazón adentro, como nota ambiental. Corazón adentro también, reglamentadamente, al exterior. Se puede arrinconar la zambomba durante casi doce meses, pero no podemos suprimir actividades y gestos complacientes hasta otro 24 de diciembre. Si, en derroche de amor caritativo, supiésemos perpetuar la Navidad, otro sería el mundo; porque sería otra nuestra esfera de acción y otras las aplicaciones de nuestro título de cristianos. También no habiendo turrón cabe alegría... en casa. Y si aprender a contentarse no es cosa fácil, la buena disposición

de ánimo –que es la buena voluntad pregonada por ángeles voladores– suple y ahorra esfuerzo en el camino de la felicidad. Uno de mis pequeños –que ya van siendo mozos– pedía a los Reyes Magos, en carta de renglones torcidos y derechas intenciones, una pistola; y, creyendo firmemente –eso que empieza a no creer en la visita domiciliaria de estos regios personajes– que se la traerían, comentaba con prematuro alborozo: "Me echarán la pistola... y, si tengo buena puntería a lo mejor me hago guerrero..." Los Reyes –cualquiera sabe por qué–, en lugar de una pistola trajéronle un par de guantes; y no de boxeo, sino de abrigo. Y el índice enguantado se ha dormido en la paz tibia de su confinamiento y no parece echar en falta el gatillo. Lejos de ir disparando quiméricamente contra el canario de la vecina y el gorrión callejero y el gato de casa, va nuestro mocete, campante y feliz... con las manos en el bolsillo; a la media vuelta se olvidó de "su pistola". Los hombres, en casos así, nos parecemos enormemente a los chavales que en Reyes Magos confían: también sabemos acomodarnos, más o menos pronto, más o menos tarde, a lo que la vida trae consigo; y, en edad madura, desmontamos bastante cómodamente el andamiaje ideal de sueños desorbitados. Y sabemos prescindir, no de mal grado, de ciertas aficiones desproporcionadas a nuestra situación económica y social; sabemos, cuando no nos dejamos llevar de vanas exterioridades; sabemos, cuando acertamos a centrar nuestro solaz dentro de casa más que fuera de casa. Y mira que, puestos a ello, no resulta difícil jugar en familia. Claro que, en rigor, a jugar no se aprende; se juega... porque si, a la buena de Dios, un poco a lo que salga. Y el desbordamiento de cariño propende a la improvisación manifestándose en ocurrentes invenciones. Esencia de querer pide el hogar, para que el hogar nos sea grato; y el hogar somos nosotros mismos antes que las comodidades del hogar.

No era cómodo el portalillo de Belén; aunque esta mención no vale como razonamiento, porque el portal de Belén era algo ocasional; no tuvo rango hogareño. Este rango quedaba para la casita de Nazaret: pulcra, aliñada y no rica. Pobres eran ellos tres; pobres y no miserables. Un vivir ganado a pulso, con discreto sudor y descanso conveniente; con una convivencia más que angelical. Ellos no tenían que sobrellevarse; nosotros, a veces, sí. Pero, aunque no podamos pretender igualarnos a ellos, ellos nos dan la tónica para un más apacible vivir. Por caminos de sencillez se llega a la perfección y a las más puras satisfacciones; quien pretenda hallar contento en la ostentación y pasando el rato lejos de los suyos, volverá casi siempre "con el airón desplumado y chafada la cimera". Dígasenos si hay fiestas comparables a las fiestas de Navidad –24 de diciembre a 7 de enero– que acabamos de vivir. Y, de estas fiestas, lo mejor no son las fiestas de sociedad –excentricismo demasiado en boga–, sino el corro de caras risueñas en casa, ...donde el padre pierde seriedad, por así decirlo, y donde la madre acentúa su terneza, y los hijos "revuelven" sin excesivos temores, y la abuelita enseña, jubilosamente, sus encías desdentadas.

Y... vamos a lo de antes, para preguntarnos: ¿Por qué acabamos de vivir estas fiestas? Lo que hemos hecho, durante quince días mal contados; por rutina, por TRADICIÓN, porque así suele hacerse en Navidades, ¿no podríamos ha-

cerlo por convicción, por sistema, por norma perenne de más bello y cristiano vivir? Hay que intentarlo comenzando por nosotros, los cabeza de familia. Que ante los hijos el padre no perderá autoridad porque gane en simpatía; sobre todo, si dejaron de ir ya al colegio...

Todo el año Navidad sería en Nazaret; y no con abundancia y comodidades signo de aquel hogar bendito. Había que entregarse allí al quehacer de cada día, y había que padecer estrecheces... y en perspectiva, alzábase la Cruz. Y, pese a todo, todo era paz allí; paz y alegría...

(*Hogar,* enero de 1953)

EL CAJÓN DE LA PIMIENTA

Le llamaba, sonoramente, Gumersindo. Todos le decíamos, con acento familiar, Gumer. Hace bastantes años, en plenas vacaciones, Gumersindo Cantalapiedra dejó de ser, por jubilación, portero del Instituto.

En el arranque de la escalera principal había, por entonces, una como jaula de cristales rizados con zócalo y listones color vinagre intenso. Una puerta y una ventanilla y, dentro, un tablero para mesa de escritorio y una estufa de hierro colado con tubería ahumada. Sobre el exiguo tablero, listas y otros papeles, el periódico del día e, invariablemente, el estuche de las gafas de Gumer y, también, la gorra azul de Gumer con galón dorado. Y Gumer en su puesto; apenas faltaría de allí tres minutos seguidos, de ocho de la mañana a dos y media de la tarde. A tan original portería le llamábamos, por el color de su pintura, **el cajón de la pimienta**. Igual podíamos haberle llamado, por ciertas *estrelladuras* en los cristales, el polígono sideral. Esto hubiera sido más poético; pero lo otro era más estudiantil. **El cajón de la pimienta** medía, al exterior, exactamente 291 centímetros de largo por 203 centímetros de ancho; se entretuvo en medirlo Bonceller, estudiante de secano, que cada tres cursos conseguía aprobar dos asignaturas. Y nada quiso Bonceller con la tercera dimensión, esquivando el posible compromiso de tener que cubicar aquel fácil cuerpo geométrico. En cambio, Bonceller *instantanizó* esta *sextilla* un tanto ripiosa y con cierto desplante literario:

Capte tu mirada atenta
que, de frente y de través,
el cajón de la pimienta
mide doscientos noventa
y uno por doscientos tres;
(...y la altura no se cuenta).

Alineados en un trocito de papel de barba, brindáronse estos seis renglones a la innata curiosidad de los estudiantes; y alguien agregó a lápiz, como pie

de imprenta: *Se traspasa;* sin que nadie supiera si este agregado de tipo comercial quería referirse al **cajón** o a la musa del poeta.

Gumer retiró el pegote, dándose luego maña para encontrarse a solas con Bonceller, a quien condujo hábilmente a *sus dominios,* es decir a la misma portería. Y así fue aquello:

–Tenía ganas de sorprender una ocurrencia suya, señor Bonceller. Ésta es fina e inocente y me da ocasión para que hablemos un ratito...

Gumer hablaba bien, casi correctamente, y desde luego con más facilidad que el profesor de literatura. Se advertía en Gumer soltura de expresión y viveza de ingenio y siempre un tono de sinceridad. Buenos observadores opinaban que Gumer debiera haber sido, en vez de portero de Instituto, catedrático de Universidad.

Y calmoso y callado Bonceller, continuó diciéndole Gumer:

–Me trae usted en cuidado. El portero apenas tiene que preocuparse de los que estudian; pero de los que no estudian entiendo que sí...

Bonceller quiso replicar con la soltura en él característica; pero Gumer le atajó:

–Luego hablará usted; todavía me toca hablar a mí..., y tengo para rato. Sea usted educado... como es, y dígnese esperar. Su padre, que en gloria esté, fue amigo mío; juntos hicimos el servicio militar. Su padre era analfabeto; y yo enseñé a su padre a leer y a escribir y a contar... Y no es cuento, señor Bonceller esto que digo. Su padre estaba loco de contento con la miaja de cultura que, a fuerza de entusiasmo, pudo conseguir tardíamente; ...y nunca es tarde si la dicha llega. Y la ilusión de su vida fue tener un hijo positivamente culto, como en desquite a sí mismo; un hijo intelectual, un hijo profesor. Su padre, señor Bonceller, sacrificó toda la vida al porvenir, que él quiso fuese brillante, de su hijo único. Aquel comercio que su padre abrió continúa viviendo prósperamente; y su madre, señor Bonceller, lo atiende y administra valiéndose de otras personas. Parece que usted debiera estar al frente del negocio; pero hay que cumplir el deseo de su padre, de mi compañero de milicia, Casiano Bonceller; ...y por eso lleva usted diez años en el Instituto sin haber logrado aprobar el tercer año de Bachillerato. En su casa hay dinero y modo de vivir y hasta de enriquecerse; pero en su casa hay, sobre todo, una ilusión puesta en usted, para que en usted se cumpla el deseo paternal. Y usted se ríe...

Gumer salió un momento de la portería; le llamaban. Bonceller quedó solo, de pie, fijos los ojos en la estufa sin fuego. Guapo, elegante, un poco despeinado. Se le inmovilizó, de repente, aquel desgaire suyo...

Y Gumer, volviendo, sin perder el hilo:

–...y usted se ríe de todo a carcajadas; ...y usted tiene en cada banco del paseo un amor; ...y usted no viene a clase, porque no estudia; y usted pisotea la memoria de su padre, ...aunque su padre ve que le traiciona, porque los muertos viven e, invisiblemente, están junto a nosotros;... y usted...

Bonceller salió, llevándose los versos y las cuatro chinchetas con que había sujetado el papel. Y trasladó su matrícula, y en el Instituto no se supo más de aquel estudiante simpático y desaplicado.

Hasta que..., veinticinco años después, ha venido a la ciudad de sus malandanzas estudiantiles. Y ha querido visitar el Instituto; al parecer, como un turista cualquiera; pero empujado secretamente por una especie de corazonada. Se dirige al ángulo donde estuvo empotrado **el cajón de la pimienta**. ¡Qué desencanto!; "levantaron" ya el **cajón.** Y han hecho reformas en la escalinata, y es otra la distribución del edificio. Y no está Gumer; no está. Queda el pino del jardín central, y la górgola recompuesta del tejadillo antiguo. Y la plaza de en frente presume de nuevos y suntuosos edificios. Y han crecido los plátanos y los tilos y las acacias. Las palomas urbanas, sí, parecen las mismas de antaño; y también los gorriones. Y hasta los estudiantes son, poco más o menos, como entonces eran, como éramos entonces...

Paco Bonceller merodea, curioso y sentimental, pasillos, clases, ventanas, salón de actos; y sube y baja las escaleras muchas veces.

–¿Qué haces, papá? –le dice, sorprendido, Paquito Bonceller, su hijo de once años que viene a examinarse de ingreso.

–Vamos, sí –balbucea el padre–; ...de tanto recordar, se me olvidan las cosas...

Hace calor. Bajo una acacia vieja hay un banco muy cómodo. Y, en el banco, un anciano, de buen ver, descansa del cansancio de la vida, Bonceller lo reconoce. También Gumer recuerda a Bonceller... Y hablan de "aquellos días..." Bonceller enmendó, gracias a Dios y a Gumer, sus pasos. Tiene una carrera, y de su carrera vive holgadamente.

–¿Y usted, Gumer?

–Yo... del todo bien. Poco supone la jubilación; y como no son muchas mis apetencias, me defiendo. Y me paso aquí las horas muertas. Pasan por aquí ellos, los estudiantes; y desde aquí los cuido, a mi manera...

(*Hogar,* junio de 1953)

LO QUE PASA

I

Florecida está, a uno y otro lado, la vereda en curva de junto al molino; florecida de primicial escarcha en otoño. Y pasa Angelines, presurosa, camino de la ermita cercana.

–¡Mira qué garbo nos gasta la moza! –saluda el molinero setentón, que viene de regular la compuerta.

–¡Hola, tío Salus!; ha trasnochao usté al aire libre, porque tiene escarchada la boina.

–Y tú tienes la guasa por quintales; lo que luce en mi boina es flor de harina.

–Pues qué, ¿de trajín toa la noche?

–Casi toda; que está el río en estiaje, y hay que aprovechar las horas de menos consumo.

–Pa que ruede la piedra, y con el agua cante el molinero.

–Agua y molinero a la par vivimos.

–Y cantando siempre.

–Siempre no, Angelines; los hombres también lloramos..., y también el agua suele llorar.

Al ventanuco encimero asoma Pedrín, enharinado por el polvillo de la molienda. Mozo guapo y fornido. Pedrín y Angelines se dicen, sin palabras, los buenos días; para ello, les basta imantar recíprocamente la mirada. Y el tío Salus vuelve a su quehacer, pensando: "Ellos creen que ni veo ni oigo, ¡je, je!; y tal vez lleven razón, porque tengo los ojos ya en niebla y el oído colmo de esa monotonía del muele que te molerás; pero, si no veo ni oigo, adivino ¡je, je!, lo que pudiera haber entre una mocita de más de veinte años y mi nieto que tiene veintitrés cumplidos. ¡Con disimulos a mí, ¡je, je!, que echo a moler tanto trigo en la vida...!"

Angelines, dejando el sendero, alcorza a yerbín traviesa; y al mozo, que sigue mirándola, le parece que aquellos pasos ágiles bordan sobre la escarcha flores de luz.

La ermita sólo se abre en domingo y fiestas de guardar. Sin embargo, Angelines hace su recorrido, luego de amanecer, todos los días; cuando no puede entrar, llama con los nudillos en la puerta; en el interior se quiebra el silencio... y la Madre, que preside el altar, lo entiende todo.

Sobre piedras amorenadas de sol y viento, la ermita tiene un embozo de hiedra trepando hacia la espadaña; y, en la espadaña, una campanita vocera que, al voltear, espanta levemente a los pájaros del contorno. Y, cuando es de obligación oír Misa, a la ermita viene a celebrar un fraile joven, de hábito color chocolate y de cara enfermiza. Se sabe que el Padre Luis tiene, para sus pocos años, mucha historia; que, de estudiante, fue a misionar lejos y vivió intrépidamente la emoción de altas conquistas. Pero una enfermedad le atacó, traicionera, en medio de sus crecientes ilusiones de apóstol... y hubo de venir a España, por ca-

minos de obediencia, a reponerse. Este fraile joven suele hablar con Pedrín y con el molinero setentón.

–¡Ay, tío Salus!, qué nombre tan bonito el suyo...

–¿Bonito dice el Padre? –interviene Pedrín–; partido por la mitá, puede que lo sea; pero Salus-tia-no así, entero, de todo tiene...

–No hay nombre que suene mejor ni peor que otro, ¿verdá, Padre?; todo está en cómo se diga.

–Yo siempre digo el suyo como Dios manda, abuelo; así que, por ese lao, bonito será.

–¡Bah!, con nietos como tú ya se puede ser abuelo...

–¡Salus, Salus...! –repite el fraile, mientras se le acentúa una mayor palidez en su cara enfermiza, pero no triste.

II

"Mal de adentro tiene ese mozo, ¡contra!; mal de adentro... Bien lo veo yo: en el quehacer anda menos animoso... y se le fue la canción de los labios..., y no come con el apetito de antes. Está, a todas horas, como repensando. ¿Empezarán a no quererse Pedrín y Angelines?; malo es empezar así..."

Y el tío Salus, a su edad, siente un dolor nuevo en el alma. Hoja madura en el árbol del vivir, cualquier vientecillo, jugueteando, puede arrebatarla; y, antes de que Pedrín se quedara solo, bien quisiera ser el tío Salus abuelo de la mujer de Pedrín... y que esa nieta fuese Angelines.

Angelines pasa madrugadora, como siempre. Claro que el tío Salus no puede ver si los ojos de Angelines dejan traslucir algún desasosiego...; y, hasta hace poco, ¡los ojos del tío Salus perforaban la niebla!

–Algo tienes tú, Pedrín...

–No crea usté, abuelo.

–¿Os queréis menos que antes?

–¡Más que nunca!

–¿Por qué estás, pues, pensativo?

–No es por nada malo.

–Entonces, como las hojas de la chopera, sufres mal de otoño.

...Y Pedrín ha contado al abuelo lo que pasa. El fraile joven es muy misionero; y les ha contagiado a Pedrín y Angelines su manera de pensar y de sentir..., para el bien supremo de conquistar almas. Y Pedrín y Angelines irán, cuando se casen, a misiones. Y como el abuelo hizo heredero a Pedrín con la condición de que éste ocupe, por siempre, el molino...

–Lo hice así, por que le tengo mucha ley a todo esto; y, además, pensando que vivirías mejor asomándote poco al mundo. Y ahora quieres ir al otro lao de los mares... Y... ¿cuándo iréis?; ¿enseguida? Casaos pronto. Y a ver si, antes de que me dejéis, viene a sonreírme un bisnieto. Yo moriré aquí, junto al agua que ríe y llora conmigo; ¡nos entendemos tan bien! Pero ¡claro!, si os entretenéis mucho aquí, a lo mejor se os quita esa intención hermosa que ahora tenéis... Por mí no os volváis atrás; ya iré al asilo...

–No pensamos ir, abuelo, mientras vivas; pero como, al no seguir después en el molino, dejaría de hacer tu voluntad... nombra, para entonces, otro heredero. Yo nunca te engañaré; ni después de tu muerte.

III

Angelines es ya la molinera. Y al rostro acartonado trepan, acariciándole, las manos de un bisnieto. Y otro bisnieto hay en la cuna...

El tío Salus ha rectificado una disposición testamentaria: Cuando él hubiere muerto, vayan a donde fueren Pedrín y su familia, de ellos será el molino; y podrán venderlo, si quieren.

–No tengas prisa por morirte abuelo.

–No tengo prisa, Angelines; estoy muy bien con vosotros.

–Y, cuando a Misiones vayamos, tú irás también.

–¿Después de muerto?

–Después de muerto, sí; irás en Pedrín, que tiene tu cara y tu voz y tu corazón mismo; porque Pedrín se da a su abuelo Salus. Irás con nuestros hijos, que se dan al padre. Irás con tu apellido...

Hay una pausa. La molinera se ha emocionado... y el tío Salus también.

IV

Es otoño y domingo. La piedra del molino descansa y el agua ríe en el cauce. Por entre la niebla rompe un sol apetecible. Después de besar la cruz que preside la sepultura del tío Salus, Pedrín y Angelines fueron, con sus hijos, a otro continente; son allá misioneros. Y otros son, ahora, los amos del molino. La campana de la ermita voltea en su espadaña. ¿Quién celebrará hoy la Misa? Porque el Padre Luis, en vez de curarse, murió hace pocos días...

(*Hogar,* octubre de 1953)

COSAS DE CHICOS

Este chico ha dado el timo, sin pretenderlo; un timo sentimental, que a nadie perjudica. Yo como el trance era duro, me he guardado la risa; pero no he

podido menos de reír por dentro. Porque el hecho, con luto y todo, es bonito de veras. ¿Lo digo? Sí, allá va...

Me callo el nombre del protagonista y, por supuesto, el del lugar de la acción. El escenario es una calle por la que desfila, parsimoniosamente, un cortejo fúnebre. Va todo el pueblo. Murió en su trabajo, de accidente, un obrero ejemplar; y deja un hijo de nueve años... que ya era huérfano de madre. La orfandad pues, tristemente se completa ahora. Tendrá amparo el pequeño gracias a la previsión oficialmente organizada que entre nosotros rige –gloria al Señor en el altar de España–; pero no tendrá hogar que sea del todo suyo...

Cualquiera sabe cómo es un entierro en marco rural: Cruz alzada, que lleva el sacristán. Los chicos de la escuela y muchos hombres en fila. El féretro, que portan amigos del difunto. Detrás, la presidencia, dolorida de algunos familiares. El Párroco, de capa negra. Y, al final, mujeres en grupo y con ganas de cuchicheo... Y no es más el desfile, de casa a la Parroquia. El chico de nueve años, huérfano total, preside el duelo.

Pero no es este niño huérfano, para nuestro caso, el protagonista; el protagonista es...

Hay un rapaz que parece no haberse enterado de la desgracia que lamenta el pueblo entero. Este rapaz se encontraba al margen de la triste comitiva; pero, a última hora, ha formado en ella, poniendo en ella una nota interesante. Yo le he visto, en el portal de su casa, con un pajarillo preso en manos cuidadoras. El pájaro es un gorrión-macho, que lleva en su cuello una pinta oscura de viril veteranía. De vez en cuando forcejea el gorrión levemente, por si algún descuido se diera en el feliz carcelero. Y el carcelero, por guiñar el ojo a uno de los monaguillos que presume de roquete..., no está del todo alerta cuando el gorrión, tras un empelloncito, remóntase de pronto... y al alero vuela repitiendo el "chiau-chiau" de su rescate. El chaval, de nueve años, se queda inmóvil de pena. Lágrimas quieren venir, tumultuosamente, en tributo al desencanto; y vienen... A sus ojos azules, todavía de inefable mirar, asoman dos perlas temblorosamente. Siente ganas de llorar fuerte, fuerte, mientras el gorrión festeja, en el tejadillo, su reconquistada libertad; pero...

Yo, descuidado de lo principal, he visto el episodio. Y veo que, de repente, el lloroso chaval se filtra en la presidencia del duelo. Ya está junto al huérfano, su compañero de escuela y amigo de cualquier hora... y le toma del brazo e intenta contarle... También el huérfano tiene los ojos humedecidos.

Hay un revuelo en el grupo de mujeres, comentando el gesto de solidaridad en el dolor.

–Son de una edad, y parece que se quieren mucho...

–A la vista está.

–Siente la desgracia de su compañero hasta llorar con él; eso es tener buen corazón.

–Y lo ha hecho de por sí.

–Los chicos no saben de cumplimientos...

Y las buenas mujeres se enternecen... y lloran también.

Versículos del Miserere caen, espaciados, sobre el largo cortejo, que avanza lentamente...

El chaval del gorrioncillo advierte luego que se ha metido donde no le correspondía. Instintivamente quiso arropar su pena en el corazón del amigo..., y fue a contarle que se le había escapado la marrullera avecica. Y encontróse conque aquel corazón estaba colmo de otra pena mayor...; pero él sentía principalmente, casi exclusivamente, la suya...; y entre la salmodia del Párroco seguía oyendo el chiau-chiau triunfal del pájaro libre...

Y este chaval se hace a un lado fuera de la presidencia, para rumiar su aflicción. Pero ya había dado, sin embargo, sin saber, la nota sentimental...; y era objeto de elogiosos comentarios.

Varias mujeres le acarician, solícitas, al final; y una le besa estrepitosamente en ambos carrillos. El mocete, extrañado, no sabe nada de nada. Me lo llevo conmigo, como si fuera un admirador más.

–No sabes por qué te mira la gente, ¿verdad?

–No, señor.

–Y... se te voló, de repente, el gorrionazo aquel.

–Sí, señor; allí estará aún, bien contento...

–¿Y tú?

–Yo con una pena...

–Y con un poco de rabia.

–También.

–¿A quién has dicho que se te escapó?

–A nadie; iba a decirle a ese... resulta que... no me fijé.

–A nadie, pues, digas nada; yo te daré mañana otro gorrión. Aunque... ¿para qué lo querías?

–Pa venderlo.

–¿Por cuánto?

–Por una peseta.

–Toma la peseta...; y, si no dices nada, te daré mañana otra. ¿Estamos?

–Sí, señor.

Y el mocete de nueve años se aleja de prisa y canturreando. En sus ojos no hay lágrimas. Y para nada se acuerda –estoy seguro– de su amiguito el huérfano. ¡Cosas de chicos!

(*Hogar,* diciembre de 1953)

EL SEÑOR ANTÓN

El señor Antón camina arrastrando los pies y no puede ya con la más leve cuesta arriba. Antes devoraba kilómetros de monte como guarda y como cazador; era su delicia ir y venir por trochas y alcorces y barrancadas, y érale fastidioso pisar en el asfalto de la carretera. Hoy, en cambio...

El señor Antón no está enfermo, ni lo estuvo nunca; algún catarro, alguna destemplanza, y pare usted de contar. Aún tiene por ingerir el señor Antón su primera tableta de aspirina. Con dos tragos de vino cocido y un par de cataplasmas ha resuelto su medicación a través de ochenta y ocho vueltas al circuito del calendario. Goza aún de excelente salud; pero al señor Antón *no le siguen las piernas.* Esto de la mucha edad –suele decir– es cosa incurable, porque no ha de ir a menos. Y presiente el señor Antón que alma y cuerpo se le van a despedir sin llegar a nonagenario. Por eso está cebando mimosamente el señor Antón un corderuelo de blanca lana rizosa –lo tiene hecho a la mano– que a todas partes le sigue repitiendo sus balidos y agitando un cascabel de limpio sonar.

Singular rareza parece esta ocupación; pero no es caso único, aun cuando tampoco sea frecuente, en mi tierra. Pues, sí; un abuelito que, creyendo ha de morir pronto, pastorea el cordero con que obsequiar, en la mesa, a quienes asistan a su funeral de cuerpo presente. Y si Dios quiere que el señor Antón alcance más larga vida, otro cordero recién desbezado vendría a sustituir, con igual objeto, a éste de ahora, y el señor Antón procuraría igualmente su engorde.

–Alguna vez ha de ser; y nadie mejor que uno mismo conoce cómo se le van las fuerzas...

–Este señor Antón –replica el médico– es tremendo; ha echado cálculos para morirse allá por la otoñada, y es capaz de conseguirlo.

–No lo diga usted en broma. Yo haré todo lo posible por vivir, como es de obligación; pero, así y todo, de *aquello* no he de escapar, y barrunto que a mediaos de septiembre...

–Déjese de cosas que no admiten cálculo. Yo supongo que llegará a centenario.

–No me disgustaría; pero tampoco me importa no pasar de los 88 en que estoy.

Rebrotan las plantas y el aire huele a violetas. Estamos en marzo; luego será San José. A San José le quiere mucho el señor Antón, por ser abogado de la buena muerte... y porque fue siempre, en paz y silencio, muy de su casa y familia. La familia del señor Antón, numerosa, se ha ido ramificando numerosamente. Y ninguno de los suyos pensó en América, pues todos hallaron modo de vivir en lugares cercanos.

Cobra el señor Antón renta de jubilado, además del subsidio de vejez; gana, pues, lo que come. Pero además, tiene aureola de patriarcalidad entre sus hijos y nietos, que lo aman a prueba de cualquier sacrificio y que están, como se dice, mirándole a la boca. Él les educó al abrigo de su amor, a la vez que de su autoridad; y le quieren con toda el alma. Por eso les duele de veras el que *el*

abuelo piense en la *función de enterramiento;* y cuando el animalito de blanca lana sale a ramonear en las marañas a toque de cascabel, cunde en todos el presentimiento de un luto a corto plazo; y se les entristece la vida. Pero el señor Antón suele decirles con dulce serenidad: Si yo no me pongo triste, ¿por qué os ponéis vosotros? Igual habéis de vivir cuando yo falte; porque sabéis manejaros en todo con la intención puesta arriba. La mejor herencia es la Fe, que sólo debe causarnos contento. Hay que tener ánimo. Bien guardaba yo estos montes; mejor me guarda Dios a mí. Y a vosotros os guarda también. De todas formas –ya estáis sabedores– cuando Él nos ponga en la balanza, lo mismo ha de valer la seda que los harapos; sólo pesarán las buenas o malas obras: peso neto. Y a mí me parece que... Tengo confianza y tranquilidad; y pienso en aquel día como si no... Vendrá entonces toda la parentela. Será el entierro... como los demás entierros que hemos conocido. Pondréis comida, porque así es costumbre; ...y yo tengo el gusto de que el cordero asao de la ocasión aquella lo haya cebao yo mismo mientras yo tomaba el sol y entretenía las horas... Se hará un cordero hermoso –8 kilos en limpio–, tierno y de buena riñonada... En el Cementerio habrá una cruz más, y en esta casa uno menos...

También el señor Antón se emociona cuando dice estas cosas; pero es la suya una emoción serena y apacible; ...y aunque le lloran un poco los ojos, le canta el corazón dentro del pecho.

Y no tiene más que contar esta historieta real y un tanto extraña. El corderuelo, que ahora empieza a crecer, apetece la anchura del campo libre, y el señor Antón apetece el sol de marzo, triunfador del invierno. Los dos pasan el día a la vera del monte, a cien metros de la que dicen "casa del guarda". El corderuelo salta, retozando; el señor Antón arrastra penosamente los pies...

Un regatillo salpica espumas al pasar y cuelga música en el aire sereno. Despiertan florecicas entre la hierba retoñada, y en los árboles hay pájaros nuevos. Está llegando la primavera. Y el señor Antón, plácidamente, piensa en el otoño...

Y, desde muy arriba, los ángeles contemplan la bucólica estampa; y el Cielo está festivo porque un mortal sabe dar cara, sin empaque dramático, a la muerte.

(*Hogar,* marzo de 1954)

¿USTÉ NO SABE...?

"¿Usté no sabe el romance
aquel de aquel misionero...?
Su hazaña muy hazañosa,
...aunque muy pobres los versos...
¿Quierusté que se lo diga?;
¡que en la memoria lo llevo!"

... ...

Y el anciano, porque sí,
me iba diciendo, diciendo
las rimas de su invención
en memoria de aquel nieto
que se le fue a misionar
...y se le murió tan lejos.

Y las decía, decía
con gozo y dolor a un tiempo.

(*Hogar,* octubre de 1955)

HECHO UN PANOLI

¿Recuerdas, lector, que en la calle quedamos "la otra vez" a media mañana? En la calle. La calle, si no es de todos, al menos es para todos. Para darle a uno socialmente patente de alta después de una enfermedad, solemos decir: Ya sale de casa, ya anda por la calle.

Por la calle va –marzo transitable... por ahora– el carbonero. Ennegrecido de cara y manos y vestimenta. Un carbonero bastante joven y –cosa extraña para mí– de pelo rubio. Yo había visto carboneros de ciudad, es decir, repartidores de sacos de carbón, con pelo negro, espesado del negro polvillo; también he solido verlos de pelo en avanzado encanecer, descarbonándose. En cambio no recuerdo haber visto –como tampoco gitano con gafas– un carbonero calvo; a menos que no haya sabido fijarme yo en su calva o ésta fuese laboralmente disimulada por el "pegamento" propio del oficio. Los dientes blancos, blanquísimos, del carbonero, como los de cualquier senegalés, son una realidad y, a la vez, un tópico. Pero eso del pelo rubio, con un rizo al desgaire sobre la frente abrillantada de sudor, se me hace raro, ¡vaya usted a saber por qué!, en un carbonero.

Me parece que este negocio del carbón vegetal irá decayendo. El de minas se impone también para usos domésticos y, poco a poco, irán cundiendo las cocinas eléctricas. Y hace bastantes años que no se emplean aquellas planchas llamadas de vapor, con chimenea.

Fue siempre oficio humilde éste de carbonero a domicilio; y siempre nos lo imaginamos escalera arriba, con el saco a cuestas, hasta los pisos altos. Su clientela no suele vivir en casas con ascensor, ni el ascensor admitiría un saco de carbón por cargamento. ¡A subir, pues, carbonero!, cansinamente hasta el tercero o cuarto o quinto a lo sumo; ya que en la parte vieja de la ciudad no suelen ser más los pisos, puede haber sí, por añadidura, una buhardilla de teja vana, cuyo inquilino compra leña y carbón muy por la menuda y sin que se lo pongan al pie de la carbonera.

Se ha calado un saco vacío a modo de caperuza, para evitar un contacto más directo con el tizne, y allá va, allá debe subir el carbonero con su mercancía, a llevársela al cliente... Y abajo queda, esperándole, el dócil borriquillo en varas de un carro como de juguete; un carrito acarbonado por todas partes, en el que dos sacos de carbón constituyen ahora el peso neto. Con otros dos se llegará a formar carga completa. El borriquillo no es de orejas lacias; las yergue y enfila hacia adelante con aire vivaz. Los atalajes que lleva como bestia de tiro están bien domados y le caen bien; sobre todo una collera de cascabeles inquietos y, por ende, sonadores. Limpiamente esquilado el borriquillo y sin esa pelambre lanuda en la panza, que es señal de abandono o vejez. En fin, un asno muy compuestito en todos sus detalles –tordillo de pelo– consciente, al parecer, de su misión al servicio del transporte.

Este pulcro ejemplar de la nunca bien ponderada raza asnal se llamará Perico o Lucero; así suelen llamarse casi todos los borricos que tienen nombre propio. Desde luego, éste del carbonero atiende por Perico o por Lucero o por lo que sea; atiende por algo. Porque una niña rubia le está hablando de modo consabido, y él mira coquetamente hacia la niña, y golpea la pata contra el suelo y mueve la cabeza y hace sonar de intento los cascabeles... ¿Quién será esa niña rubia, de sonrisa fácil, limpia y repeinada, hecha un rollo de oro? Yo capto la escena, de matiz casi circense, y gozo contemplándola... Un guardia municipal –el guardia cumplidor de su deber no puede faltar en el momento crítico– hace ademán de acercarse a la niña y llamarle sin duda la atención; pero pronto adivina el guardia que el borriquillo y la niña se conocen de antes y que, por tanto, el "diálogo" no es una travesura. Al mismo tiempo, la niña no se asusta del guardia, y ello indica que el borriquillo es, en efecto, "suyo".

No cabe duda; son padre e hija. Ésta da una palmada en el anca lustrosa al borrico, arreándole para que siga. Y echa un beso a su padre, con la punta de los dedos. Su padre le sonríe ampliamente, haciendo destacar lo blanco de los ojos y lo blanco de los dientes, con más acentuada expresividad que el Rey Baltasar cuando festeja a los niños por la Epifanía...

Y van cada cual por su lado; el padre ganando el pan, la niña –el jueves por la tarde– a un quehacer cualquiera. Ambos se vuelven para agitar la mano en un nuevo saludo. De no haber estado el padre de faena, el encuentro hubiese sido aún más expresivo.

Y a mí me parece que un enjambre de ángeles juguetones acarician y besan a porfía el rostro tiznado del carbonero. Éste se acomoda, colgando las piernas, en la parte delantera del diminuto carro, y estimula al borrico que empieza a trotar, dando al aire de la calle alegría cascabelera.

Yo me quedo un poco embobado contemplándolo todo; hasta que mi mirada se enfrenta, sin querer, con la del guardia que parece decirme: ¿qué hace usted ahí, hecho un "panoli"?

...Y tú, lector, estabas conmigo ¿no es así?, aunque el guardia no haya sabido verte...

(*Hogar,* marzo de 1957)

VIOLETAS EN FEBRERO

He visto –y es febrero–,
he visto una violeta;
oculto su color nada ostentoso
entre unos guíos de incipiente yerba...
–¿Por qué vienes tan pronto?, –le pregunto;
y ella, en voz sin palabras, me contesta:
–Para que haya en invierno algún atisbo
de suave primavera...

... ...

Entre los hielos crudos de la vida,
que el breve asomo de mi vida sea,
sencillamente, recatadamente,
un algo de violeta...

(*Hogar,* marzo de 1957)

Entre las revistas regionales beneficiadas con su colaboración figuran "Pregón", "La Verdad", "Oye" (órgano de la juventud de A. C.) y "Vida Vasca" publicación anual, dirigida por su propietario Ramón González Fernández y fundada en Vitoria en 1924. En ella colaboró Mugueta en las décadas treinta y cuarenta, con artículos como éstos:

EN LA VENDIMIA

Mes de octubre, seco y retostado. Brinda la vid su fruto ya en sazón. Por las derechas filas del viñedo buscan, con avidez, manos cosechadoras. En la añada heroica, manos femeninas; porque las manos fuertes de los mozos siguen cosidas, como garfios de hierro, al fusil en la guerra de la autoconquista española. Y una mano sarmentosa de viejo labrador, dirige el tajo. Vendimia. Desde que sorbe el día la escarcha mañanera, hasta que el día siente nostalgia de morir. Aún conserva el calor brios estivales. Llevan las mujeres pañuelos de tres puntas, que les sombrea el rostro. Y no es raro que el hombre sustituya la boina típica por un sombrero flácido, de vuelo generoso, que soslaye la derechura persistente del sol. A media mañana y a media tarde, se reparan fuerzas. Pero es al mediodía cuando, rezado el Ángelus, despierta plenamente el apetito. La anchura del campo y el trajín de la jornada convidan a vaciar la modesta cestilla que portan, humeante de guiso casero, manos infantiles. Y ronda la bota que apura, nervioso el buen bebedor. El trago es largo y sostenido...; ¡como está ya camino de la bodega la nueva cosecha...!

¡Con qué agilidad la troupe vendimiadora arrebata a la cepa leñosa su tesoro! Racimos opulentos caen en pequeños esportillos de avellano que luego, a

hombros de humano transportador, entregan su carga a la comporta cónica; y ésta, contoneándose en rústico carro, la llevará al lagar hondo, sombrío, oloroso de antiguas fermentaciones.

La vendimia es, en cuatro pinceladas: despojo de la viña, casi siempre ubérrima. Hojas dentadas y amarillentas que alfombran el suelo, tierno laboreo. Sarmientos nudosos que se incorporan lentamente, aliviado el peso que rendía su flexibilidad. Uva encendida azucarada, que reventará en vino. El carro que ahonda estrías, trasladando el rico fruto de la viña a la bodega. Un grupo campesino que, anochecido, canta su retorno al pueblo, llevando los dedos impregnados de dulzor y el paso cansino y el ánimo alegre. Porque la tarea de vendimiar, fatigosa y todo, se hace con rara ilusión. Por prisa cosechadora, y por descuido, o por cierto sentido benéfico, siempre quedan entre la frondosidad del emparrado algunos "chirdiles", que serán premio de la rebusca. Costumbre ésta antiquísima –a semejanza del espigueo– en favor del huérfano y la viuda pobres.

Después..., ya no es vendimia sino elaboración. Trenzan los pies estrujadores su danza machacona sobre el racimo-víctima. Crujen las presas, apurando hasta el último residuo exprimible. Hierve el lago y se hincha en vapores densos, mareantes. Las cubas golosas, ventrudas, en hilera interminable bajo naves sombrías, sudorosas de humedad, vestidas con girones de telarañas. Y el vino que, silenciosamente, empieza a envejecer, para cobrar vigor envejeciendo...

La vendimia aparece profusamente escenificada en la mitología, en la historia, en el arte. Y entraña gran variedad folklórica en cada época y país. Son viejos testimonios los sepulcros egipcios y el teatro griego y las fiestas romanas. Baco y su cortejo enardecido, con guirnaldas de pámpanos, en relieves, comedias y bailes. Curiosísima es aquella leyenda que dice cómo este dios mitológico guardó el primer retoño de vid en un hueso de ave y, al rebosar la planta su recinto, hubo de utilizar un hueso de león y, por igual motivo, después un hueso de asno. Siempre en crecimiento el tallo, y no pudiendo desasirlo de su triple cascarón, plantólo todo en el campo y, hecho un arbusto, fructificó espléndidamente. De ahí hace derivar la leyenda que el vino transmite, sucesivamente, a quien lo bebe las propiedades de dichos tres animales. Bebiendo con moderación, el hombre aparece alegre, como el pájaro de mayo; si apura un poco más de la cuenta, fuerte como un león; si se embriaga cabeceante y excéntrico, como un asno. Pintores famosos han prestigiado el tema de la vendimia y el del buen catar. Tiziano, Rubens, Jordaens, Gozzoli, Velázquez, Goya, Viniegra. Y los eruditos cantores de sus excelencias, desde Anacreonte a nuestros días, forman un desfile multitudinario a través del tiempo. Y los ditirambos y piropos inéditos que el vino ha puesto en boca de reyes y vasallos, de millonarios y mendigos, comprenderán las tres cuartas partes de chistes, agudezas y palabrería que, más o menos ingeniosamente, produjo en ratos libres la Humanidad. Matices costumbristas y nombres de comarcas y pueblos son heraldo de sus vinos; o éstos pregón de aquéllos; danzas de Vevey, Champaña, Jerez, Rioja. En Navarra, con modesta ufanía, tenemos desde el agraz chacolí de los montes de Ezcaba, hasta

el vinazo hercúleo de la extrema Ribera. Y, centrado en Corella la bella –¿cómo olvidarlo?– un rayito de sol que nos alumbra...

La verdadera exaltación de la vid, de la uva y del vino no está en las antiguas bacanales, ni en la prosaica borrachera. Tampoco en la discreta alegría de un beber prudencial, ni siquiera en los motivos artísticos que a su alrededor han sabido tejer grandes artistas. Hay producciones profanas –pictóricas, literarias, etc.– de indiscutible mérito; pero es el Cristianismo –verdadero instaurador y restaurador de la vida– quien atesora también en este punto lo mejor de la frase y del concepto; es decir, la más alta literatura y la más hermosa realidad.

Después del Diluvio –agua más agua– Noé libó del espíritu de la vid, ignorando sus efectos; y fue aprehendido, en desnudez, por un sueño letárgico. Cam se burló de él, mientras Sem y Jafet, caminando de espaldas, le cubrieron con un manto. Contraste en la conducta de los hijos. Lección de cariño reverencial que merece el padre. Cuando éste despierta, maldice al primero y bendice a los otros dos.

El primer milagro público de Cristo fue convertir el agua en vino en las bodas de Caná y el paladar de los invitados gustó la autenticidad de esa milagrosa elaboración. Y comentaron largamente la agradable sorpresa, finalizando el convite. En la última Cena, Jesús vació su corazón en confidencias y, mediada la plática, dijo a los Apóstoles: "Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. No tendréis vida en vosotros si no estáis unidos a mí". Labios infalibles sellaban el alcance de esta alegórica afirmación. Y, antes de ir al Padre, quedóse con los hombres hasta el fin de los siglos bajo las especies del pan y del vino... desde entonces todas las horas de todos los días oyen de labios sacerdotales la fórmula adorable de transustanciación; y, al conjuro de esas palabras de eficacia infinita, lo que es sustancia o naturaleza del vino tórnase, sin destruir los accidentes, en la sangre viva del Cordero cuyo sacrificio borra los pecados del mundo. Y a diario revive en las almas este anhelo místico, que es consigna de amor ciñendo el orbe: ¡Sangre de Cristo, embriágame!

¡Cuán pobres las pinturas, relieves y versos paganos; cuán intrascendente la profana literatura, junto al rito y la verdad sacramentales del Catolicismo!

(*Vida Vasca,* 1939)

FERIAS COMARCALES

Es de lo más curioso un día de feria comarcal. Desde muy temprano van llegando carretas y ganados, ganados y carretas. Por todos los caminos, a buen paso, afluyen gentes de los pueblos vecinos. Grandes autobuses, en viaje especial, traen grupos de compradores y curiosos.

El ferial se anima desde primera hora. Cada vendedor elige sitio... y espera. El que haya de comprar da primero una vuelta a ver cómo se presenta aquello. Son momentos preliminares, de mutua observación y tanteo. Al fin y al cabo, el trato –antítesis de precio fijo– ha de tramitarse luchando sutilmente, con nimia perseverancia, hasta la terquedad, cada cual en sus trece. Después, poco a poco, se irán "acercando" –el comprador por más, el vendedor por menos– al importe justo de la transacción. De todas formas, la compra-venta ha de ser a fuerza de saliva, tiempo y aguante. Jamás se entienden los transaccionistas a la primera ni a la segunda ni a la de diez.

–¿Cuánto esta novilla?

–Tanto.

–¡No pida la luna, hombre!

–¿Cuánto manda Vd.?

–Tanto.

–¡No haga Vd. desprecios, amigo!

Y no hablan más de momento. El uno queda junto a la res, el otro sigue su andanza. Al cabo de un rato, continúan las negociaciones:

–Bueno, ¿cuánto rebaja Vd.?

–Y usted, ¿cuánto sube?

–Yo no doy un real más.

–Yo no rebajo un céntimo.

–Pues, entonces...

–Usted con su dinero y yo con la novilla.

–Por eso... ¡tan amigos!

–¡Ah, sí, sí! Cada cual ha de ver...

–Desde luego.

Y se despiden. A poco, el tercer "rund":

–¡Que pide Vd. una barbaridad!

–¡Que manda Vd. una "frutesa"!

–Así no nos vamos a arreglar.

–Será la culpa de Vd.

–Te doy "tanto" por la novilla, y con eso está pagado hasta el último pelo.

–Mírele Vd. bien y verá que no está calva.

–¡Ni que fuese de oro el animalito!

–"Pa" regalar, cuando quiera hay tiempo.

Avanza la mañana. Son las once del sol. El comprador quiere comprar y el vendedor quiere vender. Y otra vez se "traban" en vivo diálogo:

–Le advierto que no tengo mayor interés en llevarme la novilla.

–Pues a mí me da igual no "quitarla".

–Entonces, ¿por qué la trae Vd. a la feria?

–Por... si surte. A buen vender, la camisa.

–Pero todo lo caro sobra, amigo.

–Ya hay cosas caras que no se encuentran.

–¡Vaya! Hablemos de veras. Le doy a Vd. tanto...

–Menos que en tanto no la dejo.
–...Y, encima le convido a comer.
–No me resulta; que ando mal del estómago.
–Pues le pago ocho días de farmacia.
–Bueno, la última palabra. En tanto, la novilla es suya.
–No hemos dicho nada.
–Pues yo he dicho todo lo que tengo que decir.
–No echará Vd. a perder la casa.
–¡Bah! ya sabe Vd. defender la peseta.

Al fin cuaja el trato. Registro veterinario, guía de circulación, entrega del dinero... Y a comer juntos. ¡Buena comida! Ya no es hora de regatear.

Una vez "cerrado" el trato, ése se respeta con toda escrupulosidad. Nadie se vuelve atrás, aun cuando advierta, después, que no ha hecho tan bueno como creía o que pudiera hacer mejor negocio. El trato es trato: sostienen siempre, aunque les cueste perder. Es un detalle de la honradez de nuestras gentes.

Alguna vez, a raíz de la feria, se ha llegado al crimen para robar. Pero tal hecho no pertenece ya al vicvac colorista de la feria. Hay otros nada siniestros y sí muy graciosos.

Tenía un buen hombre, entre sus ganados de labor, una yegua veterana que había dado hasta diez y seis potros al acervo caballar. Había sido siempre un hermoso animal, dócil, manejable, como no habría tal en la comarca. El propietario, con legítimo orgullo, solía decir: esta yegua, menos hablar, sabe de todo. Alternando cría y laboreo y adelante el calendario, la yegua era muy vieja al cumplir los veintiuno. Los dientes extremadamente largos, poco vivas las pequeñas orejas, muy hondos los hoyuelos encima de los ojos. Torpe para andar, distraída a las voces del arriero. Comía con dificultad y a fuerza de lamer una bola de sal en el pesebre. Hasta había olvidado el relincho, otrora vibrante. Era algo tradicional en la vida de su especie, pero casi inservible. ¿Qué hacemos con esta yegua? –decíase el amo–. Me da pena verla morir y me da pena matarla, y me dolería venderla a los gitanos.

En el pueblo solía haber ferias por San Martín. Pero, ¿quién tenía cara para sacar "aquello" a la venta?

Y he aquí que el día de la feria, llevaba el mocete de casa a abrevar los ganados, cuando un labrador del pueblo inmediato se fijó en el flaco animal.

–¿De quién es esa yegua?
–Nuestra.
–¿No querrías venderla?
–¿Venderla? El padre sabrá.
–¿Y dónde está tu padre?
–Por ahí anda, viendo el ferial.

Y Juan el de Apezarrena y Rufino el de Ezcurra se encontraron a poco; y aquél compró a éste la yegua sin apenas regatear (eran buenos amigos), por veinticinco duros. Sembrando, el día anterior, un peón había clavado la reja en el casco de uno de los bueyes, y no le quedaba a Juan otro remedio que emparejar su caballería para terminar la siembra. A propósito: era la yegua de Rufino. Después de terminar el quehacer, aún valdría para que "Chopera" la utilizase en la plaza de toros.

Rufino fue a casa y contó a su mujer lo sucedido. Ésta puso el grito en el cielo. ¡Que no y que no! Que la yegua tenía que morir en la cuadra donde había vivido. El marido volvió de su acuerdo, y se apresuró a comunicar a su amigo el disgusto conyugal. Juan, poniéndose serio, exclamó: pues mira, el trato es trato; no te puedes volver.

–Pero, repara en que voy a estar de "no" con Cecilia. Y, además, ahora me entra a mí también la cariñada por la yegua. Si sé, no te la vendo, ¡palabra!

–Si tanto te pena, te la vuelvo a vender... y en paz.

–Entonces, deshacemos el trato.

–¡No, hombre, no! Me das treinta duros, y tuya es la yegua.

–¿A eso te vas a poner, entre nosotros?

–Ya te has puesto tú...

–Pues... igual, te doy los treinta duros. Pero que no se entere mi mujer.

–Descuida.

–Tú ya has "sacao" el jornal.

–Si con cinco duros haría la siembra...

El de Ezcurra entregó al de Apezarrena ciento cincuenta pesetas, quedando la yegua en poder del primero. Fueron a "echar medio" juntos, y Juan aprovechó una distracción de su amigo para "filtrarle" en el bolsillo de la chaqueta un billete de veinticinco. Él no sabía hacer una mala partida.

Cecilia encontró casualmente los cinco duros al "recoger la ropa" de su marido. Le preguntó sobre aquel dinero... y entonces adivinó Rufino la ocurrencia de Juan. Y explicó todo a su mujer, sumisamente.

Al tratante más "plantao" de la feria le faltó un día el perro que siempre llevaba consigo. Un perro lobo hermoso. Se empeñó en dar con él, sin conseguirlo. Pasaron dos semanas, y el tratante volvió de nuevo al mercado. Alguien le apuntó la sospecha de que su perro lobo pudiera haber sido "devorado" por un grupo de jóvenes rondadores, de excelente apetito y buen estómago. Cursó entonces el tratante la denuncia a la Guardia Civil, cuyas pesquisas dieron por resultado el hallazgo de doscientas treinta y siete pieles de perro, sin que entre ellas figurase la del perro que se buscaba.

Eran de nuestra montaña los que jugaron una broma inocente en la Ciudad del Pilar, hace ya muchos años. Porque hoy son (todavía viven) ochentones, y entonces servían como reclutas. Vestidos de paisano "cayeron" en el ferial del ganado; echaron el ojo a la mejor jaca que había en venta, y simularon comprarla. No reunían entre los tres, en aquella ocasión, más de medio duro. Dos entraron en negociaciones con el vendedor; y tira y afloja y regatea y vuelve a regatear, se cerró el trato en ochenta duros. Los compradores tenían derecho a elegir veterinario para el registro que garantizase sanitariamente la buena calidad del animal. Y de veterinario hacía el otro compañero de "mili", igualmente camuflado. Con mucha habilidad, éste fue señalando faltas imaginarias a la preciosa jaca. Cada falta valorábase en dinero a restar del precio convenido. Y el improvisado veterinario resumió el caso con estas palabras: si a ustedes los compradores les interesa el animal con los defectos apuntados y el vendedor se aviene a mi criterio, opino que del ajuste (que no sé en cuánto será) debe rebajarse la cantidad de setenta duros. Y como el trato habíase cerrado en ochenta; eran diez duros los que había que pagar por la jaca en cuestión. El trato, naturalmente, se deshizo. Era lo que convenía al vendedor y lo que buscaban los compradores.

La feria comarcal seguirá celebrándose, aunque el mundo deje de girar sobre su eje. Por nada ni por nadie renunciarían los "feriantes" de nuestras aldeas a la consabida jornada de vacación agrícola. No esperan con más ilusión los chicos de la escuela la tarde del jueves o los oficinistas el sábado inglés.

(*Vida Vasca,* 1944)

LA ISLA DE LA FANTASÍA
(Cuento)

Pachín es mocito. Va al colegio. Y pasa el resto del día en el jardín, al lado de su mamá. Es un jardín con frutales jóvenes y unas pocas flores sin mimar. La mamá de Pachín está triste. En medio del jardín nace una fuente, y ¿quién sabe si llora o canta?

Hoy han venido dos golondrinas. Son las dos iguales y las dos inquietas. Juegan a volar, y no se fatigan.

–¿Qué hacen las golondrinas, mamá?

–Vivir juntas. A donde una va, le sigue la otra.

–Entonces, tú y yo somos dos golondrinas...

La mamá de Pachín se ha puesto triste.

Pachín duerme en una camita blanca y azul. Como hace buen tiempo, la ventana quédase entreabierta. Y, con el primer rayo del sol, entran, madrugadoras, las dos golondrinas que rondan el alero. Y, después de muchos virajes sobre la cabecita de Pachín, que duerme, las dos le dicen cosas al oído. Le hablan de viajes por el ancho cielo para trasladarse a otros países.

–¿Cuánto tiempo cuesta ir allá?

–Se llega volando.

–¿Me llevaréis?

–Somos pequeñitas; pero vendrán, si quieres, dos cisnes amigos, y en sus alas grandes te remontarán.

–¿Los cisnes son buenos?

–Son del todo blancos.

–Pues... ¡que vengan, que vengan!

Los cisnes llevaron a Pachín por cielos y mares y tierras de ensueño. Porque los cisnes vuelan en el aire y bogan en el agua y saben posarse en el suelo. Pachín sentía cada vez más fuerte el ímpetu gozoso de querer subir. Siempre el afán más alto que el vuelo. Todas las nubes se disolvían, reverenciosas, homenajeando al viajero infantil. A su lado apareció un angelito rubio.

–¡Oh! ¿Quién eres tú?

–Yo soy el que te aguarda.

–¿Sabes a dónde vamos?

–A donde yo quiero.

–Subiremos más...

–¿Quieres subir mucho?

–Hasta más allá de las estrellas.

–De allí no se vuelve.

–¿Y allí se está bien?

–Mejor que en ningún otro sitio...

Abajo, un mar inmenso sonreía espumas.

–¿Te gusta el mar?

–Mucho.

–Bajaremos un momento a jugar con las olas. El mar se parece a los chicos: no sabe estar quieto.

Y bajaron. Los cisnes hacían de barquilla; Pachín era el piloto. El ángel resbalaba sobre las olas sin mojarse, y era precioso, más que la aurora, y ágil como los pececillos.

La espuma era traviesa. Una música recia y solemne rodaba en lo profundo. Los cisnes mirábanse al espejo, y sus cuellos curvados parecían puentes de juguete. Un pez gordo asomó su cabeza calva y alargada, con ojos abobados que no saben mirar. Hizo con la cola una graciosa rúbrica al despedirse.

–¿Los peces grandes se comen a los chicos? –preguntó Pachín con alguna zozobra.

El ángel sonrió divinamente.

A lo lejos flotaba una isla verde con retazos de sol. Los blancos portadores de Pachín volaron a posarse en ella. Mientras los cisnes peinaban, descansando, su plumaje, el ángel y Pachín recorrieron a pie aquellos contornos. Flores y hierba rasa. Ni un cardo, ni una espina. Arbustos derechos y bien podados. La luz y el color jugando a quererse entre jardines.

–¡Qué bien se está aquí!

–Esto es la paz en la belleza.

Y fueron adelante. Un bosque cerrado, oliendo a frescor. Árboles gigantes: altos y copudos. Parecía imposible que allí pudiese penetrar el día. Era imponente aquella soledad.

–¿Es un bosque encantado?

–Un bosque encantador.

–¿Y no hay fieras?

–Ni reptiles; ni crujir de ramas secas...

–¡Qué bien se está aquí!

–Esto es la paz en el silencio.

En un claro del bosque, un árbol solo. Todas las aves habían puesto en él su nido. Eran miles y miles de cunitas de musgo. En cada nido un pájaro empollando los huevos; su pareja, alerta, en la rama cercana. El pájaro del nido quietecito y mudo; el de la rama cantando a más y mejor.

–Se espantarán al vernos.

–Los pájaros de aquí no son asustadizos.

–Voy a cogerlos, a acariciarlos...

–Déjalos ahora; es muy respetable la paz en el amor.

Más adelante, entre dos colinas, bajaba un regato fresco y saltarín.

–¿Sabes, Pachín, a dónde va el regato por un camino de guijarros limpios?

–El agua dulce va a la mar salada.

–Y, al pasar, alegra el aire y retrata las nubes y da de beber al sediento.

–Me gusta el arroyuelo, porque está siempre saltando.

–Es la paz en la inquietud.

Avistaron luego una llanada fértil. Trigales con amapolas, viñedos en fila, huertas y frutales. Parcelas de tierra parda. Y había campesinos trabajando; campesinos amorenados de sol y viento, fornidos y animosos. Sudor gozoso en la frente y prontos los brazos para la tarea. Yuntas de pelo lustroso, y unos perros dóciles. En las alforjas, pan flojo y buen vino.

–He aquí –dijo el ángel– la paz en el trabajo.

Y al pie de una montaña, el pueblo de labriegos con calles en cuesta. Pinceladas de humo sobre los tejados. Gritos de alegre chiquillería. Algunas abueli-

tas tomando el sol. Un poco aparte y a más altura, la iglesita rural, con pórtico de piedras labradas y dos campanas en el campanario. En todas las viviendas, limpio el zaguán y fuego vivo en la cocina. Sobre la mesa, blancos manteles. Doncellas de honesto mirar bordando pañuelos en la solanilla del carasol.

–¡Qué bien vivirán aquí!

–Ésta es la paz del hogar.

Atardecía. Un ancianito ciego, sentado en el poyo de la puerta; y, a su lado, un niño con ojos de lince y cara de inocencia.

–Abuelo y nieto –explicó el ángel–. Una vida que se rinde y otra que puja.

–No serán felices...

–¿Por qué, Pachín?

Sonaron las campanadas del atardecer. El ancianito se alzó del asiento, trabajosamente; descubrióse temblando y empezó a rezar en voz alta. El niño rezaba con él.

–Mira, Pachín –recalcó el ángel–; esto es la paz en la conciencia.

Pachín estaba loco de alegría.

–Nos quedaremos aquí –dijo al ángel–, y yo seré el que mande en toda la isla.

No bien pronunció estas palabras, el paisaje tornóse de repente hosco y tristón, y hubo como un temblor de rebeldía en aquel ambiente pacífico. Y en el vértice del cielo y en las entrañas de la tierra y en todo el círculo del horizonte cundía un recio clamor, repitiendo en sonsonete, como los chicos cuando vocean la lección del colegio:

A la soberbia y a la ambición
no des cabida en tu corazón.

Pachín, asustado preguntó al ángel qué era aquello. El ángel contestó:

–Es... lo contrario de la paz.

–Y lo que no es paz ¿cómo se llama?

–No puedo pronunciar la palabra que tú quieres saber –replicó el ángel.

Y desapareció.

Pachín rompió a llorar con todas sus fuerzas. Un beso de su mamá recogía su llanto infantil en la camita blanca y azul.

–¿Por qué lloras? ¿Qué soñabas, hijito del alma?

–¡Oye, mamá! Lo que no es la paz, ¿cómo se llama?

–Guerra.

–Y... ¿cómo es la guerra?

–Muy mala, hijo mío...
–Pues... ¿qué ha hecho la guerra?
–... Nos ha robado a papá...

(*Vida Vasca,* 1947)

La revista "Pregón" ha sido siempre, en sus dos etapas, una revista de prestigio radicada en Pamplona. En ella no podía faltar la firma de Mugueta, como ya se ha dicho. Recogemos aquí, seleccionados, cinco artículos, empezando por el que se publicó en el número inaugural:

FIESTA EN LA CIUDAD

Siega y trilla son los quehaceres agrícolas que más prisa imponen. Y la familia de labradores se aplica a trabajar en los críticos días desde antes de amanecer hasta que el sol se haya puesto. Larga y dura jornada, vivida con ilusión, pensando en colmar el granero. Este "apuro" en las faenas del campo afecta a los pueblos de la cuenca precisamente cuando la capital hierve en trajín festero. Y es no pequeña contrariedad tal coincidencia.

Hay ocasiones en que, aun siendo laborioso no se hace uno al trabajo. Así en nuestros pueblos, el siete de julio. No es holganza; es... tradición. Siempre se fue a Pamplona por Sanfermines...

Advierte el padre, sobriamente, que la recolección no admite espera. Los hijos, dóciles, muy de casa, guardan significativo silencio. La madre desenvuelve, una vez y otra vez, esta idea: "más vale pagar el seguro recogiendo con bien, que cobrar los daños de una pedregada". La mocita repite alentadoramente: ¿una mala nube? ¡Malo ha de ser!

Y este nudo gordiano de apreciaciones diversas se afloja y desata cuando alguien muestra el adagio: "hay más días que longanizas". Al que pone rúbrica adecuada este otro, no menos sabido: "a fin de año... San Silvestre".

La mañana es de un frescor gozoso. Huele a hierba seca y a bienestar. Da gusto caminar con alpargatas nuevas, camino de Pamplona. Y el deseo de llegar, contra lo que suele ocurrir, parece que acorta la caminata. Todas las carreteras que llevan a la ciudad en fiestas están moteadas de grupos que avanzan ágiles y

bulliciosos. Y, al punto de amanecer, un comento de risas se impone al canto de los pájaros...

Desde muy temprano, el pueblo está vacío. Apenas quedan cuatro abuelitas, no todos los niños de pecho y alguna familia con luto reciente. Y el Sr. Cura; que allá se las verá para encontrar hoy monaguillo que le ayude a Misa.

Fuéronse todos al Encierro, espectáculo impar que gana a las muchedumbres. No hay resorte de movilización comparable a éste. Puede más que el disfrute de buen sueño; se impone al cansancio y a la distancia.

Cuando porfían a lo largo de la calle, valentía y coraje, las gentes se asoman con avidez irreprimible, a la emoción contagiosa, electrizante, de un momento fugaz. Algo tiene el Encierro, intenso y breve; algo que se vive con alegre temor y que la pluma no aprendió a describir.

"Por aquí hemos venido, a dar una vuelta": es frase que se estila entre los de la cuenca, como para justificar su estancia en Pamplona (o en cualquier otro sitio) sin objeto determinado; cuando se va a ver qué pasa, en plan de gastar el tiempo... y la paga.

Una vuelta de sport en la parva marcante del vivir. Discurre y se afana la Comisión de Festejos, un grupo de gentes nómadas levanta sus tinglados en el Real de la Feria, afluyen forasteros de toda España, las figuras taurinas figuran jugarse la vida en cada suerte, hay música y ruido y trasnocheo, gigantes de cartón y mozos infatigables; y todo ¡todo! para majar la mies de unas horas menos violentamente que de ordinario. Somos mendigos de un poco de alegría y tendemos la mano muchas veces sin saber hacia qué. "Por aquí hemos venido..."

Vuélvense a la aldea, más desperdigados, sus moradores. Van llegando con acervo de impresiones y no sin fatiga. ¿Por qué, a la postre, la diversión pesa más que el trabajo? Quizás el mejor día es un día cualquiera.

Todos tienen algo que comentar. Pero el comentario general viene a ser éste, irónico y resentido: no se conoce que los tiempos son malos. La gente se queja de que no puede vivir; pero, a la hora de gastar, "no hay guerra que valga". Esto se dice; y nadie, al decirlo, advierte que él ha sido y está dispuesto a ser un sumando de la gran suma de "meceteros" en San Fermín.

–¿A que no te acordaste de una cosa? –pregunta la madre al hijo que ha llegado a casa un poco tarde, puesto que salió de Pamplona, en bicicleta sin farol, después de los fuegos.

–¿De qué?

–De visitar a San Fermín en San Lorenzo.

–Pues... es verdad, madre, ¿quiere Vd. que vuelva ahora mismo?

La yunta sin yugo, suelta y en descanso. El carro sin yunta, como en abandono. Los haces de trigo esperan alineados en el rastrojo. Y está vacía la era.

¡Ea, labrador!

Todo se hará. El próximo domingo, último día del encierro, los mozos se escaparán de nuevo, con permiso del padre. Y el padre irá, además, otro día a ver el ferial del ganado.

No es holganza; es... tradición. Siempre fue así en Sanfermines.

(*Pregón,* n.º 0, julio de 1943)

UN PUENTE EN EL CAMINO DE SANTIAGO

Es el Ulzama un río saltarín, de corta vida. Nace en el Pirineo navarro, y pierde el nombre sin llegar a Pamplona. Un río que vive y muere en hervorosa juventud, salpicando espumas. Y el paso más antiguo sobre ese río es el llamado puente de la Trinidad. Tiene seis ojos y más de siete siglos de existencia; y le pesa la edad, y está el viejo puente que se desmorona. Porque el agua inquieta le ha comido a besos la consistencia de sus recios bastiones. ¿Que mucho que la corriente –pasa pasando– arranque, poco a poco, sillares reblandecidos? ¿No se desgasta, en Zaragoza, la dureza marmórea del Pilar a fuerza de ósculos amorosos? ¿Y no están pulidas por riadas de peregrinos las piedras del camino de Santiago?

...Y a esto íbamos: a decir que el puente de la Trinidad sobre el río Ulzama fue, en tiempos de epopeya y de romance, un trozo de ruta jacobea. Por aquí pasaron, en oleadas, quién sabe cuántos devotos del Apóstol. Previendo el milagro, iban hacia la extrema lejanía del finis terrae; y, ya beneficiarios del favor divino, retornaban a su patria respectiva. Romeros de ida y vuelta, cansino el andar, a grandes zancadas, con una calabaza en el bordón y conchas en la esclavina del sayal pardusco. Pasaban cantando el *Ultreya*, letanía de prodigios obrados por el Hijo del Trueno. En esta encomienda de la Trinidad, feudo de Roncesva-

lles, hacían alto para descansar y limpiarse el barro y el polvo y el sudor. Esperábales aquí gratuita hospitalidad, con mesa bien provista y almohada blanda y fogata central en la enorme cocina. Alrededor de la lumbre contaban los viandantes historias de miedo: asaltos de ladrones y acometidas de lobos; y rezaban en común para mejor templar su fervor religioso, y aprendían de memoria la canción de Roland, envidiando a Bernardo del Carpio.

En aquellos numerosísimos desfiles de toda Europa no sería fácil destacar de la masa anónima el gran personaje. La peregrinación a Compostela, por no ser turismo espectacular sino acendramiento de Fe, acentuaba el igualitarismo cristiano. Todos unos en Cristo y en la urgencia de acudir al sepulcro del primer Apóstol que alcanzó el martirio. Claro, que rompen el anonimato algunos nombres célebres. Uno, el francés Aymeric Picaud, Legado Pontificio, autor del Códice Calixtino publicado en 1140. Quizá su romería a Compostela fuese más meritoria por lo ingrato que se le hacía el trayecto, al menos a su paso por Navarra. No reniega, en sus escritos, del paisaje, sino de los naturales del país. ¿Qué motivos dieron a Picaud los belicosos hijos de esta tierra para quejarse aquél tan agriamente? La categoría de este romero induce a creer que en su Guía de los Peregrinos no adoptaría el tono que adoptó por falta de caridad sino en demanda de estricta justicia. A los que aquí nacimos ocho siglos después de que él pasara nos duele cuanto dijo. Porque la verdad es que, al escribir de nuestros muy antepasados, a Picaud se le hizo la pluma lanza.

Más en silencio pasó Guido Cavalcanti, celebrado poeta florentino, amigo del Dante que le cita varias veces en su Divina Comedia. Guido, que se vio desterrado por ser del partido güelfo, alcanzó la palma de la poesía lírica en época tan brillante para Italia. No es aventurado suponer que el viaje a través de España influiría también en el viraje que dio su trayectoria poética, pasando de la composición de carácter filosófico al poema de ambiente pastoril. Guido Cavalcanti fue más afortunado en los versos sencillos que en la doctas estrofas. Desde el abrupto Pirineo a la dulce Galaica, mientras Americ Picaud mantenía un largo refunfuño, Guido Cavalcanti libaba néctar de poesía. Y hubo uno, el mejor entre todos, cuyo nombre es dulzura de miel: Francisco de Asís, grande, a fuerza de querer ser pequeño; popular, porque apetecía ocultarse a la admiración de los hombres; ensalzado, por humilde. Siempre que atravieso el puente de la Trinidad –puente de peregrinos– me acuerdo del Poverello. ¿En dónde habría puesto su sandalia? ¿Lucían flores, cuando pasó? ¿O azotaban ventiscas? La crestería del monte cercano le vería desde lejos; le vería pasar menudito, flaco, soñador.

¿Quién sabe, de visu, noticias suyas? El puente. Pero no; ha sido retocado varias veces, y son otras las piedras y el maderamen después de repetidos apuntalamientos. ¡Ah, sí, el río! ¿Qué bello piropo habríale dicho Francisco al agua limpia y casta?... El agua, murmurando, arrastraría consigo el eco de aquella voz acariciante. Que el agua es el mejor vehículo hacia el olvido. Palabras hay que las lleva el viento; mas éste puede volver en ráfagas contrarias. El río, en cambio, nunca vuelve; lo dice hasta una canción de tabladillo:

Agua que va río abajo
arriba no ha de volver...

Aún a falta de detalles, lo interesante es que Francisco el de Asís, con su enamoramiento a lo divino, atravesó este puente camino de Compostela, para poner sus labios con fuego de serafín en la tumba del Apóstol Santiago, Padre de España en la Fe.

No faltaron en las nutridas peregrinaciones del medioevo mujeres ilustres, como las damas Ingriel y Matilde que vinieron desde Suecia.

De las calzadas que llevaban a Compostela cada vez quedan menos vestigios. Este viejo puente sobre el río Ulzama es un breve trozo de aquellos caminos. Y, pegada al puente, está la que fue famosa hospedería, convertida, después de amplias reformas, en basílica bajo la advocación de la Santísima Trinidad.

Esta hora de ofrenda nacional y de grandes fervores jacobeos exige un recorrido mental con los romeros que afianzaron rutas de piedad en el solar hispano. Y exige alzar los ojos en las noches serenas del estío, para ver cómo parodia el cielo con legiones de estrellas aquellos desfiles multitudinarios.

(*Pregón,* nº 1, octubre de 1944)

SAN MIGUEL IN EXCELSIS. EL SANTUARIO Y LA COFRADÍA

La devoción a San Miguel en las alturas es antiquísima en Navarra. De las alturas tenía que ser. Después del gran combate angélico, cuando Luzbel se hundió con los suyos en negra hondura total, flotaría más alto el Arcángel mantenedor del "¡Nadie como Dios!" Y puesto que el maligno espíritu socava el mundo para perder las almas, el celeste Capitán fija su milagrosa intercesión en la cima de un monte, donde parece estar más cerca del Cielo.

Junto al fogón casero cientos y cientos de generaciones contáronse unas a otras la milagrosa aparición en el monte Aralar, donde, vencido el dragón de la conocida historia, quedó libre el penitente navarro, Teodosio de Goñi, de la cadena que arrastraba.

La devoción nació explosivamente. Un santuario en la cumbre. Reguero de peregrinos monte arriba y monte abajo. Lluvia de favores divinos.

Especialmente grato a los indómitos vascones el patrocinio del Arcángel batallador. Sin embargo, la imagen que en Aralar se venera no es la de San Miguel lancero hollando a Satán, vencida soberbia; es la imagen hierática, de alas sin arrebato, portando sobre su cabeza el signo de nuestra redención. La vida es lucha; pero sobre todo la vida es amor al amparo de la cruz.

La espontánea devoción popular, rica en entusiasmos, había que sellarla con sello oficial y de manera solemne. E interesaba prevenirla de futuras corrientes desviatorias. Que el tiempo, lentamente, reduce o desencauza los ímpetus más bellos, y ni la piedad puede abandonarse al hervoroso vaivén de las mul-

titudes. Y vino la organización; la santa Cofradía de San Miguel de Excelsis del Monte Aralar. Señálase como fundador al Obispo de Pamplona D. Pedro Rodas, en el siglo XII; y como más decidido impulsor al también Obispo de la misma Sede D. Pedro de París. Éste redactó los primeros estatutos, y en su tiempo los devotos cofrades rebasaban el número de cuarenta mil. Aumentaron éstos en el siglo XIII, que es cuando la institución alcanzó mayor vitalidad. El Papa Urbano IV, en 1273, indulgenció ampliamente a los inscritos en ella, y estimuláronla, más tarde, con nuevas gracias espirituales los Romanos Pontífices Urbano VIII y Paulo V. Entre los Obispos de Pamplona destaca por su afecto a esta cofradía D. Miguel Pérez de Legaria, en 1925.

Era espléndido entonces el culto en la Montaña Excelsa, al cuidado de veinte capellanes con un abad presidente. El clero y la corona y todo lo más granado del reino de Navarra figuraba en las listas de cofrades. Y, a pesar de todo, oleadas de nuevas generaciones fueron quedando al margen de los voluminosos libros-registro. Amaban no menos que sus antepasados a San Miguel de Aralar y subían a rezarle en su montaña; pero descuidóse, inexplicablemente, el activo mantenimiento de una organización tan pujante, y ésta vino a desaparecer. Las más formidables empresas languidecen poco a poco sin una vigilancia tensa y paciente; y mueren sin que nadie lo advierta, en el olvido... que es la peor de las hostilidades. ¿Cómo pudo cundir durante siglos ese desmoronamiento manso de la importante cofradía, subsistiendo, por otro lado, la devoción multitudinaria de los romeros? Porque las romerías no se daban tan sólo el 8 de mayo (la Aparición) y el 29 de septiembre (la Dedicación), que eran las dos grandes solemnidades; repetíanse con frecuencia durante el año, sobre todo en los meses de "buen tiempo".

Pero ¿quién se acordaba ya de la antiquísima cofradía, y menos para restaurarla? El 31 de octubre de 1942 un incendio casual destruyó la hospedería del santuario. Aquel fuego irresponsable, que murió con su víctima, avivó en los corazones otro fuego. Tocaron a rebato las campanas, la prensa habló minuciosamente del grave siniestro, el Excmo. Sr. Obispo dirigióse con acento paternal a los fieles. A impulsos de la Fe, la vieja Euskalerría (cuyo centro geográfico es precisamente el monte de Aralar) reaccionó al momento.

...Y la hospedería se reconstruirá mucho más amplia y monumental, sin salirse del puro estilo montañés, austero y sencillo, para que no pierda, con la nueva prestancia, sabor casero. Y habrá carretera hasta el santuario. Juanagorri, el viejo guía conocedor de ásperos alcorces, llorará de pena cuando la cinta alquitranada vaya conquistando en espiral los altos parajes montuosos. Las obras están en marcha. Una Junta pro San Miguel las impulsa y cuenta con valiosísimas aportaciones. En lo alto de Artxueta (1.330 metros) se alzará una torre rematada en cruz; y al pie de esa cruz brillará en la noche un potente faro, visible desde casi todo el país vasco. En la parte baja de la torre irá un altar para los cultos que se celebren al aire libre en los días de gran afluencia.

La imagen, al igual que siempre lo hizo, pasará su temporada fuera del santuario, visitando los pueblos y bendiciendo sus cosechas. La Navarra de junto al

Ebro ha pedido que baje hasta allí; y ante la imposibilidad de hacer el viaje a la manera típica (a pie los fornidos mozos barranqueses, que se relevan llevando el santo, y detrás el capellán, jinete en pacífico mular enjaezado), se está ultimando el decorado de un automóvil exclusivamente dedicado a ese fin. Pero "el coche del Ángel" sólo irá a los pueblos muy distantes, haciéndose a pie el recorrido hasta ahora habitual.

Diremos que cuando el amor se desborda es la ocasión de hacerlo todo. Y a la gran reforma de la hospedería y al trazado de la carretera y a la ampliación del recorrido se agrega la restauración solemne de la antiquísima cofradía. Remirando en la lejanía de sus tradiciones religiosas, Navarra encuentra adaptable a este momento aquel devoto encuadramiento de sus hijos, por decenas de millares, en torno al Príncipe de la Milicia Angélica. Y es su Padre y Pastor quien abre cauce a este afán disponiendo: "En virtud de nuestra autoridad ordinaria y a tenor del canon 708 y siguientes, Nos, el doctor D. Marcelino Olaechea y Loizaga, Obispo de Pamplona, restauramos, y en cuanto sea preciso instituimos, la antiquísima y venerable Cofradía de San Miguel de Excelsis, radicándola en el santuario de este nombre sobre el monte Aralar".

Su objeto es "dar gloria a Dios por intercesión de San Miguel del Monte Excelso y hacer partícipes a los fieles de las indulgencias y gracias espirituales concedidas por los Romanos Pontífices, Arzobispos y Obispos, y de las oraciones y misas que se celebren en el santuario de San Miguel de Excelsis, y 'post mortem' de los sufragios y exequias que por los devotos, cofrades y bienhechores se hagan en el santuario".

En el "Boletín Oficial del Obispado de Pamplona" de fecha 15 de febrero último se habla con todo detalle sobre la restaurada cofradía, a la que pueden pertenecer los fieles de Navarra que tengan cumplidos los siete años y sean de buena conducta moral y religiosa.

La cofradía tendrá un jefe local en cada pueblo, y estos jefes constituirán la sección de "Hermanos del Santuario", con más altas obligaciones y algunos privilegios.

Vibra Navarra en torno a San Miguel. Serán en nuestro siglo más que en el siglo XIII los devotos cofrades. Y habrá que ampliar, quizás muy luego, el mismo santuario. Cuando un pueblo se siente rico en afectos todo en él sirve a la empresa que se propone llevar a cabo. Todo. Hasta las lágrimas de pena de Juanagorri, el viejo guía del monte Aralar, conocedor de ásperos alcorces.

(*Pregón,* septiembre-octubre de 1945)

BONAPARTE... Y EL GITANILLO
(Estampa de aquí)

Está cayendo agua-nieve. Es un llover modoso y casi poético, porque el sol abanica de vez en cuando con su leve sonrisa invernal. En invierno casi no cuenta el sol, pero el sol sonríe siempre que las nubes le dejan sonreír. Hoy el sol se

la pega un poco a las nubes, burlando su huraña defensa, como un buen goleador del equipo contrario.

Este tiempo anda a ráfagas –comenta "Bonaparte" para sí y para quien, de paso, quiera oírle.

"Bonaparte" es el "doble" del histórico batallador en lo que a su figura –anchota y bajeta y desgarbada– se refiere. Sólo en cuanto a figura; que, por lo demás, ninguna otra comparación admite con nuestro desafortunado invasor del XIX, este buen peón caminero que ha poco se jubiló. El apodo, pues, no le va mal, aunque tampoco bien, a este envidiable jubilado de nuestra foral Diputación. La edad reglamentaria y las ventajas del "retiro" sacáronle de su casilla al pie de la carretera, convirtiéndole en vecino del más moderno ensanche de Pamplona, al amor de uno de sus hijos que es también empleado provincial. Por eso, alardeando de Historia, "Bonaparte" suele afirmar para sí y para quien pueda oírle: –Entre la isla Santa Elena y las proximidades de Mutilva, ¡no hay duda!

"Bonaparte", sin saber por qué, propende hacia el "viejo Pamplona" y, por descontado, hacia la Plaza del Castillo. Ahora se distrae contemplando la circulación desde ese tradicional carasolillo situado a la derecha del frontis mayor del Palacio de Navarra. Algunos palmos sobre "Bonaparte", el curvo ventanal que, un poco a contraestilo, se abre en la señorial fachada. Ventanal que viene a ser como arco relleno en más de la mitad y, por tanto, con hueco a menos de media luz. Ventanal cabalmente situado a una altura, más que intermedia, única; como para darse la mano, en firme apretón, lo noble y lo popular; aquél inclinándose, de grado, para ser más asequible, y a éste no importándole ponerse de puntetas.

–Aquí –asegura "Bonaparte", sin recatar la voz– se está como un rey. Y los visillos del soleado cuarto de estar –alcurnia y llaneza– se entreabren sonriendo.

Junto a "Bonaparte", con igualdad de derechos, se ha situado un gitanillo: zapatos descomunales, bufandilla de raído algodón, pelo en escarola, manos huidizas al jaboncillo y tostada la color más que el veraneante en la playa. "Bonaparte" le mira por encima del hombro –en gesto napoleónico– y piensa: –¡Vaya gachó!

El gitanillo es vivaz, simpático y "descarao"; un chavalejo que, con disimulo, pide limosna; limosna para turrón.

¿Por qué los gitanillos sonríen menos aún que el sol en invierno? –se pregunta "Bonaparte"–. Y no halla en sus adentros, explicación cumplida a tanta seriedad.

Este buen pedigüeño "adivina" la potencia económica de cualquier transeúnte; pero no a todos los "ricos" pide ni a todos los "pobres" deja de pedir. Él selecciona, intuitivamente, su clientela. En general, con buen resultado. "Bonaparte" le observa, complacido; intenta entrar en conversación con él, pero se le resiste al diálogo porque hablando, perdería tarea.

–Éste ha venido –resume "Bonaparte"– a lo que ha venido; a sacar turrón.

Y está sacando. En vísperas de Navidad el bolsillo es generoso; y con eso de que va despreciándose la "calderilla"...

"Bonaparte" hallaría más lógico que el gitanillo pidiese para pan. Pero, claro, el pan, aun no siendo barato, parece relativamente fácil de adquirir, y los "donantes" reducirían la "cuota". En cambio el turrón, con impuesto de lujo y todo, parece siempre caro. Además, en las Pascuas navideñas y entre los pobres, el pan sabe ceder un poco el puesto a la confitura.

–Vivales he visto yo –recuerda "Bonaparte" entre cigarro y cigarro– por esas carreteras; en familia archinumerosa, al rodar de carromatos y con lujo de perros a la zaga; pero éste que a mi lado tengo sabe más que todos juntos. Pedir "pa" turrón es cosa nueva en esta clase de mendigos, y la novedad campa ahora por el mundo...

Y, el gitanillo pidiendo con disimulo, y "Bonaparte" filosofando a sus anchas, ahí les vi yo un mediodía de aguanieve con leves atisbos de sol. Sin conocerse ni hablarse, tácitamente amigos, les vi en ese amable y tradicional carasolillo en cuesta, al lado derecho de la fachada grande del Palacio de Navarra.

Ahí –ya saben ustedes– donde la circulación se hace, más de una vez, caudalosa.

(*Pregón,* Navidad de 1963)

DESFILE DE CADÁVERES

"En parajes de alta montaña los árboles parecen aumentar sus proporciones. La edad determina también su magnificencia. Uno los halla recios, empenachados, señores de sí mismos, y se sobrecoge al verlos".

No es un desfile macabro, ni mucho menos, el de tantos cadáveres a la vista, troceados y hacinados en orden y compostura; van –les hacen ir– camino adelante.

Cadáver es algo que tuvo y ya no tiene vida. Lo que pasa a miles y miles de árboles abatidos en su bosque multisecular del Pirineo navarro, a unos kilómetros de aquí. Este Pirineo, rico epulón de galas forestales, a las que utilitariamente renuncia con cierta facilidad.

Una incesante reata de camiones baja madera en rollo hacia los aserraderos. ¿Cuántos metros cúbicos? ¡Vaya usted a saber! Parte de este material se echaba antes al río, y el agua, frágil en apariencia, tomándolo sobre sí, era medio rutinario de transporte desde el truchero Salazar al ancho Ebro en Zaragoza. Navega que navega la almadía, y canta y rema en tan rústica balsa el almadiero. Es más fácil y rentable el traslado por carretera, lo mismo en corta que a larga distancia.

En parajes de alta montaña los árboles parecen aumentar sus proporciones. La edad determina también su magnificencia. Uno los halla recios, empenachados, señores de sí mismos, y se sobrecoge al verlos. Pero el hombre, rey de

la Naturaleza, ante una aparente desproporción, aviva el deseo de imponer su neta superioridad.

El bosque es digno de admirarse en cualquier tiempo: entre nieves y ventiscas o cuando renace el verdor o apetece la sombra, y en la plácida otoñada con su policromía de hojas secas cuyo colorido nada tiene que envidiar al de las flores. Y la lluvia cernida en el bosque semeja una copiosa bendición de lo alto.

Advertimos que la forestabilidad no es sólo para embellecimiento del paisaje y regalo de los ojos y cobijo de las aves y ganados y regulación del clima. Con ser importantísimos tales aspectos, los supera en mucho el acopio de material para mil diversas aplicaciones. Y no vamos a prentender que el hombre sacrifique ventajas concretas de índole particular por otras de dominio común; pero sí ha de conseguirse, a toda costa, que por cada coloso caído en ofrenda y para remedio de necesidades tangibles se alcen dos o más retoños espontáneos o de plantío que, a tiempos venir, sean colosales. Con alguna frecuencia la explotación forestal puede apurar demasiado sus recursos, y es de justicia que la repoblación forestal venga a ser correlativamente proporcionada y aun generosa. Sabiendo lo que hoy se exige del árbol como riqueza privada, hemos de prevenir idénticas exigencias en el futuro, y no agotarlo todo avaramente todo con prisa atolondrada, negando a la posteridad iguales derechos que los ejercidos por nosotros.

Recientes disposiciones oficiales –siempre las hubo– tienden a la defensa y conservación y fomento del arbolado. Tratan de crear conciencia ciudadana en tal sentido: invitan a que nos interesemos por esta mejora de alcance más que nacional. Estamos convencidos de que el árbol es necesario y hasta imprescindible, y merece, por lo tanto, nuestra simpatía y nuestro aprecio. Que nos sirvamos del árbol resulta muy lógico, pero no hay derecho a esquilmar el bosque prescindiendo de una adecuada compensación: si importa su rendimiento, también su prosperidad.

Ha ido muy a menos y debe ir muy a más el arbolado. Esos robles añosos, hayas gigantescas, pinares, etc., merecen considerarse sin avaricia explotadora y sin exageraciones románticas, y hemos de hacer que cumplan su destino con toda amplitud. Sin entrar en números, todos conocemos el sistemático despojo de que es objeto lo forestal en grandes extensiones montuosas, y el raquitismo con que se le trata en muchas poblaciones y sus cercanías.

Las Bardenas Reales en Navarra –hoy "campo de soledad, mustio collado"– fueron un día proveedoras del maderamen para la Escuadra Invencible, la derrotada por los elementos porque no recibió la consigna de plantarles cara.

Y dicen, no sin hipérbole, que, siglos atrás, una ardilla podía recorrer la Península Ibérica de rama en rama sin tocar tierra; hoy tendría que saltar para ello muy a la desesperada. Y casi a la desesperada tendremos que defender en muchos sitios, rompiendo lanzas con fervor quijotesco, las zonas verdes. Locos de idealismo en cabal andadura; convencidos de que si, por un milagro de la tenacidad, consiguiésemos convertir el desierto en oasis, no por eso permitiríamos que un solo palmo de oasis se convirtiera en desierto.

Hacinados y troceados, sobre camiones en reata interminable, siguen desfilando cadáveres ante mis ojos: árboles que son madera en rollo hacia el aserradero. En cada tronco se va un algo de salud y hermosura ambientales; pero ello será menos sensible si nuevos retoños sustituyen forestalmente a tan gloriosos veteranos, si nuevas vidas se alzan, prometedoras, sobre las que, con honra y provecho, han fenecido.

(*Pregón,* Semana santa de 1975)

El siguiente artículo lo publicó en la revista de Villava, titulada "Ulzama", cuando él se encontraba ya jubilado en Huarte-Pamplona, viviendo en casa de su hija Conchi:

UNA NONADA

Y cuando uno no sabe de qué escribir, ¿qué escribiría? Porque a uno le piden, de pronto, que escriba algo, a ver, con cierta premura. ¿De qué? de lo que sea, de cualquier cosa. Que escriba; y ya está. Entonces se echa uno a pensar... y huyen clandestinamente las ideas. Ante unas cuartillas en blanco, siente el apremio de darles vida en renglones atractivos, ocurrentes, sustanciosos, que merezcan la pena. Pero, ¡que si quieres!, ese algo a expresar demora su llegada.

¡Cómo desazona el ánimo la falta de inspiración! Sólo quien lo vive sabe.

Y para salir del trance, apela uno a su propia cordialidad; a quereres de ayer y de siempre, a entrañables recuerdos... por ahí amanece una luz nueva sobre el campo abierto del corazón; y, por recurso, el corazón escribe... a su manera. Tal ha de sucederme ahora a mí con Villava, donde he vivido los años más intensos de mi vida. A escribir, pues, algo de Villava; pero nada solemne y pretencioso, nada de historia o para la historia; nada, en fin, del otro mundo. Iremos a lo corriente y moliente de cualquier día, a lo sin importancia, a lo sencillo y popular, a lo que fue como si no hubiera sido. Claro que, a veces, lo escondido y humilde vale un valer.

Lo que de Villava pudiese yo decir estaría bien decirlo en este caso a través de su publicación local la Revista ULZAMA. Ya la conozco. Tiene garbo e ilusión, juventud y buen juicio. Que llegue a ser, con respecto a Villava, tal para cual. Porque Villava se merece mucho y sobre Villava hay mucho de que hablar con acento laudatorio.

Y ULZAMA o el Ulzama es también un río de curso breve y ágil, que nace al pie del Pirineo y muere, apenas hecho villavés, en el Arga, que sigue viviendo. Los ríos cantan de principio a fin, desde el manantial a la desembocadura, como diciendo que hay que hacer de la vida una canción. Con que, ya sabemos, a cantar se ha dicho. Yo a ese río le tengo en gran estima, porque pasa por Arre, pueblo en que nací. En sus aguas solía yo pescar, de mocete, cangrejos a mano. De mocete; cuando había cangrejos de sobra y cuando para cangrejos no había veda. En mi casa de Arre éramos lavanderos, y mi madre se inclinó ¿cuántas ve-

ces? jabona que jabona, sobre el espejo fluvial, siéndole de aplicación la tonadilla que dice:

Paso el río, paso el puente,
siempre te encuentro lavando;
la hermosura de tu cara
el agua la va copiando.

Y aun ahora, cuando echo una mirada despaciosa o fugaz sobre este río nuestro, me parece contemplar, emocionado, la hermosura de cara de mi madre. Aunque sé que ella está arriba.

...Y, puente abajo del Curtidor, en la margen derecha, hoy con varias industrias y núcleos de vecindad, había antaño un soto de gran amplitud, con yerbines y choperas; paraje llamado "El Rondo". Allí se solían enterrar, en servicio a la higiene, las bestias cansadas de vivir y que el veterinario no pudiera sustraer a la muerte. Y, cierta vez, allí estaba, junto al hoyo recién cavado para enterrarle, un borrico muerto, cuando tres *desquehacerados* acertaron a pasar; y no lo hicieron de largo, porque el más ocurrente de ellos –era de Villava– dijo, parándose, en plan meditativo, a los otros dos, quietos también: Qué *semos* ¿verdad?, qué *semos*. Y movía significativamente la cabeza.

Mas, como no es cosa de pensar sólo en la muerte, los actuales vecinos de la Calle Ulzama –Ulzama, en nuestra Villa también es calle– y otros que se les agregan tienen el primer propósito de construir aquí al lado el parque más suntuoso que háyase visto. Y a vivir a gusto.

Y como, por otra parte, no todo han de ser requiebros al agua porque aquí se junten dos ríos, de vino hablaremos también, si parece, una miaja. Hablaremos un poco al desgaire. Nuestra Calle de San Andrés siempre fue corta en números rotulando fachadas; tenía menos que tiene, y siglos han de pasar para cuando tenga muchos. Pues en la Calle de San Andrés hubo, desde hace relativamente poco y hasta hace muy poco tiempo, una fábrica de harinas. De muy buen ver siempre la tal harinera. Lucían su fachada en construcción, como es de suponer, unos albañiles, manejando distraidamente la llana y demás útiles del oficio. Y, entre fatigas y sudores, echaban algún trago de vino de la bota, para mejor trabajar luego. Por aquellos días eran novedad unos camiones-cisterna que exportaban vino a Francia, y pasaban por aquí, al pie de obra. Conocían los dichos albañiles el *cantar* del vehículo en cuestión desde que éste llegaba a "La Cadena"; y, al momento, sin apenas menoscabo del quehacer, poníanse militarmente "firmes" en su andamio, permaneciendo en esta actitud hasta que pasase a par de ellos la voluminosa cisterna. Y tras ella se les iban los ojos. Inmediatamente, a lo suyo; que el trabajo es lo primero. Que el edificio resultó perfecto muchos podríamos aún atestiguarlo.

...Y, mira por dónde, ya está la página que ULZAMA pedía; no como yo y esa magnífica revista hubiésemos deseado, pero ¡qué le vamos a hacer! Si otra vez el caso llega, que esté mejor. Y, entre tanto, que Villava me perdone.

(*Ulzama,* abril de 1984)

En los años 1945 y 1946 Mugueta desarrolló una actividad prodigiosa, al servicio de la diócesis, participando intensamente en los congresos eucarísticos arciprestales dando conferencias, componiendo himnos, etc. Sabido es que a los congresos eucarísticos se unieron los congresos marianos. La culminación de estas celebraciones fue la coronación de Santa María la Real de Pamplona. Con este motivo escribió tres artículos en "Ecclesia". Reproducimos el primero:

ANTE LA CORONACIÓN DE SANTA MARÍA LA REAL EN PAMPLONA

Estos tiempos de inquietantes ambiciones científicas, de frivolidad imperiosa y de notorio desenfoque en el camino hacia la paz, son también, entre nosotros, los tiempos de la devoción a la Reina del Cielo. A la Reina y a la Madre; porque el gran movimiento católico mariano, siendo corriente de admiración, es, sobre todo, caudal de ternura.

Hoy se acude multitudinariamente a María, y hoy, como nunca, sabios teólogos desentrañan el sentido de las prerrogativas de la Virgen y en torno a ella quieren urgir la definición de nuevos misterios.

Los primeros cristianos mantendrían vivo y jugoso el recuerdo de la Excelsa Señora; pero en las manifestaciones de culto una aureola de silencio le cercó durante siglos. Antes y después del "Magnificat", poema de los humildes, pocas veces se cita a María a lo largo del Nuevo Testamento. La vida de la Virgen no fue historiada en renglones de Sagrada Escritura; se la contaban, y cantarían, una a otra las generaciones en corro familiar, como un romance angélico.

Y así llegamos –había que llegar– a la exaltación pública de la Exclava del Señor. ¿Dónde y cuándo se erigió el primer templo? Casi es norma dudar en estos casos. Lo indudable es que, comenzando por los apóstoles, María tuvo un templo en cada corazón enamorado de Cristo.

En la liturgia romana, la fiesta más antigua en honor a la Virgen, se refiere a la Dedicación de la Basílica Patriarcal de Roma. Tres bellos títulos la distinguen: Santa María la Mayor, por su capacidad; Santa María del Pesebre, por guardarse en ella lo que fue cuna en Belén, y Santa María de las Nieves, por una tradición que, al recogerla el Breviario, alcanza plena veracidad: reinando el papa Liberio, un matrimonio romano –nobles ellos y ricos y virtuosos (él se llamaba Juan)– al no tener hijos, declararon heredera de todos sus bienes, a la Reina del Cielo, rogando les manifestase en qué forma aceptaba la herencia. Y en la noche del 5 de agosto, tiempo de canícula en Roma, la nieve invadió parte del monte Esquilino. Mientras nevaba clandestinamente, la Madre de Dios mostrábase en sueños, por separado, a Juan y a su esposa, para contarles el poético milagro y expresar su voluntad de que el trozo nevado fuera solar de un templo en cuya construcción invertirían las riquezas que le habían ofrecido. Marido y mu-

jer contáronse mutuamente la aparición, coincidiendo ser idéntica en todos sus pormenores; y el papa Liberio manifestó haber tenido igual sueño. El clero romano y gran concurso de gentes pudieron comprobar el hecho milagroso; y alzóse la basílica allí donde la nieve luciera su albor en lo más riguroso del estío.

Y de entonces acá, millares de templos dedicados a la Virgen y millones de imágenes suyas, y una lista sin fin de advocaciones litúrgicas y populares, y de haberse podido escribir todas las alabanzas y peticiones en boca de los desterrados hijos de Eva, ceñirían cien veces, en apretado texto, la redondez del planeta. La que es Reina y Madre de Misericordia suscita en las almas un deseo infinito de obsequiosidad. Y entre las invenciones, variadísimas, con qué agasajarle, está la muy significativa de coronar canónicamente algunas de sus imágenes. ¿A quién se le ocurrió hacerlo por vez primera?

Fray Jerónimo de Forli nació el 5 de junio de 1552, de la noble familia de los Paulucci, descendiente de los Calvoli, ilustre prosapia cantada por Dante. Vistió el hábito capuchino en 1571. Apenado ante el espectáculo de las damas de aquel tiempo, que ostentaban joyas de fastuosidad irritante, quiso poner dique a tal exhibicionismo de carácter pagano, y solicitó que las mujeres donasen a la Virgen sus preseas, que el mejor orfebre convertiría en corona de extraordinario valor para ceñir las sienes de la Toda Hermosa. La ocurrencia fue un éxito y el pobre capuchino presidió coronaciones marianas en Bolonia, Cento, Cesena, Faenza, Forli, Ospitale, Rímini, Roma, San Severino, Spilamberto y Venecia. Fray Jerónimo de Forli, llamado el apóstol de María, murió en Parma el año 1620, pero la empresa no fue interumpida. Túvola por muy suya el conde Alejandro Sforza Pallavicini, natural de Pacienza, caballero de grandes dotes de prudencia y organización. Su mujer había regalado para la Virgen, en vida del Padre Jerónimo, un collar de gruesas perlas. El 27 de agosto de 1631, a instancias del conde Sforza, tuvo lugar en Roma, con más fiesta y aparato que las anteriores, la coronación de la Virgen llamada de la Febbre, que el cardenal Barberini había hecho reponer en la iglesia de San Pedro. Este conde Sforza, en testamento otorgado el 3 de julio de 1636, dejó todos sus bienes al Cabildo Vaticano para este fin de las coronaciones, y entonces adquirió dicho Cabildo la facultad de conceder tal privilegio.

Todas las imágenes coronadas pueden clasificarse en tres grupos:

a) Por decreto del reverendísimo Cabildo Vaticano.

b) Por mano de algún Sumo Pontífice.

c) Por Breve pontificio, o sea en nombre del Papa.

Según una estadística publicada en el año 1933, la coronación canónica alcanzaba entonces a 1.254 imágenes de la Virgen en todo el mundo (sólo en la ciudad de Roma había 138 y en la de Nápoles, 34).

España tiene coronadas las siguientes imágenes de Nuestra Señora:

Año 1881, Monserrat; 1883, Lluch, en Mallorca, y Aránzazu, en Guipúzcoa; 1888, La Merced, en Barcelona; 1900, Begoña, en Bilbao; 1904, Reyes, en Sevilla; 1905, Pilar, en Zaragoza, y Pino, en Canarias; 1906, Angustias, en Guadix, y Remedios, en Fregenal de la Sierra; 1907, Misericordia, en Canet de Mar;

1909, Encina, en Ponferrada, y Coro, en Sigena; 1910, Vallivana, de Morella; Cabeza, de Andújar, y Araceli, de Lucena; 1911, Claustro, de Tarragona; Candelaria, de Valls, y Buen Suceso, de Gesla; 1912, Esperanza (Macarena), de Sevilla; 1913, Angustias, de Granada; 1914, Merixtel, de Andorra; 1915, Campanar, de Valencia; 1916, Fuencisla, de Segovia; Milagros, de Puerto de Santa María, y Queralt, de Berga; 1917, San Lorenzo, de Valladolid; 1918, Covadonga, y Rocío, de Almonte; 1919, Socorro, de Valencia; 1920, Milagros, de Cocentaina, y Monserrat, de Orihuela; 1922, Desamparados, de Valencia, y Estíbaliz, de Álava; 1923, Caridad, de Cartagena; Gleba, de Vich, y Virtudes, de Villena; 1924, Soterraña, de Olmedo; Sagrario, de Toledo; Montaña, de Cáceres; Remedios, de Alabida (aparecida en Valverde de Menjano), y Lidón, de Castellón de la Plana; 1925, Carmen, de Jerez; Salud, de Algemesí; Belén, de Almansa, y Maravillas, de Cehegín, y Guadalupe, en las Villuercas; 1929, Dolores, en La Coruña; Antigua, en Sevilla; Barquera, en San Vicente, y Arrate, en Éibar; 1930, Camino, en León; Valle, en Saldaña; Arritoquieta, en Guipúzcoa, y Capilla, en Jaén; 1932, Fuensanta, en Murcia; 1935, Antigia, en Orduña; 1945, Castañar, en Béjar, y Sagrario, en Pamplona, que se coronan el 8 y 21 de septiembre, respectivamente.

En Navarra hay una sola imagen coronada: Nuestra Señora del Romero, en Cascante, con fecha 1 de mayo de 1928; pero no pertenece a la diócesis de Pamplona. Así que, dentro de esta diócesis, la primera imagen objeto de tal distinción va a ser Santa María la Real, llamada también la Virgen del Sagrario. Ante ella se proclamaban los Reyes de Navarra, y ella presidía las Cortes de este antiguo Reino. Era ella la señora feudal de Pamplona; y no se podía construir ni derribar nada dentro de la ciudad sin permiso de la Augusta Patrona, en cuyo nombre lo concedía o denegaba el Cabildo Catedral. La devoción popular a la Virgen del Sagrario corría pareja con la de los obispos y monarcas. En los días singularmente prósperos o amargos numerosas muchedumbres acudían de todas las partes del Reino (Navarra era entonces mucho más extensa); y sobre todo en la fiesta de la Asunción aumentaba la concurrencia de fieles, hasta el punto de tener que pernoctar muchos dentro del templo a falta de otro hospedaje. Todavía perdura aquel fervor entrañable, y buenas pruebas son el Rosario de los Esclavos, que cada tarde recorre las naves de la catedral y el entusiasmo por las próximas solemnidades.

En torno a Santa María la Real no existe esa leyenda poética que suele acompañar, de modo encantador, a otras advocaciones célebres de nuestra Señora. El pastor, la paloma, el cervatillo, no son, en este caso, nuncio de apariciones y milagros. Santa María la Real estaba en Pamplona –estaba, sencillamente–, en el siglo VIII; pues, "cuando los moros" fue llevada al monasterio de Leire, en el Pirineo. Y desde allí urgiría sin duda la reconquista española, como "la Santina" desde su trono roquero de Covadonga.

Y en espera de nuevos obsequios y nuevas súplicas, está en su trono Santa María la Real. Imagen antiquísima, artísticamente valiosa. Toda laminada de plata, y conteniendo a modo de cerebro en su cabeza un saquete con reliquias

de santos. La nueva corona riquísima, que tiene preparada, simboliza el amor de todo un pueblo que le canta su oración laudatoria y afirma su esperanza en la definición de nuevos dogmas marianos. Y sabedor de que la paz, más bien que frutos de afanes humanos ha de ser dádiva del cielo, repetirá con urgente oportunidad y confianza inquebrantable: ¡Regina pacis, ora pro nobis!

(*Ecclesia,* 31 de agosto de 1946)

Aunque en este caso no se trata de una revista, sino de un folleto, es bueno que lo consignemos aquí. El 10 de marzo de 1944, la Junta Superior de Educación de Navarra representada por su presidente SANTIAGO FERRER y su secretario BENIGNO JANÍN, firmaron el acuerdo núm. 304 en el que respondiendo a una petición del rector del Seminario, se recomendaba la celebración de un día anual en las Escuelas y Colegios de toda la provincia en favor de las vocaciones sacerdotales, y para esa finalidad se presentaban "nueve trabajitos o piezas sueltas e independientes, del Ilustre escritor navarro Don Fermín Mugueta..." Para disfrute de los lectores, copiamos uno de ellos:

VICENTÓN, NÓ; ¡SAN VICENTE!
(Monólogo para niño)

La Sra. Anselma siempre que me ve me regaña. Y suele decirme siempre lo mismo: "¡buen Vicentón vas a salir!" Pero hoy ha agregado: "¡no irás tú al Seminario!..." Y lo ha dicho, así, en un tono de profecía. Casi me ha metido miedo. Y estoy, dale que le das, haciendo examen de conciencia.

...Después de todo, no encuentro, a mi parecer, cosa especial: que soy el último en la escuela; pero ¡claro! alguno tiene que ser...

Que, de vez en cuando, tiro una pedrada a un perro. No lo puedo remediar. Y siempre que a veinte metros de mí pasa un caballo (bien se cuidará el animal de no pasar más cerca) siempre tengo al alcance de la mano alguna piedra suelta. Ni que el mismo diablo preparase tal coincidencia. Y, luego, que el tiro no falla...

Otra cosa: que me gusta jugar alguna que otra ochena a las chapas o a los bolos. Dicen que el jugador suele tener mal fin. ¡Qué lástima! ¡Tan bonito como resulta el juego a dinero! Pones una ochena... y levantas dos. Es una ganga. ¿Que pierdes? Pues levanta el otro el doble de lo que puso.

Declararé también que, en tiempo de las cerezas, no todas pasan a poder del verdadero dueño. A mí me parece que el amo del cerezo tiene su tanto de culpa. Los cerezos debían plantarse para que dieran cerezas en invierno; cuando hace frío y nieva, y no apetece sacar las manos de los bolsillos. Pero vienen las cerezas tan a punto...; cuando empieza a hacer calor y se seca la boca. Y ¡naturalmente! viéndolas tan jugosas y tan coloradas y tan abundantes, empieza uno a pensar: por una docena, no se va a conocer entre miles y miles...

La Sra. Anselma conoce estas travesuras mías y se ha propuesto reñirme cada vez que me encuentra. Pero –hay que decirlo todo– me riñe más desde que un día le di, a mi manera, la explicación de estas pequeñeces, diciéndole: usted me quiere bien, Sra. Anselma. A ver, pues, si le parece que puedo tener motivos, para ser como soy. Se me quedó mirando muy seria y me advirtió: di lo que tengas que decir; pero ten cuidado con lo que dices.

Y le expliqué: yo puedo estudiar más de lo que estudio, y no ser el último en la escuela; pero entonces, Juanitico, que es un pedazo de pan, dejará de ser el penúltimo para bajar a mi puesto; y, con lo sentido que es, enfermaría de pena. Así que, siendo yo el último, hago una obra de misericordia.

Y el día que yo deje en paz a los perros, estos animales se volverán descuidados y dormilones y no sabrán guardar la casa, porque habrán perdido disciplina. ¡Si es que los pobres animales no se mueren poco a poco de aburrimiento!...

En el juego unos pierden y otros ganan; así que, los tristes por los alegres. Pero hay uno que siempre sale bien, y es el baratero. Y ya sabe usted, Sra. Anselma, que Julián, gracias al barato, puede comprarse cada año un par de alpargatas; así que, faltando el juego, el pobre mocete se quedará descalzo...

Y el amo de las cerezas ha de salir perdiendo cuando yo se las respete del todo. Con el quehacer que hay entonces en el campo, el Sr. Lucas no se ha de fijar cuando están madurando, y los gorriones se las han de picotear alegremente. Cuando a mí me ve saltar el cerco, advierte el Sr. Lucas que la primera fruta quiere entrar en sazón; pero, cuando yo me quede a la parte de fuera, no se va a enterar hasta que los gorriones se las hayan comido. Porque los gorriones van por el aire...

Le dije todo esto a la Sra. Anselma... y a poco me barre. Tuve que escapar; y sólo pude entender, de sus gritos, estas palabras: "mucho peor que hacer esas cosas, es la manera que tienes de disculparlas. Como sigas así, no hay remedio..."

Y, desde entonces, cuando me encuentra dice siempre lo mismo: ¡buen Vicentón vas a salir! pero hoy ha agregado, no sé por qué, esta otra frase: ¡no irás tú al Seminario!...

Y me ha puesto pensativo; y, de tanto cavilar, se me cae la frente...

Pero, vamos a ver: Dios manda en todo. Él dispone que éste sea Cura y que aquél no sea Cura. En lo de ser médico o albañil o cobrador de tranvía, puede que lo deje más por cuenta de cada cual; pero, en lo de ser o no ser Cura, tiene que intervenir Nuestro Señor con mucho empeño. Porque el ser Cura es cosa muy grande... por muchas cosas que yo no sé decir.

...Y si Dios quiere que yo sea Cura, seré Cura; diga lo que diga la Sra. Anselma. Y si yo le digo que quiero ser, a lo mejor el Señor se fija en mí. Y si mi madre se lo pide, estoy seguro de que el Señor no se lo niega. ¡Que se lo va a ne-

gar, si mi madre es casi una santa! pero, a lo mejor se lo pide la Sra. Anselma, y el Señor no le hace caso, de tan regañona como es...

...Y ahora me ocurre (cada cual tiene su chispa de talento): si yo sigo sin estudiar y apedreando perros y jugándome las ochenas y asaltando cerezos... el Señor no me elige para Sacerdote. ¡Cómo me va a elegir! Que yo sea un truhán, para que Él haga milagros. ¡Eso no puede ser!

Y, de ese modo, se llevará la baza la Sra. Anselma. Pues no se la ha de llevar; porque voy a ser al revés de lo que soy. Desde ahora mismo. Y si acaso no llego a ser Cura, siempre seré un hombre de bien. ¡Nada, Sra. Anselma! De aquí no va a salir un pobre Vicentón, sino un DON VICENTE con todos los honores. ¿Y si a lo mejor saliera... un San Vicente?...

Su colaboración en "La Verdad" fue constante desde el 5 de mayo de 1978 hasta su muerte ocurrida el 13 de mayo de 1985, con unos poemas que él tituló leves. *Dos meses después de su muerte, "La Verdad" siguió publicando los* Poemas leves *que él había enviado a nuestra redacción. El último se publicó el 15 de marzo de 1987. Estos poemas sólo manifestaban su* levedad *en la brevedad de sus versos; pero no en su contenido en el que se podía valorar la profundidad y grandeza de sus virtudes cristianas. En su conjunto merecen tratamiento especial y deberían ver la luz, como lo postularon en repetidas ocasiones los lectores de la Hoja Diocesana, en un librito aparte.*

Citaremos aquí su colaboración a "La Verdad", con su último artículo dedicado a Don Hilarión Eslava en el I Centenario de su muerte y publicado el 7 de mayo de 1978:

I CENTENARIO DE LA MUERTE DE DON HILARIÓN ESLAVA

Bajando de Pamplona por Beloso, enseguida está Burlada. Localidad moderna y populosa. Es, por su censo municipal, el tercer Ayuntamiento de nuestra provincia. Y, hace siete lustros, apenas tendría Burlada cien habitantes. Era entonces un puñado de casas grises, terrosas, a la orilla del río. Un río, el Arga, que viene del Pirineo salpicando espumas. El rumor de sus aguas en corriente adormecía el descanso de casa Benitorena. Casa de labradores pudientes, adosada a la cual había otra, la de Soldadorena, con huerto tapiado y caballerizas que fueron de los Reyes de Navarra. Y, con estas dos, la de Íñigo, boyante y bien compuesta aún en nuestros días. En nuestros días la de Benitorena está ruinosa, esperando renuevo y mayor lustre, y los tendrá, pues se proyecta que en breve haya de ser Conservatorio de Música, filial del de Pamplona. Nada menos.

Vamos ahora, con el tiempo a una. El 20 de octubre de 1807, a los de Benitorena les nace un niño varón. Dicen que, luego de nacer, lloraba fuerte, con clamorosos vagidos. Quienes a poco de nacer, lloran así, es que vienen al mun-

do con música; y, en señal de buena salud, procede que así vengan. A éste que decimos, le pusieron de nombre Hilarión.

Y por música iremos. Hilarión, ya mocete, no era guapo de cara que se diga, pero sí muy resuelto y de recia apostura, enérgico y bien acompasado. Un día acaudillaba, jugando, a otros chicos burladeses junto al puente viejo, cuando acertó a pasar por allí el rector del coro de infantes de la catedral de Pamplona. Entró en conversación con los rapaces y, hablando, hablando, Hilarión le dijo que él sabía leer, escribir y cuentas... y también cantar. Requerido por el clérigo, nuestro chaval cantó una jota. La hizo briosamente, con voz clara y sacando el pecho. Tenía empaque, entonación y estilo. Al profesor le hizo gracia. Y pensó que el muchacho podría formar parte de su grupo infantil catedralicio. Sucesivamente y en plan de conquista visitaba en la escuela del pueblo a Hilarión. Allí, dándole el tono –do, re, mi, fa, sol...– le animaba a subir cuanto pudiera. El mocete lo hacía con tal entusiasmo que, escala arriba, a una con las notas, arremangábase instintivamente las garras del pantalón... hasta quedarse corto.

Andar y andar, no sin dificultades, el maestro de música salió con la suya. Se resistían los de Benitorena; porque, siendo el muchacho único hijo varón en la familia, si, de andar entre sotanas, le daba por hacerse cura... en él acabaría el apellido Eslava. Y, mira por dónde, Hilarión Eslava sería sacerdote, sería Don Hilarión, haciendo sonar laudatoriamente el apellido Eslava, como el de un gran genio musical, por el mundo entero.

Conste, pues, que de ahí empezó la cosa: de una tonada popular que, siendo chico, cantó nuestro futuro compositor a orillas del Arga. Donde cierta copla hace que canten o cantaban las golondrinas; aunque las golondrinas, por aquello de haber rondado la cruz del Señor, guardan luto sinfónico y no suelen cantar; apenas pían.

Y, a partir de aquí, de Eslava podría hablarse largo y tendido. Hay mil rasgos puntualizadores de su persona, de su personalidad. A los nueve años ingresa como infante cantor en la catedral de Pamplona. Luego, en el seminario de Pamplona, además de latines, estudia solfeo, piano, órgano, violín, violonchelo y contrabajo; ya está bien. A sus veinte años, perfecciona estudios de música en Calahorra. Después, obtiene por oposición la plaza de Maestro de Capilla en Burgo de Osma, donde se ordena Diácono. En 1832 consigue el mismo cargo en la Metropolitana de Sevilla, y en Sevilla canta su primera misa. Es nombrado, en 1854, maestro de la Real Capilla y, en 1866, Director del Conservatorio de Música en Madrid. En Madrid muere, a 23 de julio de 1878; luego hará un siglo. Y está enterrado en Burlada, su pueblo natal. He aquí un sacerdote músico, que signó al aire, con la mano abierta, bendiciones y compases.

Eslava es de lo muy sobresaliente en música sacra. Compuso con inspiración y trabajó con denuedo. Sus producciones musicales y obras didácticas sobre el mismo tema son numerosas. Misas, sobre todo la de difuntos, “Te deum”, “Lamentaciones”, “Salve magna”, “Motetes”, “Dies irae”, “Paráfrasis”, “Óperas”... También óperas; tres, tituladas: “Las Treguas”, “El Solitario” y “Don Pe-

dro el cruel", estrenadas en Cádiz (1841 y 1842). Y ello fue así: Dos reales decretos en tiempos de Mendizábal (1836) redujeron la prebenda de Don Hilarión en Sevilla a cuatrocientos escudos anuales, mísera cantidad hasta para un asceta; y Eslava, enterizo y resuelto a no morirse de hambre, supo hacer que derivase hacia la escena su temperamento lírico. También escribió canciones a voces solas, con más notable acierto.

Como obras de enseñanza cabe destacar: "La lira sacro-hispana", "Escuela completa de armonía y composición", "Tratados de armonía y melodía", "Método de solfeo", "Contrapunto y Fuga", "Libro de instrumentación", "Música española", "Los organistas españoles", etcétera.

Todo ello valioso, inspirado, original. Todo en continua creación y magisterio continuo.

En el primer centenario de su muerte, cabe destacar los méritos de este ilustre músico y sacerdote burladés.

III. AUTOR TEATRAL

Un aspecto insuficientemente valorado de la rica personalidad de Mugueta es el de su obra teatral. Su firma en varios diarios y revistas pronto le acreditaron como ilustre escritor y sus numerosas intervenciones en radio y conferencias ante diversos públicos confirmaron sus dotes de charlista; pero me atrevo a afirmar que la mayor influencia de Mugueta, no sólo en las ideas, sino también en las voluntades y sentimientos fue a través de sus obras de teatro. El público destinatario no abarcaba mucho más que a los feligreses de su parroquia, pueblos colindantes y de alguna otra localidad que se animaba a reproducirlas. Sin embargo, aquellos mensajes calaban hondo en sus espectadores y dejaban huellas imborrables en los actores que, después de cuarenta o cincuenta años, aún perduran. Y eran muchos los que intervenían en algunos de aquellos papeles escénicos.

Cuando se cambia el conocimiento por la emoción hemos penetrado de otra manera en la verdad de las cosas. Así lo afirma Emilio Abreu Gómez.

Si Voltaire dice que: "La oreja es el camino del corazón", lo mismo y más podremos decir de los ojos.

Antes que Voltaire, Isaías (c. 40,1) nos dijo: "Hablad al corazón de Jerusalén". Hablar al corazón es el objetivo mejor de toda comunicación. Hablar al corazón es moverlo, sacudirlo. Cuando el corazón se agita, todo puede cambiar.

El circuito de la palabra es sencillo: desde la boca al oído o desde la pluma y el papel a los ojos. Pero... ¿Qué es la palabra? ¿Qué lleva en sí? ¿Sólo ideas? ¿No lleva también sentimientos, emociones, acentos, vibraciones que el oído capta y el corazón no ignora? Ésta es la magia del teatro.

En toda su obra, Mugueta puso el sello de una sencillez y popularidad inconfundible, pero en el teatro, estas características destacan singularmente dando vida a personajes que, en el ordinario discurrir del tiempo, pasan desapercibidos; pero que no se ocultan a los finos catadores de minúsculos detalles, insignificantes para la mayoría. Son pocos aquellos maestros que, con singular habilidad, descubren en pequeños gestos y actitudes, el origen y causa de importantes decisiones.

Presentando costumbres, lugares y situaciones, al parecer intrascendentes, Mugueta, con sus peculiares dotes de observador y contemplativo sabía despertar muchas sensibilidades dormidas y provocar curiosidad e interés hacia una realidad que parecía sin relieve y que, con la magia de su palabra y acción iba adquiriendo contornos singulares y suscitando sentimientos nobles de admiración y, hasta de entusiasmo.

Cualquier realidad de una vida vulgar era suficiente para que, con su imaginación artística y fina sensibilidad, sirvieran de vehículos, mediante el gesto gracioso y la palabra viva y chispeante, para elevarnos a una visión trascendente y hacernos sentir lo sublime en el marco más humilde. Sólo quien sabía ahondar en los porqués y miraba a la realidad desde la hondura cristiana, podía exteriorizar tanta armonía con el arte de la escena.

La representación del entorno, del gesto y la palabra; hacían las delicias de los espectadores de aquellas obras tan celebradas como: "De Navidad a Reyes", "Senda de amor", "Al otro lado del mar", "Me enamoré", los "diálogos de gitanillos", etc.; concebidas, expresadas, ensayadas y dirigidas por él en el Centro parroquial de Villava. Además, compuso otras menores en extensión aunque no en enjundia, para acontecimientos personales y comunitarios, como bodas de oro y plata, días señalados de la parroquia, o en pequeñas comunidades, para las que era requerido con frecuencia y que él adornaba y resolvía con una pequeña actuación, preparada con la urgencia de estos casos o con unos versos de su inagotable vena poética.

El principal motor de toda su actividad literaria fue siempre su celo apostólico. La finalidad última que se traslucía en toda su producción cultural y artística era el deseo de comunicar y transmitir su fe cristiana. Las muchas horas extra, robadas al sueño o al normal descanso, eran, en gran parte, exigencias de su caridad cristiana, a requerimiento de unos u otros, o por la propia generosidad de su apostolado.

No es extraño, pues, que el centro principal de su actividad fuera la parroquia en fechas señaladas del calendario, como: la celebración anual de su fiesta; los entrañables días de Navidad en los que el tiempo y la presencia de estudiantes en vacaciones, facilitaban aquellos encuentros comunitarios en el salón parroquial, donde se escenificaba, reproduciendo en parte en la ficción artística lo que se celebraba en los actos litúrgicos.

Con frecuencia también era requerido en instancias diocesanas en favor de la propaganda misional, de las vocaciones sacerdotales, de la Institución Cunas, Cáritas, etc.

También se solicitaba su actividad en pequeños acontecimientos de instituciones eclesiales, en los que Mugueta, con pocas palabras bien dichas o escritas, ponía de relieve el ideal de aquella comunidad, añadiéndole unas notas de aire festivo. Sirva de ejemplo, estos versos recitados por una de las acogidas en *Villa Teresita* y que podrían pasar por una versión en clave femenina del discurso que había preparado el Hijo pródigo en su camino de regreso a casa. Se recitaron en las "bodas de cristal" de la Institución:

ME FUI...

Me fui, camino adelante
ganosa de caminar;
iba como arrebatada
al soplo del vendaval...
En los ojos seductores
el deseo de mirar;
sin pensar en el futuro
ni en lo que dejaba atrás...

Me fui,... huyendo de mí misma
y envuelta en mi carnaval;
queriendo ahogar las penas
en son de frivolidad.
Con una rosa en los labios
y un clavel en el ojal...

Me fui, luciendo, coqueta,
las galas de mi disfraz;
y quise beber la dicha
en la espuma del champán,
... y soñé que la mentira
pudiera hacerse verdad...
Soñé... y despertóse el alma
de tanto y tanto soñar;
... y vi que estaba muy lejos
de mí la felicidad,
... y el terrible desengaño
me clavaba su puñal...

... ...

Ya he vuelto, Señor, ya he vuelto.
¡Qué amoroso es retornar
al remanso de otra vida
que, aun siendo lucha, es la paz!
El tedio de cada instante
me quisiera acorralar;
pero no me encuentro sola,
porque Tú conmigo estás.
Olvidaste mis desvíos,
pues Tú sabes olvidar;
y de mi frente el cansancio
dulcemente aliviarás.
No tengo miedo a la vida
de aquí ni del más allá;
tengo miedo... a no quererte,
pero te quiero ¿verdad?,
... y Tú has de hacer que te quiera
cada día más y más...

... ...

Estoy alegre de veras;
¡cómo no había de estar!
Y para Madre Isabel

mi gozo en ofrenda va,
con muchas felicidades
y un fuerte abrazo filial.

Muchos testimonios podríamos citar de páginas verdaderamente inspiradas de sus obras teatrales. Entresacamos estos versos:

SE VÉ... QUE NO ERES GITANA

Con tu falda de volantes
en rueda, para la danza,
y ondas grandes en el pelo
y suspensa la mirada;
ciñendo, desnudo el brazo,
contra el pecho la guitarra;
se vé –no digas que nó–
se vé... que no eres gitana.

Con jamelgo y carromato
para lentas caminatas
por los caminos barrosos
o polvorientos... En marcha
cansina y perseverante
–hasta el vesper, desde el alba–
suele caminar la "troupe"
soñando ser caravana...;
y lleva el mundo consigo
llevando a cuestas la casa.
Besos de luna y de sol
amorenaron su cara,
y están sus ojos ahítos
de perspectivas lejanas...

Tú también eres morena,
pero no estás retostada
por intemperies; también
con un gesto desmayado;
...pero tú... no eres gitana.

¡Echa la buenaventura
–adivina, adivinanza–!
Inventa ritos y ensalmos;
pon en juego, a ver, las cartas...

¿No sabes? Te lo decía
por ver si te dabas maña;
...que no son para adivinos
las inquietudes del alma...

Presumo que sabrás tú,
donairosa y resalada,
repicando castañuelas,
bordar las típicas danzas
de un pueblo donde la luz
enflora cada mañana
claveles rojos. Sabrás
ritmo de olés y palmadas,
con los pies infatigables
y la cabecita vana...
¿Tampoco sabes? Entonces,
sin menoscabo en tus gracias,
siendo garbosa y morena,
se vé... que no eres gitana.

... ...

En un zaguán empedrado
de paredes encaladas
pones, mocita, el adorno
de tu estampa;
que, por ser tuya, es bonita
aunque sea amanerada.
En un zaguán empedrado
de una casa,
de una casa solariega
en el norte de Navarra.

¿En dónde el patio andaluz
con floridas enramadas
y un pozo en el medio; un pozo
donde se adormece el agua
y donde el agua despierta,
ríe y canta,
cuando el ágil pozalillo
baja hasta el fondo a buscarla?

En tierra de caseríos
verde y brava,
donde los ríos salpican

espumas y las montañas
agitan sobre la cumbre
airones de nubes blancas;
en tierra de caseríos...
ancho refajo de lana,
y una canción dulce y queda,
y esquivez en la mirada;
...porque hacen ganar altura
estas serranías altas.

... ...

Con vestido de volantes,
contra el pecho la guitarra,
junto al carromato, viejo
de cansinas caminatas;
...se vé –no digas que nó–
que eres –lo dice tu cara–
gitanilla en el retrato...
montañesita en el alma...

DE NAVIDAD A REYES

En esta obra, representada en 1961, tenemos un buen ejemplo de ritmo vivaz y festivo en el diálogo de unas mujeres, camino del portal de Belén. Reproducimos un trozo del mismo, indicando con números a las cuatro mujeres que dialogan:

4.ª –Tú... ¿a dónde vas? *(a la 1.ª)*
1.ª –Pues... ¡sabes que no sé!
4.ª –Lo mismito nos pasa a las demás:
que ninguna sabemos
a dónde nos llevan los pies.
2.ª –Es verdad.
3.ª –Es verdad.
2.ª –Me desperté.
3.ª –Me levanté.
1.ª –Salí de casa.
4.ª –Ni me lavé
ni me peiné,
... y a ver qué pasa.
3.ª –Con el alma encendida en suave amor.
1.ª –Con el alma encendida
y el corazón despierto

a una bella esperanza presentida,
salí hacia el campo abierto,
como si me esperase aquí la vida.

2.ª –La Vida espera aquí. Yo estoy gozosa.

4.ª –Y yo también lo estoy.

ALEGRÍA DE ISRAEL

Publicada en la colección "Todos misioneros", recojo el primer cuadro como detalle de su devoción mariana:

Raquel. –Es bella como ninguna,
de belleza singular;
es bella,... y no sé qué tiene...

Abdelic. –¿Qué tendrá...?

Raquel. –Y me gusta hablar con ella.

Abdelic. –¿Con Miriam?

Raquel. –... y, cuando estoy a su lado,
me pide el deseo estar.

Abdelic. –Miriam te ha robado el alma,
y es más amiga, ¿verdad?

Raquel. –Abdelic, no hayas recelo;
mi querer contigo está.
Pero ella tiene...

Abdelic. –¿Qué tiene?

Raquel. –...¿Qué tendrá...?

Abdelic. –Dicen que acendra su vida
como abeja en el panal,
melificando el silencio
en horas de soledad...

Raquel. –Mas, cuando mira y sonríe,
no hay pimpollo en el rosal,
ni fuente ni luz ni pájaros...
nada en el mundo capaz
de reflejar la hermosura
de su rostro angelical.

Abdelic. –Vamos, pues, a visitarle...

Raquel. –Me atrae un secreto imán
cuando enfoco este sendero
que hacia su casita va...

Abdelic. –Es bella como ninguna,
de belleza singular.

Raquel. –Es bella... y no sé qué tiene.

Abdelic. –¿Qué tendrá...?

EL *LOBICO* Y LA MARIPOSA

Después de describir a un ricachón, al parecer, sin sentimientos: "el tío Jorge", que permanece impasible ante las dificultades económicas de unos familiares suyos, muy buenos cristianos, termina así en su obra:

"Ya están todos junto al coche, menos Isabelita. Isabelita anda cautelosamente, entre los manzanos. Le llaman y no atiende.

–Anda, Jorge, a ver qué hace –dice tía Rosenda a su marido– y tío Jorge va.

–No la espantes, tío –le advierte, cuando se acerca, Isabelita– ¡mírala qué preciosa y qué vivaracha!

–Pero, Isabelita, ¿nunca viste una mariposa?

–Ya se habían ido este año...

–Ésta anda rezagada, y pronto se irá también.

–¡Qué bonita hace, ¿no ves?, sobre aquel cardo seco! Con ella encima parece el cardo una flor...

Tío Jorge siente una punzadita en el alma. Vuelve con Isabelita, pensativo. Al volante del coche, camino de la ciudad, se lo cuenta a su mujer; y tía Rosenda se emociona un poco al decirle Jorge:

–Yo era como un cardo muy áspero, reseco y pinchoso; pero, ¿sabes, Rosenda? también los cardos pueden florecer...

–Y..., ¿quién es, en este caso, la mariposa?

–¿La mariposa?; pues... déjame que lo piense.

–No le des vueltas, Jorge; la mariposa es siempre... la gracia de Dios.

Los otros ocupantes del coche, con el guirigay que llevan, no se enteran de lo que van hablando marido y mujer..."

IV. RADIOMENSAJES Y CONFERENCIAS

Radiomensajes

Advertimos al lector que el lenguaje escrito es más correcto y formal; va directo a la mente: pero resulta más frío. El oral es más libre y familiar, más próximo: llega al destinatario de manera pluriforme.

BUENAS NOCHES, HERMANO ENFERMO

Buenas noches, remansada inquietud del hospital, de la clínica, del cuarto del paciente; buenas noches. Buenas noches, insomnio, desvelo, ansiedad, fiebre, dolor, ayes de angustia... Y ¿a todo eso cabe decir *buenas noches*? Y, ¿a quién desear mejor las buenas noches, sino a quien más las necesita?

Contigo, hermano enfermo, estos minutos. A ti se te hacen lentos ¿verdad?, interminables... Lo tuyo es no vivir. Pero es, a la vez lo tuyo, perenne manantío de vitalidad. Tú, a falta de salud, vives muriendo; pero también viviendo en salud espléndida se muere a ritmo igual. Nadie vive del todo; y nadie, por muy feliz que sea, deja de morir un poco cada día, cada noche, cada instante que pasa...

¿Que no te alivia esto que digo? Puede ser. Alivian más, en tu caso, una inyección, una mano sobre la frente, una esperanza de curación próxima, un horizonte abierto a mejores perspectivas... Alivian más que palabras, aunque éstas sean cordiales.

Y... ¿cómo te aliviaría yo, enfermo querido; cómo te aliviaría...? He venido a eso, a darte ánimo. Y se me arrincona un poco, plegando sus alas, el corazón. El corazón es lo mejor que tenemos. Por él y con él y en él, amamos. Y el amor es lo que más vale. Más que el dinero, más que la salud, más que la felicidad. No existe felicidad si no se ama. Y nadie que ama puede ser desgraciado. ¿Verdad que amas tú? Amas, a pesar de todo, por encima de todo; amas en todo. Hay amores fáciles y amores que cuestan mucho. Lo que mucho cuesta, mucho vale. Espera, enfermo, espera; no te vuelvas, como se dice, de cara a la pared... ¡Oh sí, haciendo un esfuerzo, lograrás sonreír...! ¡A ver, sonríe...! Si no es a la primera, a la segunda; a la de veinte,... a la de cien,... a la de mil... ¡Sonríe! Sonríe, no por cumplido, por condescendencia; sonríe, ¡a ver!, con espontaneidad. Sobre tu frente flote una sonrisa; ya sabes cuál. Dios te está sonriendo. Sólo Él puede ceñirte esa dulce aureola de paciencia, de resignación, de conformidad, de gozo imposible... Te atienden profesionales de la medicina; te rondan ángeles de la Caridad; te acaricia la solicitud de tus familiares... Pero ahí, dentro del alma, sorprendes, enfermo, una cierta novedad que no te explicas, un algo confortable y animoso... que no es cosa de ti ni de los tuyos ni de los que te rodean; ...un germen de alegría extraterrena, un no sabes qué, remediador de penas y de intranquilidades... Y resulta, enfermo, que, a tu modo y manera, eres feliz,... sin

que tengas, al parecer, motivos para serlo... ¿qué será eso, verdad? También lo sabes: compañía invisible, esencia divina, aviso inequívoco de inmortalidad. Todos hemos nacido para vivir siempre... Esa honda valentía que en ti sientes, enfermo, es inyección de Fe, certidumbre en una vivencia infinita... Es surtidor de amores, que canta su canción de primavera... de cara a un porvenir siempre risueño, hacia el eterno día sin ocaso...

No llames a esto hacer literatura, poetizar sin razón ni sentido... A esto se le llama, simplemente, decir la verdad. Soñamos todos –tú también, enfermo– en esa hora blanca en que nos llegue, con embriaguez definitiva, el beso de Dios... Pero... entre tanto, enfermo, piensa en curarte.

¡Buenas noches!

BUENAS NOCHES, AVECICA BLANQUINEGRA

Buenas noches. No sé dónde te acuestas, no sé dónde te metes a dormir. También dormís los pájaros, claro está. De pie, sobre una pata, guardando perfectamente el equilibrio. Dormís con la cabeza bajo el ala, ahuecando las plumas con cierta voluptuosidad; y despertáis fácilmente. Tú golondrina, estarás fatigada... de tanto volar. Acabas de venir, desde muy lejos, a nuestras latitudes, a nuestra vecindad, al alero de siempre. Un viaje muy largo sobre tierras y mares, sin descanso apenas, y valiéndote de tus propios medios: vuela volando siempre. Vienes; y, desde el primer momento, a ceñir virajes y virajes en la altura y a ras del suelo; como si describieras, grandiosos e invisibles, mil arcos triunfales... ¿a quién? Yo diría que a la primavera; al azul del espacio infinito, donde ensayas tus rúbricas veloces, tus giros acrobáticos, tus fantasmagorías imposibles... Eso, claro está, si el tiempo te deja; porque este invierno se alarga demasiado. ¿Qué tienes tú, avecica blanquinegra, que te haces tan simpática, que te haces de querer? Y no eres bonita, la verdad; no eres vistosa; no te mima el color hecho colores. ¡Y no sabes cantar! Siempre estás, sinfónicamente, de luto. Y, por si esto fuera poco, no eres amiga del árbol. ¿Dónde se ha visto?; un pájaro que no siente afición al balanceo en las ramas. ¡Qué rarezas las tuyas, golondrina! Andas parándote, como a la deriva, en los cables de la luz, en los hilos del telégrafo, en las cuerdas que hacen de tenderete, de balcón a balcón, en las fachadas modestas... Cuando no estás volando, pareces fuera de sitio, golondrina; parece que no sabes estar, que no encuentras postura... Luego harás tu nido, de chinitas y barro; un nido de arquitectura tradicional en la vida de tu especie... Del barro nos hizo Dios; y en barro amasas, golondrina, tu principal tesoro. Viniste pues, golondrina, como nuncio de buen tiempo: de claros amaneceres, de sol acariciador, de días largos y plácidos vesperales. Todo esto irá llegando... Que, como tú, a donde quiera que vayamos, llevemos luz, alegría, ganas de vivir; y, al mismo tiempo, austeridad, sencillez, afanes sin estridencia... Porque eres afanosa, golondrina, en tu ir y venir incesantes, pero sin ostentación, sin alardear de prisas... Lo que no sé por qué tienes aire y tradición y leyenda de piedad activa. No

sé por qué, se te asocia a la Cruz en el Calvario, y a la corona de espinas que el Crucificado lleva. No sé por qué, un poeta de ahora –muy bueno él–, para significar cierto alivio en sus penas, decía: "En los clavos de mi cruz –está entronizando el sol– sus golondrinas de luz..." Esto sí es bonito: para saberlo, para sentirlo, para imitarlo. Esto es bonito... y eficaz. A mí me gustaría eso: quitar espinas punzadoras a todas las frentes; convertir el dolor de mis hermanos en lustre y en caricia y en gloria de laurel. Me gustaría... Y ¿a ti no, radioyente? A ti también. Nos gustaría, ¿verdad?, ir por todas las cruces de todos los calvarios de la vida, y hacerles sonreír, aliviadoramente, a todos y cada uno de los crucificados... Nos gustaría. Y... ¿por qué no lo hacemos? No es tan difícil, quizás, como parece,... ser golondrinas de luz junto al que sufre, junto al que padece, junto al que nos espera...

¡Buenas noches!

Publicamos la conferencia pronunciada en Ávila. Si el lector ha disfrutado hasta ahora de las dotes literarias de Mugueta y de su galanura espiritual, esta conferencia le acercará al manantial donde nacía su temple apostólico y misionero junto a su devoción teresiana. Si has llegado hasta aquí, no te detengas; porque leyéndola con atención tal vez comprendas muchas cosas en la vida de Fermín Mugueta y en la tuya propia. Para llegar a las fuentes hay que ir cuesta arriba.

CHARLA EN ÁVILA SOBRE SANTA TERESA DE JESÚS

Cuando me dijeron que hablase de ti, Madre Santa Teresa, sabes que fui a verte con alarmada prisa y te hice, callandico, esta confianza: ¿Qué les voy a decir...?; ¡nada menos que en Ávila...! Y esperé arrodillado a que dijeses ¡qué sé yo! alguna cosa. Había poca luz en aquella nave lateral derecha donde tu bienaventuranza tiene un altar barroco con lustre y oro viejo; había poca luz, porque los frailes descalzos bajaban ya del coro al refectorio dialogando sonoramente el "de profundis...", y parecía justo y hasta obligado que el hermano sacristán llegase, al menos a segunda mesa. No había tan poca luz, estando como estabas, Madre Santa Teresa, en medio-medio del altar, en actitud arrobadiza, con la pluma en la diestra y en la izquierda un libro... y, en la palomica de enfrente, la llama inspiradora del Espíritu Santo. Así, con *huésped* tal, cualquiera escribe –pensé para mis adentros–. Y seguí esperando, sin dejar de mirarte. Tú, en cambio, no quisiste regalarme un vistazo ni fruncir un conato de sonrisa por entre los lunares del carrillo. Seria parece estar hoy la Madre Santa Teresa –decíame yo a solas–, mientras un tintineo de rosario colgante y el flojo golpear de unas sandalias se me acercaban avisando que la iglesia conventual iba a cerrarse hasta el siguiente día. Salí. El hermano sacristán echó la llave por dentro. Y, ya en la calle, imaginé que Madre Teresa quería hacerme entender, sin palabras, este recado suyo: "Sábete, hijo, que harto saldrán ganando en Ávila con que en Pamplona te quedes..."

Y, a pesar de todo, en Ávila me tenéis, señoras y señores, para hablar de Santa Teresa; de Santa Teresa –el tema es ése–, Maestra de Misioneros. ¿Habrá que sujetarse al tema? ¡Qué sé yo!; el corazón tiene un temario suyo, y si a la Madre y de la Madre hay que hablar muy de veras, señal es también de muy hondo cariño el *bromear* un poco con la madre...

...Pero no con vosotros, ¿verdad? Vamos, pues, un poquitín en serio. Que Teresa de Jesús fue misionera ¿qué duda cabe? y Maestra de Misioneros. Porque fue Maestra de perfección, dechado de espiritualidad cristiana; y porque se jactaba de ser *hija de la Iglesia*. Que todo católico, necesariamente, ha de ser misionero; y si no es misionero, no es de veras católico. Y como no se puede ser católico de mentirijillas, católico de pega; de ahí que nosotros, los católicos, o somos apóstoles o no somos nada.

Para hablar de exigencias apostólicas de nuestra vida espiritual; para saber *ser Iglesia* y *sentirnos Iglesia* y *sentir con la Iglesia;* para romper vuelo, con ambición universalista, a lo redondo del mundo; para entender lo que valen la oración y el sacrificio y el trabajo y los trabajos injertados en la vitalidad de la Iglesia; para saber cómo debemos dar testimonio, todos sin excepción, de espíritu misionero;... para todo eso reclamaría yo aquí la presencia de D. Baldomero Jiménez Duque, rector de vuestro seminario de Ávila. Porque Doctores y especializados requiere tan importantísima cuestión; Doctores, y no pobreza y vaciedad como éstas mías...

Pero, en fin, vamos sencillamente por la veredica de nuestros alcances. En los estatutos de la Asociación Misionera Seglar, a la que pertenecemos los de esta asamblea –y a la que pertenecerá después, ¡que no se diga!, Ávila entero–; en los estatutos, pues, de la A.M.S. se recomiendan estas tres virtudes características: el amor caballeresco de Ramón Lull (sentir, como punto de honra, que el nombre del Amado sea conocido y santificado en todo el mundo); el celo impaciente de San Francisco Javier (¡almas, Señor, almas, precio invalorable de la sangre de Cristo, vertida hasta dejar exhausto el corazón!), y, en el medio de estas dos características, esta otra: la magnanimidad jovial de Santa Teresa (sobreponerse uno, garbosamente, a sus propias necesidades, para mejor ser parte activa frente a los graves problemas de la Iglesia militante). "Estáse ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo... quieren poner su Iglesia por el suelo... No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios cosas pequeñas". Esto decía a sus monjas la Santa en los días aciagos de la reforma protestante, y esto puede decir y nos lo dice también ahora a nosotros. "No es tiempo de tratar con Dios cosas pequeñas..." Que ella trató siempre con Dios cosas grandes, por menudas que fuesen; puesto que todas las enfocaba derechamente hacia la santidad; y la santidad, por muy escondida que esté, nunca limita sino que espolea siempre más y más sus puras ambiciones. La santidad, cimiento e impulso y remate de misionerismo; la santidad... y nuestras pequeñeces, nuestros afanes, más o menos hacia la vida de arriba, más o menos hacia la vida de abajo; ya que somos, en frase bonita y exacta, mitad ángel y mitad tierra. En todas las cosas, por triviales que parezcan, hemos de melificar el tesoro de nuestros colmenares; poco a poco, con perseverante ahínco en el cumplimiento de la tarea habitual... como quien no hace nada. ¡Qué bonito es esto y qué meritorio es esto y qué macizamente apostólico es esto! Nos gana, a veces, una especie de prisa ostentosa, una urgencia vehemente y aborrascada de correr y seguir y no parar; queremos llevarnos, a veces, el mundo por delante... Bien está; pero ésa es trayectoria firme de unos pocos. La mayoría tenemos un camino semejante a todos los caminos que con el nuestro se entrecruzan: silencio, trabajo, olvido, como en Nazaret...

Un día, Teresa de Jesús, cuando aún era Teresa de Ahumada, salió de casa clandestinamente, capitaneando una expedición misionera. Eran dos, Teresa incluida, los expedicionarios: ella y su hermanito Rodrigo. Rodrigo era mayor en edad y Teresa aventajábale en decisión; y Teresa le agarraba, fuerte, de la mano cuando subían, ella delante, la cuesta de los Cuatro Postes, camino de Morería...

a que los descabezasen por Cristo. Habían leído y repasado en el Flos Sanctorum páginas de envidiable heroísmo, y querían ser héroes de golpe;... de un golpe de cimitarra en el cuello dulcemente ofrecido al verdugo... para que, al punto, los ángeles juguetones trajesen, aire abajo, dos palmas eternamente verdecidas y dos coronas de laurel inmarchitable. ...Y el ángel fue su tío el de Cepeda que, caballero hacia Ávila, cortó impensadamente la brava expedición, trayéndose cabizbajo al manejable Rodrigo y a la intrépida Teresa. Y allá está, para constancia de encuentro tan singular, el Humilladero. Y si el Humilladero viene a ser la exaltación, cristianamente caballeresca, del infantil arranque teresiano de la heroina con estas palabras comentando el trance aquel: "Como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir *ansí;...* no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo".

Sepa la Madre Santa Teresa que no aceptamos el sentido literal de estas dos últimas frases. Su mismo anhelo amoroso, aprisionado en redes de finísima humildad, hacía que todo le pareciese nada para corresponder a las finezas del Amado. La sinceridad de tan vehementes locuras de amor –como la de partir precozmente hacia tierra de moros– no se aprecia en el instante mismo de querer realizarlas; se aquilata, después, en la aplicación continuada de esos altos arrebatos a las menudas ocasiones que la vida nos presenta. Un arrebato esporádico lo tiene cualquiera; como cualquiera lloramos un día lágrimas de contrición... para olvidar quizá nuestros propósitos al día siguiente. ¡Ay, Teresa, Teresa de Jesús: en ti sí eran firmes los pasos hacia el martirio de sangre; porque después supiste caminar en todo momento hacia el martirio místico. Pero en nosotros... Porque también nosotros sentimos el ímpetu de morir por la Fe. ¡Ah!, el panorama de esa China que expulsa a sus misioneros, que son los que más y mejor le quieren. ¡Ah!, la persecución sistemática al otro lado del *telón de acero*... También nosotros, Señor, si nos llamases ocasionalmente al martirio, iríamos, con ánimo garboso y entusiasta, a morir por Ti. Iríamos al primer requerimiento tuyo... Pero Tú sabes, Señor, cuántas veces nos resistimos, pasivamente, al cumplimiento de mil detalles de nuestros deberes cotidianos y cuán raro es en nosotros un ápice de generosidad en tu servicio. Tú sabes que seríamos ostensiblemente mártires y que, en cambio, somos cobardes para vencernos a nosotros mismos en la hondura callada de nuestro propio corazón. ¡Ay, de nuestra valentía...!

Y, sin embargo, en esta fragua del anodino vivir se forja el temple de los buenos católicos, que es decir el temple de los verdaderos apóstoles. Ahí, en quehacer de cada día, supo forjar Teresa de Jesús una inconfundible naturalidad, tanto para el sursum perenne de su corazón en llamas como para el trato diario y fácil con sus hijas las monjas y con el prójimo en general.

...Y como nunca terminaríamos de recorrer el anchuroso camino de la apología teresiana, ¿queréis que tomemos por el atajo de algunas aplicaciones? Para que de las brillanteces del alma de Teresa de Jesús –todo de un como dia-

mante o muy fino cristal es su castillo interior–, para que esas brillanteces nos enfoquemos, nos apropiemos, como guía y ejemplo deleitosos, estos tres haces de luz: AMAR-PADECER-SONREÍR. Tres faros son los que abanicarán el rumbo de nuestras andanzas apostólicas. Porque hemos dicho al principio que, por ser católicos, tenemos que ser misioneros. ¿Todos? Todos... y todas.

Misioneros nos decimos los de la A.M.S., y a la A.M.S. pueden pertenecer todos y todas sin excepción.

AMAR.– Si, rastreando amores, vamos tras de Teresa enamorada del Amor que no traiciona, todo nos induce a un desbordamiento amoroso. Intimidad con Cristo –"Yo, Teresa de Jesús". "Y Yo, Jesús de Teresa"–, sobre todo junto a los oros del sagrario. Teresa de Jesús, contando favores especialísimos y éxtasis y apariciones, encabeza casi siempre su narración autobiográfica: "Una vez, después de comulgar..." Ahí está el horno que inflama y el crisol que purifica y la miel que endulza y la confidencia que anima y conforta. Ahí. Si hablásemos exclusivamente a hijos e hijas de la descalcez carmelitana, les diríamos que llevan, como bandera en alto, la *chifladura* eucarística de su madre reformadora hasta en el tono blanco-pajizo de su capa señera, aunque la capa sea multisecularmente anterior a la Reforma. Capa carmelitana, color de Eucaristía: el color que resultaría de fundir lo blanco-blanco de la flor de harina del trigo con lo rubio-rubio de la miel silvestre; como para un airoso flamear a la hora del Introito del Día del Corpus: "Nos alimentas con pan de trigo y nos sacias con miel de la piedra... Aleluia, Aleluia..." Pero también los que no percibimos la luminosidad de las sombras claustrales, porque nos deslumbra el espejismo de las falsas luminarias del mundo, también nosotros entendemos o debemos entender un poco lo que es arrimarse a Cristo que nos espera junto al parpadeo de una lamparilla, en soledad callada, cerrado bajo llave en el altar. Cristo, que nos espera para que, hechos ascua viva al contacto con Él, salgamos corriendo a derramar su amoroso mensaje en torno nuestro: en la familia, en el trabajo, en la influencia social, en la calle; a todos lados, sin límites ni distancias, hacia un confín sin confines... hacia donde nada saben de Dios ni del Cielo ni del valor infinito de las almas; hacia la negra paganía que ennegrece el mundo y es trigo por cosechar para el granero del gran Cosechador.

Sólo el amor puede llevarnos intencionalmente lejos para la expansión del único amoroso reinado que en la tierra cabe. Sólo el amor puede vaciarnos de egoísmos y sazonar el fruto de nuestras obras y deseos. He visto, desde el tren, atravesando esta Castilla mística y labradora, he visto el campo vacío. Las tierras de pan traer, que eran trigales rizándose al viento, son ahora rastrojera; el campo, bajo un sol preotoñal, al verse vacío por tan generoso, está colmo de una paz anchurosa..., que es tal vez la cosecha mejor que el campo ha producido. Así también, después de haber ofrecido todas nuestras cosas incondicionalmente al Señor, deberíamos hallarnos rebosantes de esa placidez y esa dulce serenidad del

campo en otoño; como cuando el labrador limpia las lindes de la parcela y quema los abrojos en el oculto fuego de los hormigueros, incensando el aire de olor a tierra quemada, que es olor de expiación... y, entonces, limpios de cuidados frívolos, abriríamos las alas de un nuevo afán, para volar hacia más transcendentales cuidados. Y llegaríamos volando, hasta el misionero; para ayudarle, para acompañarle, para misionar con él. Misionero católico: que lo da todo sin exigir nada. El misionero, que va derrochando amor a troche y moche. El misionero, que puede decir, abriendo sus brazos y agigantando su voz en aquellas soledades:

¡Oh, bosques y espesuras
plantados por la mano del Amado;
... ...
... ...
ya sé que por vosotros ha pasado.

Ya sé que pasó... Pero, en noche de ignorancias providenciales, los hombres de aquí no supieron verle. Y ahora os lo traigo yo, ahora viene Cristo conmigo... Viene en mi palabra evangélica y viene en la fórmula bautismal y viene en la cruz que levanta mi diestra... y viene, vivo y vivificador, al altar portátil que planto, bajo el asombro de las últimas estrellas, cuando va a rayar el sol por encima de los bosques o de las nieves polares o de las arenas del desierto. Ya sé que por vosotros, elementos, ha pasado; y, ahora, con vosotros, los hombres, se va a quedar...

...Y a contagiarse, amigos, siquiera sea desde aquí, de amores tan encendidos, para hacer causa común con tan grandes amadores, los misioneros. Yo también debo amar, tú también, quienquiera que seas, debes amar sin tasa ni medida. Yo también puedo ser misionero, y tú también, quienquiera que seas, puedes ser misionero, puedes ser misionera. Es lo que necesita el mundo con apremio: frente al materialismo, frente al comunismo, no hay más que una fuerza eficiente: catolicismo, misionerismo. Dejémonos de bombas atómicas; que la bomba atómica, la bomba de hidrógeno, borrarán hasta el paisaje, pero no podrán matar una sola idea ni conquistar un corazón. Mientras el comunismo hace pueblos comunistas, nosotros tenemos que hacer pueblos católicos; no hay otro remedio ni otra solución. Y allá van nuestros amsistas, con el crucifijo al cuello, sin traje talar, de paisano... Cierto que el sacerdote es auténtico otro Cristo, cierto que el Señor tiene una muy alta dotación para con sus sacerdotes y que de ellos se vale para derramar derechamente sus gracias; pero cierto también que, algunas veces, el milagro de la conversión habrá de operarse a través del seglar que fue a misiones. Porque, a los ojos de los infieles, el sacerdote puede parecer un tanto *profesional* –y lo es: divinamente profesional de la predicación de la única doctrina verdadera–, mientras que algo especial tienen que ver los ojos del pagano en ese mozo amsista con carrera de médico o de ingeniero, y en esa joven amsista de guapa cara y de excelente partido, y en ese matrimonio amsis-

ta;... en todos esos seglares que dejaron sus comodidades y una envidiable posición aquí en Europa... ¿para qué?: para vendar los pies a un leproso, con el que, humanamente hablando, nada tienen que ver...

Y pensar que, no sólo decidiéndose a ir, sino también desde aquí podemos y debemos cooperar activamente a la propagación del Evangelio. Es más: aquella actividad en pleno campo de operaciones ha de estar respaldada desde aquí por intensas actividades. Y lo estará, mediante una movilización general de corazones misioneros. Y la monjita de estrecha clausura, y el enfermo de alta fiebre, y la señora encopetada, y la muchacha de servicio, y el hombre de negocios y el obrero fabril y el labrador en medio del campo, y el ciego en la esquina y la castañera del portalillo y el vendedor ambulante, y hasta el payaso de la feria y hasta el gitano de la caravana y hasta el presidiario de la cárcel; cada cual a su modo y en su puesto serán misioneros.

¿Y yo? ¿Y tú? ¿Vamos a quedar nosotros al margen de actividad tan preciosa? Ven aquí, mocedad hidalga de la hidalga Castilla; ven aquí: ¿Qué vas a dar tú a Cristo? ¿Le vas a dar la luz mortecina de unos ojos gastados, la ceniza de unos labios marchitos, el rastrear de unos pies vacilantes, el temblor de unas manos ineptas, inútiles... allá en la vejez? Pero, juventud: ¡tú eres gallarda cumplida y galante!, ¿tú vas a dar a Cristo los residuos de un azaroso vivir? A Cristo se le da ¡joven!, a Cristo se le da el ímpetu y el verdor de la primavera; a Cristo se le da todo el garbo de los años floridos; a Cristo se le da, en ramillete, todo el acervo de tus ilusiones; a Cristo se le da el cogollo, lo mejor de la vida; a Cristo se le da, en una palabra, el corazón entero y nunca partido. Sin dejar de ser mozo, sin dejar de ser moza; al contrario, siendo más mozo, siendo más moza que nunca, con todo el salero y el donaire propios de la juventud; mientras dialogáis limpiamente –¿por qué no?– de corazón a corazón la terneza de vuestros mutuos amores.

A Cristo se le da, madre de familia –madre buena de nuestros hogares–, a Cristo se le da todo ese derroche de solicitudes en el hogar donde eres reina de tu influencia y donde eres, a la vez, esclava de tus augustos deberes.

A Cristo se le da, hombre hecho y derecho, toda esa responsabilidad de tu función rectora, todas las cavilaciones, todo el sudor de tu frente cansada.

A Cristo se le da, abuelito, abuelita de cara rugosa y de labios desteñidos y de boca sin dientes, a Cristo se le da toda esa lentitud abrumadora de las horas grises; para que no se te escape la vida sin duplicar tus talentos, para que ganes ampliamente tu denario, siquiera en la hora undécima...

El denario misional que debemos ganar todos con el corazón en la mano, con el corazón al descubierto, con el corazón hecho un volcán que pide respiro para expandir por el mundo sus ardores apostólicos, al estilo del corazón de Teresa de Jesús, que hubo de ser traspasado por el certero dardo de un serafín...

AMAR... y PADECER. Son términos correlativos. "Quien no sabe de penas... –dice San Juan de la Cruz, que es como si lo dijese Santa Teresa–, quien no sabe de penas –en este triste valle de dolores– nada sabe de buenas..."

El sacrificio, aplicado a las Misiones, es oro de más quilates en la justipreciación de valores divinos. ¡Y cómo padeció Santa Teresa! Yo creo que este dicho teresiano: "hacer de la necesidad virtud" tiene un sentido muy hondo y diverso. Quiere decir que sobrenaturalicemos las ocasiones fortuitamente desagradables que nos salgan al paso, poniendo en ellas voluntad de padecer por amor de Dios. Pero también quiere decir que convirtamos el *sufrimiento* en *padecimiento.* Sufrir significa sobrellevar una situación a la fuerza –sufren los condenados en el infierno, sufre el que vive en desesperanza–, y padecer significa aceptar conformativamente una situación penosa –padecen las almas del purgatorio–, padeció, pensando en los misioneros, Teresita de Lisieux, con el cansancio prematuro de su enfermedad incurable, con sólo andar un trecho en el jardín... Y supo refinar padecimientos Teresa de Jesús –o padecer o morir: son sus palabras–; porque a Teresa le dolían, a semejanza de Cristo, todos los dolores del mundo de las almas. Y hacía mella en su espíritu arrobadizo la dureza de esta participación doliente: "¡Ay qué larga es esta vida; qué duros estos destierros: esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida...!" Y luego, conjuntando primorosamente amores y dolores, la redondilla más maravillosa que se haya escrito en lengua castellana:

"Ven, muerte, tan escondida
que no te sienta venir;
porque el gozo de morir
no me vuelva a dar la vida."

Y, padece el misionero, llevando a cuestas, como suyas, las cruces de los demás. Cirineo solícito de todos los que pasan agobiados por el peso de la vida;... porque en cada uno de ellos pasa Cristo... El misionero, que parece estar diciendo continuamente: no me des, Señor, comodidad y satisfacciones; dame una cruz muy pesada, con muy agudas aristas que lastimen mis hombros; para que, rastreando sobre tus propios pasos, suba contigo al triunfo del Calvario...

Cierto que la propia cruz se alivia cuando tomamos generosamente a cuestas la cruz de los demás; y que, por un milagro palpable, la cruz es más llevadera cuanto más pesada. Cierto que Cristo acogerá la frente cansada del misionero en el regazo de sus manos divinas, con alivio casi sensible; pero no olvidemos que las de Cristo, derrochadoras de milagros, son manos llagadas. Cristo juntará al suyo el corazón del misionero, haciendo que los dos choquen solidariamente, como en un brindis de supremo optimismo; pero el corazón de Cristo, fuente de amores, lleva un cerquillo de espinas. Cierto de toda certidumbre que

la corona de espinas es el mejor laurel... sin que esto sea hacer literatura, porque el lema de nuestra vida cristiana no puede ser una mera frase literaria; la corona de espinas, ciertamente, es el mejor laurel... pero es corona de espinas.

Padece el misionero. ¿Y vamos a consentir que padezca solo y en olvido de nuestra parte? Pero ¿cuándo vamos a ir nosotros, los gratuitamente mimados por las caricias largas del Señor, cuando vamos a ir a Él con esta queja amorosa?: Señor, dicen que son más tuyos los que más padecen;... ¿es que me tienes un poco orillado, un poco suplantado en la trayectoria de tus hondos amores, puesto que me rodeas a todas horas de satisfacciones y de triunfos y de comodidad...?

Padezcamos un poco –¡Ay, UNIÓN DE ENFERMOS MISIONEROS!–; enfermos y sanos sepamos padecer algo por las misiones; con reciedumbre, evitando sensiblerías y lágrimas de emoción; como dicen aquellos versos en boca de Santa Teresa dirigiéndose al padre Gracián:

"Con cruz y con duros clavos
se obró nuestra Redención;
con lágrimas de emoción,
...aún seríamos esclavos."

Versos que entrañan una fórmula de auténtico padecer.

AMAR y PADECER... y SONREÍR. Es proverbial el humorismo teresiano. Sonrisa y donaire de Santa Teresa: colorido y cascabeles al aire de Castilla. Jovialidad: con Teresa fue, a golpes de carromato por caminos terrosos, haciendo sonar la *ronquilla;* con Teresa fue por ventas y mesones, y anidó en cada *palomar* recién fundado, contribuyendo a la consolidación de la Reforma carmelitana. Jovialidad: con Teresa fue, graciosamente al desgaire, en su vida andariega, y con ella estuvo inseparablemente en su vida claustral. Jovialidad que sazona y alivia el áspero vivir de este destierro. "Un santo triste es... un triste santo". Poquita cosa ¿verdad? sería un santo así, con minúscula, para dispararse "hacia el blanco ideal de lo infinito" y hacer diana en el centro mismo de los eternos quereres. Ha de ser, pues, alegre quien aspire a ser santo; que algo del Cielo hemos de llevar ya en nosotros cuando al Cielo vayamos. Y don del Cielo es la verdadera alegría; bueno, la alegría simplemente; porque la alegría es única. Y es, por fortuna, al revés del dinero: cuanto más se derrocha al pasar, más le queda al transeúnte... Y ¿hemos de derrochar alegría? ¡Claro que sí! Y... ¿si no estamos alegres? ¡También! ¿Cómo? Pues... dando más de lo que tenemos. Hemos de ir enflorando espinas, en un derroche de solicitudes casi siempre heróicas. Porque, muchas veces, nos faltará a nosotros mismos el ánimo que habremos de infundir en los demás. Y esto no es ficción; esto es superación de ánimo. Aunque me sangre el alma, yo no tengo derecho a salpicar en torno gotas de malhumor; yo no tengo derecho, pase lo que pase, a mostrar ante los demás un gesto desapa-

cible. ¿Y el misionero? ¡Ah!, el misionero, héroe entre los héroes, ha de llevar siempre en su cara el reflejo de aquella cara de Cristo, más bella que la luz y las flores –¡cómo sería!–, señoreando el paisaje y encarnando en gesto vivo todo lo de aquel sermón de las bienaventuranzas. Más que del pan que come, más que del aire que respira, necesita el misionero, a todas horas, de este hermoso sonreír. Porque, decidme: ¿se puede ganar un alma sin una sonrisa?

"¡Qué desgracia, Dios mío, tener buen corazón!" –decía un poeta y no de aquí–. Un corazón que vaya cantando estrofas ilusionadas para recreo de los demás, y se quede para sí, rumiando a solas, lo que no merece cantarse... esto decía el poeta. El misionero, en cambio, puede decir: ¡qué ventura, Dios mío, tener buen corazón!: recoger los ajenos dolores para hacerlos míos y transformarlos en alegrías que retornar;... aunque yo llore por los que no lloran y rece por los que no rezan y te ame, Señor, sacrificialmente, por los que no te aman... ¡Qué ventura, Dios mío, tener buen corazón... y sonreír a todos!

Y nosotros igual. Mocedad –otra vez–, mocedad de Castilla: aprende a sonreír con la sonrisa que nace de la pureza del corazón; y, entonces, al rostro te saldrá la hermosura del alma y se te derramará en tu simpatía y en la mirada luminosa de tus ojos reidores... Mozo: también el vaso de buen vino y la copa de licor y la excursión y el paso y las preferencias deportivas y la copla galante en noche de ronda; todo eso también vale para servir a Dios y para ser misionero. Y a ti, joven en primavera, doncella castellana ¿quién te dijo que, por ser *amsista,* sólo por eso, hayas de suprimir enteramente el carmín de tus labios y no puedas acentuar,... y hasta inventar si parece, un lunarico en tu cara? Teresa de Jesús tenía tres lunares en el carrillo izquierdo –claro que eran suyos, al natural– y le hacían muy graciosa. Yo le hubiese pintado el cuarto lunar; porque cuatro lunares en la cara de Teresa de Jesús, como en la cara de cualquier doncella española de suave recato, son cuatro versos de romance; y cuatro versos de romance componen siempre una copla;... y hemos de ser católicos y hemos de ser apóstoles y hemos de arrebatar la santidad ¡cantando, Señor, cantando...!

De la entraña del cerro, cantando nace la fuente, y cantando lleva el río sus aguas dulces al mar; ¿por qué no hacer de la vida –degustando el trabajo y los trabajos–, por qué no hacer de la vida, sobre todo de la vida apostólica... por qué no hacer de nuestra vida una canción?

AMAR y PADECER y SONREÍR. Hay una virtud –llamarémosla secundaria– que sabe *acaparar* todo lo que hemos dicho: es la simpática virtud de la paciencia. "La paciencia –dijo Teresa de Jesús– todo lo alcanza". La paciencia es virtud eminentemente misional, eminentemente misionera. Se ve, señoras y señores, que tenéis madera y temple de misioneros, precisamente por vuestra heróica paciencia: por la paciencia con que habéis sabido aguantarme. Merecéis ser AMSISTAS. Dios os lo pague... y que Santa Teresa os sonría. ¡Muchas gracias!

V. SU LIBRO

EL PADRE CARMELO

Con este título publicó Mugueta un libro de más de trescientas páginas en la Editorial Gómez, en 1960, prologado por Fr. Gregorio de Jesús Crucificado, provincial.

Es un libro singular, que refleja su peculiar estilo periodístico en el que describe y narra a la vez.

Desde sus páginas, podemos seguir la vida de su biografiado y amigo el P. Carmelo, con quien había compartido tantas veces el micrófono de "Radio Requeté" y sus inquietudes apostólicas; y también conocemos mejor los lugares que habitó: Villafranca, Larrea, Vitoria y, sobre todo, Pamplona, donde transcurrieron los 28 años de trabajo apostólico del P. Carmelo.

Aquel Pamplona de las décadas de los treinta y cuarenta, que giraba en torno a vivencias religiosas y que el P. Carmelo supo orientar, con inspiración cristiana y arte literario, hacia una preocupación social en el propicio ambiente navideño y desde una devoción tan entrañable como la de "El Niño Jesús de Praga".

¿Cómo se explica que un fraile carmelita llegara a interesar de un modo creciente a toda aquella sociedad? Lo que empezó de un modo humilde y devoto llegó a adquirir, de modo gradual y constante, unas proporciones tan grandes, que en aquel empeño –en sus inicios devoto y sentimental y luego de honda dimensión social– se interesaron todos, pequeños y mayores.

La Institución Cunas encontró apoyos crecientes, en personas y entidades; tuvo colaboradores artísticos en todas las capas sociales. El Teatro Gayarre y el Cine Avenida se llenaron repetidas veces, cada año, con obras teatrales del P. Carmelo, en escenarios decorados por los pintores Pedro Lozano Sotés y Francis Bartolozzi. Pelotaris como Dufur y otros colaboraron gustosos con la Institución, y toreros famosos como "Chamaco". Partidos de fútbol de Osasuna, la Cabalgata de Reyes y, hasta competiciones de aizkolaris y levantamiento de piedras, aportaron su contribución a aquella obra que se fue ganando los corazones de todos.

Si, como decía antes, la cosa empezó de modo imperceptible, en la década de los cincuenta adquirió un volumen que ya abarcaba a la vida ciudadana. Las cuatro cunas de 1938 se convirtieron, diez años más tarde, en ochenta; y en 1958 eran 209. En total: de 1938 a 1959, fueron 1.998 cunas y 139 canastillas.

Para comprobar la influencia social del P. Carmelo pueden servir estos testimonios espigados en la biografía de Mugueta:

"Aplauso a la Archicofradía del Niño Jesús de Praga, que ha dado nido caliente y lindísimo a los recién nacidos de estos días, y embeleso a los niños con su Príncipe-Bebé."

Mons. Olaechea Loizaga

"Por sí sola se alaba (la Institución)... tengo verdadera complacencia en bendecirla."

Mons. Delgado Gómez

"...reconocimiento público de su incansable afán en favor de los humildes..."

Manuel Valencia Remón. Gobernador Civil

"...puso de manifiesto innumerables veces tanto en sus actuaciones como en sus obras, su brillantez de escribir, su docta amenidad al hablar, su delicado arte al concebir y plasmar en realidades, cabalgatas y representaciones escénicas, y su inagotable caridad para remediar o paliar necesidades de sus semejantes."

Miguel Gortari Errea. Vicepresidente de la Diputación

"...el P. Carmelo no ha muerto. Lo vimos con los ojos del alma en aquel Festival que había organizado con tanto cariño y que no quiso que su muerte suspendiera..."

Felipe Zalba. Presidente de la Audiencia Territorial de Pamplona

"Desde entonces (aludiendo a su muerte), hay un vacío en la Ciudad. (...) porque el vacío del fraile se llenó con su propia obra: la obra de la caridad alegre, poética y popular, de buscar cunas para los recién nacidos."

Miguel Javier Urmeneta. Alcalde de Pamplona

"... Gran sembrador de amor, de ilusión y de sonrisas..."

Juan Pedro. Obispo de Plasencia

(Sus obras): "le daban una aureola de sacerdotal prestigio."

Jacinto Argaya. Obispo de Mondoñedo

"...Para mí, una de las más bellas características de nuestro querido y llorado P. Carmelo fue su gran sentido católico."

Antonio Añoveros. Obispo-coadjutor de Cádiz

Fenómeno curioso el del P. Carmelo, que murió el día 8 de julio de 1959, víctima de un accidente, junto a San Cernin en Pamplona y que Mugueta lo ha perpetuado en las páginas de su libro, describiendo también otros aspectos de su personalidad y sus múltiples tareas apostólicas. Comprenderá el lector que nos hayamos fijado con mayor atención en lo que fue su obra excepcional.

Para un amante de la historia reciente de Pamplona el libro resulta imprescindible, porque por sus páginas desfilan no sólo costumbres y fiestas sino muchos nombres de amigos y familiares que participaron generosamente en algunas de las múltiples actividades artísticas o deportivas promovidas por la Institución Cunas.

ANTES DE CONCLUIR

Queremos finalizar esta antología con el artículo póstumo que apareció en las páginas de ABC:

PORVENIR

Ha muerto en Pamplona, a los setenta y ocho años, el escritor Fermín Mugueta, decano de los premios "Luca de Tena" y colaborador de ABC. Como homenaje a su memoria, publicamos su último artículo, enviado a nuestra redacción pocos días antes de su muerte:

"Sin prisa ni retardo se llega a la edad en que no puede uno físicamente correr. Y anda uno, a su manera, despacito, con ritmo desigual; siempre adelante, porque retroceder resulta imposible. Lo mejor de la vida es seguir adelante, siquiera sea a trancas y barrancas, y así vamos de rutina en rutina; de novedad en novedad y tal vez de tumbo en tumbo. Cada día algo nos trae y se lleva algo nuestro, y de nada hay que extrañarse, aunque nos quejamos de casi todo.

Desde luego, procuro no exteriorizar queja ninguna y, con gesto complaciente, sonrío. Sonriendo no se fracasa del todo; ni en política ni como ciudadano de a pie. La política es, de suyo, tensa y fácilmente nos pone en tensión. Vamos entre todos haciendo el país; entre todos, sin excepción. Porque, en democracia, también el pueblo viene a ser Estado. Con la diferencia de que unos pocos o bastantes cobran espléndidamente su dedicación, mientras a la inmensa mayoría nos corresponde actuar 'gratis et amore'. Sostienen los elegidos que han de contribuir los electores, aun a tiempo pasado, en la buena marcha de la sociedad. Tomamos esto los antiguos votantes como una adulación, y seguimos empeñosos por los días de los días, o sea, por siempre, en el esfuerzo común. Y siempre es abundante la tarea que exige el cambio de muchas cosas y más aún su total innovación.

Pues sí; desvelémonos a porfía por la estabilización y estabilidad de la vida en determinados aspectos. Estabilización significa establecer sólidamente algo. Estabilidad quiere decir que lo establecido se mantiene firme. Con ideas tan claras y rotundas nos creemos de veras progresistas, en un avance excepcional, cuando otros ilustres varones hiciéronlas ya valer muy a derechas, y haríanlas valer cuantas veces fuera preciso si tuvieran personalmente bastante derechura para hacer coincidir caminos bien trazados y no siempre seguidos con fidelidad o generosa ilusión. Hay incomprensibles divisiones políticas dentro de un mismo enfoque; siempre, por desgracia, las hubo. No pocos españoles decían y dicen querer a España, pero condicionando excesivamente tan mentido afecto. Quererla sólo con tal o cual líder, con espíritu del todo partidista, resulta engañoso. Y así ocurre todavía.

Derivando un poco la cosa, diré que yo no soy socialista, ni mucho menos. Soy católico, apostólico, romano con todas sus consecuencias. Y si en mi mano estuviera solucionar el paro, lo haría inmediatamente. ¿Que ellos, mis adversarios acérrimos, saldrían favorecidos? Y ¿qué? El caso es hacer el bien cuanto antes... Y Dios puede cambiar las estructuras y los corazones."

(*ABC,* mayo de 1985)

CONCLUSIÓN

Doy las gracias a quienes me han dado la oportunidad de conocer de cerca la gran obra literaria de Fermín Mugueta. De un modo muy especial a Luis María Echeverría, que no sólo me facilitó la tarea en su comienzo, sino que me ha ido acompañando en su realización, con observaciones muy atinadas, sólo propias de un profesional de trabajo editorial; además ha seleccionado todas las fotografías.

Después de la lectura reposada de tantos escritos de Mugueta, mi valoración personal ha subido muchos puntos en la estimación de su calidad literaria y en la reciedumbre de su vida cristiana.

Felicito al Ayuntamiento de Villava, que ha sabido beber en las fuentes de su más reciente historia y ofrece así a la nueva población multiplicada y extendida; un modelo de vida personal, social, política y cristiana en el que mirarse.

Las personas pasan, los valores permanecen. Entre la portada y la contraportada –el presente y pasado de la villa– este libro, fruto perdurable de tantos trabajos generosos de Mugueta, es como un saludo afectuoso de la generación adulta a la que despierta ávida de curiosidad y llena de impulso. Y de unas manos a otras, la antorcha de todo lo que ennoblece y dignifica al hombre.

JOSÉ ANTONIO MARCELLÁN

Imagen de la antigua iglesia parroquial
difuminada por la luz,
la nieve y... el tiempo.
Su diminuto atrio fue testigo
de muchos y variados encuentros.



AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIAKO UDALA
SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA

Nafarroako Gobernua
Hezkuntza eta Kultura Departamentua

Gobierno de Navarra
Departamento de Educación y Cultura